

el día cien



Cirilo Cuervo

Zapotlán el Grande, Jalisco. Octubre de 2013

Derechos reservados

El día cien

Historia de un gran amor en el contexto de un cárcel

A la memoria de Nelson Mandela

1.- Un día cualquiera, llegó a la aldea una persona que no era precisamente un turista, como aquellos que vienen los fines de semana a gustar de nuestra playa y de los guisos especiales que se elaboran en la enramada. Rentó un cuarto por tres meses y pagó por adelantado. Era diferente de nosotros, se distinguía a lo lejos por su complexión física y su atuendo. ¿Qué motivo tendría para estar siempre sentado en la orilla del mar, viendo impasible el martilleo de las olas contra el litoral? ¿Solo disfrutaba de los imponentes escenarios de la naturaleza y no podía apartarse de su contemplación?

Apenas amaneciendo, Alberto llegaba al mismo lugar, todos los días. Al tomar altura el sol y disiparse las brumas tempranas que exhalaba el mar, se replegaba un poco de la playa para regresar al atardecer, tal vez para atestiguar el imponente paisaje crepuscular. Otra vez en estos momentos volvía a quedarse impasible, mirando embelesado los múltiples matices con que el sol pintaba las crestas de las olas antes de sumergirse en las lejanías oceánicas.

Había algo misterioso, enigmático, en aquel hombre que los lugareños no acertaban a descifrar. Era cordial, educado y humilde, inclusive generoso, con todos, pero se reservaba sin duda uno o varios secretos para mantenerlos en los más íntimos espacios de su alma. Eso era a no dudar lo que pintaba en su rostro aquellos rasgos de tristeza y desesperanza con que se alejaba del litoral, silencioso y cabizbajo, cuando ya la noche saturaba de sombras el entorno marino.

Aunque sus ojos parecían siempre puestos en el eterno empeño de las olas por desmoronar el continente, o también en los tumultos de aves marinas disputándose un cardumen, en realidad aquel grandilocuente escenario de la naturaleza parecía servirle como telón de fondo para llenarlo de una paz interior que evidentemente buscaba, un remanso para complacerse en pensamientos de serenidad, o tal vez en la planeación de una vida futura en compañía de seres muy queridos. Sea lo que fuere, me intrigaba sobremanera su actitud, además de que parecía accesible a una indagación más profunda, por lo cual me dispuse a abordarlo tratando de conocerlo a fondo.

2.- ¿Qué tal, amigo Alberto? –Lo saludé al acercarme a él sin reservas aquella cálida mañana de verano. –¿Ahora qué estás mirando?– le pregunté al verlo contemplativo y absorto en las planicies azules de la superficie marina. –No es mi intención distraerte de tus pensamientos y reflexiones –le dije en tono de disculpa–, pero me intriga tu actitud, me inquieta saber si puedo ayudarte en algo, ya que tú has sido atento y amable con todos.

Sin decir palabra, volteó su cara hacia mí mostrando una sonrisa amable. Era joven, más que yo, pero había huellas en su rostro que revelaban las duras experiencias que él había cursado. Me indicó con un ademán de su mano que me sentara y luego me señaló el mar. No entendí lo que me indicó, permanecí en silencio a su lado, en espera de que me contestara; continuó con su observación sin mostrar cambio en su semblante, así, hasta que con una aspiración profunda, se incorporó y me dijo:

–Sígueme, te contaré acerca de mis aventuras, vamos a la sombra de la enramada, allí platicaremos un rato. Veo que buscas saber de mí, no sé si sea por simple curiosidad o algo más te mueve a indagar por qué llegué aquí. Sea como sea, te diré que me inspiras confianza. Te

veo todos los días trabajar y te he calificado como un hombre sencillo y confiable. No a cualquiera le revelaría las experiencias y los caminos por donde me ha llevado la vida.

A estas alturas, aquel personaje carismático ya era muy conocido en ese pequeño pueblo de pescadores, donde siempre resalta un fuereño; en un principio despertó recelo, pero al paso de los días fue ganándose la confianza y el afecto de todos gracias a su actitud educada y cortés, a su impecable vestir que lo presentaba como una persona decente y culta. Siempre mostraba una sonrisa amable, siempre contestaba cualquier pregunta. Sus palabras eran pronunciadas con corrección y propiedad. Tenía un talante de profesor y un porte atlético; por la sonoridad de su voz, segura e impositiva, seguramente era capaz de cantar como lo habría hecho un gran tenor.

Algo importante que acabó granjeándole el cariño de aquella gente era su colaboración desinteresada con las tareas cotidianas de los pescadores. Con su trabajo sin remuneración económica alguna, se ganaba su alimento en los lugares en que servía, no porque careciera de medios económicos, sino por espontánea cortesía de los lugareños; en algunos casos sin mediar palabra se acomedía a coser las redes, limpiar las lanchas, barrer las enramadas, o cualquier trabajo que se le sugiriera; siempre aceptó con humildad y fina cortesía las invitaciones a comer y lo hacía relajado y contento, departiendo con los demás habitantes del lugar.

En esta ocasión en que lo interpele quise saber un poco más de él, todos queríamos saber más de él, era simple e irresistible curiosidad, era un ánimo intrigante que se nos despierta en estos casos, algo muy natural en todos, un impulso que se nos da de saber con quién tratamos, qué se puede esperar de un extraño interesante como Alberto. Él captó mi sana intención accediendo a mis encuestas.

Ya en la fresca sombra de la enramada, me dijo:

–Bien, aquí estamos. Dime si tienes alguna pregunta en particular y con todo gusto voy a contestarla.

Me desarmó con su buena disposición, no sabía cómo comenzar el diálogo sobre su persona, me interesaba saber cómo obtenía esa serenidad, también el porqué de sus lapsos de tristeza que no podía ocultar, pero sobre todo quién era él, de dónde venía, qué buscaba, a quién esperaba. Adivinando el trance por el que yo pasaba, expresó:

–Voy a ayudarte: tú quieres saber a qué he venido y desde dónde caminé hasta aquí, por qué me comporto tan contemplativo con la naturaleza. ¿O no es verdad lo que captó de ti?

Me había adivinado, entonces guardé silencio. ¿Cómo empezaría a preguntarle sobre su persona? Se decían, por gente maliciosa y en tono despectivo, cosas absurdas de él: que estaba loco, que era un estafalario, alguien que debió ser sacerdote. ¿O un gran profesor? ¡Cuántas cosas se decían de él! Eso revela el interés o curiosidad que despertaba su resaltante presencia en nuestra remota aldea de playa.

De pronto, Alberto dijo, dando en el clavo sobre lo que pasaba por mi mente:

Ninguna de las figuraciones que se hacen sobre mí son ciertas, soy igual que tú. Soy tan común como cualquiera, pero en este lugar nadie me ha interrogado, ninguno de los amigos que logré en esta comunidad me ha preguntado acerca de mi vida, solo se dedicaron a suponer, más no a dialogar conmigo. ¿Crees poseer la paciencia para escuchar una larga historia? Porque me gustaría narrarla de principio a fin, sin embargo, si en el curso de nuestras conversaciones sientes que te estoy fastidiando, que mis experiencias carecen de interés para ti, con total sinceridad me lo dices, yo comprenderé y aceptaré sin ningún reproche suspender mi relato.

3.- –Nací en un hogar pobre, o quizás más que pobre, en un barrio cualquiera de la gran ciudad; pobres eran mis padres, pero con grandes esfuerzos y honradamente me daban lo necesario para subsistir, junto con mis tres hermanos menores. Dicen que el hijo mayor, por circunstancias que no conozco del todo, suele ser el más responsable, el que más rápido madura y se enseña a enfrentar la vida, quizá por eso siempre, desde niño, me esforcé más de la cuenta, nunca viví por vivir, me preocupé por el saber, por aprovechar cada experiencia que me daba la vida, eso me dio mucho conocimiento y sagacidad; pronto comprendí que lo mejor es ser como quieres ser y pronto supe también cómo quería yo ser. En cierta forma, la pobreza es una ventaja, porque te forja, si estás dispuesto, como un ser duro, resuelto, por no decirlo de otro modo que parezca una auto alabanza.

“Ya son las seis, hijo, ya debes levantarte para que nos ayudes a conseguir el sustento de hoy”, me decían mis padres a mi temprana edad, y yo despertaba todavía con el cansancio en mi cuerpo, no solo el cansancio que da la lucha por el sustento, por caminar descalzo, con ropa que no cumplía con las expectativas para cubrirte del frío matutino, cuando el sol todavía no calienta, sino también por el cansancio de la pobreza, pero una ciega determinación me impulsaba: la pobreza era un enemigo que yo tenía que vencer, y con este ánimo de contienda, de guerra, salía a la calle, con el estómago vacío, pero con el alma llena de coraje y de entusiasmo. Nunca dejé que me dominara el rencor al ver a otros niños de buena cuna ir a la escuela peinaditos, con su lamida de vaca, sus prendas finas, de la mano de una mamá catrina y petulante. Nunca dejé que en mí anidara la envidia, es algo detestable en un ser humano, igual que la mezquindad.

Mal aprendí a leer y escribir, no estaba viviendo como viven otros niños que pueden jugar y divertirse, por eso, con dulce voz, mi madre compensaba mi situación y me animaba a ir a trabajar; como te dije, era el mayor y mis hermanos tenían hambre, así que con gusto procuraba hacerme de algunas monedas para el sustento de mi familia. Seguramente por eso fue naciendo en mí ese carácter de protector y proveedor de los demás que ya nunca me abandonó, y seguramente también algún ser superior conducía mis sentimientos para que nunca me ganaran la apatía y la rebeldía hacia mis padres.

Hizo Alberto un alto en su narración, miró a lo lejos en silencio, con los ojos entrecerrados. Era evidente que le dolían los recuerdos que estaba haciendo de sus padres. Dicen que recordar es volver a pasar por el corazón, y es cierto, pero la verdad es que algunos recuerdos lastiman el alma, otros nos llenan de nostalgia, pero también al escarbar en la memoria revivimos nuestro lado humano, nuestras capas más sensibles.

Allá en el mar se fatigaban las olas en su vano intento por penetrar más profundamente en tierra firme; descaradas aves marinas robaban los pescados que recién habían extraído mis compañeros de oficio, y yo estaba también sumergiéndome en profundidades cuando de pronto Alberto continuó:

–Aunque te he visto muchas veces y tengo de ti una buena impresión, no sé tu nombre, solo sé que te dicen Chava, supongo que te llamas Salvador. ¿O me equivoco?

–No, así es, pero llámame como todos, “Chava”, así también me sentiré con la confianza de amigos.

Ese día fue excelente, me permitió considerarme su amigo y tutearlo, con ese corto diálogo se abrió la puerta de la confianza que me facilitó saber de él, de su filosofía de la vida, de sus experiencias. Me despedí pronto porque no había cumplido con mis tareas de pescador y no podía, aunque quisiera, continuar aquella interesante conversación.

4.- Al siguiente día, apenas llegué a la playa encontré a Alberto. Parecía haber estado esperándome. Creí observarlo complacido con la forma silenciosa e interesada con que estuve escuchándolo. Una persona nos descubre su alma si ve en nosotros por lo menos tres cosas: respeto y aprecio por ella y por sus sentimientos, interés auténtico en escucharla y si le hacemos tener la sensación de que su forma de ver la vida influye en nosotros.

Me preguntó si deseaba saber más de su historia personal, a lo que asentí con entusiasmo. Fuimos a la enramada, pidió una bebida para ambos y continuó su relato:

–Te diré que después de encontrar la vida tan ardua, la injusticia de trabajar solo para subsistir, mirando la generosa lucha de mis padres por abrirnos un espacio digno en la sociedad y los abusos constantes de quienes viven del trabajo ajeno, me sentía enardecer.

Estaba entrando en la adolescencia, en mí se fraguaban irresolubles y cruentos conflictos internos, y hacia afuera venía descubriendo cada vez más el mundo en el que vivía, las intenciones ocultas de la gente, la molicie y la maldad, la lucha sórdida y despiadada por escalar posiciones sociales y económicas, la sucia guerra por el dinero, ese era el móvil de cuantos conocía: el insaciable apetito de dinero. Egoísmo y mezquindad por dondequiera. En ocasiones, por un trabajo que merecía un pago diez veces mayor, me arrojaban una miserable moneda, me humillaban por mi pobre y remendada vestimenta, aunque siempre limpia, gracias a mi madre.

Quizás por eso me fui convirtiendo en una fiera al acecho; lo observaba todo, lo reflexionaba todo, adquirí sagacidad e intuición, anticipaba las reacciones de la gente, conocía los motivos interiores de todos aquellos con quienes trataba, sabía reconocer la bondad cuando la encontraba, pero también llegué a sentir un callado desprecio por la gente vil. La gran ciudad envilece, yo lo supe a temprana edad y me propuse no envilecerme jamás, sino hacerme conducir siempre por un sentimiento de superior jerarquía moral.

En esos días mi madrecita enfermó gravemente; las medicinas, el pago del médico, estaban fuera de mi alcance, ni pensar en pedirle a mi padre, y no podía verla sufrir. Desesperado, recordé entonces que en el estacionamiento contiguo a la bodega donde trabajaba muchos de los autos se dejaban sin poner el seguro en sus puertas, ya que allí todos nos conocíamos y había confianza.

Ya te imaginarás, Chava, el conflicto moral que se me vino a la conciencia. Era o romper con los ideales que me había hecho de mí mismo como hombre íntegro, ejemplo de mis hermanitos como me habían enseñado mis padres, y tal cual yo me había propuesto, o ver declinar la salud de mi madre. Resolví el conflicto de conciencia a favor de ella, yo no importaba, me dije, ya expiaré mis culpas de alguna manera, y procedí:

Empecé a rondar en torno a los autos como un astuto felino que a la vez busca su presa y tiene en claro sus rutas de escape; me percaté en mis acechanzas de furtivo ladrón que don Fabián, un comerciante exitoso del mercado, había dejado su portafolio debajo del asiento de su vehículo, el cual sustraje y corrí desbocado hasta llegar al callejón del frente de la tienda, donde se guardan los contenedores de la basura, lo abrí entonces y no te miento, Chava, hasta escalofrío sentí al descubrir que traía mucho dinero y cantidad de documentos de los créditos. Tomé el dinero y una pistola que seguramente don Fabián cargaba en el maletín en prevención de ser asaltado, y en otro carro que pude abrir aventé el portafolio, pensando en mi ya negra conciencia que así inculparían del robo a otra persona.

El robo se descubrió muy pronto. Se regó entre la gente del mercado tan rápido como arde una huella de pólvora, la noticia de que el coche de don Fabián había sido robado, que el dinero para el

suelo de los trabajadores desapareció. Todos se dieron a la búsqueda del ratero, rodearon el establecimiento en toda su periferia, según eso para que no saliera el ladrón, pero yo ya estaba de regreso de mi casa, a donde había ido presuroso a esconder el dinero y la pistola. Me uní cínicamente a la búsqueda. ¿Y qué crees? Uno de los locatarios gritó de repente: “¡vengan, vengan, encontré el portafolio, está en el coche de Pablo!”.

Tal como lo supuse, estaban inculcando a otra persona de mi delito, solo que no medí el alcance de aquel hecho, las consecuencias del mismo me marcaron para toda la vida. Allí adquirí un remordimiento que no me abandonó hasta muchos años después en que hice un acto de reparación. Los remordimientos, según decía mi madre, son absolutamente inútiles, incluso dañinos para la persona que los siente, si no te llevan a ese acto de reparación que puede cancelar o atenuar tu sentimiento de culpa. Dicen que el remordimiento, si no está acompañado de ese propósito de subsanar el daño hecho, no es más que un disfraz de la autocompasión. Eso lo aprendí más adelante y lo llevé siempre presente, ya te explicaré.

5.- El joven Pablo era un excelente muchacho que yo conocía muy bien, se dedicaba a vender libros viejos para pagar sus estudios, yo no podía creer que sin querer le había perjudicado; me acerqué viendo la cara desconcertada y asustada del muchacho, que se llenó de pánico al ver que le reclamaban airadamente; vi una fajilla de madera estrellarse en su humanidad por uno de los empleados de don Fabián, otro le propinó una bofetada, luego a patadas lo llevaron a la bodega, trataban de lincharlo y yo no me atrevía a decir que no era él el ladrón, me sentía horriblemente mal por la injusticia que provoqué, y me arrugaba de remordimiento.

Dirás que el mío fue un gran acto de cobardía y estás en lo cierto, fui un cobarde, pero logré conciliar el asco de mí mismo en mi conciencia pensando en mi madre, diciéndome que ella necesitaba las medicinas. No obstante, me retiré del lugar sintiéndome escocido por la culpa, asqueado por ese acto incalificable; mis padres me enseñaron a trabajar y ser decente, me sentía tan mal que vomité por la fatal experiencia y la culpabilidad. ¡Dios, perdóname! imploraba, tratando inútilmente de justificar mi acto diciéndole: “¡mi madre se muere, discúlpame!”.

Y te soy sincero, también pensé en que las medicinas así compradas no le servirían a mi madre, ya que no puede una herida sino empeorar si se intenta limpiarla con un trapo sucio. Al pobre de Pablo, severamente golpeado, se lo llevó la policía; inclusive tuvieron que llamar a la cruz roja para que lo atendieran; la golpiza de los que se sentían robados fue injusta, exagerada y lamentable, le rompieron dos costillas y tenía desfigurado el rostro por las patadas que le propinaron.

Ese hecho imborrable marca un parteaguas en mi vida. Era uno antes, era otro después. A partir de entonces variaron mis reflexiones, mi valoración de muchas cosas. Clausuré la etapa de mi niñez abruptamente, cerré aquella puerta con llave, como quien dice, y me hice adulto, un adulto de apenas quince años, pero un adulto con un terrible desprecio por sí mismo, con cero autocompasión, con cero autoestima, y, sin embargo, aunque parezca contradictorio, conservando un irreductible sentido de justicia, el cual, por orgullo, o quizá por soberbia, así de simple, guiaría mis actos por encima de todo; ese sentido de justicia me decía que tenía que seguir llevando una vida fuerte, viendo por mis seres queridos, por el hecho de que mis actos no cancelaban mi amor por ellos sino solamente mi amor por mí mismo. Seguía siendo un proveedor, un protector, ese es mi sino inevitable.

Tú me ves ahora, Chava: soy un hombre corpulento, pues bien, a los quince años ya estaba muy

desarrollado, muy fuerte; me había endurecido el trabajo, mis músculos estaban ya en plenitud, y de eso me valí para hacerle parcialmente justicia a Pablo en poco tiempo.

6.- Esperé en un callejón a Alfredo, el empleado de don Fabián que más se había encarnizado con Pablo, y quien, para mi mayor coraje, cada que tenía oportunidad se burlaba y hacía mofas del acto cobarde en el que casi lo dejó inválido. Pero conocía sus rutinas, sabía por dónde le gustaba circular. No esperé mucho tiempo para verlo aparecer, venía conversando con un amigo de su calaña, siempre con sus risitas burlonas, y de pronto le salté al paso, como siniestra fiera, en la semi penumbra de aquella calle olvidada, con un pañuelo cubriendo mi cara para no ser reconocido; no sentía ningún miedo, no me importaba lo que pasara conmigo. Lo amenacé con la pistola que robé a don Fabián. Su amigo, que no lo era tanto, ya que un amigo de verdad, como tú sabes, cuanto te ve en peligro se planta a tu lado y se hace uno contigo, aquel en cambio, huyó despavorido ante mi presencia amenazante. Dominé con facilidad a Alfredo, ya no era tan valiente como ante Pablo; me suplicaba que no lo matara, gritaba: “¿Qué te hice para que quieras acabar conmigo? ¡No me mates, por favor, te lo suplico!”.

Qué despreciable se veía chillando aquel sujeto, suplicando de rodillas. Yo guardaba silencio, y lo guardaba porque estaba analizando el tropel de sentimientos y emociones que se agolpaban en mi conciencia. No sentía piedad por el individuo. ¿Qué clase de bestia llevo dentro? ¿Quién soy o cómo soy en realidad? Me preguntaba sin esperanza de encontrar respuesta.

–Eres un desgraciado cobarde y aprovechado, por eso te voy a matar, –le dije sin ocultar mi ira–. Recuerda lo que le hiciste a Pablo, por más que te pedían que ya no lo golpearas, más te ensañabas.

Esto es para que digas a todos que Pablo es inocente, yo vi al ladrón, que huyó después de aventar el portafolio a su carro, por eso, vas a ir ante las autoridades a demostrar que Pablo es inocente, de no hacerlo, nunca más tendrás tranquilidad en tu vida. Yo fingía la voz, trataba de hacerla diferente, de hombre más viejo, de un tipo sañudo y despiadado, y estaba logrando mi objetivo a la perfección. Esto serviría igualmente para que no me identificaran, ya que Alfredo me conocía bastante bien. Como te dije antes, Chava, a esas alturas yo era un felino que caza a su presa y tiene listas las rutas de evasión.

Le di a Alfredo un balazo en la rodilla, cayó gritando y revolcándose, con un dolor intensísimo que lo hizo desmayarse; iba a tirarle uno más en la otra rodilla y mi coraje alcanzaba para dejarlo inválido de por vida, pero de nuevo la voz interior que dominaba mis acciones desde las profundidades de mi conciencia, me habló con dureza extrema y me dijo: “¿acaso no piensas que este despreciable individuo tiene hijos a los que dejarás sin sustento sin tener ellos ninguna culpa? Y todavía agregé implacable: ¿acaso no eres tú el causante original de toda esta cadena de desgracias?”.

Agaché la cabeza con gesto de amargura. En realidad, ¿qué derecho tenía yo para erigirme en tan cruel juzgador? Mi sentimiento de culpa volvía a estar presente. Además, esta era solo una parte de la reparación del daño hecho a Pablo, la otra, la más delicada y humana implicaba restituirle económica y moralmente.

La policía obtuvo la confirmación de que Pablo no era culpable y lo liberó. Yo me libré, al contenerme a tiempo gracias al freno de mi conciencia, de adquirir un nuevo motivo de remordimiento si hubiera dejado inútil a Alfredo.

7.- Chava estaba abstraído totalmente en la conversación, no había perdido detalle, pero de pronto se dio cuenta de que había transcurrido buena parte de la mañana y se despidió presuroso para ir a trabajar, no sin acordar que se verían al siguiente día.

Más tarde, cuando el sol descendía hacia el ocaso y ya mojaba sus barbas en el océano, trazó en el agua una senda refulgente, de oro bruñido, pero el resto del mar tenía entonces en la superficie un brillo metálico.



Alberto se encaminó a la playa y se embebió en la contemplación de esa franja dorada a la que mecían las olas intentando quebrarla. Se le veía otra cara, quizá más relajada, más serena; al parecer le estaba haciendo bien ese desahogo que hacía ante Chava. Era una recapitulación de su agitada existencia. Era una auténtica recapitulación, transparente y honesta y quería hacerla completa, ya que Chava se prestaba de maravilla para este propósito, nadie mejor que él, era un hombre muy respetado en la aldea, todo un caballero. Al hacerlo sentía que se estaba poniendo ante un espejo, el espejo de su vida reflejada sin mentiras. Los espejos no mienten, no se les puede sobornar.

8.- Una vez más, Chava acudió a la cita con especial interés. También él sentía que esta relación con Alberto le estaba enriqueciendo de muchas maneras. En primera instancia ambos estaban construyendo los cimientos de una de esas amistades entrañables que duran toda la vida. Los verdaderos amigos llegan a conocerse tan profundamente que se transparentan, se ven

mutuamente su interior, se adivinan por ello el pensamiento, presienten las penas, las emociones, y están allí, en el momento en que se requieren, sin condiciones, con absoluta lealtad.

Arrancó Alberto la conversación aquella mañana frunciendo el rostro en un gesto de pesar.

–Irremediablemente, debido al cansancio acumulado por tantas privaciones, fatigas emocionales y angustias, el sufrimiento de una vida de lucha, mi madre murió. Lloré durante horas, pero solo hacia el interior de mi corazón, mientras sentía cómo se me encogía el alma, pero tenía que dar ejemplo de fortaleza ante mis hermanos, y logré hacerlo; me confirmé entonces, ante la visible decadencia de mi padre, como jefe de aquella familia.

Cómo no querer a nuestros padres si vemos que no les importa su bienestar sino solamente el de sus hijos. Se pasan la vida luchando por abrirles camino, y con gusto lo dan todo por ellos. Ahora, cuando ya soy padre, me doy cuenta de lo que eso significa. Ser padre es tener resuelta la vida, porque ya está contigo un ser único, tu hijo, para darle todo lo que quieres dar, y tu deseo de darles a tus hijos no tiene límites. Sin nadie a quien darle el fruto de tus esfuerzos es más difícil hallarle sentido a la vida.

La situación de pobreza de mi familia simplemente no podía continuar, era mi obsesión acabar con ella, y reflexionaba continuamente en el tema, sin encontrarle salida. De la noche a la mañana me convertí en el hombre de la casa, y no me arredraba en lo más mínimo el hecho, no tenía ningún temor, antes bien me complacía el desafío, valía la pena enfrentarlo y quería hacerlo con las armas de la honestidad. Mis hermanos habían continuado en la escuela y por orgullo propio no quise que ninguno la dejara para ayudarme con los gastos de la casa; era un reto más que asumí y los conminé a estudiar con todo su entusiasmo, con todas sus fuerzas hasta terminar una carrera. Me respetaban mucho y todos, mis dos hermanos y mi pequeña hermana, reaccionaron como yo quería.

Trabajé más que nunca, pero no alcanzaba; mi padre veía mis esfuerzos y se preocupaba, queriendo ayudarme pero ello solo iba en detrimento de su salud.

Un día cualquiera estaba buscando un documento en una vieja papelera de mi madre y encontré unos libros. No te he mencionado que a mi madre le gustaba la lectura, la buena lectura, pero ante la imposibilidad de adquirir libros ella solo leía viejas revistas que me obsequiaban en el mercado. Era una gran narradora: nos contaba historias de su época, hechos que ocurrieron a conocidos suyos, cosas interesantes que nos encantaban; quiso inculcarme el gusto por la lectura pero la situación de penuria nunca permitió que ello ocurriera.

Me quedé absorto ante aquellos viejos libros, casi deshojados; eran novelas clásicas, muy famosas: “el conde de Montecristo”, “Genoveva de Brabante”, “Ilusiones perdidas”, “Los tres mosqueteros”. Me dije: en recuerdo de ti, madrecita, voy a leer estas novelas. Así lo hice. Gracias a esas divertidas obras, tomé un gusto insaciable por la buena lectura, sentí que viajaba a mundos fascinantes; bien dicen que quien lee vive muchas vidas. Quizá ello me dio ventajas para los siguientes años, porque aprendí lo que me faltaba: a expresarme y escribir con corrección, a tener actitudes educadas, urbanidad, a ser flexible y adaptable, igualmente a moverme con soltura en todos los mundos posibles, en fin, la lectura me abrió muchos horizontes y le dio un giro inesperado a mi vida. Es la herencia póstuma de mi madre, la mejor herencia posible para mí. Quizá por eso me ven aquí con talante de profesor.

Además, te lo confieso a ti solamente, Chava, la lectura me enseñó a librarme de ciertos prejuicios y escrúpulos que entonces me estorbaban para abrirme camino y atender las necesidades de mi familia. Te diré que eso me ocurrió a mí porque ya tenía propensión a buscar el camino fácil, que,

como verás más adelante, no es tan fácil. A otros, por el contrario, la lectura los hace mucho más conservadores y rectos desde la perspectiva moral.

Lo cierto es que desde el día en que murió mi madre yo estaba en mi fuero interno decidido a dar aquel paso definitivo hacia el otro lado, a situarme a espaldas de la ley, como un reclamo, un deseo de reivindicación y venganza, ya que inculpaba a este régimen de injusticias por la situación de mi familia. Era un rebelde. No olvidaba lo fácil que fue hacerme de un jugoso botín en el estacionamiento del mercado y no sentía cargos morales en esa cuenta, con excepción de un deseo muy firme de hacerle cabal justicia a Pablo; estaba dispuesto a volver a intentarlo, ahora, tres años después, como un ladrón con estilo, sigiloso como un felino superior, con un colmillo largo y retorcido, un ladrón inaccesible para los alcances de la ley.

9.- A estas alturas de la conversación, Chava estaba más intrigado que nunca, inclusive un poco desconcertado y nervioso. Alberto abrió otra puerta de su imprevisible y misteriosa personalidad, algo que no se esperaba. Los juicios que ya venía haciendo, la excelente opinión que había forjado sobre Alberto, se derrumbaron de pronto. Estaba como al principio, no sabía en absoluto con quien trataba, si con un distinguido ciudadano o con un consumado capo de alta escuela, cosmopolita y trotamundos.

Pero no era un cobarde, mucho menos alguien que reaccionaba prejuiciosamente a la primera señal. Por el contrario, la lucidez verbal y la capacidad narrativa de Alberto le indicaban que estaba ante un singular personaje, sin saber que todavía le faltaba conocer mucho más de aquel hombre extraño.

—Así, le fue más fácil a mi conciencia—continuó Alberto— conciliar el conflicto moral de dar un buen ejemplo a mis hermanos e igualmente proveerlos de recursos suficientes para sus propósitos de estudios. Mi problema es el de ser tan reflexivo, el de hacer tantas consideraciones que me torturan el cerebro. Pensaba yo entonces: ¿qué mérito tendría el éxito de mis hermanos, el bienestar de mi padre, si proviene del delito?

Sin embargo, no pude sostenerme en mis cavilaciones, solo entendí que debía ser absolutamente discreto y actuar ya mismo, separando radicalmente mis actos y el ámbito de mis acciones ilegales respecto del mundo de mi familia, entonces comencé a buscar la oportunidad que necesitaba, y para ello “me puse al alcance”. Tú sabes, Chava, a qué me refiero: comencé a frecuentar ciertos ambientes poniendo en mi rostro un talante de maldito que ya dominaba. Mi estatura de un metro noventa y mi corpulencia me daban seguridad y ventaja.

Pero no era así de sencillo: para lo que iba a hacer hay que tener estrategias, y no solo tenerlas, sino respetarlas, seguirlas al pie de la letra. Una, la principal, era tener lealtad hacia el jefe que me tocara, absoluta lealtad, ser honesto con él, siempre, en todas las circunstancias, inclusive con peligro de mi vida, y otra, saber mandar tanto como saber obedecer, y otras más: trabajar mucho y hablar poco, nunca mostrar miedo, no hacer enemigos gratuitos, nunca humillar a nadie, borrar mi historia personal, nunca hablar de mis seres queridos, aparentar que soy solo en el mundo, que salí de la nada, y otras que diseñaría en el camino que había escogido, pero sobre todo, mantener la mía, la que me daba el sello personal: tener un indeclinable sentido de justicia, porque, aunque no lo creas, también en ese mundo hay que tener sentido de justicia, y te sirve mucho más de lo que imaginas, ya verás.

Si algo me abrió camino muy pronto fue la lectura de cuanto libro caía en mis manos y también el

hecho de haber respetado los consejos de mis padres en el sentido de cultivar la confianza de los patronos, cumpliendo sus órdenes tal cual. La confianza de los demás es un tesoro que cobras en efectivo, nunca la debes traicionar. Te abre puertas, te genera oportunidades. Así, ocurrió que un comerciante del mercado, Ernesto, a quien hacía mandados frecuentes, depósitos en el banco y otros menesteres que requerían de mí una absoluta honradez, me recomendó, cuando le comenté abiertamente de mis grandes necesidades y de mi disposición a enfrentar cualquier tipo de reto, con un tal Marcelo, quien, gracias precisamente a la recomendación de Ernesto, desde un principio me otorgó una mínima confianza y me encomendó tareas de “burrero”; tu sabes, Chava, lo que es eso, todo mundo lo sabe.

Al principio solo me decía: “hay un mandadito aquí cerca, llevas esta bolsa y te darán mil pesos, de eso ganas cien; por ningún motivo entregues nada si no hay dinero antes de la entrega, mucho cuidado en que la pierdas o me quieras robar, ya sabes que yo encuentro y me hago justicia si alguien me traiciona. Solo esta vez te lo voy a decir: en mi mundo estas indicaciones no se repiten, no hay segunda oportunidad, ya sabrás más adelante por qué te lo digo”.

10.- Unos días después me interpeló de improviso y me dijo: “a partir de ahora tendrás tareas más serias y te voy a decir lo siguiente: Abre y estira las orejas, porque esto te tiene que quedar bien grabado, no me gusta repetir nada: nosotros estamos fuera de la ley de los simples mortales, de esas leyes que hacen los políticos y luego ellos mismos las usan de tapete, las que tú sabes, solo se aplican a los pobres, pero tenemos nuestras propias reglas, las cuales se cumplen estrictamente y al pie de la letra, la vida va de por medio; ahora te voy a decir las primeras y más adelante otras más: nunca resaltes en el ambiente de familia o amigos, o sea: jamás andes de fanfarrón o presumido, de briago, lucidor o seductor de mujeres, intentando comerte el mundo a bocanadas, jamás te adornes el cuerpo con oro o brillantes, ni pruebes las drogas, ni siquiera las más leves, nunca portes armas mientras yo no te autorice y si llegas a caer preso, te hago dos advertencias cruciales: no me delates ni a nadie de la *organización*, aunque te torturen, porque si me traicionas, yo sabré cómo pero mi justicia te alcanzará donde quiera que estés, la traición se paga con la vida. Por último: nunca me preguntes nada, yo te daré las explicaciones que considere necesarias a medida que las vayas acreditando.

Añadió otras instrucciones que entonces me parecieron menos relevantes, como cambiar de indumentaria con frecuencia, usar a veces atuendos de parroquianos ordinarios, de campesinos, dejarme por temporadas el bigote, en otras bigote y barba, nunca utilizar lentes oscuros, ya que siempre alimentan suspicacias; usar a veces el pelo corto y en otras dejarlo crecido, además de aquellos cambios que a mí se me ocurrieran y que contribuirían a dificultar mi identidad.

–Si actúas de acuerdo a nuestro régimen interno –agregó Marcelo, –cuando salgas de la cárcel, si se da el caso, podrás volver conmigo si lo deseas; a los burreros suelen darles de tres a cuatro años de presidio; pero si no regresas, te respetaré siempre y cuando cumplas con no delatarme. El reto es que nadie caiga preso, para lograrlo, nuestras reglas y estrategias son diferentes a las comunes en otros grupos delictivos y las seguimos fielmente. Como ya te dije, con el tiempo verás que eso nos protege.

Te estarás preguntando, Chava, cómo era Marcelo, aquel personaje que sería mi primer jefe en la delincuencia organizada. Mi impresión inicial fue la de que tenía frente a mí a un hombre agradable, de estatura regular, con una edad entre los 40 y 42 años, piel trigueña, frente despejada. Veía a su interlocutor sin levantar mucho el rostro, el brillo de su mirada tenía una especie de filo irónico, pero, como más adelante reconocí, su personalidad era bastante compleja, imprevisible,

me iba a llevar de sorpresa en sorpresa. Desde aquel día mi vida comenzó a entrar en un vértigo de audacia y peligro, de incertidumbre y zozobra que requiere mucho temple para poder soportarlo.

En este punto los amigos se despidieron una vez más con una cordialidad que iba en aumento.

11.- No comenzaba a amanecer del siguiente día cuando Alberto escuchó a lo lejos un ruido sordo y profundo, no atinaba si venía del subsuelo o de alguna otra parte, era como si un tumulto de grandes elefantes estuviera corriendo en torno a su casa. Pensó en la posibilidad de un terremoto y un posterior tsunami, eventos que no son raros en la costa del Océano Pacífico.

Se levantó apresurado y salió de la casa, vio que algunos pescadores preparaban ya sus avíos para meterse al mar, lo hacían con normalidad, como si nada ocurriera, pero Alberto se dio cuenta que afuera de la vivienda aquel estruendo era mucho mayor y sumamente alarmado interrogó a uno de los pescadores:

—¿Qué es ese ruido? ¿Por qué ustedes no están asustados?

—No hay por qué —le dijo el hombre—, es el río que viene muy cargado, lo más seguro es que ha llovido fuerte en la sierra. El problema para nosotros es que tenemos que ir más lejos a pescar, porque la corriente revolcada del río más todo lo que viene con ella, nos ahuyenta los peces.

Había olvidado que al norte de la aldea se encontraba la boca de un río que venía desde unos trescientos kilómetros tierra adentro, su cuenca era muy grande, con muchos afluentes, y ocasionalmente presentaba estas crecidas extraordinarias que estremecían la tierra.

Se dirigió al lugar de inmediato. El espectáculo era imponente. Aquel monstruoso caudal cuya anchura no podía adivinarse era el tributo que el mar reclama a los continentes a cambio de las lluvias. Su violencia era estremecedora. En la semioscuridad del amanecer Alberto percibía en las altas crestas y rabiones del caudal grandes trozos de árboles que viajaban dando vueltas de campana en las cimas y depresiones que se formaban en el curso del agua, incluso observó algunos cadáveres de animales que el río arrebató a los granjeros tierra adentro; no podía apartar los ojos, sintiendo el privilegio de poder atestiguar tan portentoso fenómeno, atrapado por este despliegue de fuerza incontrastable de la naturaleza.

De improviso, alguien lo tomó del brazo intentando hacerlo retroceder. Era Chava, quien luego dijo:

—Vente, Alberto, estar aquí es peligroso, de repente el río desprende grandes bloques de arena y si caemos allí nada ni nadie podría salvarnos de tener una muerte horrible.

Se alejaron un poco hasta un promontorio desde donde se observaba claramente la incursión del río en las limpias aguas del océano. Una vasta extensión de agua turbia y arcillosa que era agitada por las olas como una sábana color ocre, dibujaba la mansa muerte del río en la inmensidad del mar, pero inclusive a cien metros o más de la orilla todavía era perceptible el ímpetu de aquel caudal serrano que dispersaba grandes restos de árboles y una infinidad de nutrientes en el ecosistema costero.

Absorto en esa contemplación Alberto no se dio cuenta que el promontorio se había llenado de vecinos, niños, hombres y mujeres, que solían acudir a contemplar el arribo de “las crecidas”. A veces, entre los muchos materiales traídos por el río, se observaba algún mueble casero, madera aserrada todavía utilizable y un sinfín de cosas; inclusive, aunque raramente, los cuerpos de cristianos despistados que ignoraron el poder del río o fueron tomados por sorpresa.

La ocasión se le prestó a Alberto para hablar, en su talante de profesor, de cosas que él sabía relacionadas con estos sucesos. Les explicó a los vecinos cómo iban escaseando las corrientes importantes que llegaban en estas condiciones al océano. El hombre en sus designios había construido muchas presas para satisfacer las necesidades que a sí mismo se iba creando en su afán de tener mayores comodidades cada día.

—El océano necesita estas descargas para mantener la vida de sus criaturas —les dijo—. Aquí, en esta desembocadura, se inician cadenas alimenticias; criaturas infinitesimales degradan las materias orgánicas que traen los ríos y luego ellas alimentan a otras más grandes y así sucesivamente hasta llegar a los descomunales cetáceos. El mar es increíblemente poderoso —expresó con la mano extendida hacia la desembocadura—; a lo largo de las eras geológicas ha destruido cordilleras que están localizadas a miles de kilómetros tierra adentro. Sus emisarios son las tempestades y los furiosos vientos que las escoltan o preceden; estos elementos se abaten como cinceles en las cumbres, desmoronan la roca, talan bosques y forman ríos que tienen la misión de traer esta cosecha de alimentos al mar.

Nuestra vida no alcanza para percibir los avances de este proceso. Les pongo un ejemplo: el Nevado de Colima ha perdido en los últimos diez millones de años un kilómetro de su altura, a razón de un centímetro cada cien años, diez centímetros cada mil, un metro cada diez mil, cien metros cada millón de años. Nadie a lo largo de su breve existencia es capaz de darse cuenta que el nevado ha perdido un centímetro. Ahora ya saben que algún día esa hermosa montaña no será más que un promontorio. Los Alpes europeos tienen la mitad de su altura original, y así todas las grandes cordilleras y montañas del mundo. Un río tan largo y enorme como el Amazonas, que recorre más de 6 mil kilómetros desde el flanco oriental de Los Andes, lleva al mar diariamente más de 60 mil toneladas de sedimentos, alrededor de 20 millones de toneladas por año. Pero en nuestro país los principales ríos ya han sido contenidos por presas, los sedimentos azolvan los lechos de esas presas y no llegan al mar.

Los lugareños escuchaban absortos esta explicación. Nunca pasó por su mente que el mar tuviera esos poderes tan destructivos y de alcance tan remoto. Igualmente pensaban que una montaña como el nevado de Colima sería eterna.

Pero inesperadamente, uno de ellos expresó:

—Si todos los grandes ríos de México y del mundo ya están contenidos por presas, ¿cómo es que sigue habiendo tantos peces? ¿Qué comen?

—Voy a darles una explicación que no quisiera utilizar, porque es muy desagradable, pero no puedo evitar recurrir a ella. Aparte del fitoplacton que en enormes cantidades producen los océanos y del cual se inician grandes cadenas alimenticias, a partir de que la humanidad comenzó a utilizar los mares para subsistir y viajar, otra clase de nutrientes se agregó a la dieta de los peces. En cierta ocasión, mi jefe me envió a Manzanillo por un encargo, tuve que esperar tres días en el puerto. Todos los días en la tarde, cuando ya bajaba un poco el calor, me iba al malecón a ver los grandes barcos y sus maniobras de carga y descarga. En eso estaba cuando escuché un ruido extraño del barco más cercano, me acerqué al borde del malecón a observar y lo que vi me hizo cambiar mi gran afición por los mariscos. El barco estaba descargando sus letrinas, allí, donde era perceptible el piso del mar, y entonces miles de peces, como si estuvieran acechando el momento, acudieron a devorar aquello, lo hicieron desaparecer en instantes, a pesar de que eran toneladas.

Diariamente hay en el mar miles de embarcaciones, muchas muy grandes, podemos decir que algunos millones de seres humanos se ganan el pan trabajando en ellas todos los días, de allí que

cientos de miles de toneladas de desechos humanos se descargan en la superficie marina, en todas las regiones del planeta. Desde entonces nunca como ninguna clase de marisco en los puertos de alto cabotaje. Al día siguiente de haber visto eso en Manzanillo fui a comer a un restaurant de playa y el mesero me acercó el menú que incluía solamente platillos con mariscos. Le pregunté si no podía darme otra cosa, unas quesadillas, por ejemplo. Se me quedó viendo incrédulo, como si no hubiera escuchado bien. Luego me dijo que había por allí una porción de queso.

Le ordené cuatro quesadillas. Cuando me las sirvió, con una actitud desdeñosa, me hizo una mueca despectiva y se fue. Estaban malas, hechas con un queso viejo, amarillento, salado. Pero lo preferí porque no podía apartarme de la mente lo que había visto en el malecón. Me encantan los pargos y los huachinangos, sobre todo cuando están recién pescados, pero solamente los consumo en lugares como éste, ubicados lejos de todo, con playas límpidas y extendidas que solo permiten botar al agua pequeñas lanchas de pesca manual.

12.- Pasaron varias horas para que el río se apaciguara un poco, el grupo de curiosos se dispersó y Chava y Alberto reanudaron su conversación.

–Llegué temprano a la agencia de viajes que servía de oficina a Marcelo al siguiente día, después de recibir las reglas que debía respetar al pie de la letra, y la muchacha encargada me tenía instrucciones para una misión. Me dio un papelito y me dijo: “está escrito allí un número, quiero que lo aprenda de memoria y luego, delante de mí, destruya el papel o me lo devuelva”.

–Ya lo hice, le dije un minuto después, destruí el papel y le entregué los pedacitos. Entonces aclaró: “adelante de los primeros cuatro dígitos siguen tres que componen una clave lada, esa es la población a donde irá a llevar un encargo, con el resto de los dígitos se completa un número telefónico al que llamará llegando al lugar, a quien le conteste usted le dirá: “Marcelo, vengo por el pan y el vino”, a lo cual le responderán con un domicilio y colgarán. Va al lugar, recibe un sobre, entrega el paquete y se regresa, siempre en ese orden; por su propia seguridad, no indague absolutamente nada y sea discreto”.

–La clave lada me llevaba hasta Mazatlán. Me dieron dinero suficiente para los gastos de camino más un bulto que coloqué en una insignificante mochila, y salí a la brevedad posible, vestido como el más ordinario de los mortales.

Llegué a Mazatlán completamente agotado por el largo viaje, pero de inmediato hice la llamada desde un teléfono público y me trasladé al domicilio, eran casi las 9 de la noche, tenía un hambre insufrible. La casa no parecía la de un capo importante, más bien era muy poco llamativa, un largo muro escoriado aquí y allá, con varias ventanas y un portón de madera de pino con un ojo para ver a los visitantes. Toqué el timbre, tardaron varios minutos en responder. De pronto se abrió una ventanita labrada en el portón y una mano me extendió un sobre, entregué el paquete y de inmediato me volví.

Sentí urgencia por salir de Sinaloa, nunca había estado en Mazatlán, sin embargo, no presté atención a nada, estaba nervioso. Compré mi boleto hasta Tepic, donde cené y me alojé en un hotel de medio pelo. A pesar de mi agotamiento no me fue fácil conciliar el sueño. Pasaban muchas cosas por mi mente, estaba muy lejos de saber en qué me había metido. El trance de burrero a una posición mayor suele ser muy larga si tardas en aprender los movimientos básicos o si no das el ancho para algo más.

Te soy sincero, Chava, en un principio pensé que apenas fuera aceptado me pondrían una “cuerno

de chivo” en las manos, y que me darían consignas criminales; no fue así, por el contrario, extrañamente me pidieron que nunca usara armas. Las reglas que me dictó Marcelo se grabaron más en mi piel que en mi cerebro, porque cada una de ellas era causa de sentimientos y reflexiones desconcertantes. No creí que un cártel, o este cártel en particular, operaba de tal modo. Tampoco sabía cómo habrían sido mis reacciones ante la necesidad de confrontar de inmediato la muerte mía o la de un enemigo. “Si mueres pronto, veremos por tu familia”, fue otra cosa que me dijo Marcelo, por eso creí que desde el comienzo ya me estaba asignada un arma de asalto. De cualquier manera ya no tendría otra opción sino convertirme en asesino si la ocasión se presentara. Eso era lo que me quitaba el sueño: no quería ser un asesino, mucho menos que me asesinaran, pero ya no había marcha atrás.

En fin, regresé a mi base y entregué el sobre. Me pagaron y me retiré al departamento que había alquilado lejos de mi familia. Me sorprendí al contar el dinero: ¡Había cinco mil pesos! Yo no esperaba más de dos mil. Recuerdo un detalle: el paquete que llevé a Mazatlán olía a hierbas alcanforadas, como aquellas que usaba mi madre en infusiones y linimentos para curar nuestras enfermedades. Tampoco pasé por alto que a mi regreso, al llegar a la agencia de viajes, salió del lugar un anciano que cojeaba visiblemente, vestía un raído ajuar de campesino. Sentí el impulso de tener un rasgo de bondad con él y darle un billete de cien pesos, y así lo hice, porque me recordó a mi abuelo; alcancé al buen hombre y le dije: “tenga, amigo, de algo le han de servir”. Vi que me miró un poco sorprendido y luego de darme las gracias continuó con su penoso andar. Quise preguntar a la misteriosa muchacha que atendía la agencia sobre aquel personaje, pero otra vez mi piel sufrió un escalofrío al recordar las precisas reglas dictadas por Marcelo.

13.- Esa muchacha que colaboraba con mi jefe era hermosa, muy hermosa y distinguida; acostumbraba usar unos lentes ligeramente polarizados que le daban un toque intelectual y permitían ver sus grandes ojos claros y sus pestañas largas y espesas. Era ese tipo de belleza aristocrática, de genuino abolengo, que suele encontrarse todavía en los Altos de Jalisco y en algunos otros lugares donde fue muy destacada la presencia europea. Pero yo era mortalmente tímido con las mujeres, además, ahí estaban las reglas de Marcelo.

En los siguientes meses realicé muchos viajes, todos en autobús, a ciudades bastante lejanas, como Hermosillo y Mexicali, entre otras, siguiendo meticulosamente las reglas de discreción, llevando aquellos perfumados paquetes; en todos los trayectos me distraía leyendo buenos libros y soñando despierto en la muchacha, cuyo nombre supe providencialmente, ya que un día, al llegar a la oficina, estaba atendiendo a un viajero, cosa que hacía con rapidez y exactitud, era muy eficiente. Al terminar el asunto, el cliente de la agencia le dijo: “gracias, señorita Isabel”. Al parecer le incomodó mucho que yo supiera su nombre, su hermoso nombre de reina que le sentaba a la perfección; era una reina, no podía haber tenido otro nombre. Yo no lograba quitármela de la mente, veía sus ojos ante mí e imaginaba que me sonreía, que era amable conmigo, pero la realidad era otra muy distinta.

Para hacerme saber que debía presentarme, hacían sonar mi celular dos veces. Tenía rotundamente prohibido contestar y hacer cualquier llamada desde ese celular o desde cualquier otro teléfono, con excepción de las casetas públicas que utilizaba al llegar a mi destino. Cierta día, Isabel me entregó el papelito para que me aprendiera el número clave y observé extrañado que era más largo, con dos dígitos adicionales. Guardé silencio, me lo aprendí e hice añicos el papel, lo tiré al cesto y le dije a ella con estúpida frescura: “¡adiós, Isabel!”. Levantó la vista furibunda y me dijo casi gritando:

“¡Lárguese!”.

Yo, el hombrón hercúleo y potencialmente más violento que un tigre herido, que ya me sentía pieza clave de aquel enigmático negocio, salí de allí presuroso, convertido no en una fiera sino en manso corderito. El desplante autoritario de la muchacha me dejó a ras del suelo. Me di cuenta avergonzado de que ella tenía un gran poder sobre mí, su personalidad era avasallante. No podría en el futuro volver a dirigirme a ella, incluso me torné más tímido, pero un rescoldo de orgullo y rebeldía se avivaba en mis entrañas, en consecuencia, decidí por el momento y por amor propio que en adelante yo también sería despectivo y distante. Me equivocaba.

Llegué a mi casa y volví a escribir el número antes de olvidarlo por la agitación que llevaba. Estuve dándole vueltas y vueltas al asunto, me paraba, caminaba muy inquieto alrededor del cuarto y luego volvía a lo mismo, me era imposible descifrar la clave. Ni siquiera pude dormir, con la mente como chacamota, menos sabiendo que tendría que salir temprano a la mañana siguiente. Sin embargo, al amanecer, cuando estaba en la ducha, sentí un chispazo repentino y casi salté de júbilo. ¡Había descubierto la clave! Era de lo más simple: ahora, en lugar de una clave lada habían colocado un código postal. Mi destino era Ciudad Juárez, territorio de cárteles sanguinarios.

En el camino me propuse apartar de mi mente a Isabel. Mi amor propio herido me llevó a tomar la decisión de no dedicarle ni un pensamiento más. No fue fácil. Mejor dicho, fue imposible. Estaba humillado, mi autoestima vacilaba y se encogía. Recordé también que en tres o cuatro ocasiones me había encontrado con Marcelo al llegar a la agencia y él ni siquiera me miró, mucho menos intentó saludarme. Apenas iba yo sintiéndome importante me daban un soberano apachurrón y me volvían a mi puesto de humilde escarabajo. Saqué de muy adentro de mis entrañas mis restos de paciencia y tolerancia, me repetí mis estrategias y reglas; encontré que yo mismo me había planteado anular cualquier relictos de autocompasión que hubiera en mí, borrar me como persona y solo tener en mi mente los objetivos y propósitos centrales para los que estaba dedicando mi vida, no es necesario repetírtelos, Chava, estoy seguro de que los recuerdas. El orgullo estaba atrás de todas mis determinaciones cruciales.

Pero se acercaba un cambio inesperado. El éxito del viaje a Cd. Juárez, mi habilidad para descubrir la clave y la confianza que había capitalizado con mi precisión y eficacia, me trajeron novedades.

14.- Llegué a la agencia y sin más Isabel me entregó un papelillo con un nombre y una dirección. Lo tomé y salí aprisa, sin verla a la cara. ¡Cómo me habría gustado complacerme siquiera un segundo en mirarla a placer! Me dirigí al domicilio que estaba a poca distancia y pregunté por la persona. Me hicieron pasar a una amplia instalación muy ventilada e iluminada, era un gimnasio; luego vino un individuo, me entregó unas guanteletas y me dijo: –“póntelas y golpea aquel costal durante una hora”–. Cuando ese tiempo transcurrió vino de nuevo, dijo que me esperaba mañana a la misma hora, y así todos los días durante dos semanas, después de las cuales me agregó otro ejercicio y luego otros más. Después de dos meses de prácticas, con breves intervalos por mis viajes, me puso enfrente a un individuo un poco más bajo pero tan fuerte como yo; apenas me coloqué unos guantes de boxeo cuando aquel sujeto comenzó a golpearme, yo le respondí pero no le atinaba ningún golpe, era extremadamente ágil para su estatura y corpulencia. No pude tocarlo, parecía adivinar la trayectoria y eludía mis ataques con sorprendente agilidad y reflejos. En cambio, me vine a mi casa todo magullado; cuando mi cuerpo se enfrió los dolores aumentaron, y sin embargo, al siguiente día fue lo mismo y así sucesivamente. Noté que podría haberme

lastimado mucho más, pero no lo hizo, medía la fuerza con que me atizaba. Yo, el hombre duro, sagaz, astuto y fuerte como un león, el que humilló a Alfredo, no servía para nada, era un bulto. No obstante, dos o tres semanas después, comencé a colocar algunos golpes.

Al principio medité en ello, pero después, ni siquiera pensaba en cuáles serían los propósitos de Marcelo al enviarme allí.

—Chava, creo que ya te aburrí, ni siquiera te he dado espacio para alguna pregunta o la oportunidad de despedirte para ir a tu trabajo, discúlpame.

—¡El trabajo, ah, ni me acordaba! —Respondió Chava con un gesto de estupor. Miró al cielo, se levantó y dijo: “mañana nos vemos”. Se alejó con las manos en los bolsillos.

15.- Llegó otro día y los amigos nuevamente se encontraron, pero en esta ocasión Alberto le dijo a Chava:

—Hoy quiero escuchar, no hablar; hoy quiero saber acerca de ti y de las personas que viven en este paraíso, cómo son, cómo transcurre su existencia en este apartado rincón de México, junto al mar.

—Ni creas que aquí ocurren cosas interesantes, dijo Chava y prosiguió: —nuestra vida se desarrolla igual cada día: llegamos amaneciendo junto al mar y tanteamos su estado de ánimo, casi casi le preguntamos en voz alta para dominar su continuo estruendo, le pedimos consentimiento para remontar sus cimas e ir hasta más allá de la rompiente, donde las aves nos indican que andan los manchones de peces, los que tú conoces, puras pirruñas: pequeños robalos, arenques, sardinas, lisas, mojarras, huachinangos y pargos, entre otros; ni siquiera pensamos, con nuestros raquíticos avíos, en atunes o marlines. ¿Para qué?

No todos vivimos del mar, como te habrás dado cuenta; más adentro, hacia San Vicente, hay excelentes tierras, extensos plataneros y otros cultivos que prosperan a la vera del río; allí trabaja mucha gente realizando duras jornadas de sol a sol. A mí como a algunos otros me gusta más el mar, con todo y sus riesgos. Yo no cambio esa sensación de libertad, esa amplitud que te deja aventar la vista hacia el fin del horizonte, yo no podría andar ni siquiera un día en las huertas sin sentirme como un prisionero, chorreando sudor, derritiendo mi cuerpo a cambio de un salario siempre igual. En el mar me siento más hombre, más dueño de mí mismo y de mi destino.

Soy hijo del mar, de ese monstruo compulsivo, tantas veces irascible, que también es pródigo y sabe ganarse nuestro afecto y respeto; quienes lo queremos, desde antes de nacer ya estamos familiarizados con su violencia; todavía siendo niños ya somos capaces de sentir sus cambios de ánimo; muchos de nosotros ni siquiera apetecemos ir tierra adentro, no nos atraen la gente y la vida de las ciudades. Cuando el mar nos amedrenta con sus arranques intempestivos, nos quedamos en nuestras casas fabricando artesanías para venderlas el fin de semana a los turistas que se aventuran por estos lares.

Recuerdo que el capricho de mi esposa al casarnos era ir de viaje hasta Veracruz; ella deseaba atravesar el país para conocer el otro océano, la otra orilla del continente. Quería saber si aquel mar era igual que éste.

Cuando llegamos al puerto soplaba un viento helado y caía una lluvia tan fina como el rocío. No nos esperábamos un clima tan hostil, tampoco se me olvida cómo se sacudió emocionalmente mi esposa cuando acudimos al malecón y allí unos niños esmirriados, famélicos, a pesar del frío viento y la lluvia, se arrojaban a las violentas aguas sin ningún temor en cuanto veían acercarse un turista, y otro chiquillo que permanecía en la superficie nos indicaba que les arrojáramos una

moneda, entonces, aquellos niños de entre 8 y 12 años, se sumergirían varios metros hasta alcanzar el piso del mar para rescatarla.

Era estrujante la emoción que nos oprimía el alma al ver cómo aquellos niños flotaban al ritmo que marcaba la agitación del mar, ya se elevaban un metro ya descendían otro, con su carita orientada hacia arriba, esperanzados en ver caer una moneda, mientras que a pocos metros, en el “Café Parroquia”, opulentos ciudadanos, gente acomodada e insensible, se deleitaban con exquisitas bebidas y manjares. Cosas de nuestro país. No se me olvida que le dije a mi esposa, quien tenía la cara tapada con sus manos, desatada en sollozos: “¡no son niños, son peces que parecen niños, o son niños que nacieron en el agua!”.

Pero estaba inconsolable. Me dijo: “¿Cómo es posible que en nuestro tiempo ocurra esto? ¡Vámonos de aquí, vámonos cuanto antes!”

Aquel mar oriental no era como el nuestro, no me transmitía nada, era menos azul y más indiferente, menos cálido y humano, sus distancias e inmensidades eran grises y desoladas, quizá por el clima de ese día, pero la desolación se apoderó también de mi alma. Remontamos el eje neovolcánico y un día después descendimos a nuestra cálida playa, entonces mi esposa expresó, al ver a lo lejos los grandes árboles que disimulan nuestro pueblito: “Para qué buscamos otros paraísos si ya tenemos el nuestro”. Desde entonces se hizo muy renuente en volver a salir de aquí. En Veracruz esperábamos ver “las palmeras borrachas de sol”, pero el clima nos lo impidió. Cuestión de suerte, tal vez.

Somos hijos del sol de la tarde, muy distintos a los hijos del sol de la mañana y a los hijos del sol del mediodía. Hemos pasado en ocasiones por momentos muy difíciles en que todos nos hacemos fuertes estando cerca unos de otros; eso nos ha hecho respetarnos y ser solidarios, hacer trabajos en común y desterrar de nuestros sentimientos cualquier chispa de discordia o de violencia. Podría presumirte que somos una verdadera gran familia, sin falsedades ni hipocresías. El mar ha forjado nuestro carácter, nos ha hecho humildes y pacientes, nos ha constreñido a vivir en esta franja, en este punto de transición entre el continente y el océano. Esta es una orilla cierta, así lo decía mi abuelo, un borde entre dos mundos y nosotros estamos en medio. Tememos por un lado a la maldad que se va enseñoreando en los seres humanos hacia el interior del continente, la cual se extiende hacia todos los ámbitos como una niebla corrosiva, creemos que ya nos acecha, y por el otro a esta inmensidad de agua incomprensible y aterradora. Estamos, como te dije, en una orilla cierta del océano, y sabemos que existe otra, a una distancia casi infinita, donde viven personas muy distintas de nosotros, cuyo lenguaje y costumbres nunca entenderíamos

Cuando tengo un poco de calma y me siento por allí a contemplar esa incesante convulsión de las aguas, recuerdo otros tiempos, los de mi niñez, en que aquí vivíamos muchas personas, muchos hombres, mujeres y ancianos, muchos niños y jóvenes, pero en los últimos años hemos venido haciéndonos menos. Igual como ocurre con todos los pueblos y aldeas remotos y pequeños como el nuestro, los jóvenes se están yendo, cada vez más lejos. Al principio vuelven con cierta frecuencia y luego van espaciando sus visitas más y más, hasta que se olvidan para siempre de su lugar de origen. Vemos con tristeza cómo van perdiendo su candor e ingenuidad, que son las cualidades más cautivantes y nobles de un ser humano; las ciudades les roban la inocencia, eliminan la transparencia de su alma, los despojan de ese último encanto.

En mis recuerdos nunca puede faltar el profesor Raúl Llamas y sus lecciones que influyeron en mí para toda la vida. Por la tarde, fuera del horario de escuela, le gustaba caminar por todo el largo de la playa y toleraba mi compañía y mis preguntas. Eran tiempos en que todavía abundaban los

profesores con vocación, realmente comprometidos con los niños de su país.

Una clase en especial se grabó muy hondo en mi mente. La recuerdo casi palabra por palabra. Nos dijo un día:

–“Hoy vamos a hablar acerca de los fenómenos naturales, de la lluvia, las erupciones... ¿quién de ustedes sabe decirme *para* qué llueve?”

Casi todos levantamos la mano, casi todos sabíamos *para* qué llovía. Yo dije que *para* hacer crecer la milpa, otro *para* que bebieran los animalitos del campo, uno más *para* que hubiera manantiales y no faltó el que dijo: “*para* que se llene el mar”.

–No –dijo un poco decepcionado–. No se puede decir que llueve “*para*” porque eso indica propósito y la lluvia no tiene propósito.

–¿Entonces *para* qué llueve? preguntó un niño muy inteligente.

El profesor movió la cabeza y pacientemente comenzó de nuevo:

–Les digo que la lluvia, las erupciones, los terremotos, no tienen propósito, no deliberan, no reflexionan en hacer algo determinado, que se relaciona con nosotros, las personas, sino que se puede decir que ocurren “*por*”, es decir, porque existe una causa física o ambiental que da origen al fenómeno, pero ultimadamente ustedes son niños y no voy a quitarles el sentido mágico y de fantasía que tienen por el mundo, no es tiempo, por el contrario, me voy a hacer cómplice de ustedes, y les voy a decir que siempre me pregunto: ¿Acaso el sol puede hacer todo lo que hace sin saber de sí mismo, sin saber que él es él? No me parece posible. ¿Acaso la luna puede causar las mareas y circundar la Tierra sin darse cuenta de lo que hace? No me parece posible. ¿Acaso el mar y las tempestades pueden desatar su furia sin un mínimo de conciencia? No me parece posible. Los antiguos, para no volverse locos, asignaron personalidad de dioses al sol, al mar, al viento, y así resolvieron el problema. Yo lo resuelvo sin considerarlos dioses, pero sí dueños de conciencia y emociones, y así quedo satisfecho y aplaco un poquito mi asombro ante el misterio indiscernible del mundo y del universo–concluyó el profesor.

16.- –Desde entonces –prosiguió Chava–, yo renuncié también y de por vida a decir que llueve “*por*”, y creo, para hacer más hospitalaria mi estancia en el mundo, ser parte del misterio y del asombro, que llueve “*para*” y que el mar tiene sentimientos y emociones. Sin ese sentido de propósito las grandes fuerzas de la naturaleza pierden su magia, su significado, y no lo acepto. A veces, cuando el mar se agita más allá de toda proporción, en las noticias de la tele dicen: “hay mar de fondo en las costas del Pacífico”.

Pero no es así de sencillo y vulgar el asunto; uno que está aquí y lo presencia piensa otra cosa. En esos momentos el mar toma impulso desde muy adentro y forma olas tan descomunales como el flanco de una montaña, en su vientre curvado se ve un color verde profundo, un verde asombroso que hipnotiza, que no encuentras en ninguna otra parte, y luego, el penacho que se forma en lo alto de la ola se adelanta por algún manotazo del viento y cae como una cascada, formando un largo bucle que abruptamente se desploma y desfallece en la playa. Esto, tú Alberto, es deliberado, es producto de un estado emocional que no sabemos comprender; quizá el mar se está divirtiendo sin importarle las consecuencias ni lo que digan sus microbianos espectadores.

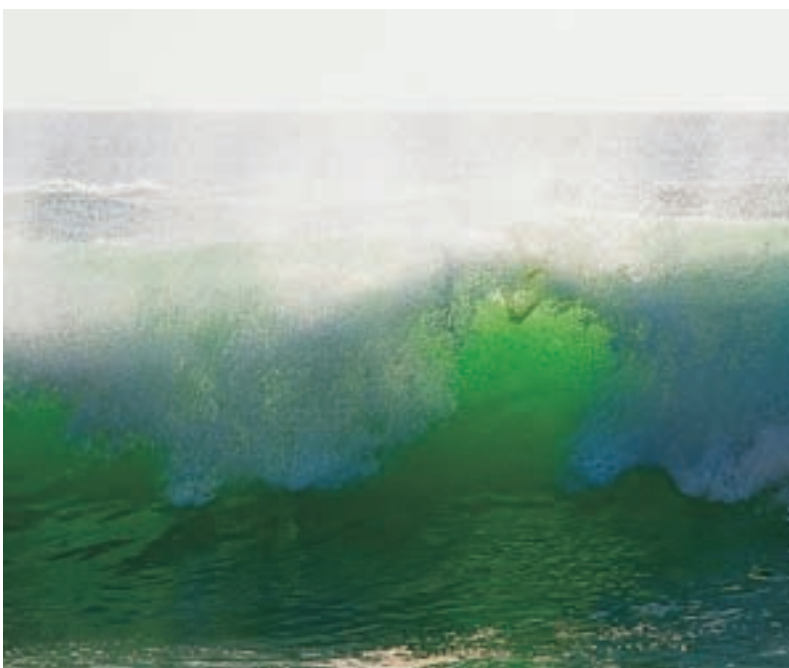
Otras veces, cuando hay luna llena, el mar se apacigua, embelesado y tímido en la contemplación de la bella y redonda señora. Casi dormido, extiende sus brazos hacia la tierra provocando las más

altas mareas del mes. Sus olas son suaves y aplanadas, brillan en la cima como plata líquida; es así de calmo para que la luna pueda reflejarse en su plenitud, y todo lo que escuchas, en el borde mismo del océano, es un tenue murmullo. Esto es también un momento emocional que nos alcanza, influye en los que estamos cerca haciendo variar nuestro estado de ánimo; por eso decido quedarme con mis creencias: que no me digan nada, no quiero discutirlo con nadie, el mar es “alguien” que piensa y siente. En ese momento no puedes más que reconciliarte con el monstruo, perdonarle sus veleidades y amarlo profunda y entrañablemente, como lo aman todas las criaturas que viven en sus llanos y sus abismos.

Decía el profesor Llamas que la Tierra, comparada con el Sol, es como poner una grajea junto a un balón de básquetbol.

“¡Eso no es cierto! Respondíamos enojados todos los chiquillos –¡El sol es bien chiquito, del tamaño de un balón de fútbol, lo que pasa es que está muy caliente, por eso encandila!”.

–Si así es, si tan pequeño es el mundo, ¿Cómo no quedarte perplejo ante esta prodigiosa inmensidad de agua? Los de aquella camada de niños y los de otras que siguieron después, mientras él estuvo, mientras no nos lo robó la



ciudad, quedamos marcados para siempre. Somos individuos meditados, reflexivos.

Tú viste, Alberto, la crecida del río y notaste que no nos impresionó mucho, eso ocurre porque siempre comparamos los sucesos. En este tiempo de verano y principios del otoño el océano se preña de tempestades, de huracanes. Me encanta que les pongan nombre de personas; a los que tienen nombre masculino les decimos huracanes y a los de nombre femenino, huracanas, y ya con su nombre, es mucho más fácil atribuirles deliberación y propósito.

Si uno de ellos llega a nuestra playa nos encuentra alertas, pero no sirve de mucho. De cualquier manera va a destrozarlo todo, sabemos que así ocurrirá, que no hay nada capaz de confrontar al huracán. Cuando vino “Iván”, por ejemplo, se ensañó con nosotros. Muchos se fueron a San Vicente, de allá es mi esposa, se llevó a mi niño para refugiarse con sus padres. Otros ganaron para Cerro de Ortega y unos más para Coahuayana. Yo me quedé, no por hacerla de valiente, sino por poner a salvo mi lancha y lo más que pudiera proteger en la casa. Quedamos algunas decenas aquí, inclusive niños. Sentimos cómo empezaban a **llevar** vientos encontrados y maniáticos que agitaron el océano produciendo olas bulliciosas y desorientadas que se enfrentaban entre sí. Bandadas multitudinarias y escandalosas de aves marinas volaban hacia tierra firme buscando refugio.

Esos funestos presagios anunciaron las calamidades que se nos venían encima. Nos guarecimos en la escuela, que era la construcción más robusta. Nos entendíamos con la pura mirada. En esos casos, frente a un peligro mortal, nos reforzamos como familia. Sabemos que vamos a necesitar unos de otros, que solo dándonos la mano sin reservas podremos resistir.

La fuerza del viento que iba abriéndole cancha al huracán fue creciendo y creciendo sin límite alguno, sus ráfagas taladrantes penetraban en el mar que se hacía chinito y vibrante como si estuviera hirviendo; repentinamente, el océano enviaba grandes aludes de agua capaces de alcanzar las enramadas. Toda su ocasional y fantástica belleza se volvió terror puro. En ese momento lo creíamos implicado con el funesto “Iván” en el propósito de acabar con nosotros. Poco después la lluvia caía tan tupida como si fuera una sola gota interminable y gigantesca. Siniestros remolinos deambulaban en total anarquía, escarbando surcos en la tierra, arrancando de cuajo los árboles y haciendo añicos las palapas, cuyos techos dispersaban muy lejos como si fueran hojas de papel.

Ya no pudimos ver nada, todo el entorno se volvió de un color grisáceo, el atronador aliento del huracán nos llenó de pavor y angustia, los vidrios de las ventanas estallaron sobre nosotros; sin que el techo sufriera daño todavía, el agua se iba encharcando en el interior porque la lluvia era casi horizontal. Nos apretamos fuertemente, unos contra otros, dejando un hueco para aprisionar en él a los niños.

Aquel tormento indescriptible duró larguísima hora que nos parecieron años; nadie escuchaba nuestros gritos y lamentos, de nada sirvieron nuestras plegarias, quizás porque nuestros pecados eran muchos o tal vez porque el huracán fue capaz de someter a todos los ejércitos del cielo. El más grande poder humano simplemente no era nada ante lo que teníamos encima de nosotros. Lo que más recuerdo de esos instantes fue una sensación de desamparo que me hizo sentirme pequeño y vulnerable.

Entraban a la escuela torbellinos agudos como verdugillos, como furiosos rehiletes, buscándonos deliberadamente, ciegos de rencor, obcecados en destruirlo todo; nuestra conciencia vacilaba y alucinaba: de pronto nos sentíamos ya licuados, ya convertidos en bruma, en niebla que se sumaba al caos, luego nos volvíamos pequeñas entidades lívidas, fantasmales, sometidas a la ira más intransigente y despiadada, y así ocurrió exactamente, durante miles y miles de años, porque cada segundo era equivalente a un año y cada segundo parecía el último de nuestra vida, pero tuvo un final, no podía ser de otro modo; hubo un momento en que los torbellinos se irguieron y avanzaron hacia el norte, convocados por el núcleo del huracán; todavía succionaron agua en la

porque cada segundo era equivalente a un año y cada segundo parecía el último de nuestra vida, pero tuvo un final, no podía ser de otro modo; hubo un momento en que los torbellinos se irguieron y avanzaron hacia el norte, convocados por el núcleo del huracán; todavía succionaron agua en **laplaya** hasta hartarse y arrojaron, con gala de fuerza centrífuga y ánimo perverso, una infinidad de inocentes criaturas lejos del litoral. A varios cientos de metros del mar, sobre la tierra torturada y lllagada, encontramos peces de toda índole, parecían vivos con sus ojos escandalizados y brillantes, más allá de su muerte tan violenta.

17.- Después de aquella atroz eternidad quedamos todos agonizantes, con el alma y el cuerpo enteleridos. Poco a poco amainó el viento y la lluvia se hizo fina y vertical. Salimos de la escuela cuando llegaba la tarde, todavía pudimos ver hacia el norte la retaguardia del monstruoso fenómeno que se alejaba reptando por el litoral. ¡Era deliberado todo lo que hacía! Lo sospeché, pero no quise aceptarlo ni por un momento, que trabajaba en contra nuestra por encargo del océano.

Tras el núcleo del huracán quedó un techo de nubes grises que se extendía infinitamente hacia todos los horizontes. Bajo la lluvia fina y decadente fuimos arrastrándonos vacilantes hacia la proximidad del mar. Quedaban de nuestra aldea solo algunos postes aquí y allá, girones de árboles, ramas desnudas que antes habían sido frondosas. Ahora comprenderás, Alberto, porqué en nuestra aldea todo lo que se construye tiene un aspecto provisional.

Nuestros mayores nos convocaron a la planicie que precede a la playa, donde estaban las enramadas, a prudente distancia del mar que no terminaba de sosegarse. Las mujeres y los niños se habían quedado sin lágrimas y sin palabras. Su terror los había enmudecido. Algunos mostrábamos dolorosas heridas causadas por los fragmentos de cristal. No podíamos creer que fuera real el aspecto que presentaba la escuela, solo nos salvamos porque no le fue posible al huracán arrancarle su techo de dos aguas, pero había porciones de muro en el suelo, huecos por todas partes, puras ruinas inútiles y aterrantes.

Nadie faltaba pero todos parecíamos ánimas en pena, suspendidos en la perplejidad, absolutamente agotados, sin color en la piel, sin aliento siquiera para mantenernos en pie. El resto de la tarde y parte de la noche estuvimos curándonos las heridas y recuperando la sensación de estar vivos. Cesó la lluvia casi a la medianoche, se improvisó un precario toldo y en él nos acurrucamos, dándonos calor unos a otros, sintiéndonos todavía llenos de compasión por nosotros mismos, criaturas ínfimas, huérfanas y olvidadas, expuestas a un destino fatal, soladas por fuerzas y poderes cuyas dimensiones y alcances iban más allá de toda posibilidad de comprensión.

A la media noche me encaminé a la playa, hacia el sur comenzaba a ser posible distinguir una que otra estrella. El mar iba calmándose paulatinamente. Regresé más sereno al refugio y pude dormir un poco. Era muy temprano cuando fui de nuevo hasta la playa. El mar me sorprendió con su extraño sosiego, no recordaba haberlo visto así de apaciguado. Él también parecía exhausto, formaba pequeñas olas que llegaban casi desvanecidas a la orilla. Eran como una delicada caricia al litoral. Solo algunas se resolvían en efímera espuma que quedaba untada en la arena.



Después de aquel trance nos fortalecimos física y moralmente. No así los niños que al menor soplo de viento corrían a aferrarse a nuestros cuerpos y algunos comenzaban a llorar de miedo. Incluso después de meses todavía padecíamos en ratos y sin causa justificada momentos de angustia y desorientación.

18.- –¡Y así dices que aquí nunca pasa nada! –Terció de pronto Alberto–. ¡Qué deliciosa y sorprendente narración la que has hecho, Chava! La he disfrutado palabra por palabra, he sentido en carne propia todo lo que ustedes sintieron, he comprendido toda la magia de este lugar y lo justificada que fue mi elección de venir aquí a esperar acontecimientos que son cruciales para mi porvenir. Veo que te expresas con propiedad y es algo que no me esperaba, –dijo Alberto.

–Eso se lo debo también al profesor Llamas –agregó Chava– Era muy estricto con la ortografía y la pronunciación. Nos dictaba páginas enteras y exigía que fueran limpias de faltas. En esos tiempos en que lo tuvimos con nosotros también había clases en las tardes y él las aprovechaba para contarnos cuentos, historias muy interesantes que él nos escribía o que seleccionaba de sus libros. Recuerdo algunas de un autor de nombre Francisco Rojas González, cuentos de indios, muy candorosos y divertidos; otras de un tal Bruno Traven; también nos leyó novelas que nos mantenían en un hilo, concentrados a más no poder en la trama. Nos dejaba siempre muy “picados”. Sin que nos apurara nadie, llegábamos temprano a la escuela, carcomidos por la curiosidad de saber los desenlaces. Recuerdo los nombres de algunas: “Los bandidos de Río Frío”, “Las tierras flacas”, “El fistol del diablo...”

La influencia del profesor Llamas alcanzaba a toda la aldea. A pesar de ser joven se le respetaba y casi se le veneraba porque en él se advertía un inmenso deseo de hacernos mejores a todos sin empeñarse en imponer nada.

Cuando él se fue también se fue la magia; nos quedamos con un vacío muy grande, con una sensación de orfandad y metidos de nuevo en una zona de olvido. Solo una ocasión volvió con nosotros en plan de visita, trajo con él a su joven esposa y su hijo. Se hizo una fiesta aquel día, una fiesta inolvidable en que todos, hasta los más enteros de ánimo, ya con algunas copas, dimos rienda suelta a nuestras emociones. Aquella vez hubo más llanto que alegría como ocurre cuando se nos abre una herida que ya iba cerrando.

Enseguida, ambos amigos se despidieron. Chava dijo que al día siguiente saldría a Tecomán a comprar algunos refuerzos para sus herramientas de pesca y que podrían verse dos días después.

19.- –Me interesa mucho saber qué fin tuvo tu entrenamiento– le dijo Chava a Alberto apenas se vieron .

–Te va a sorprender –respondió Alberto. –Transcurridos nueve meses de mi intenso entrenamiento ya era tan ágil como mis entrenadores, y quizá más. Se desarrolló todo mi potencial físico. Era puro nervio y puro músculo, mi cuerpo no tenía un miligramo de grasa, y cuando caminaba por allí sentía vigorosas oleadas de bienestar, un verdadero y profundo bienestar. Casi me sentía capaz de emprender el vuelo en cualquier instante, creo que si me lo hubiera propuesto de repente habría vencido la ley de gravedad y volar al parejo de un halcón.

Siin embargo, aún no sabía cuál era el propósito de todo aquello. No había vuelto a ver a Marcelo desde hacía muchos meses, solo continuaba con mis tareas que ya conoces. Pero venían acontecimientos trascendentales para mí que se sucedieron en poco tiempo.

Cierta vez llegué a la agencia para una misión. Isabel me entregó un papelillo en el cual había escritas dos líneas de texto, dos frases separadas por un punto y me dijo: “allí está ahora la clave”.

La miré a la cara brevísimamente, con un aire de desconcierto. Se me olvidaba decirte que en esa ocasión, por primera vez, la encontré sin sus habituales anteojos. Su rostro me pareció increíblemente hermoso, digno de una madona pintada por El Greco o por cualquiera de los más grandes artistas clásicos. No te exagero.

Me aprendí las frases y le devolví el papel, lo tomó y lo destruyó rápidamente. Al entregárselo tuve la audacia, o más bien no pude controlar mi impulso, de ver nuevamente sus divinos ojos, fue una millonésima de segundo, pero creí advertir en ellos un rasgo de indulgencia, un brevísimo destello de mansedumbre o cordialidad.

No te imaginas lo que aquello significó para mí. Sin embargo, no podía perder la concentración. Me fui a casa repasando las dos frases, las reescribí al llegar y comencé a reflexionar en la forma en que vendría oculta la clave en aquellas palabras. Una nueva energía, más allá de todo lo comprensible, se apoderaba de mí, un poder personal que trascendía lo físico me poseía. Era ese rayito mágico salido de los sublimes ojos de Isabel.

Nunca pude apagar la hoguera de mi intenso e irracional amor por la muchacha. Revivió como si le hubiera arrojado el más poderoso combustible. ¡Qué amor tan grande y tan ciego! Me dije, en plan de justificación: ¿Acaso no soy un joven de apenas 22 años? ¿Acaso no estoy en la edad en que el amor arde tan vigorosa e incontrolablemente como cunde el fuego en un bosque reseco?

Entonces construí una Isabel imaginaria, la coloqué a mi alcance y la abracé tiernamente, le dije las más cálidas y sentidas frases de amor: “¡Te quiero, alma mía, te quiero con todas mis fuerzas! ¡Te querré siempre, aunque siempre me ignores!” Agoté rápidamente mis fuerzas en aquella violenta efusión de mis sentimientos. Me dije que la amaría platónicamente, la querría a lo largo de mi vida igual que ahora aunque ella nunca me perteneciera, y con ese ánimo de renuncia que deliberadamente le inculqué a mi alma me dispuse a estudiar las frases y a encontrar la clave, en ello iba empeñado todo mi futuro.

Sé decirte que en ese momento, mucho más preparado, habiendo leído bastantes libros por mis largos ocios, y con aquella preparación física obtenida, ya me sentía capaz de conseguir un empleo decente, bien remunerado. Si me arreglaba con ropa adecuada, capaz que habría dado la impresión de ser un gerente de mueblería.

Pero eso no era posible. Además, tan solo pensar que ya no podría ver a Isabel era motivo de una tristeza mortal para mí. Ese era mi destino, el que yo acepté con libre albedrío, el que ahora tenía encadenado a mi persona y estaba obligado a vencer cualquier atisbo de renuencia.

Me concentré en descifrar la clave. Curiosamente, no sentía temor, me creía capaz de hacerlo. Verás porqué.

Unas semanas atrás había leído una entretenida novelita de Julio Verne en la cual relataba un viaje por el río Amazonas en una “ganga”, es decir, en una gran balsa de madera como las que en otra época, no sé si ahora, se utilizaban para hacer el traslado de cargas forestales y mercancías entre los pueblos que iban surgiendo a la vera del gran río.

Este viaje en particular se iniciaba en Iquitos, en el Perú, y terminaba en las costas brasileñas del Atlántico. En el mismo iba el principal protagonista de la novela, un rico hacendado, a quien al llegar a Manaus se le arrestó acusado de un viejo crimen que lo condenaba a muerte, a menos que sus familiares descifrasen una clave que permitiría demostrar su inocencia.

Manaos era, en la época en que transcurre la novela, un pueblo pequeño. Actualmente es una urbe moderna. Se encuentra en el punto donde el Río Negro, el afluente más importante del Amazonas, vierte sus aguas oscuras en el revolcado caudal que el padre de todos los ríos recolecta, con la ayuda de caudalosos tributarios, en el flanco oriental de la cordillera de Los Andes.

La clave fue descifrada en un ambiente de premura y angustia como los que yo suelo enfrentar, y el autor de la novela describe en boca de sus personajes muchos de los criptogramas usuales en la época.

Las prolijas descripciones de Julio Verne acerca del entorno físico y geográfico en que se desarrollan sus novelas hacen que uno se sienta en el lugar, atestiguando en primera fila los hechos. Allí supe que el río Negro, cuyas aguas de reflejos acerinos son muy distintas a las del Amazonas, principalmente por su alto contenido de detritus orgánicos, puede comunicarse con el Orinoco, el cual desemboca en el mar Caribe después de atravesar Venezuela. Esto ocurre porque el Río Casiquiare, en un punto de su trayecto, se bifurca; un ramal corre hacia el gran río venezolano y el otro descarga en el Negro. Así, podría abrirse una ruta entre el Océano Atlántico y el Mar Caribe a través de la selva amazónica. Me prometí viajar algún día a Manaos para navegar hacia el norte por el río Negro hasta conectar con el Orinoco a través de los ramales del Casiquiare y contemplar un nostálgico atardecer en los extendidos y fértiles llanos de Venezuela, escenarios de aquella deliciosa novela “Doña Bárbara”, escrita por Rómulo Gallegos.

Para no alargar tanto mi narración, vuelvo ya a mi confusa circunstancia: enamorado perdidamente de una linda niña inalcanzable y envuelto en tenebrosos desafíos delictivos. Comencé sistemáticamente a elaborar hipótesis muy diversas sobre la clave. Pensé que si la letra inicial de la primera palabra, más las dos de la segunda y las tres de la tercera (no cuentan las conjunciones), las traducía en números, de acuerdo a su posición en el abecedario, y con la segunda frase hacía lo mismo pero al revés, me daría un número de cierta cantidad de dígitos, si eran 15 encontraría la ciudad con una clave larga y si eran diecisiete con un código postal.

Para mi satisfacción, así fue; estaba orgulloso de mi astucia, inclusive recuperé un poco el ánimo ante mi dolorosa desesperanza de alcanzar algún día el amor de Isabel.

20.- La ciudad era Reynosa, que junto con Nuevo Laredo formaban en aquel entonces un crisol de sicarios y nido de las mafias más sanguinarias del país. Al otro lado del Río Bravo estaba Texas, en cuyos pueblos cercanos a la frontera, en sus arrabales más pobres, se criaban sicarios como en granja entre la población latina.

Cuando regresé de aquel viaje en el que adquirí mayor pericia en el arte del sigilo y el anonimato, Marcelo me ordenó presentarme.

He pasado por alto un hecho que después resultó importante. El día en que Isabel me hizo el grandioso regalo de mirarme con mansedumbre, aunque también con tanta fugacidad como lo que dura el guiño de una estrella titilante, vi otra vez salir de la oficina al anciano semi inválido, pero en compañía de otro anciano un poco más viejo, más delgado y alto que el ya conocido. Caminaron penosamente ambos hacia mi ubicación, creí que iban a ignorarme del todo, pero el que veía por primera ocasión, al pasar me miró con el rabillo del ojo con una intensidad que me sorprendió. Presentí en esa mirada algo ominoso, amenazante, tal era su agudez y fuerza, pero también fue demasiado fugaz, y yo solo pensaba en Isabel, en nada más.

Ambos ancianos atravesaron la calle, subieron a duras penas la banqueta y se dirigieron a un

templo cercano, quizás para orar por su salud. Hasta allí les presté atención. Toda la importancia que les daba era debida al hecho de que salían de la oficina de Marcelo, eso me intrigaba mucho.

21.- Pues bien, me presenté con Marcelo, quien me dijo de buenas a primeras:

–Has pasado una prueba muy difícil que te abre las puertas a otro nivel. Adivinar esa clave revela tu astucia, tu aplicación y tenacidad. Con eso y más méritos que has acumulado estás listo, según mi apreciación, para pasar a la siguiente etapa. Si me haces quedar mal la responsabilidad será mía pero sufrirás algunas consecuencias. Haremos un viaje por carretera y durante el mismo y las demás horas que estemos juntos podrás hacer las preguntas que quieras y de daré las explicaciones que considero pertinentes para este momento. Te dije un día que nunca preguntarás nada, pero ese nunca no era absoluto, era relativo: te has ganado el derecho de hacer preguntas. Espero que las prepares todas, sobre los temas que más te inquieten. Según tus preguntas, yo sabré como andas y decidiré dar o no el siguiente paso. Te darás cuenta en buena parte con quién andas, a qué *organización* perteneces y los alcances y poderes que ésta tiene. Saldremos mañana a las siete a.m. Aquí te espero.

–Como tú comprenderás, Chava, mi mente ardió por el resto del día y la mayor parte de la noche. Te confieso que durante largos dos años yo llegué a estar plenamente convencido de que la “*organización*” solo éramos Isabel, Marcelo y yo. Mi error al considerar tal cosa como un hecho era del tamaño del mundo. Después de aquella larga conversación que al siguiente día sostuve con Marcelo ya nunca más pude dar nada por hecho respecto a la *organización*, así como tú nunca puedes dar nada por hecho respecto al estado de ánimo del océano. Pero esta parte la dejamos para mañana, es hora de despedirnos.

–Espera, Alberto, mañana tengo la intención de invitarte a entrar al mar, a las zonas de pesca; tú me diste a entender que te gusta saber de qué te están hablando, no quiero que esto lo sepas nomás de oídas, sino que lo veas de cerca y lo vivas; me dijiste también que jamás has navegado, y yo te sé decir, aunque nunca he ido lejos, estar dentro del océano es muy distinto a verlo desde la orilla. No quiero marearte para luego burlarme de ti, te aprecio y te respeto y esa salida es un regalo que quiero hacerte. El tiempo es propicio. En esta parte del año, cuando no hay tempestades, el clima es parejo en extensiones muy grandes, lo que aquieta el viento y el mar se tranquiliza; es cuando los antiguos navegantes decían que había calma chicha, cosa que aborrecían, ya que sus barcos de vela se negaban a avanzar en los anchos llanos del mar. Penetraremos unos cuantos kilómetros y cuanto tú lo decidas regresaremos. Con esta intención fui el otro día a Tecomán, a comprar unas refacciones para poner a punto el motor de mi lancha.

A Alberto le encantó la idea, aunque no dejó de sentir un apretoncillo sobre su estómago, era algo nuevo y desconocido para él, y lo desconocido siempre trae para nosotros por lo menos un restito de ansiedad y temor. Lo previno sobre algunas medidas básicas, como no cenar alimentos de difícil digestión y no almorzar sino hasta el regreso, luego se despidieron.

Concilió el sueño con mucha dificultad. No obstante lo que dijo Chava, el estruendo de las olas se escuchó durante toda la noche hasta el cuarto que había rentado para su misteriosa espera.

22.- Amaneció con un cielo límpido; la naturaleza pasó la noche pintándolo de un azul muy intenso y uniforme, solo hacia el oriente se desteñía un poco por la inminencia del amanecer; a lo lejos, muy adentro del mar, una tropa de nubecillas de intensa blancura cabalgaba lentamente

hacia el norte. Ya estaba en la playa Chava, esperándolo, con media lancha al alcance de las olas. Entre ambos botaron la pequeña embarcación, encendieron el motor y enseguida Chava demostró su pericia al remontar las olas sin que Alberto sufriera ninguna salpicadura. Sabía torcer en el momento preciso para tomarlas oblicuamente, aparte de que no eran muy prominentes, ya que no había “mar de fondo”.

Pronto el escenario cambió. Alberto sufrió de inmediato una notable variación en su sentimiento de seguridad. Rápidamente extrañó la tierra firme, comenzó a sentirse oprimido por el temor, desamparado y pequeño. –“Estoy más tranquilo en medio de una balacera, dijo para sus adentros”-. Se sentía suspendido, en vilo, sin asidero alguno, subiendo y bajando alternativamente como aquellos niños-peces de Veracruz. Alberto le había reprochado a Chava en aquella ocasión que no les aventara algunas monedas, pero él sostuvo que sí lo hizo; en cuanto su esposa dio la espalda a la conmovedora escena, arrojó toda la morralla que traía, para que no fuera de balde el chapuzón. Incluso, Chava afirmó haber visto, con una última mirada, que daban ágilmente una vuelta de marlín y se clavaban como veloces dardos hacia el fondo.

Pero ahora estaba aquí, retando al monstruo, con el miedo de despertar su ingente cólera; y no podía demostrar temor, por el contrario, se dio ánimos, metió las manos en el agua formando un cuenco y la que atrapó la hizo escurrir hacia su pecho; le dijo a Chava, con aire de filósofo helénico:

–Este es el caldo primigenio, Chava, el que auspició el surgimiento de todas las especies, el que incubó la simiente de la vida, el nido de donde salió nuestra estirpe para reinar en tierra firme; el mismo mar de la era cámbrica, de la era mezozoica; una gota de estas aguas pudo haber estado en el vientre de una criatura que existió hace 500 millones de años.

Chava se dijo a sí mismo: “Nomás que aquel caldo primigenio nunca recibió la descarga de letrinas”.

Alberto iba a seguir hablando emocionado, en el mismo tono cursilón y pedante, pero ya su rostro palidecía, se convulsionaba su estómago de manera muy ajena a su voluntad, la náusea le cerraba la garganta y la vista se le volvía confusa. Chava se dio cuenta y le dijo:

–¡Frótate el esternón, en medio del pecho, frótate con fuerza, de arriba hacia abajo...! Pero es mejor que lo dejes venir, solo así el cuerpo aprende a superar estas pruebas, como un niño aprende a no caer para evitar el dolor que le producen sus primeros porrazos.

Acto seguido, Alberto elevó el nivel del océano varios centímetros al volver una y otra vez su estómago, a pesar de no haber cenado. Parecía que sus entrañas se estaban disolviendo en un líquido vitriólico que le provocaba ardor en la garganta.

–Parece que estoy arrojando hierro fundido, o ácido sulfúrico –le dijo desfalleciente a Chava a punto de gritar que se regresaran.

Pero luego aquella tortura comenzó a ceder. Recuperó el sentido de ubicación y volvió a hacerse consciente de su entorno. La cabeza le dolía, sobre todo en el área de la nuca y en torno a los ojos, como preludio de una migraña. La orilla estaba ya muy lejos, a varios kilómetros.

¡Qué contraste! ¿Cómo es que dos mundos tan inmediatos pueden ser tan diferentes, uno líquido, el otro sólido? ¡Y todo en el mismo planeta, en la pequeña grajea! Hacia el Oeste, nada más la azul y abrumadora inmensidad; hacia el Este, una sucesión interminable de cordilleras, biseladas por el sol naciente con un intenso brillo perimetral; era una pintura sublime, con un mundo en tres planos: el océano, colapsando y resurgiendo sobre sí mismo; el continente, soberbio en su

despliegue de majestuosas cumbres, y al fondo, el pálido lienzo del firmamento; un paisaje idílico. Alberto sintió una conmoción, no podía más que inspirarle ternura toda la magnificencia que se desplegaba ante sus ojos.

Alberto, sintiéndose ya demasiado lejos, estiraba el cuello hacia el Oeste, como queriendo avistar la costa de Taiwan, imaginándose un pasajero de la Kon tiki. Pensaba que la superficie del mar estaría tersa, pero no era así, por el contrario, a pesar de la inmovilidad del viento, el mar parecía vivo; desde muy abajo fuerzas insólitas henchían enormes masas de agua que formaban extensos promontorios, luego éstos desaparecían dando lugar a depresiones. Semejaba este fenómeno un ciclo de respiración, embriones de olas. Todo aquello era atemorizante, y no calmaba su zozobra la seguridad mostrada en todo momento por Chava.

Aquel mundo sin solidez ascendía y bajaba al parecer deliberadamente, con el propósito de deshacerse de Alberto. Pero él reaccionó, intentó acompasarse con el monótono vaivén, como lo hizo años atrás en que se vio impelido, para dar gusto a su hermanita, a subirse a un juego de feria en el que batían frenéticamente a los atrevidos usuarios. Volvió el estómago pero al final se acompasó con el ritmo de la máquina y hasta le tomó gusto.

Así navegaba Chava, dejándose llevar, sutilmente acompasado con el mecimiento del océano. Esa era la calma chicha, una oscilación vertical inofensiva para los navegantes experimentados. En realidad, Alberto no sabía nada del mar, al menos en lo que se refiere a la navegación. En otras circunstancias, con un mar embravecido y agitado por vientos poderosos y veloces, con gruesos volúmenes de agua moviéndose incontenibles en todas direcciones, el escenario habría sido muy diferente, mucho más allá del vómito.

Logró calmarse y controlar sus malestares. Perdió el temor al darse cuenta que aquella leve perturbación oceánica era inocua. A poca distancia, enjambres de aves disputaban un cardumen en competencia con cazadores subacuáticos. Un solemne pelícano vino a posarse en la proa de la lancha, dio algunos pasos en redondo, con un porte de catedrático universitario, luego miró sesgadamente a la tripulación con descarada arrogancia. Se hizo la ilusión de que allí habría peces, al no encontrarlos emprendió el vuelo sin despedirse y luego se confundió entre su gremio.

—Esas aves son muy longevas, —dijo Chava—, llegan a vivir más de 40 años. La que nos visitó debe ya tener muchos nietos. Conozco a ese personaje, es algo así como un patriarca, un principal, por eso es tan arrogante.

Le divirtió a Alberto escuchar aquello. Ahora, mucho más sereno, fue capaz de percibir rasgos de inquietante belleza en el océano. Si miraba abiertamente hacia la distancia, la vasta perspectiva derivaba en monotonía y en confusión del espíritu, pero en lo corto, la incesante variación de tonos, según se movía el mar, recorría todo el rango de los azules, desde el turquesa de aguas someras, próximo al verde, hasta el azul oscuro y acendrado que se percibía un poco más lejos, en zona de abismos. Además, cerca de la superficie, bullía la vida en infinita variedad. A esa lejanía de la orilla, unos cuantos kilómetros, la densidad de nutrientes dispersados por el río propiciaba esta diversidad y abundancia de pequeñas criaturas. Más adentro, en el mar profundo, era posible encontrar portentosos depredadores con categoría de trofeo, como el marlín, el pez espada, el atún, entre otros.

Pero no irían más adelante. Por el contrario, emprendieron el regreso. Cuando arribaron al litoral, Alberto caminó por aquí y por allá, ponderando la consistencia del suelo; cuando estuvo seguro de su solidez, sin mirar hacia el mar, se despidió de Chava y se alejó de la playa pensando que era mucho más divertida la tierra firme, sin que por ello menospreciara el encanto de las olas, el

embujo del mar en su arribo a la costa, siempre que se le disfrute a prudente distancia.

23.- Chava ansiaba más que nunca la reanudación del relato de Alberto, quería saber lo que a aquél habría de decirle Marcelo, se desesperaba por alcanzar ya un desenlace, que por cierto estaba todavía muy lejos de conocer, por ello, se mostraba puestísimo a prolongar el tiempo de conversación. Aquel relato lo hacía emigrar con la imaginación a otros mundos posibles, a asomarse al sórdido ambiente de las metrópolis y así romper, aunque fuera ficticiamente, las rutinas de una vida monótona que solo tenía encanto para los fuereños.

Así, cuando apareció Alberto, casi corrió a su encuentro, conminándolo sin palabras a continuar.

Apenas se hubieron sentado, Alberto comenzó:

–Puntualmente, emprendimos el viaje Marcelo y yo, en un coche de modelo atrasado, en buenas condiciones mecánicas pero de apariencia más que ordinaria; era uno de esos autos anodinos, que cualquiera puede tener. Me entregó un libro, un tomo de una enciclopedia de historia, y me ordenó ponerme unos lentes.

–Debes parecer un profesor con una condición económica estable y con una apariencia muy decente. Llévate el pesado libro en las piernas, porque si no, te va a cansar. En un largo tramo de la ruta que vamos a recorrer hay muchos retenes militares, no debemos despertar ni la menor suspicacia.

–Él por su parte vestía una chaqueta gris, se podría confundir con un maestro carpintero o mecánico de pueblo. Se tiñó las sienes de blanco, o alguien le hizo este trabajo que tenía mucho estilo y naturalidad, aparentaba ser 15 o 20 años más viejo. Me instruyó para que de ahí en adelante nos habláramos de tú con el objeto de establecer un ambiente de camaradería, luego explicó:

–Los militares nunca le prestan atención a los viejos; el narco y otros delitos graves son cosa de jóvenes, por eso, el que me preocupa eres tú, así que afina tu perfil de profesor.

Yo me esperaba un portentoso camionetón, de esos que hacen sentir a individuos que de repente ganan dinero, como semidioses propensos a aplastar a los simples mortales con una mirada. No es que ambicionara tal vehículo, solo creí que eso era lo apropiado para un jefe como Marcelo. Me olvidaba otra vez de sus reglas de no resaltar, de pasar inadvertidos.

–Haciéndose cargo de la situación, me dijo:

–Quizá te decepcione mi coche, Alberto, o quizá ya entendiste que vale la pena seguir al pie de la letra la estrategia. Lo importante siempre es mantener la integridad física, salir bien librados de todo lo que emprendemos. Debemos resistir el deseo, muy común en los ignorantes y novatos, de sobresalir socialmente, destacar por las posesiones y el dinero llenando el cuello y las manos con llamativos colgijes de oro, plata y brillantes, eso ha perdido a muchos que tuvieron solo un breve esplendor. Hoy están muertos o en la cárcel.

–Me sorprendió pero no me decepciona –le respondí–, de momento pensé que no correspondía con el poder del dinero.

Estás equivocado al pensar que el dinero es un poder, es solamente una herramienta del poder.

–¿Entonces qué es lo que da el poder? ¿Las armas?

–Tampoco. Las armas solo se pueden adquirir con dinero o robándolas, lo cual no es muy práctico. Las armas también son una herramienta del poder.

Guardé silencio un momento. Obviamente, Marcelo creyó que estaba reflexionando en el asunto,

pero mi pobre inteligencia no funcionaba eficazmente debido al sentimiento de aprensión que entonces estaba experimentando.

Después de unos instantes continuó:

—El verdadero poder lo da la inteligencia. Cuando la hay es posible evitar los desastrosos efectos del uso de esas herramientas. Ellas te dan solamente una sensación de poder, no un poder cierto y de largo plazo. Cuando no está la inteligencia de por medio, el dinero y las armas te llevan a callejones sin salida. Incluso grandes imperios han caído o están en plena decadencia, por entregarse a la ficción de poder basada en las armas y el dinero.

Un cártel sanguinario que somete a sus víctimas a través del terror que provocan las armas, tarde o temprano se ve envuelto en largos ciclos de venganzas más y más atroces hasta que es derrotado. Cuando el dinero es la principal herramienta, usándola para comprar voluntades, información, servicios clandestinos, entre otros, llega a volverse tan costosa la operación del cártel que se ve obligado a diversificar sus fuentes de ingreso, cayendo en la trampa del secuestro, el robo, la extorsión, el sicariato, cosas todas ellas que crisan a la sociedad, la cual presiona a las autoridades, un enemigo muy difícil de eludir. A partir de ese momento el cártel puede ser sometido a una persecución implacable y es obligado a andar siempre a salto de mata. Todo eso se puede evitar usando la inteligencia.

Cuando la sociedad está crispada, aumenta la atención a los detalles, se acendra la desconfianza, todo mundo está alerta, lo cual acorrala a los delincuentes. Por el contrario, cuando hay calma, sensación de seguridad entre la gente, muchos detalles se pasan por alto, cada quien anda en su mundo, entregado a la solución de sus necesidades inmediatas; si a ello le agregamos una estrategia eficaz para pasar inadvertidos, seremos casi invisibles. Las autoridades solo reaccionan ante los delitos de alto impacto. Nunca van contra un cártel silencioso, sigiloso, porque no lo perciben, pero el reto nuestro, el desafío que vale la pena, es que tampoco otros cárteles nos perciban.

Por eso los cárteles operados con inteligencia rehúyen estratégicamente el escandaloso uso de las armas, el soborno y el sometimiento de funcionarios y cuerpos policíacos, con ello ahorran mucho dinero y se sostienen en el largo plazo. Ya volveremos más tarde sobre el tema, por lo pronto quiero escuchar tu primera pregunta para que vayas entrando en calor.

—De hecho ya respondiste algunas de mis inquietudes —le dije a Marcelo—. Pero, como dices, para entrar en calor, la primera que me inquieta es saber por qué estoy recibiendo este intensivo entrenamiento en artes marciales.

—Saúl, nuestro jefe y diseñador de las estrategias y reglas que nos rigen, ha sido muy específico en ese tema. Él quiere que los miembros de la *organización* aprovechen cada día en incrementar sus capacidades, no quiere mediocres ni torpes. Se invierte mucho dinero en lograr esas capacidades, pero, como verás más adelante, es muy redituable. Como te dije, no sé si lo notarías, 'se invierte', no dije 'se gasta'. Las capacidades o habilidades que en este momento estás adquiriendo son para que las tengas disponibles, no para que andes de peleonero, busca bullas. Si esto último hicieras te pondríamos en paz en una forma que jamás olvidarías.

24.—Era la primera vez, tu Chava, que escuchaba el nombre de “Saúl”. Ya te imaginarás mi estado de ánimo. Iba absolutamente concentrado en las palabras de Marcelo, ni siquiera me daba cuenta por dónde íbamos pasando. Le dije entonces:

—Nunca pensé en dar mal uso a esas habilidades, pero me siento muy bien por haberlas adquirido,

es algo que te agradezco muchísimo y a lo que sabré corresponder.

—Sé muy bien que así será. Si hoy estás aquí, conmigo, es porque te lo has granjeado, como ya te dije ayer. Hemos seguido cada uno de tus pasos, has sido impecable, incluso has superado pruebas en las que otros fracasan, eso ha llamado la atención inclusive de Saúl; si todo marcha bien quizá en algunos meses lo puedas conocer. Esas habilidades que estás desarrollando se te dan para afinar tu cuerpo y tu espíritu, para que perfecciones tu capacidad de autocontrol y tu sentido de alerta. Te extrañará que diga “sentido de alerta”, pero así le llamamos porque en una época de nuestra evolución, igual que los animales silvestres, teníamos ese sentido adicional, que las criaturas salvajes siguen conservando, pero los humanos ya lo perdimos, o lo tenemos vestigialmente. Esa calidad vestigial del sentido de alerta se manifiesta, por ejemplo, cuando “sentimos” que alguien nos mira fijamente a nuestra espalda.

Cuando llega a desarrollarse debidamente, podríamos decir que casi eres capaz de percibir con cada célula de tu piel, debido a que, al estar intensamente atento para no recibir los golpes de tu entrenador, se exagera la sensibilidad de cada una de tus fibras nerviosas. Llegas a estar extremadamente alerta, como el venado que se encamina en la noche a beber en el manantial sin perder ni por un brevísimo instante la atención a todo su entorno, la variación en el ritmo de los más recónditos sonidos y murmullos del bosque, por ello es capaz de detectar un mínimo cambio, su vida está de por medio. Así, a pesar de que el puma es en extremo sigiloso, el venado podrá huir y ponerse a salvo. Igualmente, nosotros debemos ser capaces de una muy alta sensibilidad y concentración para percibir cualquier cambio sospechoso, aún el más pequeño, en el ambiente que nos rodea, inclusive cuando nuestro enemigo es tan sigiloso como un puma.

—Lo que me decía Marcelo iba suscitando más preguntas e inquietudes que las enlistadas por mí. Una pregunta, ya has de sospechar cual, pugnaba con mucha fuerza por salir de mi boca. Era sobre Isabel; me moría por saber algo más de ella, pero allí fue donde puse a prueba mi poder de controlarme. No haría esa pregunta. De hecho, había tomado esa decisión desde antes de reunirme con Marcelo.

Por lo pronto, mi mayor apremio fue saber sobre Saúl, personaje cuya existencia ignoraba por completo.

En respuesta a esa interrogante, me dijo:

—Pronto lo verás, como ya te dije, si es que lo acreditas. Él ya te ha visto, y tú también, pero no supiste de quien se trataba.

—¿Cuándo fue eso? —Le respondí sorprendido.

—¿Te acuerdas de que hace poco tiempo viste a un par de ancianos salir de mi oficina?

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Entonces Saúl es un anciano?

—Sí él lo desea, sí.

Esas respuestas me desconcertaban totalmente.

—¿Y el otro anciano, el de la pierna enferma?

—Ese era mi tío Benjamín.

—Pero cómo es eso posible, si tú me dijiste, con mucho énfasis, que no mezcláramos a los parientes en lo que hacemos, ¿o tú si puede

Noté que reprimía la risa, pero al fin se soltó riendo abierta y relajadamente. Vio que me cohibía

por su reacción y rápidamente agregó:

–No te ofendas por mi risa, no pude evitarla, no tiene nada que ver contigo, es de satisfacción, de alegría, porque demuestra un logro personal, sobre todo mío porque a Saúl todavía no lo conoces, aparte de que no sé a cuál Saúl verás. Su plasticidad es extraordinaria, no creo que alguien pueda igualarla, ya te contaré más adelante. Dije que era un logro mío porque ¡el anciano enfermo era yo!

–¿Cómo es posible? ¡Eras un anciano, con todo lo que es un anciano, ya pidiendo el reposo de la tumba! Caminabas penosamente, arrastrando tu pierna mala.

–Lo era tanto –dijo él riendo de nuevo–, que me diste cien pesos para mis medicinas. Te veías muy conmovido, como una dama de la caridad. Pero en tu descargo, te diré que no es la primera limosna que recibo, y no me ofenden, me llenan de satisfacción. Aparto ese dinero y lo guardo como un trofeo, espero juntar lo suficiente para jubilarme.

–Río deliciosamente, una larga y burbujeante carcajada, y yo también lo hice.

–También quiero saber por qué afirmas que conoces todos mis pasos, he ido muy lejos.

–Por más lejos que vayas, sin darte cuenta, te estamos custodiando y observando; te pongo como ejemplo un viaje, el que hiciste a Mazatlán. ¿Quién crees que te recibió el paquete al llegar a tu destino?

–No tengo la menor idea.

–Fui yo

–¡Pero si te vi antes de irme!

–¿Para qué crees que sirve la agencia de viajes? Tomé un avión casi de inmediato, cuando llegaste ya tenía horas esperándote, luego alguien te siguió para ver todo lo que hacías. Hiciste lo correcto.

–¿Qué llevaba en el paquete? Olía agradablemente, a hierbas alcanforadas.

–Eso llevabas, hierbas alcanforadas.

–¡No puede ser! Siempre creí que llevaba cocaína, o tal vez heroína.

–No traficamos heroína. Tomamos solo riesgos cuidadosamente calculados, y en tu primera acción habría sido una tontería cargarte con droga. Fue hasta tu quinto viaje, a Mexicali, cuando llevaste droga, y en todas las ocasiones yo estuve listo para recibirte el envío.

–También esa vez el paquete olía a menta, a hierbabuena recién cortada –le dije.

–Manejamos esencias aromáticas naturales para confundir el olfato de los perros, por las dudas. Son muy efectivas.

–Mi viaje a Reynosa me atemorizó. Aquello es un hervidero de criminales que sienten más compasión por una cucaracha que por un ser humano.

–Lo sabemos, y me agrada que a pesar de tu temor no pusiste ninguna objeción a ese viaje. De hecho, jamás has puesto ninguna objeción. De todas maneras, no ibas corriendo mucho riesgo, lo que llevabas eran dulces de menta, de esos que te regalan en muchos restaurantes en el platito en que te traen el vuelto al pagar la cuenta. El viaje, aunque muy largo, solo se haría si adivinabas la clave que se te dio en dos frases, y lo hiciste. Eso era lo que importaba, no lo que pudieras llevar.

Antes de eso ya eras una buena inversión, ya había mejores planes para ti; después de eso, me acabaste de convencer de que todo lo invertido en ti nos será redituado con creces.

–Comienzo a tener la impresión –le dije a Marcelo– de que esto es mucho más grande de lo que imaginaba, durante años creí que solo éramos tres personas.

–Somos muchas, muchísimas, rigurosamente escogidas, pero solo muy pocas están dedicadas a transportar enervantes. Te voy a explicar cómo reclutamos a nuestros miembros y cómo procedemos en su preparación y en el desarrollo de sus potenciales para que se coloquen a la altura de las expectativas que tiene la *organización*.

Nosotros no atrapamos emigrantes centroamericanos, ni reclutamos ninis a canastadas, como lo hacen los cárteles sanguinarios, y jamás ponemos droga al alcance de ninguno, mucho menos armas. Aquí nunca se consumirá un gramo de droga, y en cuanto a las armas, para que puedas tener acceso a una, es porque ya pasaste una infinidad de filtros que prueban tu incuestionable lealtad, un supremo dominio de tus impulsos y un conocimiento integral de la *organización*, para que sepas qué estás defendiendo, entre otras cosas. Imagínate que ponemos de inmediato armas en poder de personas como las de algunos países de Centro América, que vienen huyendo de una lacerante situación de miseria y desesperanza, lo cual puedes ver en sus ojos, en su mirada triste pero ferozmente cargada de resentimiento. No podrías controlarlos, mucho menos si los haces dependientes de una droga, en cualquier momento se vuelven contra ti, sin ningún control de sí mismos.

Si fuera así, si nos viéramos precisados a reclutarlos, primeramente cambiaríamos sus sentimientos, haríamos que recobraran la auto estima, les daríamos una intensa preparación de acuerdo a sus preferencias y aptitudes físicas y mentales, hasta colocarlos en los parámetros que nos rigen.

Pero no es ese el caso, más adelante en esta conversación sabrás porqué. Nosotros, como muchos otros cárteles, reclutamos entre los ninis del país, pero hay de ninis a ninis, tú sabes. Algunos de ellos tienen concluida una carrera profesional, otros poseen una gran prestancia física y otras cualidades que son de interés. El gran reclutador es Saúl, nadie como él para maliciar lo que hay dentro de una persona, en su mente y en sus sentimientos.

Saúl podría no hacer ese trabajo, él es el jefe, cuenta con personas capaces de llevarlo a cabo con todas las exigencias y criterios de la estrategia, pero le divierte muchísimo, dice que es un gozo de altísimo nivel para su espíritu: moldear a una persona, construir con ella a un ser excepcional, llevarla al extremo de sus posibilidades, hacerla apta para asumir exitosamente responsabilidades que nunca imaginó, y hacer que la *organización* coseche el fruto de este esfuerzo. El talento así creado hace que todo marche como una máquina de precisión siempre afinada. Seleccionar a los reclutas es algo que debe llevarse a cabo con muchísima discreción y tacto. Una buena elección siempre va a fortalecernos.

Saúl puede andar por allí, donde menos te lo imaginas, con un carrito de mano, hurgando en depósitos de basura, recogiendo material reciclable, vendiendo globos a los niños en una plaza, o cacahuates tatemados en un rústico anafre, sobre un pedazo de petate. Pero mientras lo hace, su mirada de lince está barriando el entorno. Si encuentra un prospecto va a indagar todo respecto de él, su situación familiar, sus estudios, sus rutinas, lo más que pueda averiguar. Solo después de esta minuciosa indagatoria, la cual ignora el sujeto, decide si va más adelante o lo descarta.

En caso de ser elegido, el recluta comienza laborando en una de nuestras empresas para continuar

en observación. Puede ser alguien que se quede allí o que reciba impulso para escalar a otras posiciones. Sea como fuere, apenas llega, sin importar donde se le ubique, a la vez que trabaja recibirá continuamente capacitación. Es cuestión no solo de estrategia sino también de hombría hacerlo así, dice Saúl. Lo primero que recibe cada persona al llegar aquí es un fuerte impulso a su autoestima, con ello abre las puertas, despeja el camino para acceder al laberinto de su personalidad.

–¿Por qué Saúl puede hacer esto? Pienso que descuida la *organización* y eso puede ser grave, ya que él es el jefe.

–Muy buena pregunta. Saúl puede hacerlo gracias a la estrategia de llevar al extremo la creación de talento, porque el talento resuelve problemas, hasta los más difíciles, regularmente con acierto y eficacia. En cada posición clave hay talento, y en los niveles bajos siempre está en ascenso el talento, esta es la inversión más rentable que te puedas imaginar. Eso permite que seamos prescindibles, que nos alejemos con la confianza de que la máquina funcionará tan bien como si estuviéramos nosotros. Ser así, prescindibles, nos da un gran margen de maniobra, una libertad para ir más allá, explorando nuevas posibilidades, nuevas áreas de oportunidad.

–Tengo otra pregunta: ¿cómo se está limpiando el dinero producto del tráfico de drogas?

–Hace mucho tiempo, en la etapa anterior al liderazgo de Saúl, se hacía como todavía lo hacen muchos: en agencias de automóviles, casinos, hoteles, aserraderos que devastan bosques enteros, sin importar un comino la destrucción de diversidad genética y biológica; en condominios de lujo, en gasolineras, entre otros.

Luego vino otra etapa, ya con Saúl como jefe, con otra visión: se crearon empresas agrícolas muy tecnificadas, con cultivos de alto rendimiento y mercado de exportación. Cuando este ramo se vio muy invadido por otros cárteles que también descubrieron sus ventajas, su relajado manejo fiscal y administrativo, Saúl dejó estos negocios y comenzó a invertir el dinero en algo que le obsesionaba: las plantaciones forestales comerciales, tanto en nuestro país como en algunos de Centroamérica y de África.

Tenemos otros giros que no puedo mencionarte ahora, ya vendrá la oportunidad. Lo único que se decirte al respecto es que el dinero de la droga, como ocurre con otros cárteles, ya no es el principal eje de nuestros ingresos, se le utiliza nada más para dar impulsos muy puntuales a las empresas, para fortalecerlas hasta que alcancen un nivel de desarrollo y autonomía irreversibles. No se trata de limpiar dinero, llanamente, eso es costoso, ruinoso, las comisiones son muy altas, no te saca del peligro, del tufo a muerte siempre omnipresente. Se trata de crear otro tipo de riqueza, sostenible, autónoma, progresiva, con valor social.

¡Centroamérica y África! Estaba con la boca abierta. Durante dos años nunca tuve el menor indicio de esto.

25.- Cruzamos por dos retenes sin ninguna novedad y luego nos internamos por una carretera bordeada de plataneros y huertas de coco y limón, pude advertir que estábamos cerca de la costa.

–¿Tiene enemigos importantes nuestra *organización*, otros cárteles?

–Sí, uno en particular, un enemigo feroz, implacable, tenaz como una hiena. Su banda es un hato de hienas. Hace tiempo que nos persigue. Busca en especial a Saúl, juró matarlo, hacerlo pedacitos y disolverlo en ácido sulfúrico. Ya te platicaré al respecto.

—¿Y aun así, anda por todas partes, confiadamente, descuidando su seguridad?

—No es así, él siempre tiene cerca un grupo de élite, un equipo del más alto nivel, preparado técnica, física y mentalmente para enfrentar las más peligrosas situaciones de riesgo. Este grupo es capaz de mimetizarse entre la gente, de pasar inadvertido totalmente; posee el armamento de uso personal más sofisticado y moderno que hay en el mundo. Saúl ha dicho, pensando en esa hiena: si me matan quiero llevarme a la tumba la certeza de que quien lo haga morirá igualmente, allí mismo, antes de siquiera darse cuenta de que estoy muerto”.

Habrà alguna ocasi3n en que quizá encuentres a un franelero, un limpiabotas, un “viene, viene”, andrajosos, harapientos; no los menosprecies, porque alguno o varios de ellos pueden pertenecer a la guardia de lujo de Saúl. Lo ven todo, lo escudriñan todo, estàn intensamente atentos al entorno. Traen con qué defender a Saúl y a ellos mismos.

—¿Por qué tenemos ese enemigo?

—Hace como diez años, nuestra *organización* era también un cártel sanguinario, dirigido por un hombre lleno de odio que había sido víctima y ejecutor de crueles venganzas. Como todas las bandas que son así, la nuestra solo podía moverse en la noche, en plena madrugada, por caminos vecinales y senderos de herradura; siempre acosados por otros criminales o por agentes del gobierno; dormíamos durante el día en madrigueras clandestinas, como si fuéramos murciélagos.

Como era de esperarse, nuestro jefe cayó en una celada; fue sorprendido en una remota brecha, quizá traicionado por su propia gente. Intentó ponerse a salvo huyendo a pie por un tupido y espinoso breñal, pero no llegó lejos. No comprendo por qué se desperdician tantas balas en matar a un enemigo indefenso. Arnulfo, que así se llamaba aquel hombre, a quien apodábamos “el Barcino” por tener unas curiosas estrías oscuras en ambas mejillas, se lastimó una pierna al correr a ciegas en un terreno escabroso. Lo acribillaron al mismo tiempo varios sujetos. Su cuerpo fue hallado poco después y tenía más de doscientos impactos.

Junto con él murieron otros tres compañeros, el único que logró ponerse a salvo fue Saúl, quien conocía un poco el terreno y era mucho más ágil que sus perseguidores. Nuestro jefe actual era el brazo derecho del Barcino, el único que conocía los contactos para adquirir la droga que venía de Colombia. Ya desde entonces traficábamos solamente cocaína. Especializarte en algo da muchas ventajas, hace más sencillo, más específico el trabajo, estandariza maniobras y disminuye los riesgos. Traficar cocaína en lugar de marihuana equivalía a negociar con oro y no con plata. Un kilo de oro vale más que 50 kilos de plata. Claro, es más difícil conseguir oro que plata, pero es más fácil moverlo y más rentables los riesgos.

Saúl tomó el liderazgo de la *organización*; en un principio nadie se opuso pero al venir cambios muy drásticos surgieron las dificultades.

26.- Estos cambios fueron muy radicales y acelerados. Un hecho fortuito y muy dramático hizo que Saúl profundizara aún más su visión y sus estrategias radicalmente, así como la velocidad de los cambios que tenía planeados. Como producto de los mismos la *organización* adoptó una causa, para darle sentido y trascendencia a los riesgos que corremos todos los días. De esa causa te hablaré mucho en adelante.

Él en persona seguía manteniendo los contactos, comprendía que ese era su salvoconducto para que se abstuvieran de traicionarlo. Todo el capital líquido del grupo se sostenía en esas transacciones que solo él podía y sabía hacer.

Resulta que en una ocasión viajó hasta Tenosique, en Tabasco, cerca de la frontera con Guatemala, en la región de El Petén. Allí tenía contacto y una leal amistad con un joven policía municipal, de nombre Eliseo, quien le proveía de guías confiables y experimentados para conducirlo por zonas peligrosas de selva alta hasta la frontera, o más allá, dentro de territorio guatemalteco, donde se hacía el negocio. Había quedado de verse con el policía en la estación del ferrocarril, al atardecer, a la hora en que su patrulla hacía el rondín por el rumbo.

La vía estaba construida, como en casi todas partes, sobre un alto terraplén. Saúl vio venir la patrulla pero a la vez también circulaba un tren a velocidad considerable, era imposible que la camioneta policíaca lograra pasar, sin embargo, el torpe conductor lo intentó, subió el terraplén y la camioneta se apagó con la punta del cofre sobre la vía. Atrás de la patrulla venían colgados, como en ese tiempo se usaba, dos policías, uno a cada lado. Uno de ellos era Eliseo.

Justo en ese instante el policía reconoció a nuestro jefe y brincó para dirigirse a él, pero llegó el tren y golpeó la camioneta en la trompa, la hizo girar a tremenda velocidad y al hacerlo golpeó al policía en pleno viento, como un bate a una pelota y lo arrojó a los rieles con las piernas hacia adelante. El infortunado hombre fue cortado de tajo por la cintura. Su tronco rodó por la rampa del terraplén y quedó a escasa distancia de Saúl, quien corrió a su lado de inmediato.

Manoteaba, con los ojos desorbitados y la boca muy abierta, queriendo decir algo, pero no emitía ni el menor sonido. Ninguno de sus compañeros sufrió lesiones. El otro que viajaba colgado, lleno de estupor por aquel suceso, se acercó a Eliseo y solo atinó a preguntarle: “¿qué tienes?”.

Saúl tomó la mano de Eliseo y éste se asió fuertemente; el medio cuerpo se contorsionaba y convulsionaba espantosamente, con mil descargas eléctricas enloquecidas, pero luego Eliseo miró a Saúl con un gesto de súplica y él, comprendiendo el motivo de su angustia, le gritó al oído: “¡Veré por tu familia!”. Eliseo pareció escuchar en los últimos instantes de conciencia, luego el cuerpo comenzó a vibrar y a contraerse en un último esfuerzo de aferramiento a la vida. Después, se quedó inmóvil, con sus ojos abiertos, orientados hacia el firmamento. En sus pupilas se alcanzó a reflejar la primera estrella de la noche antes de que Saúl cerrara sus ojos.

Todo sucedió en un minuto y sin embargo, al tener tan intensa concentración en cada instante de la tragedia, aquello pareció una eternidad. Ya se aglomeraban los curiosos en torno a Eliseo cuando llegó una ambulancia. Saúl sufrió para separar su mano. Estaba tan sacudido emocionalmente que todo le pareció haber caído en un estado de suspenso, el mundo estaba suspendido y lleno de estupor. No podía pensar. Había visto tantas veces la muerte con las más atroces consecuencias de sangre y de sufrimiento y sin embargo, nunca fue sacudido tan sensiblemente como en esa ocasión.

Cuando ya se marchaba, alguien le tocó el brazo, al voltear se encontró frente a un individuo de rostro indígena, quien le preguntó:

– “¿De casualidad no es usted Saúl?”

– ¿Quién eres? –le dijo.

– Eliseo me citó aquí para vernos con Saúl, debo ir con él a El Petén.

Acordaron lo necesario para el viaje y se despidieron. Irían por carretera hasta un punto llamado El Ceibo y de allí seguirían a pie por terrenos montosos para cruzar la frontera e internarse en El Petén. Saúl fue entonces a la funeraria donde velaban a Eliseo. Junto al féretro estaba la joven viuda con tres niños; lloraban inconsolables. La escena no podía ser más desgarradora. Comprendió más que nunca los alcances del sufrimiento humano y en su mente se comenzó a

fragar la decisión de hacer un cambio mucho más amplio, un rotundo cambio, una inflexión de 180 grados en la forma en que venía trabajando el cártel. El nuestro no sería nunca más como ningún otro: abordaríamos una causa, una guerra de reivindicación basada en la inteligencia, no en las armas; haríamos acopio de fuerza y de recursos monetarios y los someteríamos al poder de la inteligencia para llevar a cabo transformaciones que coincidieran con antiguos idearios de los pueblos originales. Ya sin el Barcino y sus obsesiones violentas, Saúl tenía toda la autoridad para dar ese cambio, coherente también con sus propios ideales de justicia que lo acompañaban desde la adolescencia. Ya verás más adelante de qué te hablo.

Al siguiente día, antes del sepelio, Saúl fue a casa de Eliseo y entregó a la joven madre una importante cantidad de dinero y le dijo: “Si lo administra bien continuaré ayudándola hasta que sus hijos sean mayores”. Y eso era cierto, porque Saúl, si empeña su palabra, la defiende hasta con la vida.

27.- –Ya sospecharás, Chava, a dónde vinimos Marcelo y yo. A esta aldea. Me encantó desde un principio. Aquí probé por primera vez ese huachinango irresistible, del cual me comí dos en una sentada, porque ya rugía de hambre después de tan largo viaje. Me prometí volver en la primera oportunidad y aquí estoy.

Apenas llegamos, el exquisito olor que trascendía desde la enramada hizo que varios manantiales de jugos gástricos corrieran por mi estómago. Comimos en silencio y al terminar continuamos la conversación, pero después de un momento Marcelo hizo una pausa, me invitó a recorrer la playa. El sol estaba en lo alto. Marcelo se quitó el calzado y se arriscó el pantalón hasta las rodillas, luego caminó sobre el agua salada, llevando en la mano sus cosas. Una contagiante serenidad se reflejaba en sus ojos, parecía no tener prisa ni temor alguno.

–Como te has de imaginar, Chava, a esas alturas Saúl era ya para mí un personaje mítico, de leyenda –expresó Alberto.

La fuerza del sol nos hizo volver a la enramada y entonces Marcelo continuó:

–¿Tienes alguna pregunta?

–Tengo varias –le dije–, pero en este momento no quiero que se me olvide algo que parece una contradicción. Me dijiste que lo primero por donde empieza la preparación de un nuevo miembro es en exaltar su autoestima para abrir las puertas de su alma y volverlo interesado y creativo. Al parecer yo soy una excepción porque he visto mi autoestima siendo arrojada al suelo y luego pisoteada por actitudes de indiferencia y desprecio. A veces me he sentido tan aplastado y bajito como una corcholata, y aún más: he llegado a pensar en esos momentos que si me siento en el suelo me podrían colgar los pies.

Soltó una carcajada y luego añadió:

–Creo que te confundes. Lo que hemos combatido deliberadamente era tu inclinación a sentirte importante. Eso es algo que no podemos consentir. Si dejamos que ese sentimiento prospere, puede llevarte a una descomposición muy grave de la personalidad. Un individuo que se siente importante es alguien que siempre está necesitado del reconocimiento ajeno, siempre anda buscando reflejarse en los ojos de los demás, estar en el pensamiento de los demás; vive al pendiente de los juicios que se hacen sobre él. Una persona así es inclinada a los peores excesos con tal de mantener la atención sobre su individualidad. Un importante, en nuestras filas, nomás por llamar la atención es capaz de hacer descargas al aire sin motivo aparente, como un estúpido loco que quiere impresionar a la gente común.

Esa clase de individuos es la que llena de balas la atmósfera los días más sonados de celebración nacional como “El Grito” y el Año Nuevo, por ejemplo. No queremos de esa gente con nosotros. Ya sabrás más adelante, que si te sacudes el sentimiento de ser importante, equivale a que te libras de un costal de piedras que llevas en tus hombros, te sentirás mucho más libre y ligero, incluso ahorrarás dinero, ya que los importantes lo gastan, a veces en cantidad muy grande, para cubrir apariencias. El importante es un esclavo, en lugar de poseer es poseído, y lo peor es que lo ignora.

La autoestima, la de largo plazo que no está basada en los atributos físicos y otros dones congénitos, sino en las hazañas creativas, intelectuales, en la toma de responsabilidades y de riesgos, en la conciencia del valor propio, es algo muy distinto; cuando la tienes te da seguridad y equilibrio, tus pasos y decisiones nunca son titubeantes. Es un sentimiento que no requiere alimentación externa.

—Creo que lo entiendo —le dije—. Pero todavía no logro captar el porqué de elegir esta vida de riesgo, de continuo sobresalto, siempre entre el fuego de otros criminales y de los cuerpos policíacos.

—Es una pregunta que en parte debería hacerseles a las bandas sanguinolentas —agregó Marcelo—. En lo que cabe a nosotros, ahora somos diferentes, como ya te dije: tenemos una causa, sin embargo, el riesgo está allí todavía y es muy grande. Escogemos esta vida porque no hubo más alternativa y porque es una opción al alcance para hacer esta travesía en el río del tiempo sin aburrimiento. Nunca vamos por allí bostezando. No hay nada más terrible que el tedio, la enfermedad de los ricos; no hay nada más crispante y más venenoso para el espíritu que el aburrimiento, el hastío. Pero no es solo eso, ya verás. Seguiremos hablando al respecto, pero quiero continuar con Saúl.

Cuando regresó de Tenosique por lo pronto nos puso a estudiar. Escogió ciertos libros y nos dijo que era obligatorio leerlos. Hubo alguien que se enfureció, dijo que abrir libros era cosa de afeminados; ya sabrás pronto de quien hablo. Poco después el jefe nos reunió a todos y nos dijo de golpe:

“En nuestra *organización* no habrá más sangre, excepto la de los traidores, que serán ejecutados sin miramientos. Ya tenemos decenas de muertos y decenas también en las cárceles, ya estuvo bueno de tanta muerte. Qué sentido tiene vivir así, siempre de cara a la muerte, siempre envenenando nuestra sangre con chorros de adrenalina, siempre tirando el dinero que con tanto riesgo conseguimos, en comprar autoridades y pagar comisiones”.

Iba a continuar, pero un individuo, un inmundo bellaco que se hacía apodar “el Jaguar”, le salió adelante y le dijo que no estaba de acuerdo, que eso era traicionar el legado del Barcino.

“El que no quiera aceptar estas reglas puede irse, dijo Saúl, pero ahora mismo, de lo contrario ya no podrá hacerlo, porque cualquier deserción será tomada como traición y actuaré en consecuencia.

28.- El Jaguar, más que un felino, parecía un vampiro, por su pelo crespo, abultado, sus orejas puntiagudas, sus ojos oblicuos y siniestros, como dos flechas de obsidiana, su boca fruncida y su rostro cónico. Era una sabandija de las tinieblas, representaba la maldad más extrema, sin límite posible; miró a Saúl con fiereza, retadoramente, y le dijo:

—¿Crees que nos puedes retener nomás porque tú tienes los contactos? ¿Con qué derecho te apropias de ellos si todos hemos peleado por lo que tenemos? —y agregó: ¿no serías tú quien

traicionó al Barcino? ¡Qué casualidad que nomás tú sobreviviste!

–Los cambios se harán –dijo Saúl sin mirarlo siquiera, pero demostrando una determinación que no dejaba lugar a duda.

El Jaguar, quien siempre andaba desabotonado, mostrando el pecho para que todos viéramos un colmillo de ese hermoso felino colgando de su cuello, convocó a sus afines y reunió 15 sujetos, puras fieras tropicales; se marcharon en silencio, pero el Jaguar sentenció:

– “Pronto sabrás de mí, maldito, tú y toda tu gente, bola de maricones. No me hacen falta tus contactos; pondré de rodillas y haré llorar a muchos ricos que me darán todo el dinero del mundo; hoy nace 'la banda de los jaguares', que debió haber nacido hace ya mucho tiempo, y hará temblar a todo el sistema, ¡ay de aquel que se cruce en nuestro camino!”.

Dicho esto, salió aquella manada de chacales en fila india, ante la indiferencia de Saúl y de todos los que le fuimos leales porque reconocíamos su liderazgo.

Con esos términos el Jaguar indicaba que se dedicaría al secuestro y a la extorsión, delitos escandalosos que concitan la intervención de autoridades de todo nivel y hacen que el delincuente ande siempre con la muerte a sus espaldas.

29.- ¿Qué se proponía Saúl con esos cambios?

–Trataré de explicártelo: Desde antes de la muerte de Eliseo venía formulando en su mente ideas y objetivos radicales para el futuro de la *organización*, como ya te mencioné. Él había llegado a la conclusión de que toda esa muerte, esa violencia criminal que asolaba el país, todas las cadenas de venganzas y hechos de sangre, eran producto de una diabólica manipulación exterior apoyada por cómplices internos. Voy a tratar de darte a grandes rasgos un poco de contexto de lo que viene ocurriendo en el país y en toda Latinoamérica:

Como te has de imaginar, dicha manipulación en extremo sediciosa, provenía del imperio. Allí hay gente buena, culta, científicos que con frecuencia están ganando premios Nóbel, avances tecnológicos sorprendentes, viajes al espacio, etc., pero también, por desgracia, personajes demenciales, racistas recalcitrantes, con mucha fuerza económica, con esa fuerza diabólica que dan las armas y el dinero. Lo triste del imperio es que esos tienen el mando, someten con su fuerza a la inteligencia. Siempre están en posiciones clave de gobierno desde donde toman o hacen que se tomen, decisiones que repercuten en mucho dolor y sufrimiento en todo el mundo.

La estrategia de sedición y exterminio se puso en práctica echando a caminar por la libre grandes cantidades de armas, verdaderos arsenales: bazukas, granadas, morteros, rifles automáticos, etc. En pocos años, el problema de la violencia entre bandas del crimen, con enormes y trágicos daños colaterales, se volvió mucho más relevante y costoso económica y socialmente que el problema de las adicciones, el cual se hizo casi invisible ante la magnitud de los hechos violentos.

La inmigración era, aparte de la droga, otro de los grandes problemas del imperio, su control y manejo muy difícil y costoso, por lo cual extendió su campaña sediciosa y de exterminio, la orientó a impactar también en los flujos migratorios. Lo que esa gente piensa de los migrantes se resume en aquella frase pronunciada por un congresista que se fue de la boca, un tal Virgil Peck, quien exclamó una vez: “¡a los inmigrantes indocumentados hay que cazarlos como cerdos salvajes!”.

Parece poco probable a simple vista que una fuerza como la del dinero o la de las armas someta a

la inteligencia, sin embargo, lo hace, sobre todo por el factor miedo. Es el miedo el que da ese aparente poder a quien porta un arma. Cuando pones un arma en manos de un ignorante, sobre todo si es alguien que siempre ha sido humillado o marginado, al darse cuenta de que infunde miedo, creará que tiene poder y hará cosas imprevisibles y funestas.

Dichas personas, como ya te lo mencioné, viven con el pecho lleno de ciego resentimiento, de odio concentrado hacia aquellos que tienen desahogo económico. A través de estas manos y de una manipulación infernal se está concretando la política imperial de exterminio.

La práctica sangrienta de la disputa territorial, entre otras, de seguro sin proponérselo, sigue la corriente a fuerzas muy grandes, a dementes del imperio que se frotan las manos con cada muerte violenta, casi los puedes ver al final del día haciendo cuentas alegres sobre la cantidad de caídos bajo las balas. A final de año los muertos pueden contarse en nuestros países por decenas de miles, a escala mundial por cientos de miles, sin que exista una guerra convencional propiamente dicha, sino solo con hacer que caminen las armas, diabólicas armas diseñadas expresamente para victimar seres humanos; con detonar las disputas y conflictos domésticos entre bandas delictuales y pandillas formadas por los más pobres entre los pobres, por los más ignorantes entre los ignorantes. Nada más fácil que manipular a un ignorante.

Se supone que este proceso, a la larga, por sí solo llevará a una limpieza de criminales y quitará la tentación a quien pretenda emigrar al país de caramelo. En tan solo diez años, a lo largo de Latinoamérica, el número de muertes violentas superó el millón y en esos mismos diez años el imperio interceptó a más de diez millones de migrantes.

Gente como el tal Jaguar y muchísimos otros, ya traía demasiada inercia, y no se tenía por parte de las autoridades ningún control sobre ellos. Esta era la variable que tanto en el imperio como localmente no habían tomado en cuenta: la diversificación del delito con escandalosos impactos que tensionan a la sociedad, como el secuestro, la extorsión, el robo con violencia a domicilios y negocios, entre otros, con regiones enteras sometidas al terror de las armas de asalto prodigadas por el imperio. Sin embargo, como te lo explicaré en otra ocasión, esta variable de la inseguridad y el temor social se manipuló igualmente en provecho de las castas políticas de nuestro país.

30.- Por estrategia y para avanzar en la causa que nos habíamos propuesto, de la noche a la mañana nos esfumamos, “nos tragó la tierra”. Este repliegue estratégico implicó que Saúl, a marchas forzadas, concentrara los activos líquidos de la *organización*, que se hallaban dispersos en múltiples negocios, como casinos, condominios, agencias de autos, etc. En el entretanto, nos ordenó capacitarnos intensivamente en muchas tareas de muy diversa índole: unos tomamos cursos de cómputo, otros estudiaron administración, contabilidad, instalaciones agrícolas; otros más, de acuerdo a su perfil, artes marciales, técnicas de espionaje e inteligencia, maquillaje y habilidades para acechar y disfrazarse.

El capital económico del cártel allanó toda esa tarea pagando a los mejores instructores en cada materia. Además de lo anterior nos alejamos bastante de nuestros tradicionales centros de operación y afinamos al extremo el movimiento de la droga. Nunca más pretendimos crear y mantener un mercado local que nos confrontara con otros cárteles.

Además, pusimos atención en un solo mercado, el del imperio, que produce riqueza y nosotros le ayudamos a que la comparta. De hecho, es un favor nuestro para mucha gente de allá que si no se aturde con las drogas para vencer el aburrimiento, se vuelve loca al tener que confrontarse con una

pavorosa sensación de vacío existencial.

En determinado momento, se hizo la primera inversión en agricultura tecnificada, después de un cuidadoso estudio de mercado y de haber celebrado contratos con firmas comercializadoras. Poco a poco, se fue estructurando un organigrama. La eficacia y la eficiencia en todas las operaciones eran en parte herencia de la disciplina que se guarda en un cártel, donde un jefe es obedecido ciegamente, incluso a riesgo de la propia vida, solo que en las empresas este jefe debe conocer la materia de trabajo, por eso la urgencia de estudiar y dominar profesionalmente este nuevo campo de acción.

–Me hubiera gustado seguir escuchando a Marcelo –le dijo Alberto a Chava–, y hacer otras preguntas que iban surgiendo, pero ya habíamos llegado a nuestro punto de partida y me dijo que nos veríamos muy pronto, que por ahora todo continuaría igual hasta que llegara el momento en que tendría un encuentro personal con Saúl.

Le pregunté si no quería que me pusiera a estudiar algo en particular y me dijo que no era necesario, ya que de todas maneras yo me la pasaba leyendo y que si mis lecturas eran de buena calidad con eso sería suficiente por ahora, ya que las buenas lecturas despejan los horizontes y abren muchísimas posibilidades a las personas, aclaran la realidad, nos desarrollan la percepción y la intuición.

Nos despedimos y yo me fui a mi casa, donde estuve pensando por horas en toda esa larguísima conversación que tuvimos, la cual me daba en cierto modo una gran tranquilidad, ya que siempre había imaginado otra cosa: un cártel violento, en cruenta y permanente disputa por el territorio, siempre frente a una inminente probabilidad de morir. Esto era otra cosa, algo que me hacía sentirme orgulloso y afortunado.

–Pues bien, Chava, sería bueno pararle por ahora, ya me duele la garganta de tanto hablar, y a ti deben dolerte los oídos por tanto escuchar.

–No te preocupes por mí, –dijo Chava–, estas horas que paso escuchándote han sido para mí como aquellas en que el profesor Llamas nos mantenía lelos con las lecturas de sus novelas; de hecho, estoy escuchando una novela, y pareciera como si tú la estuvieras leyendo. ¡Nos vemos mañana!

31.- Llegó un nuevo día. Chava le dijo a Alberto que necesitaba ir a Coahuayana a comprar unos cuartos de madera y para ello había conseguido una vieja camioneta, a lo que Alberto ofreció la suya, mucho más cómoda y moderna. Ambos partieron hacia aquel lugar, muy cercano. Mientras en la tienda habilitaban la madera, continuaron con su conversación.

–Dos semanas después de aquel día en que vinimos a tu aldea Marcelo y yo –inició Alberto–, fui llamado a la oficina. Creí que me estaría esperando Marcelo pero no fue así. Isabel me dio una clave y mientras estaba inclinado memorizándola, sentí que me observaba, fue algo muy breve, pero nunca lo había hecho. Cuando le entregué el papel me di la vuelta rápidamente y me marché, pero una vez más se traicionó a sí misma, hizo el intento de mirarme mas luego se arrepintió y volvió la vista. Yo me alejé con mi estudiada

indiferencia, pero sorpresivamente escuché su voz a mis espaldas. ¡Por primera ocasión me llamó por mi nombre!

–¡Alberto...! ¡Escuche, Alberto!

Me volví hacia ella como electrizado, sacudido de emoción. ¡Me miraba! Tenía un sobre en la

mano que me tendió y me dijo:

–Don Marcelo dejó este sobre para usted. –Luego de eso me dio la espalda y entró a la oficina.

Me recargué un momento en la pared y miré hacia el cielo, cerré los ojos y todo mi mundo fue el rostro de Isabel, su carita adorada, su voz que me hacía estremecerme recordando el momento en que pronunció mi nombre. Me dije, con loco entusiasmo: ¡Si olvidó darme el sobre es que estaba turbada!

Siempre, en todas mis visitas a la oficina, yo no hacía otra cosa que irradiar mi intenso amor por aquella linda muchacha, y lo hacía deliberadamente: llenaba aquel espacio con la fuerza de mi amor, me sentía seguro de que era posible para ella percibir esta energía flotando en el ambiente, bañando su cuerpo, entrando en su corazón, en su pecho, en todo su ser. Ella sabía que la amaba como se ama la primera vez, con loca y febril intensidad y emoción. ¡Ella sabía! Lo sabía a pesar de mi humilde silencio, de mi fingida indiferencia, porque mi amor la estrechaba siempre, cada que la veía, en un cálido abrazo que se le fue haciendo necesario; su cuerpo y luego su corazón se fueron habituando a este abrazo.

Todas esas ilusiones forjaba yo al recibir tan pequeñas señales que interpretaba a mi favor en mi alocada imaginación. En respuesta a ello, como ya una vez te dije, con cada rayito de esperanza, más intensamente la amaba, con más fuerza irradiaba mi amor; toda la ciudad, toda la comarca, se impregnaban con la fragancia de mi amor por Isabel. Ya no era posible que ella pudiera colocarse fuera del alcance de mis sentimientos. Sin importar donde me encontrara, que tan lejos estuviera de ella, mi corazón gritaba en silencio a los cuatro vientos con un grito imperioso, incontenible, que calmaba la desesperación de mi alma: ¡Isabel, te amo... te quiero con todas mis fuerzas!

En mis trayectos habituales me encontraba con frecuencia con muchachas atractivas, incluso llegué a percibir señales de discreta coquetería, pero era insensible a ellas, Isabel ocupaba cada fibra de mi ser, todos mis pensamientos, toda mi imaginación y mi fantasía le pertenecían; tan solo mirar a cualquier otra, con la intención que fuera, me parecía una traición a mi Isabel.

En mis lecturas recuerdo haber encontrado un párrafo que grabé en mi memoria, en el cual se afirmaba que el amor entre un hombre y una mujer prende y alcanza un nivel de recíproca fuerza solo si es un amor posible. Al principio no me fue fácil entenderlo, pero pude al fin comprender que un amor es posible si se desarrolla dentro de una misma circunstancia vital y las diferencias de cualquier índole entre ambos protagonistas de ese amor son subsanables. Isabel y yo estábamos dentro de una misma circunstancia vital. Ella en un nivel muy alto, al que yo podía escalar si era humilde y perseverante, si no dejaba de superarme y enriquecer mi persona en todos los sentidos posibles. Un amor no posible fue, por ejemplo, el de Cuasimodo, el Jorobado de Notre Dame, y Esmeralda, la hermosa gitana de la cual él estaba enamorado. Un amor no posible puede, sin embargo, devenir en un afecto posible, en una amistad eterna si el enamorado es generoso y hace lo que sea por su amada en un noble acto de renuncia, tal cual lo hizo Cuasimodo, o como sucede en aquella conmovedora novela de Charles Dickens titulada “Historia de dos ciudades”.

Al llegar a mi casa, me recosté a disfrutar del recuerdo de aquella celestial exclamación: “¡Alberto, escuche, Alberto!” Acostumbrado a su fría indiferencia, ahora me parecía en extremo afectuosa, colmaba mi alma de ilusiones. ¡Qué delirio el mío! Más de pronto reaccioné sobresaltado, me estaba olvidando del sobre de Marcelo, el cual abrí de inmediato para leer el mensaje.

Contenía instrucciones para mi encuentro con Saúl, señalaba la hora y el lugar, pero la fecha

quedaría determinada por mi regreso de la misión que ahora se me encomendaba. Marcelo estaría presente, lo cual me infundió confianza.

32.- –La personalidad de Marcelo me dejó impactado –dijo Chava –. De acuerdo a lo que veníamos platicando nunca imaginé que fuera un hombre tan reflexivo y de grandes luces.

–Así pensaba yo –expresó Alberto–, pero después de aquella conversación que significó para mí un nuevo inicio, cambié mucho el concepto en que lo tenía, me dio la impresión de ser una persona capaz de muy grandes empresas, además, transpiraba una lealtad a toda prueba hacia su jefe, Saúl, y una plena identificación con todos los fines que ahora se perseguían en el cártel. Marcelo es una de esas personas que merecen una confianza ciega.

Mi destino era Tenosique, donde me encontraría con la viuda de Eliseo, la señora Irene, quien me contactaría con otras personas que me conducirían hasta El Petén, en una región de antiguas ciudades mayas. Por primera vez se confiaba en mí para recoger un cargamento y conducirlo a través del territorio hasta nuestra base. Saúl siempre se inclinó en llevar a cabo el tráfico de su mercancía por este rumbo, menos transitado por las principales mafias de la droga que prefieren las rutas aledañas al Océano Pacífico, las cuales hay que mantener siempre “lubricadas” a un alto costo. Por nuestra ruta es más laborioso pero hay menos riesgo; las personas relacionadas con este negocio son más confiables, están menos pervertidas.

Llegué a Tenosique a horas tempranas. Tenía mucha curiosidad por conocer esa población ribereña, a donde el Río Usumacinta parece hacer una larga vuelta con todo el propósito de ir a darle un beso, aunque a veces ha ido demasiado lejos en su cariño y en lugar de un beso ha inundado algunas partes del pueblo. Recorrí el encantador malecón, el río estaba en calma, tres o cuatro metros abajo del nivel de peligro. Sobre la ribera destacaban los tabachines rojos, en plena floración, extendiendo su aplanada y fulgurante copa hacia el río.



En mi memoria, como era obvio, refulgía de manera vívida y estremecedora la escena de la muerte de Eliseo, pero no intenté visitar el lugar donde ocurrió. Tenía inquietud por conocer ya a la señora Irene y me encaminé a su domicilio. Era una fonda chiquita que parecía restaurant, un sitio encantador, con un tejado artesanal, columnas y vigas de madera, frente a un patio ajardinado; el lugar exhalaba frescura y discretas fragancias de las flores, refulgía de limpio. Varios lugareños almorzaban casi a la entrada. Al fondo de la terraza estaba la cocina y de ella salió la señora Irene a recibirme. Pareció tener antecedentes sobre mi persona, ya que me tomó de la mano sin preguntarme nada y me condujo hasta un espacio interior.

–No pensé que me conociera –le dije todavía sorprendido por la confianza y seguridad con que me trataba.

–Por aquí no abundan los grandulones como usted, –me contestó–, además, con las señas que recibí, su persona me resulta inconfundible.

Cuánta confianza inspiraba aquella mujer! Me sentí como en casa, completamente relajado. El lugar a donde me condujo era un pequeño tejaban casi oculto entre bugambilias y enredaderas. Más allá se extendía un hermoso y amplio jardín, una verdadera república de pájaros y de mariposas. Allí nos sentamos, ante una mesa. Vino una mujer que me sirvió un gran plato de chilaquiles y un jarro de avena. Miré a la señora Irene, escruté sus rasgos faciales y sus ojos. Marcelo me había dicho que si aprendía a leer los ojos de las personas podría ver el fondo de su alma, el ánimo que las impulsaba, la naturaleza de sus intenciones. Afirmó que el rostro humano es capaz de llevar a cabo alrededor de tres mil expresiones faciales distintas, discernibles una de otra, cada una de ellas modulada por los ojos, indicando diferentes intencionalidades o estados de ánimo. Agregó que el lenguaje de los ojos era un idioma universal, que de hecho, desde la antigüedad se afirmaba que todo lo que hacemos y sentimos es una decantación de la persona universal, e igualmente, todo lo que pensamos y escribimos es una decantación del pensamiento universal.

También me dijo que en nuestra *organización* se enseñaba a los individuos a ocultar su alma ante los demás, en un ambiente que ameritara desconfianza, imprimiendo una continua variación de intensidad en las pupilas, combinada con parpadeos, de tal manera que era posible fingir un sin fin de intencionalidades falsas o contradictorias que confundían al interlocutor.

Pero este, al parecer, no era el caso. Estaba ante una mujer de unos 33 a 35 años, de cuerpo esbelto, jovial y atractiva. Sus cejas eran naturalmente delineadas y finas, peinaba una sola trenza, gruesa y negra; de agradable tez morena, sus mejillas, levemente sonrosadas, denotaban un temperamento sanguíneo, activo, siempre dispuesto a la cordialidad.

Saúl había continuado viéndola, después lo supe, no porque estuviera enamorado de ella, quizá lo estaba, sino por todo el grato humor que transpiraba este hogar. Los niños habían crecido, el más grande ya era adolescente. Cuando Saúl llegaba era objeto de verdadera adoración. Irene solía dedicarle mucho tiempo, incluso algunas veces lo tomaba del brazo, recargaba su cabeza en el hombro de su protector y allí dormitaba, sentados ambos en un mueble de la terraza interior, frente al bello jardín, sin que hubiera nada sensual, ninguna intención de carnalidad; era simplemente un afecto a prueba de todo, un tierno afecto que los blindaba contra la soledad.

33.- Apenas terminé de comer los chilaquiles se presentaron dos caballeros, hombres muy morenos, campesinos de aspecto costeño, ambos portando sombrero. Eran muy inferiores en estatura comparados conmigo, me veían con cierta admiración y respeto. Nos presentamos

amablemente, uno dijo llamarse Tomás y el otro Raymundo.

Pretendía despedirme de Irene cuando ella trajo un morral con bastimento. “Aquí llevas unos taquitos de frijoles con queso y tornachile, espero que te gusten”, –me dijo y se empinó para darme un beso en la mejilla–. En apenas hora y media la confianza mutua había crecido hasta alcanzar aquel gozoso trato que desterró el “usted”.

Partí con aquellos hombres hacia El Petén guatemalteco. Más allá de un punto denominado El Jolochero, nos internamos por una zona de selva espinosa avanzando por caminos vecinales, con grandes penurias, en vehículos que milagrosamente funcionaban. El Petén es una zona con muy baja densidad de población, su suelo es kárstico, con una topografía bastante llana, muy parecido al de Yucatán, con presencia de cenotes. En muchos lugares el terreno ya está completamente despejado de árboles a fuerza de incendios y talas irracionales, pero debo decir que todavía más deforestado se encuentra Tabasco, donde casi el 90 por ciento de la selva tropical ha desaparecido. En el Petén, sobre todo cerca de la frontera con Tabasco, aun se perciben algunos relictos y extensiones de selva alta fragmentada, pero todo está siendo víctima de la destrucción. En esos días ya merodeaban en la comarca algunas bandas criminales introductoras de droga, a las que precisamente tratábamos de evitar. Un encuentro con ellas hubiera significado una muerte segura.



Nos adentramos furtivamente hacia el Río San Pedro, allí comimos, en un fresco paraje, bajo la sombra de una gran ceiba. Los taquitos de Irene eran incomparablemente deliciosos. Mis amigos tenían ubicados diversos vehículos, alquilados localmente, en puntos estratégicos para hacer más rápido el trayecto: ahora una vieja camioneta, más allá una moto; no encontramos más

objeción que las asperezas del camino, pero en algunos tramos debíamos caminar a pie por varios kilómetros. Tomás y Raymundo se mostraron como si fueran criaturas silvestres endémicas del lugar, avanzando con una destreza que me sorprendía. Su resistencia al sol y al cansancio era muy superior a la mía; yo me enredaba a cada rato entre arbustos espinosos y tropezaba en cualquier pedrusco. Mi torpeza era tal que mis compañeros no podían disimular de cuando en cuando una risa, no burlesca, debo decirlo, sino que 'respetuosamente' se divertían a mis costillas.

Para mi fortuna, poco más adelante torcimos hacia un camino abierto que nos llevó a la proximidad del Parque Nacional de Yaxha, sede de un antiguo asentamiento con espectaculares ruinas mayas casi ocultas por la vegetación. Allí, en un cruce de caminos, disimulado entre la vegetación, estaba esperándonos un campesino con una bestia de carga. Se identificó con Raymundo y luego se dirigió a mí, con un bulto en cada mano.

—Aquí está su encargo, —me dijo—. Revisé el contenido y enseguida le entregué el dinero que le llevaba de parte de Marcelo. Lo contó minuciosamente. Hecho esto se fue sin más aclaración. Emprendimos el regreso, no sin antes reconocer las construcciones mayas de aquel remoto parque. Subí a la más prominente de ellas, hasta un punto en que logré dominar el horizonte. El paisaje era de una mágica hermosura, sin embargo, me produjo una vaga sensación de tristeza, tal vez por el sentimiento de soledad que emanaba de las ruinas. A lo lejos se congregaban enormes edificios de nubes. Raymundo me aclaró en ese momento que en la zona eran frecuentes las tormentas eléctricas y alcanzaban una fuerza tal que ponían en peligro la vida de quienes eran atrapados en medio de una de ellas.

Llevábamos la carga disimulada en costales que colocamos en nuestras espaldas. El regreso fue mucho más agotador. Al atardecer nos alcanzó un aguacero. Mis compañeros podían guarecerse en cualquier recoveco, eran, como quien dice, parte del paisaje, pero yo, un bulto disfuncional, no la tenía nada fácil. La mercancía estaba perfectamente protegida en empaques de plástico, adentro de los costales, no le pasaría nada. Yo me mojé hasta los huesos. Para colmo, al llegar a donde estaba la moto, fue imposible hacerla funcionar.

El camino en adelante se tornó cada vez más fangoso, llegó un momento en que para dar cada paso debía poner en juego toda mi entereza. Sin embargo, aquellos dos hombres parecían incansables, continuaban adelante, sin darme tregua. Me pregunté para qué había servido todo mi rudo entrenamiento en el gimnasio si no me bastaba para equipararme con esos campesinos cuyos músculos parecían contruidos con la madera más dura del trópico. De hecho, Tomás me comentó que años antes ambos habían trabajado en “El Tapón del Darien”, una zona de espesa selva tropical, llena de peligros de todo tipo, localizada entre el sur de Panamá y el norte de Colombia, donde hacían un trayecto que superaba los doscientos kilómetros transportando droga a través de ríos llenos de caimanes y serpientes constrictoras, en precarias lanchas de madera o en bestias, abriendo senderos imposibles en la selva, cuidándose de guerrilleros y de paramilitares, comiendo renacuajos, culebras, caldo de iguana, escuchando sobre sus cabezas, apenas arriba del alto dosel de la selva, los helicópteros del imperio. Para ellos, El Petén era como un campo de fútbol.

Viendo la situación, convencidos Raymundo y Tomás de que yo no podría continuar, nos desviamos hacia un punto llamado “El Naranjo”. Allí pasamos la noche, en el tapanco de un jacal, sobre un lecho de paja que Tomás revisó a detalle, para eliminar cualquier animal ponzoñoso. Dormí profundamente, arrullado por lejanos y tristes ladridos de perros o coyotes. Allí ambos tenían conocidos que les rentaron dos caballos, uno para la mercancía y otro para mí. Salimos al amanecer y sin embargo, oscurecía cuando llegamos a El Ceibo, ya en México; me sentí

reconfortado. Pasada la media noche estábamos a las puertas de la casa de Irene, en Tenosique.

Bajarme del caballo era casi imposible, mis piernas no respondían. Más que nada temía hacer el ridículo; un restito de amor propio me aconsejó no solicitar ayuda, intenté bajar con estrategia: levanté mi pierna derecha inclinando el cuerpo hacia el cuello del animal, crujió mi osamenta de espalda y cintura, luego moví toda mi humanidad hacia la izquierda, prácticamente resbalando poco a poco sobre el lomo del caballo; aferrado al fuste, pretendí bajar con las dos piernas unidas, que con mucho esfuerzo logré juntar, las cuales eran en ese momento menos ágiles que las patas de una mesa de billar.



Efectivamente, las puse en el suelo, pero al soltarme del fuste, simplemente me derrumbé como un árbol con la raíz podrida.

Me sostuvieron mis compañeros por las axilas, haciendo un supremo esfuerzo por no soltar la carcajada. En eso apareció Irene. ¡Me rendí! Ayudado por todos avanzamos hacia la casa, donde ella me tenía una cama dispuesta. Ahora no solo estaba tieso sino tremendamente adolorido en el arco de las piernas, en la zona de mi intimidad, con mi racimito casi triturado: ¡jamás había montado un caballo! Ni volveré a hacerlo, me dije entre mí.

34.- Allí terminaba la misión de Raymundo y Tomás. Me despedí amablemente de ellos, con un afectuoso abrazo, sin ocultar mi admiración por su resistencia física. Sin parecer unos atletas olímpicos, podrían seguramente ganar cualquier maratón. Comprendí porqué tenía tan alto costo

la droga. El Tapón del Darién es apenas el inicio de un tortuoso trayecto saturado de aventura y peligro; también me di cuenta que los obreros de la droga, los que exponen la vida, estos hombres hechos de fuego y piedra, eran los menos recompensados. Los burreros como yo estábamos instalados en el confort, siempre con ropa limpia y con todas las comodidades del mundo moderno a nuestro alcance. Comparado con lo que ellos hacían, lo mío era apenas como jugar a las canicas.

—Te diré, Chava, que esta era mi prueba final para merecer una entrevista con Saúl. Todo había sido premeditado por Marcelo. Ver esa otra dolorosa cara del tráfico de estupefacientes, una de las muchas que tiene, me haría tener mayor conciencia sobre el valor de las personas, el valor de la vida. Raymundo y Tomás eran eslabones clave, incluyendo al hombre que contactamos en el parque de Yaxha, quien llegó hasta nosotros después de un larguísimo viaje desde la costa del Golfo de Honduras, cruzando la parte sur de Belice y casi todo El Petén; hombres formados a través de largos años de renuncia al bienestar, de luchas atroces contra todo tipo de inclemencias y peligros. Si quieres saber cuán grande es el mundo y cuántos obstáculos pone en tu camino, recórrelo a pie.

Por eso y por mucho más había que cuidar esas y todas las demás vidas, por eso había que ponerlas a salvo de las campañas de exterminio del imperio. Responder como lo hacíamos, arrebatarle astutamente lo que le sobraba, era obrar en defensa propia, era moralmente correcto; lo inmoral era hacer un uso egoísta y destructivo de esos recursos, matándonos entre nosotros y dañando a inocentes. Al hacer esto último solo conseguimos, como lo dijo Marcelo, que el imperio obtenga rentabilidad de sus pérdidas, es oportuno reiterarlo.

Irene tuvo la paciencia y la generosidad de darme unas “friegas” con aceite de cáñamo en la espalda, en el cuello y en las piernas, lo cual obró milagrosamente, distendió mis nervios y me hizo dormir como un niño que se siente consentido bajo el amparo de su madre. Apenas salió el sol Irene y yo nos pusimos a dividir la mercancía en paquetes pequeños, muy similares a aquellos en que viene la harina de maíz. Me tomó más de tres semanas terminar la distribución de los mismos, hecho lo cual regresé a mi base a preparar el encuentro con Saúl.

En este punto los amigos arribaron a la aldea. El resto del día, Alberto ayudó en la habilitación de los cuarterones, dividiéndolos en piezas más pequeñas que luego se utilizaron en diversas reparaciones a la casa de Chava.

35.- Al siguiente día, Chava le comentó a Alberto que había un lugar, una playa cerca de Tecomán, donde se vendían unos pequeños tacos de frijoles refritos muy famosos por su exquisito sabor. Le vinieron a la mente cuando escuchó hablar sobre los taquitos de Irene. Él tenía que salir a Tecomán aquel día, invitó a Alberto y ambos partieron hacia la ciudad limonera. A corta distancia de la misma se halla la “Boca de Pascuales”; allí, frente al mar abierto, encontraron la “Palapa del Mayor”, negocio también conocido como “Las hamacas del Mayor”, una instalación bastante amplia y formal. Ordenaron un almuerzo de taquitos. Alberto los disfrutó mucho, eran en verdad excepcionales, pero no tenían tornachile, faltaba ese toque especial que hacía distintos los de Irene.

En el trayecto hacia Tecomán los amigos habían conversado sobre diversos temas, sin entrar a lo que tanto interesaba a Chava, lo relacionado con la entrevista de Alberto con Saúl. Deliberadamente, lo dejaron para el regreso, con la intención de hacerlo de corrido, sin interrupciones. Apenas iniciado el retorno, Alberto tomó la palabra:

–Llegué puntual a la cita, en un lugar aledaño a la oficina de Marcelo, una especie de garaje muy amplio. Te mentiría si te dijera que iba tranquilo. Marcelo había sabido rodear de misterio y leyenda la imagen de Saúl. Temía que esto no se justificara del todo, pero en mi fuero interno le concedía poca importancia, ya que al conocer más a fondo a Marcelo descubrí que él mismo cumplimentaba muchas expectativas; ahora lo consideraba un maestro, un avanzado en la comprensión de una vastedad de asuntos; la claridad con que lo explicaba todo hacía crecer mi perspectiva de la vida, me permitía entender mejor la complejidad del mundo en que estaba involucrado.

Al entrar al lugar descubrí que había cuatro personas: Marcelo, Saúl y dos jóvenes muy gallardos y atléticos que en todo momento mantuvieron su vista fija en mi persona. Era una mirada presionante, abrumadora. Marcelo me dijo:

–Alberto, te presento a nuestro jefe, Saúl.

Le tendí la mano. Era un hombre delgado, unos cinco o seis centímetros más bajo que yo, su frente despejada, las cejas altas, la nariz recta y fina, pero más me impactó la intensa brillantez de su mirada, era un mirar incisivo, escrutador. En verdad si era carismático; a primera vista me vino a la mente compararlo con un corsario de la Malasia, un héroe de novela de aventuras, como las escritas por Emilio Salgari. No pronunció palabra alguna. Todo ocurrió en un momento, en el instante que siguió, cuando me aprestaba a saludar también a los jóvenes, Marcelo me dijo:

–Alberto, tráeme por favor aquel paquete que está junto a la pared.

Me di la vuelta, confiadamente; apenas lo hice cayeron encima de mí los dos jóvenes y me tundieron a golpes, fuerte y despiadadamente; me derribaron y caí al suelo junto al paquete, me golpeé la cabeza en el filo de un machuelo. Sentí correr la sangre por mi cara. Completamente atónito por lo que ocurría alcancé a escuchar un grito a mis espaldas que decía:

–“¡Mátenlo, mátenlo!”

–Esa exclamación me hizo reaccionar, me levanté con una agilidad y una furia de felino. ¿A eso me habían convocado allí, para atacarme vilmente a traición, como lo hacen los más cobardes: al descontón? ¿Eso eran Saúl y sus guaruras: unos canallas? Tomé al más próximo y lo levanté en vilo, la ira triplicaba mis fuerzas, lo arrojé contra el otro y me fui encima de los dos, dispuesto a triturarlos, a quitarles la vida a golpes. Era yo un león herido, una fiera irascible, incontrolable. En eso escuché un grito, una orden imperiosa; era Marcelo, quien me dijo:

–¡Ya basta, Alberto, ya es suficiente!

No estando seguro de ser obedecido, se interpuso entre los jóvenes y yo. No me atreví a golpear a Marcelo, me inspiraba mucho respeto aquel hombre, en ningún momento lo hice culpable del sorpresivo suceso. Dejé a los jóvenes, me di la vuelta y me alejé, no sin mirar de soslayo a Saúl, con un gesto iracundo, un reclamo que me salía de lo más hondo. Él se veía impasible. La sangre seguía escurriendo de mi frente.

No hallaba cómo calmar mi coraje y mi decepción. Pasaron varios días sin que nadie me buscara. De hecho, me alejé de la ciudad, vagué sin rumbo alguno, sin intención de nada, por diversos lugares, tratando de disipar mi coraje y mi desencanto. ¡Saúl había ordenado que me mataran! Era algo que no podía digerir. ¿Todo mi trabajo, mis riesgos y fatigas habían servido solo para esto: para que se ordenara mi muerte en una forma tan humillante y tan violenta? ¿Ese era Saúl, la leyenda? ¡Qué chasco!

36.- Dos semanas después regresé a la ciudad; había que tomar una decisión sobre mi futuro, ya que tenía la seguridad de haber sido expulsado de la *organización*, tal vez mi vida estaba en peligro y yo no quería perderla; muchos proyectos familiares dependían de mí, uno de mis hermanos ya estaba en la universidad. Así pasé dos días más, completamente indeciso y desconcertado; ya no pensaba en Saúl, ni en Marcelo, ni en Isabel, mi mente era puro desconcierto, pura incertidumbre.

Estaba hundido en aquel mar de confusión cuando sonó el celular. Eran las dos llamadas clave de la oficina. Me sorprendí mucho, era lo que menos esperaba. Dudé por horas si presentarme o no, pero lo hice, acudí a la oficina, quizás me dieran un argumento que calmara la turbación de mi espíritu.

¡Isabel...! ¡La reina Isabel...! Allí estaba, esperándome. Abrió los ojos un poco más al verme, mostrando un tantito de sorpresa. La saludé y me contestó con una blandura de alma sin precedente. No nos veíamos desde antes de mi partida a Tenosique, pero no era por eso. Quizás algo sabía ella de lo sucedido. En realidad nunca conocí a fondo el papel que tenía en la *organización*, ni lo indagué siquiera, como se me había instruido. Pero el gesto que hizo a mi llegada tenía algo más, algo de contento, de íntima felicidad. Se veía un poquito turbada, un poquito emocionada, y hacía vanos intentos por ocultar esa emoción. Yo era suprasensible a esos detalles. Como me dijo Marcelo: las buenas lecturas te harán más sensible y perceptivo. El amor también, agregué yo para mis adentros.

Buscaba algo en su escritorio. La miré con inmensa ternura, con un desbordado anhelo de tenerla en mis brazos y decirle las más bellas frases, las que le revelaran fielmente los inalcanzables límites de este amor que me consumía. Elevó la vista hacia mí, con un sobre en la mano, sorprendiéndome con aquella mirada febril en mis ojos; se turbó más aún y me tendió el sobre diciéndome:

–Don Marcelo quiere verlo, aquí están las indicaciones.

–Tomé el sobre de su delicada mano que hubiera querido cubrir con un millón de besos, incliné la vista inventándole a mis pupilas un matiz de insondable tristeza y me despedí. En el colmo del atrevimiento le dije, con fingido desinterés:

–¡Hasta pronto, Isabel!

Lo hice con la audacia del amor, con la esperanza de ya no recibir un “lárguese” que nunca había olvidado. Me respondió, colmándome de incomparable dicha:

–¡Hasta pronto, Alberto!

Nuestras miradas se prendieron por un instante fugaz pero mágico. Sentí que el recóndito brillo de sus pupilas hacía un intento por retenerme más tiempo cerca de ella.

¿Qué importaba todo lo demás, qué importaba Saúl con su cruel ingratitud, con sus arranques de asesino, qué importaba el mundo con todos sus conflictos y pesares, si Isabel me estaba abriendo una rendija para entrar en su corazón?

Pero no era ésta la reacción correcta; siempre me esforcé por ser una mejor persona para merecer a Isabel, para ascender hacia ella; su recuerdo era mi motivación central, el néctar que endulzaba mis amarguras y fatigas, por ello no podía ahora dejarme llevar por el egoísmo recalitrante de los enamorados que son correspondidos. Además, todavía faltaba mucho camino por recorrer hacia el corazón de Isabel, solo había derribado un pequeño terrón en la montaña de su altivez. Una

mirada de ella me reconcilió por completo con la *organización*, una mirada de ella despejó toda la confusión de mi alma y me volvió a la certidumbre.

37.- Me encontré con Marcelo al siguiente día. Durante la noche estuve cavilando a lo largo de horas sobre cuál sería el talante con que lo vería. La verdad no sabía a qué atenerme, qué rumbo marcaría aquella entrevista.

Se veía de buen humor, no parecía agresivo, intentaba abrirme un canal de confianza y tranquilidad. Me sorprendí un poco, esperaba verlo adusto, inconforme, esperaba puras cosas malas para no desilusionarme una vez más.

—¿Cómo estás, Alberto? ¿Cómo va tu herida en la frente?

Lo dijo en tono preocupado, no había ironía en sus ojos. Le aclaré que había mejorado rápidamente porque no era una herida profunda.

—Vamos a hacer un viaje, quiero conversar nuevamente contigo.

Me complació el tono en que me lo dijo. Nos subimos al auto y partimos, ni siquiera pregunté a donde nos dirigíamos, eso carecía de interés, como muchas otras cosas que antes me preocupaban. A donde fuera, no importaba, porque dentro de mí, viajando conmigo, llenando toda mi alma, iba Isabel.

Como yo guardaba un persistente silencio, tomó la voz y me dijo:

—¿No tienes nada que preguntar?

—No, —le dije, y agregué, dándome importancia nuevamente, como un tonto irredimible: —otros tienen varias cosas que explicar, si es que merezco explicaciones, si no las merezco, lo que importa es que trabajo para ti y creo en ti, vamos a donde quieras.

—Sí las mereces, todo miembro de la *organización* las merece. Aquí todos somos iguales. El organigrama es vertical, pero fuera del organigrama todo es horizontal. Somos uno solo, una misma familia que lo comparte todo. Tenemos un jefe supremo, es cierto, pero no hace la clase de distinciones que son comunes a otros jefes.

—Eso convierte en algo mucho menos explicable lo que me ocurrió —me atreví a decirle.

Esa expresión abrió la puerta a las explicaciones. Marcelo expresó enseguida:

—Lo que recibiste fue una lección, muy dura, por cierto, pero así son casi todos los exámenes de graduación. Reprobaste, es verdad, pero la mayoría pasa por lo mismo, tú no ibas a ser la excepción.

—No entiendo nada, le dije tratando de ser paciente y de contener cierta animosidad que iba suscitando en mí el recuerdo de aquel lamentable suceso. Quería en cierto modo reclamarle que no me hubiera advertido a tiempo.

—Así son esas pruebas —continuó—, totalmente sorprendidas para el que las enfrenta; sin el elemento sorpresa, si no te sacuden, carecen de sentido. Te voy a explicar, siento que estás lleno de rencor contra Saúl, contra mí, contra los muchachos que te agredieron, pero cambiarás de opinión, te lo aseguro.

Durante meses te hemos observado; eres muy dado a entregarte a la confianza, nomás ves una señal de afecto y te relajas, guardas o pierdes todas tus defensas. De nada me sirvió advertirte en

nuestra anterior conversación que siempre debes mantenerte alerta y tener control. Hablamos del venado que llega a tomar agua cuidando sus espaldas del ataque de un puma. Hablamos de muchas cosas que al parecer no hicieron escala en tu mente.

Lo del otro día fue una sacudida, para desterrar la ingenuidad que todavía te domina, fue un escarmiento que tiene el propósito de resguardar tu vida.

–¡Pero si querían matarme! Yo escuché la orden terminante de que acabaran conmigo –lo dije sin poder ocultar el coraje que luchaba por contener.

–Nadie quería matarte, esa orden se dio en voz alta solamente para hacerte reaccionar. Si hubieran venido con ese propósito traerían armas, pero tú viste que estaban desarmados.

Te envié a Tenosique y a El Petén para afinar tus sentidos, para abrirte el camino a otro nivel. Raymundo y Tomás son personas de la más alta confianza de Saúl. Allí te entregaste otra vez a tu vicio de relajarte, de sentirte protegido, tiraste tus defensas al suelo; como quien dice, nomás llegando aventaste los calzones y te quedaste desnudo. Si ellos hubieran sido otra clase de personas no habrías durado ni los primeros cien metros del camino. Llevabas mucho dinero, y en esos terrenos el dinero mata cuatro individuos por kilómetro. Además, te dejaste mimar como un bebé. Te encanta hacerte el niño para que te consientan.

–¿Cómo sabes todo eso? ¿Te escribió un informe la señora Irene? ¡Qué pena, me había simpatizado mucho!

–No la juzgues mal. Ella hace un informe objetivo, no emite juicios ni saca conclusiones, eso lo hago yo. Ella es una persona excepcional y te cobró un aprecio que debes acreditar.

–¿De plano en todo la regué?

–Por supuesto que no. En El Petén nunca te quejaste, nunca te entregaste a la auto compasión. Fuiste extremadamente cuidadoso en el manejo final de la mercancía, tienes cualidades que no son comunes. La prueba ante Saúl era para definir tu futuro en la *organización*. Fracasaste en mantener el control y el sentido de alerta. Cuando te dije que me dieras aquel paquete, debiste haberlo hecho sin dar la espalda, sin descuidarte de los muchachos que ni por un milisegundo te perdían de vista. Estabas ante desconocidos. Ellos sí que permanecían alertas, seguramente lo notaste en su mirada. Después, los agrediste con una furia exagerada, que mostró tu falta de control. Si no intervengo los habrías matado.

Estábamos tratando de encontrar tu perfil, de saber si puedes ir más allá de ser un buenazo, demasiado blando de corazón. Quizá lo puedas lograr con más tiempo.

–¿Entonces Saúl se desencantó de mí?

–No precisamente. Le gustó la velocidad de tu reacción, el despliegue físico que demostraste, pero no le sirve tu falta de control, el que no sepas ponerte límites. A él le pareció, por otras cosas que sabe de ti, que tu perfil es más bien el de un administrador, pero le gustaría, dado que lees mucho y tienes un porte físico envidiable, que llevaras al extremo tu versatilidad y fueras como él, un ser completo, sin límites, capaz de ser exitoso en cualquier circunstancia.

–¿Quién es Saúl? ¿De dónde viene? Si lo hubiera atacado, ya sin la defensa de sus guardianes, ¿qué habría hecho?

–Te habría sometido en instantes, él solo. Domina las más complejas artes marciales de ataque y defensa. Incluso estuvo en Hong Kong, donde llevó a extremos estas disciplinas. Nunca intentes

enfrentarlo, a menos que lleves tu preparación física y mental a los mismos niveles que él alcanzó.

–La historia de Saúl es tan oscura como una noche nublada, o como el fondo del océano. Solo sabemos que nació en Oaxaca, en la Sierra de Juárez, que su padre fue un principal de su comunidad indígena de origen. Se formó en la lucha contra la marginación, contra la indiferencia y la exclusión hacia los pueblos originales. Es un rebelde por naturaleza, un moderno Jerónimo. No sabemos nada más, a él no le gusta hablar de sí mismo.

–¿Saúl y esos muchachos estarán conscientes del rencor que todos estos días he sentido y me perdonarán si los lastimé?

–Ellos están por encima de esos sentimientos. Aunque uno de los muchachos resultó con fractura en un brazo, si hoy te encontrara no habría ningún rasgo de resentimiento que pudiera influir en su relación contigo, toman lo ocurrido para analizar sus fallas y superarlas. Son de tu edad y sin embargo, su vocación es distinta. Son unos mastines, siempre alerta, siempre bajo control, pero son unos mastines sumamente inteligentes y siempre están preparándose, forman parte de un grupo de inteligencia que tiene la *organización*.

–¿Cómo va tu resentimiento? –me preguntó de pronto Marcelo y me tomó desprevenido.

–Se ha convertido en una sensación de vergüenza, –le expresé con sinceridad–. Ahora comprendo cuál era la intención. Merecía todo lo que me pasó y mucho más. Me conocen aquí mucho mejor de lo que yo me conozco. Soy torpe y retrasado, como una piedra demasiado dura para ser esculpida.

–Tampoco tienes que azotarte, no te vayas al otro extremo –me dijo Marcelo y añadió: –todos pasamos por esos trances, somos piezas inacabadas que hay que estar puliendo a lo largo de toda la vida.

–Me dices que si hoy encontrara a Saúl y a esos muchachos, no sentirían ningún rencor por mí ¿cómo logran eso?

–Porque no se dan importancia; ya te expliqué antes cómo funciona el sentimiento de importancia en nuestro mundo emocional. Cuando te sientes importante crees que lo más apropiado y natural, cuando alguien te ofende o te lastima físicamente, es sentirte mortalmente enojado y rencoroso. Confundes importancia con dignidad y respondes con ira desmedida. Ya sabíamos que tú ibas a reaccionar de este modo y esperamos un tiempo adecuado para que la hoguera de tu rencor bajara de intensidad. Sin sentimiento de importancia, con pleno dominio y control de ti mismo, después de someter a los muchachos cuidando de no lastimarlos demasiado, habrías sonreído, tendiéndoles la mano para ayudarlos a ponerse en pie, y con alegre camaradería los volverías tus amigos junto con Saúl, sintiéndote agradecido por la lección sobre el sentido de alerta. Pero todavía no tienes ese poder.

Ellos ya dominaron esa debilidad emocional de sentirse importantes, lo cual es en ti una señal de inmadurez, de que no estás listo para lo más interesante, y no hay manera de hacerlos reaccionar como tú lo hiciste. Minutos después de que tú te alejaste del lugar ya habían olvidado el asunto, no estaba en su mente tu persona sino los dolores de sus heridas; ocurrió como si se las hubiera infligido una fiera: es inútil y tonto guardarle rencor a una fiera.

Cuando ya superaste el sentimiento de importancia, te das cuenta de que no le debes tu imagen a nadie, no tienes que fingir nada. Lograrlo es un acto de reflexión y disciplina mental, y me extraña que tú sigas comportándote como un importante, porque te cultivas todo el tiempo y la cultura lo

primero que hace es atenuar el sentimiento de importancia personal; la persona culta siempre avanza hacia la humildad; la cultura te lleva a reconocer que a la larga, conforme el tiempo va llevándonos a nuestro final, no somos más importantes que un escarabajo, y la humildad nos ayuda a envejecer con menos angustia.

En la *organización*, como te dije una vez, no queremos personas manipulables, por eso las lecciones son tan rudas como la que tu recibiste; deben ser así para lograr que te lleven a una profunda reflexión y a eliminar la indolencia.

–Ahora lo entiendo mucho mejor –le dije sintiendo una nueva tranquilidad–. De hecho, creo que he avanzado al respecto. Tú me dijiste que en El Petén nunca me quejé, no caí en la autocompasión. Tienes razón. Estando allí, torturado por las inclemencias, no me sentía importante en modo alguno, en ningún momento me creí superior a mis compañeros, inclusive los sentí como personas superiores a mí en muchos aspectos, admiré su resistencia y su hombría.

–Es cierto, ya te lo hice notar. Ahora has dado un paso más, vas por buen camino.

38.- –Me creerás, Chava, que mi estado de ánimo cambió por completo. De un momento a otro mi rencor se disipó, se convirtió en una profunda simpatía por los acompañantes de Saúl; era como si una luz nueva me alumbrara otra realidad que no había percibido, otra realidad con un sinfín de posibilidades.

–Me siento muy bien ahora –le dije a Marcelo–. Tus palabras han desvanecido esos percutidos sentimientos que me ensuciaban el ánimo.

–Lo importante –dijo él–, es que lo conviertas en un nuevo rasgo permanente de tu personalidad, que no sea una emoción pasajera. Ojalá que estas palabras te sirvan, pero las personas cambian solo si son impelidas a hacerlo desde dentro de sí mismas; las palabras por sí solas no cambian a nadie, pero si llegan hasta el corazón pueden darte una ruta de cambio. Entre las palabras y la dura prueba que sufriste, quizá completes una receta de cambio, una inflexión. No me has preguntado a donde vamos y ahora te lo diré: nos dirigimos a un lugar donde encontrarás nuevamente a Saúl y, tal vez, a los dos muchachos.

–No me siento digno de volver a verlos, soy muy inferior a ellos –le dije con toda sinceridad.

–No me salgas con eso, vuelves a hacerte el chiquillo; nadie es inferior a otro, por lo menos en potencialidades o en dignidad; ya te dije que no te vayas al otro extremo y aún sigues flagelándote como un asceta.

–Tenía razón, Chava, Marcelo siempre tenía razón.

39.- Llegamos al lugar, en un pueblo del norte de Jalisco. Era, como todas las demás de la *organización*, una casa ordinaria, sin ningún detalle especial, pero a Marcelo le extrañó encontrar la puerta de par en par, presintió algo y entró cautelosamente, me hizo seña de esperar. A poco salió y me invitó a entrar. Había en el interior una total destrucción de muebles y otros artículos.

Cerramos la puerta e iniciamos una revisión más minuciosa. En una sala estaba hecho trizas un piano Steinway, varias pinturas en el suelo, pisoteadas, pero lo que más me sorprendió fue una caja musical increíblemente bella que tenía destrozados sus mecanismos. Era tan grande como un baúl, nunca vi nada igual. Marcelo me dijo que tocaba alrededor de 50 melodías, era la posesión más

preciada por Saúl, traída desde Praga, de la cual solo había otras dos en el país, una de ellas en un museo de San Luís Potosí.

Su piano, esta caja y las obras de arte eran todo el lujo de Saúl. En eso estábamos, lamentando aquella aberrante destrucción cuando escuchamos un quejido, provenía de un cuarto de planchar ubicado al fondo de la casa. Al entrar descubrimos a un joven con el rostro cubierto de sangre.

–¿Qué pasó aquí, Javier? –le preguntó Marcelo sin ocultar su impresión mientras ambos nos inclinábamos para auxiliarlo.

–Vino gente del Jaguar–, dijo el muchacho pronunciando cada palabra con dificultad y agregó: –eran seis o siete, entraron disparando. Pronto se dieron cuenta que traíamos chaleco antibalas y apuntaron a la cabeza, me dieron a mí y pensaron que estaba muerto, pero ya Jesús y Manuel estaban repeliendo la agresión, tres de ellos se desplomaron antes de que mis compañeros fueran heridos. Se los llevaron, estoy seguro de que iban vivos, van a ser torturados para saber más de nosotros y después van a asesinarlos, como siempre lo hacen.

–Ellos no van a traicionarnos a ningún costo, como tú tampoco lo harías –le dijo Marcelo y agregó: –Ya no hables. Luego trajo un botiquín de primeros auxilios y comenzó a limpiar la herida con agua oxigenada. La bala le había entrado a la altura de la quijada derecha y salía del otro lado casi en el pómulo.

Justo en ese instante llegó Saúl con Beatriz, una dama que fungía como enlace de la *organización* en San Luís Potosí. Javier tenía la quijada rota y pronunciaba cada palabra con mucho esfuerzo. A modo de saludo, Saúl me dio una ligera palmada y luego revisó a detalle al joven. Beatriz le sugirió trasladarlo de inmediato al hospital.

El hecho había ocurrido pocos minutos antes.

–Venían por mí, no cabe duda. No han de estar lejos, pero por ahora atenderemos a Javier. Debe haber un traidor en nuestras filas –dijo Saúl mientras entre ambos ayudábamos a Javier a caminar hacia el auto, en tanto Marcelo inspeccionaba la casa más a detalle.

–Al salir, Saúl se detuvo un poco a mirar su caja de música, fabricada en Suiza en 1895; acarició el hermoso piano como queriendo consolarlo y nos fuimos. En la calle estaban los otros tres jóvenes pertenecientes a su guardia personal, completamente alertas. Me tocó viajar con Saúl y Javier, mientras que Marcelo y Beatriz iban en el otro auto.

–No he sido negligente, dijo Saúl como hablando para sí mismo y agregó: –pero el traidor me ha superado en astucia, ya que no lo he percibido.

40.- Llegamos al pueblo de Ojuelos y allí dieron las primeras atenciones a Javier. Su rostro se había inflamado notoriamente, pero recibió analgésicos y fue inyectado contra el tétanos, además de una limpieza más rigurosa y profesional de su herida. Partimos luego a San Luís, de donde venía a encontrarnos otro grupo de la *organización*. No fuimos interceptados, pero yo veía en cada carro que nos rebasaba o encontraba, un potencial enemigo que nos rociaría de metralla. Llegamos sin novedad a la hermosa ciudad colonial y al entrar a ella, Saúl, como justificándose con Javier, le explicó que el grupo de inteligencia había seguido la huella del Jaguar todo el tiempo, cosa muy fácil por el rastro de víctimas de secuestro que regularmente eran asesinadas después de cobrar el rescate.

–Hemos conservado siempre su ubicación para no dejarnos sorprender por su gente, –continuó

Saúl. –En los últimos meses estuvo operando en el Estado de México, donde, por la buena o por la mala, ha reclutado la complicidad de agentes policíacos. Su estrategia es muy simple: va recorriendo todo el país llevando a cabo secuestros sin permanecer mucho tiempo en ningún lugar. Dos o tres secuestros en una plaza y luego desaparece, así, tanto la sociedad como la policía vuelven a tranquilizarse y él no es ubicado ni perseguido; ya conoce de sobra que la policía no corre riesgos más allá de cierto límite, y si algún comandante se pasa de audaz, por puro alarde esta banda lo asesina. Han muerto buenos policías a manos de este infeliz.

–Es hora de entrar en acción –dijo Saúl y luego me instruyó: –El plan inmediato para ti es que estudies intensivamente contabilidad y administración, quiero que te conviertas en un auditor muy riguroso y revises la contabilidad y todo el manejo financiero de cada empresa. Te quedarás en San Luis Potosí el tiempo necesario. Beatriz te dará el resto de las instrucciones.

–Dicho esto, me dio la mano e hizo lo mismo con Javier y se marchó con rumbo desconocido. Era un hombre muy preciso en cada uno de sus pasos, de palabras terminantes. Estábamos a la puerta del hospital. Ayudé al muchacho a bajar del auto, tras de nosotros llegaron Marcelo y Beatriz. Me extrañó la familiaridad y el respeto con que trataron en el hospital a Marcelo, pero no pregunté nada. Por primera vez, estaba sumamente alerta, no perdía detalle de nada, lo había estado desde que se me aclaró cuál fue la intención del escarmiento que recibí semanas atrás.

Este intenso estado de alerta era una experiencia inquietante. Me había dicho Marcelo que si lo mantenía tensando los músculos me iba a agotar, pero si enfocaba la intensidad en los ojos y simultáneamente mantenía la atención concentrada en todos los detalles del entorno, el cansancio era mucho menor. La clave –dijo– era mantener el interés y el enfoque en cada rasgo de las cosas, en cada movimiento o actitudes de las personas. El cansancio disminuye porque tu mente se abstrae de otros asuntos que te preocupan, los desecha y entonces la energía que consume el sistema nervioso disminuye. Nuestro sistema nervioso –agregó–, consume alrededor del 70 por ciento de la energía disponible en el cuerpo en repasar preocupaciones, errores, deseos insatisfechos, el estado de nuestras relaciones sentimentales o sociales, entre otras cosas. Cuando dejas de pensar en todo ese inventario, rescatas la mayor parte de tu energía para enfocarla en lo que tú quieras. Una mortificación, un estado emocional muy intenso, disipa más potasio y fósforo que si jugaras un partido de fútbol.

Una vez que terminaron de curar a Javier permitieron que entráramos a verlo. Ya podía hablar con menos dificultad y se le entendía mejor. Dijo que él y sus dos compañeros, cuando Saúl salió, acompañado por la mitad de su guardia, se relajaron un poco. Manuel, quien observaba desde el techo, le había señalado a Javier que un extraño individuo pasó tres veces por la banqueta de enfrente tocando un silbato de afilador. Llevaba un esmeril en el hombro, como todo afilador, pero la última vez que pasó lo acompañaban otros dos sujetos de aspecto desagradable, lo que no es usual en un afilador. Hacía años que un silbato como ese no se escuchaba por el rumbo. Saúl vestía igual que sus guardias, supusieron que se alejaban cuatro de ellos, ya que tres acompañaban a Saúl, y pensaron que éste se quedaba en la casa mucho menos protegido, entonces atacaron. Saúl salvó la vida en parte por vestirse de esa manera. En otras circunstancias, cuando estaban en un operativo específico potencialmente peligroso, usaban un uniforme especial que les permitía portar un mayor arsenal defensivo. La razón por la que el jefe se había ido de la casa era para auxiliar a Beatriz, a quien fortuitamente le había fallado el auto, lo cual salvó a los dos.

41.- Al siguiente día, Marcelo llegó hasta mi cuarto y me instruyó a vestirme de manera impecable, cómo él lo estaba haciendo. En efecto, llevaba un traje sastre que lo hacía parecer un gentleman, un caballero cosmopolita, lo hacía además, con soltura y naturalidad.

–No podemos parecer unos farsantes o postizos en el ambiente en que vamos a estar ahora –dijo y me instruyó a que tratara de estar lo más relajado posible ante las personas con quienes íbamos a tratar. Vas a poder darle unas breves vacaciones a tu entido de alerta por esta ocasión.

Notarás –expresó por último– lo útiles que te estarán siendo tus lecturas para que no desentones en la conversación ni te quedes sin explicaciones acerca de lo que escuches.

Beatriz llegó por nosotros al hotel y nos llevó a desayunar a su casa, donde vivía con su mamá, la señora Olivia. Ambas pasaban por damas de alcurnia en aquella sociedad conservadora y aristócrata, y les quedaba el papel a la perfección, ya que eran cultas y refinadas, con facciones de corte europeo. Beatriz frisaba los 40 años y su mamá quizá unos sesenta, pero las dos irradiaban salud. Su conversación era muy grata, Marcelo se sentía a sus anchas. Comprendí el porqué de sus anteriores indicaciones. Beatriz platicó acerca de la caja musical destrozada, de cómo se sufrió para conseguirla, recorriendo las mejores tiendas de antigüedades de Europa. Ya desistía Saúl de adquirirla –agregó Beatriz–, avergonzado por tener un capricho tan costoso, cuando le hablaron de esa tienda en la República Checa. No fue precisamente en Praga donde la adquirimos, sino más al sur, en una pequeña población cercana, un encantador villorrio estampado como una postal a orillas del Río Vitava . Perteneció a un profesor cuya viuda era oriunda de Dresden y ella estaba realizando una subasta para regresar a su tierra natal. En la tienda de Praga se habían portado muy amables al darnos informes sobre el comprador y dónde localizarlo.

Todo surgió a partir de que Beatriz llevara Saúl a visitar el museo Francisco Cosío de San Luís, dirigido entonces por una amiga de su mamá, quien accedió por ello, cosa que raramente sucedía, a abrir la caja musical y ponerla en marcha; era uno de los principales tesoros de la institución, solo se hacía tocar para muy distinguidas personalidades con el fin de evitar el desgaste de sus piezas. Aquel instrumento parecía traído del mismo cielo –explicó Beatriz– con miles de piezas movibles prodigiosamente armonizadas; era el producto más acabado del ingenio humano que pudiera existir sobre la tierra; no solo cautivaban los sonidos de las varias decenas de melodías, sino que también producía arrobamiento el espectáculo de los gráciles mecanismos activados por una muelle central, cada uno imprescindible para completar la orquestación de esos prístinos sonidos que producían los diapasones, cuyas dulces resonancias conmovían el alma. Nuestro jefe quedó tan prendado que ya nunca pudo apartar de su mente el deseo de poseer una igual.

Beatriz prometió llevarme al museo en la primera oportunidad; por lo pronto, debía instruirme para mi incorporación al instituto donde comenzaría a capacitarme en los temas que indicó Saúl, y luego acordar con Marcelo la recuperación de la caja, el piano y demás obras de arte para estudiar su posible reparación. En ese piano, Beatriz solía interpretar viejas piezas y melodías que le encantaban a Saúl, entre ellas antiguas composiciones musicales muy hermosas, compuestas para celebraciones de gran solemnidad exclusivas de San Luís, mismas que ya habían salido, desde muchos años atrás, del dominio popular.

42.- Había muchas interrogantes en el aire que me consumía por aclarar, pero tenía que hacerlo con celosa discreción. ¿Cuál era el papel de Beatriz en la *organización*? ¿Cómo encajaba en ella una dama tan bella y apreciable, de tan exquisitos modales? ¿Por qué se veían con tanto afecto y familiaridad con Marcelo? ¿Por qué se nos trató en el hospital como si hubiera llegado el mismo dueño en persona? ¿Por qué...? Mi cabeza iba a reventar, además, me estaba distrayendo.

Permanecí en el instituto hasta las seis de la tarde, luego de lo cual llegó Marcelo por mí y nos trasladamos al hotel. En el trayecto, metí la aguja para desenredar la hebra, comentándole la grata

impresión que me había causado Beatriz, lo bien que me sentía ahora tratando con él y con ella, además de la nueva actitud de Saúl hacia mí. Le dije igualmente que me preocupaba mucho no haber podido contribuir en la confrontación que estaba en curso, acompañando al jefe para protegerlo combatiendo al enemigo en su lugar.

—Saúl aborda esto como un asunto personal —dijo Marcelo—. Inclusive a mí me excluye por ahora; él no es de los que avienta por delante a nadie. Se está haciendo acompañar en este momento por las personas capacitadas estrictamente para el caso, pero no rehúye estar al frente en el campo de batalla. Me dijo antes de partir que ya era tiempo de limpiar el camino, de quitar la última escoria que se nos cruza. Ya tendrás la oportunidad de responderle en lo que te ha asignado. Cuando logres la visión integral de la *organización* comprenderás mejor lo que te digo.

En cuanto a Beatriz —continuó—, es una figura clave. Ella dirige la cadena de agencias de viajes, entre otras cosas, y aún más: es un enlace internacional, ya que domina varios idiomas; se desplaza como un marlín en el océano a través de Europa y demás países de nuestro interés, pero no pienses que en el ramo de la droga, sino en todo lo que concierne al fortalecimiento de nuestras empresas. Te digo esto bajo mi responsabilidad, como una muestra de total confianza. Todavía te falta mucho por saber, pero estás avanzando a buen paso. Sin embargo, ya estarás comprendiendo en parte la estrategia de Saúl de escoger a los mejores, de capacitar intensivamente a sus colaboradores; eso lleva inexorablemente al éxito, porque al hacer eso creamos verdadero poder y lo ponemos en marcha con un enfoque premeditado. Igualmente estarás entendiendo el motivo de nuestro afán por disimularnos entre los demás; no podríamos nunca poner en riesgo a personas tan valiosas como Beatriz haciendo ostentaciones estúpidas.

Sabes, Chava, estas palabras de Marcelo me hicieron sufrir de pronto un sobresalto que solo con gran esfuerzo pude ocultar: al decirme que Beatriz era la directora de la cadena de agencias de viajes saltó a mi mente la posibilidad no solo de que ella era la jefa de Isabel, ¡sino también su mamá! ¡Podría jurarlo! Ambas eran prácticamente similares en muchos aspectos, no solo en los modales, incluso físicamente se parecían más allá de cualquier duda. Deploré mucho que Isabel no fuera tan gentil y accesible como Beatriz.

43.—Amanece en la remota aldea de playa y un hombre camina con actitud preocupada, esquivando el acoso de las olas, con las manos en los bolsillos, pero no es Alberto, sino Chava; ha pasado de ser un tranquilo pescador y artesano a convertirse en un hombre inquieto, reflexivo, en apenas unas semanas. Ve en retrospectiva su vida y se da cuenta de que es y ha sido una vida chiquita que se consume siempre igual, sin más expectativa que enfrentar el bronco humor del océano, para robarle otro día de una subsistencia que se dificulta a medida que las especies más valiosas como el huachinango van escaseando, víctimas, entre otras cosas, de una pesca anárquica que recoge cada vez ejemplares más pequeños que no han tenido tiempo de reproducirse.

Se pregunta si es la vida correcta, la que puede guardar aún una promesa, una esperanza. Pero él nunca ha sabido configurar en su mente el rostro de esa promesa para conocer sus rasgos y así poder buscarla, es decir, nunca se planteó a sí mismo la posibilidad de intentar otra clase de vida.

¡Qué ironía! Unos vienen aquí buscando encontrar un remanso de paz interior, un espacio de sosiego y descanso que los ponga a salvo de insufribles tribulaciones, y otros, deseosos como él, que a través de las palabras de Alberto ha vislumbrado otros mundos posibles, llenos de retos que vuelven interesante la existencia, de romper estas pesadas y agobiantes rutinas cuyo fruto es

apenas el sustento del día. Siente que traiciona con esos pensamientos a su esposa, sus padres y abuelos, fuertemente arraigados a este olvidado paraíso, pero no lo puede evitar.

Por eso, cuando Alberto aparece en el sendero que conduce a la playa, va a su encuentro y le pide continuar con aquel relato que quizá le abra una ventana asequible para intentar salirse de esta invariable y monótona cotidianeidad.

Alberto continúa sin más describiendo la inconclusa novela de su vida, una novela que deberá finalizar en aquel lugar, bien o mal, según su suerte, según las decisiones que tome otro gran protagonista de la misma.

—Marcelo partió de San Luís —inició Alberto—, apenas se convenció de que Javier estaba a salvo de cualquier complicación y yo seguí estudiando con un ahínco extraordinario, más motivado que nunca. Algunas veces concerté encuentros con Beatriz, quien me condujo en inolvidables recorridos por la ciudad, describiéndome con profundo conocimiento los detalles y estilos arquitectónicos de edificios y templos, cada uno de los cuales mostraba una exuberancia del arte más refinado y pulcro de la época en que fueron construidos. Cuando se prestó la ocasión pude visitar el museo Francisco Cosío y conocer la caja de música. Nos tomamos una foto juntos a un lado de esa bella escultura de “Las tres gracias”, lo mismo hicimos en “La caja del agua”, en el parque Tangamanga, en el hermoso y entrañable parque Morales, entre otros lugares. Conocí muchas cosas, todas muy interesantes, de esa bellísima ciudad y de su entorno rural que sería muy largo contarte.

Un día cualquiera, casi al final de mi primer curso de tres meses, recibí la inesperada visita de Marcelo. Aproveché para ponerme al tanto de serios acontecimientos ocurridos a partir del ataque perpetrado por los chacales del Jaguar.

—Esa banda tiene ahora diez hombres menos y no porque nosotros los hayamos asesinado —inició Marcelo. —Nuestro jefe sabía dónde buscarlo. Entre los últimos equipos que ha logrado adquirir se incluye un escáner idéntico en sus funciones a los que utilizaron los agentes del imperio para interceptar conversaciones de Pablo Escobar.

Nuestro comando tenía ubicado al Jaguar y su banda en la zona de Tlalneplanta donde habían secuestrado a un rico empresario mueblero. Saúl y nuestros compañeros se disfrazaron cuidadosamente como agentes federales y en la primera oportunidad interceptaron al comandante Aguayo, responsable policíaco de la zona. Le invitaron a participar con ellos en la interceptación de llamadas hasta encontrar las de interés.

Una vez logrado este acuerdo, el comandante asignó cuatro agentes ministeriales a esta tarea. Se hicieron continuos recorridos en una amplia zona hasta que logró captarse una llamada sospechosa, en la cual, con el más grosero vocabulario, se conminaba a la familia del secuestrado a pagar ya el rescate, pero debido a la conducta desconfiable de la banda, la familia, como era obvio, se resistía a pagar si no recibía pruebas contundentes de que la víctima estaba viva. Debo aclararte que el Jaguar limpiaba sus territorios de trabajo de otros secuestradores, a los que eliminaba con lujo de crueldad. Una de sus estrategias favoritas para localizarlos era disponer de mujeres jóvenes y sumamente incitantes en tugurios y antros, para atraer a esa clase de individuos. Ya que una mujer los subyugaba, obtenía información sobre sus actividades. No es la única banda que utiliza esta jugada para deshacerse de competidores.

Le extrañó a Saúl que uno de los policías ministeriales pretextara una urgencia familiar para ausentarse. Ordenó seguirlo y ello hizo posible que se le descubriera haciendo contacto con un individuo sospechoso. Sin haber visitado a ningún familiar, el policía regresó más tarde con el

grupo investigador. Curiosamente, ninguna otra llamada similar se pudo captar en la zona.

Eso hizo que nuestro líder llevara aparte al policía traidor y lo sometiera a un escarmiento que le hizo confesar su participación en el secuestro. Añadió que cinco policías más estaban involucrados y que en ese momento, en un lugar distante de la ciudad, se planeaba el asesinato del comandante Aguayo, a quien lo habían atraído los otros policías implicados argumentando que tenían sitiada a la banda del Jaguar.

El comandante, queriendo ingenuamente acumular todo el mérito del operativo, iba derecho a su muerte. En un lugar oscuro, en el interior de un extenso patio de estacionamiento de grandes vehículos de carga, los criminales vigilaban la llegada del jefe policíaco para asesinarlo vilmente. No queriendo dejar que escaparan los policías traidores y los compañeros del Jaguar presentes, Saúl se abstuvo de cualquier uso de aparatos electrónicos que podría ser detectado, y él con su grupo más los policías ministeriales, partieron hacia allá a toda velocidad.

Llegaron tarde pero no demasiado; cuatro policías honestos más el comandante yacían en el suelo, sin embargo, aún estaban presentes los asesinos. Se soltó la balacera, a la que se sumaron más agentes que ya venían en camino. Los criminales solo tenían un punto por donde escapar, el cual fue copado. Tarde advirtieron que por propia iniciativa se habían confinado en un lugar con muros muy altos. Allí se vio que el Jaguar no era tal, ya que un felino previene, como tú lo sabes, una ruta de evasión.

Murieron diez secuestradores, cuatro policías y el comandante Aguayo; varios policías más estaban heridos y otros seis, todos ministeriales, fueron apresados y consignados por ayudar a los criminales. Algunos de ellos afirmaron que si no operaban a favor de la banda su familia sería asesinada. Esto es creíble, ya que es un proceder muy común en la mayoría de las organizaciones criminales para obtener su complicidad. La peor noticia es que no estaba entre los muertos el Jaguar y que el empresario ya había sido asesinado.

La conclusión de todo esto –agregó Marcelo–, es que la banda del Jaguar ha crecido y es cada día más peligrosa y descarada. Cada vez hay más ninis que se suman a la delincuencia, a sabiendas de los riesgos que corren, pero no tienen otra alternativa. En nuestro país como en muchos otros donde predominan la ignorancia y la corrupción, es muy fácil para los jóvenes caer en la desesperación. Capaz que los sueños forjados por nuestros abuelos al inicio de la independencia, son los mismos ahora y serán los mismos dentro de dos siglos si no hacemos algo, solo eso: sueños, y no dan para vivir. En contraste, la delincuencia les ofrece a los ninis una opción inmediata de cambio, con atractivos irresistibles.

Pero no vine a darte un discurso. Tengo instrucciones de Saúl para ti. En cuanto termines tu curso te presentas en mi oficina para que recibas entrenamiento en manejo de armas de asalto y equipo electrónico de espionaje e interceptación, entre otras cosas.

–Dicho esto, Marcelo se despidió dejándome preocupado. La verdad, Chava, hasta ese momento mi trayecto por la *organización* había sido muy terso. La confrontación con el Jaguar era una realidad contundente, demasiado ominosa. Se trataba de alguien dispuesto a borrarlos del camino, a cualquier costo, a sangre y fuego si era necesario. Quise despedirme de Beatriz, pero ella y su mamá se habían ausentado sin dejar ninguna señal de su paradero. Apenas tres meses atrás mi futuro parecía despejado y luminoso, ahora sentía que se aproximaban tiempos sombríos y amenazas que podrían hacer humo todas las ilusiones que me había forjado.

44.- Antes de regresar a mi base original, visité una tienda de antigüedades en San Luís; buscaba algo muy específico: una caja musical, una que valiera la pena. Me había obsesionado con ellas y

me parecían un regalo de buen gusto. Encontré una que tocaba diez melodías, instalada en una bella cajita de cedro. Mientras funcionaba, seis mariposas de plata adornadas con finos detalles de oro, movían sus alas trazando un círculo en torno a los mecanismos principales. Era una pieza encantadora. Escribí un mensaje, lo coloqué sobre la tapa y luego empaqué todo en una caja de cartón.

Volví a la base y me presenté al siguiente día. Saludé a Isabel con mirada frontal y sintiendo por primera ocasión una mayor seguridad en mí mismo.

–¡Buenos días, Isabel! –le dije, y ella me contestó:

–¡Buenos días, Alberto!

También ella me miró a la cara, abiertamente, mostrando una mal disimulada alegría. Sus ojos tenían una franca tendencia a la cordialidad. Me informó que Marcelo me estaba esperando, pero antes de pasar le dije, al tiempo que le entregaba el paquete que contenía la caja musical:

–Tengo este encargo para usted.

Me dio las gracias y lo colocó sobre el escritorio, yo continué hacia la oficina de Marcelo, quien ya me esperaba. Lo hallé al frente de una computadora, me senté a su lado y me dijo:

–Antes de que inicies la siguiente etapa de tu entrenamiento es indispensable que dediques la semana a analizar la información almacenada en este equipo. Son bases de datos especializadas en diversos temas. Es un trabajo que realiza nuestro comando de inteligencia; después del curso que tomaste en San Luís sobre administración y contabilidad, supongo que vienes competente para manejar la computadora.

–Así es –afirmé–. No tengo problema para hacer lo que me pides.

Le dije también que estaba muy preocupado porque no pude despedirme de Beatriz y que no podía quitarme de la mente la posibilidad de que estuvieran en peligro ella y su mamá.

–Es remoto que lo estén –afirmó Marcelo y agregó: –Las diferentes áreas en que se dividen nuestras empresas llevan una administración independiente. Si hay algún traidor en una de ellas, sus alcances no van más allá de la misma. Aparte de Saúl, Beatriz y yo, solo otras 2 personas tienen conocimiento integral de la *organización*, y por su seguridad ya están ausentes de sus puestos. El jefe quiere que esta confrontación con el Jaguar llegue de una vez hasta el final y así va a ser.

Te voy a explicar a grandes rasgos el tema de las bases de datos. Una de ellas contiene información detallada sobre los recursos policíacos del país a nivel nacional y estatal, más las policías municipales de las ciudades importantes o de aquellas que tengan un interés especial para nosotros. Una más se refiere a todos los funcionarios de gobierno federales,

desde secretarios hasta delegados y subdelegados estatales; otra a funcionarios estatales hasta el nivel de subdirectores; en la que sigue encontrarás información minuciosa sobre políticos desde el más alto nivel, incluyendo los congresos federal y locales, hasta presidentes municipales y uno que otro regidor de capitales de estado y de grandes ciudades que destacan del promedio y se están proyectando a niveles más altos; otra más se enfoca al ramo militar con dos apartados: ejército de tierra, fuerza aérea y Marina. Hay más bases de datos sumamente especializadas, hechas con fines muy específicos y de coyuntura, de las cuales te hablaré más adelante. Todas se actualizan oportunamente. Se incluyen los organigramas respectivos. Mucha de esta información es del conocimiento público, pero esa no contiene los anexos que le agregan

nuestras investigaciones.

Se retiró de la oficina asegurando que volvería algunos días más tarde. Me indicó que había comida en su refrigerador y podía disponer de ella si lo deseaba.

Me concentré en revisar la información; contuve a duras penas la curiosidad por saber cómo había reaccionado Isabel ante el regalo. El mensaje escrito que dejé en el interior de la caja decía:

“Isabel: perdone mi atrevimiento al traerle este obsequio, pero cuando vi la caja musical y escuché los sonidos que produce me obsesioné con rescatarla para usted, ilusionándome en que los disfrutaría tanto como yo lo hice”.

45.- Vuelvo a las bases de datos: era un mundo de información que nunca imaginé encontrar en poder del cártel. Inicialmente se presentaba un organigrama y a cada nombre de persona se le agregaba un número de referencia. Cuando me deslizaba hasta el número podía encontrar informes muy detallados sobre el sujeto en cuestión que incluían a sus subordinados, los miembros de su familia; hijos, hermanos, padres; propiedades, negocios y toda clase de información de carácter privado o confidencial.

Quizá no se habría incomodado Marcelo si le hubiera preguntado cuál era la intención de hacerme conocer aquel vasto mundo de datos, pero no lo hice y no me quedaba más que especular sobre el asunto. Continué adelante, y pronto fui dándome cuenta que la posesión de esas bases de datos otorgaba a nuestra *organización* un poder adicional que no había pasado por mi mente. “La información es poder”, recuerdo haber leído alguna vez.

Era tarde cuando recordé que no había comido. Lo hice y continúe hasta ya entrada la noche. Cuando salí de la oficina Isabel se había ido. Me prometí llegar al día siguiente cuando ella estuviera ya en su puesto; ardía de curiosidad por conocer su reacción, pero no tuve el valor: llegué mucho antes y me introduje a la oficina. Revisar toda la información disponible podría haberme llevado varias semanas, por lo cual me concreté a conocer la de mayor jerarquía y pude avanzar más rápido.

Conforme fui avanzando se me hizo claro que había recibido una enorme muestra de confianza por parte de Marcelo y quizás de Saúl. Aquello tenía detalles que ningún mortal podría imaginar, datos que jamás se pondrían al alcance de ningún particular, como por ejemplo la cantidad de agentes extranjeros, del imperio para no ir más lejos, desplegados en el territorio nacional y la misión que cada uno de ellos tenía asignada; igualmente había versiones estenográficas de conversaciones entre altos mandos militares y policíacos y de ellos con agentes extranjeros; detalles sobre operativos de introducción de armas y de la manera como se hacían llegar a las bandas sanguinarias, acuerdos de la D.E.A. con los principales del país, entre otros. Encontré también una lista de empresas que lavan dinero y otra de políticos sospechosos de estar participando en el narcotráfico y muchas, muchas cosas más.

Quedé sorprendido de que aquella información estuviera en la oficina de viajes, ya que me parecía un sitio vulnerable, y si llegaba a malas manos podría serle muy útil a cualquier banda criminal que quisiera y supiera sacar ventaja de la misma. Pero llegó la noche y tuve que irme. Cuando salí ya no estaba Isabel pero había un sobre encima del escritorio con mi nombre. Lo recogí emocionado y casi corrí hasta mi casa.

Apenas entrando, con el corazón latiéndome a trescientos pulsos por minuto, abrí el sobre que decía:

“Alberto: anoche me dormí arrullada por los angelicales sonidos de la caja musical. La escuché varias veces, hasta que me venció el sueño. Le agradezco mucho que me haya distinguido con ese

regalo tan hermoso que siempre conservaré, pero también le tengo la noticia de que me ausentaré de la oficina por tiempo indefinido por instrucciones de don Marcelo. ¡Hasta pronto!”.

–¡Niñita mía! ¡Mi pequeña adorada! ¡Vivo solo por ti y para ti! Expresé en voz alta, como un demente, besando repetidamente el papel que contenía su hermoso mensaje, sintiéndome a punto de estallar en una explosión de ternura que hubiera inundado el mundo entero con la luz de mi amor por aquella muchacha.

Pero no podía olvidar la última parte de su mensaje. ¡Isabel se iba! Y lo más triste: no sabía dónde podría encontrarla para declararle este amor que ya rebasaba mi razón. Isabel se iba y no podría soportar su ausencia ahora que me había enseñado el camino para llegar hasta ella y verme por fin reflejado en sus dulces ojos sin el temor de un doloroso rechazo.

46.- ¿Qué nubarrones tan negros se ciernen ahora sobre la *organización* para que mis más grandes afectos dentro de la misma estén esfumándose de mi presencia?

Para colmo, al siguiente día encontré a Marcelo esperándome con rostro de preocupación.

–¿Qué sucede, Marcelo, te veo preocupado? –le dije en cuanto lo saludé.

–Es probable –me dijo– que la traición de que estamos siendo objeto alcance a la cadena de agencias de viajes. Debemos tomar precauciones. El jefe fue objeto de una celada en la que por poco mueren él y varios compañeros. Todo parece indicar que el Jaguar cuenta en sus filas con algún individuo que sabe usar con maestría un arco de competencia olímpica. Una flecha se clavó en el hombro de un compañero que iba junto a Saúl. Esa flecha estaba destinada a él. Para que eso suceda es porque el enemigo conoce todos sus pasos.

Me ha ordenado que suspendas el estudio de las bases de datos y te apliques en el conocimiento de armas de asalto, comenzando por los rifles clásicos automáticos y semi-automáticos. Lo mismo que tú estás haciendo más compañeros que teníamos destinados a otras tareas. No sabemos de qué tamaño es nuestro enemigo. Pero antes quiero que me digas si has sacado alguna conclusión sobre lo que has visto en esta computadora.

–Más que conclusión –le dije–, me asaltan muchos cuestionamientos. Me gustaría saber que contienen las otras bases más especializadas que tú mencionaste.

–Te voy a explicar. Desde hace algunos años Saúl viene planeando que nos retiremos totalmente del narcotráfico y nos concentremos en la consolidación y expansión de las empresas que estamos desarrollando, pero hacer esta transición no es del todo sencillo por el hecho de que todavía necesitamos una fuente de apoyo externa que no sea tan peligrosa como el narco ni tan ruinosa como el financiamiento bancario, para seguir impulsando nuestras empresas.

Para ello se hizo un plan. Toda la información que aquí has visto es de carácter estratégico. Mucha la ha conseguido la propia *organización* con sus recursos de espionaje y otra la hemos comprado a personas del gobierno, a delatores y traidores que en ese medio abundan; pero la que todavía no conoces está catalogada como información comercial, es decir, que tiene un mercado.

–¿Cómo es eso?

–Mira: el mundo político del país es un insondable pantano, más negro y espeso que el petróleo crudo, todo mundo lo sabe, ello sin descartar que hay gente buena; siempre debemos abstenernos de generalizar, ya que al hacerlo se puede ser muy injusto. Pero volviendo al pantano, allí la *organización* encontró una oportunidad de negocios, con menos riesgo que el comercio de droga.

Ese negocio consiste en obtener información sobre políticos destacados. Eliges a los más conspicuos, a los que salen todos los días en los medios y a esos investigas a detalle; les pones, como quien dice, marcación personal, tan subrepticia como solo nosotros sabemos hacerlo, de tal modo que nunca la perciban. Cuando obtienes información valiosa, como el hecho de que el sujeto en cuestión participa en el narco, tiene amantes, empresas fantasma, ha saqueado el erario y otras parecidas, la subastas entre sus enemigos políticos. Es muy apetecida, se vende a un excelente precio. Te la compra un adversario en lo individual, un grupo, una facción o un partido opositor. Así fue como se truncó la aspiración de un ex gobernador a ser candidato a presidente de la República. Esa información nos la compró un competidor de su mismo partido.

El individuo del que te hablo sustrajo montañas de dinero; había ganado la gubernatura con enérgicos pronunciamientos contra la corrupción. Ahora vive como un jeque petrolero, nadie lo ha molestado, pero... ¿sabes por qué?

—Me supongo que él también compró información —le contesté.

—¡No eres nada de poco tonto! —exclamó divertido y continuó:

Para que esta información tenga un valor alto, debe ser suficiente para cortar una carrera política o varias, o desprestigiar gravemente a un partido. A veces la información no se usa, solo se esgrime ante el adversario. Cuando el comprador no la usa deducimos que seguirá los mismos pasos que el otro. En otras ocasiones sí se utiliza con fines de persecución política y escasamente por simple y estricta aplicación de la ley. Donde más conviene escarbar es en los casos en que el político hace ostentación de honestidad y tiene elevadas aspiraciones. Como te dije: no descartes que sí haya políticos honestos, pero con algunos de ellos suele ocurrir que la honestidad no es un valor moral que rija los actos del político desde adentro, desde su conciencia, sino que es simple estrategia; es una especie de honestidad chatarra que se usa como un blindaje contra el bombardeo de calumnias e intrigas, es un escudo que a veces funciona en la política. En todo esto que te estoy diciendo solo tengo en la mente a políticos masculinos. No hacemos estos operativos en relación con mujeres, rara vez encontraríamos algo prometedor. En política, entre los hombres la corrupción es regla, entre las mujeres es excepción.

—¿No se contradice la *organización* en algunos de sus planteamientos fundamentales al caer en un negocio tan vil?

—Con nosotros todo es estrategia —señaló—. No hacemos juicios de índole moral. No podemos darnos el lujo de tener escrúpulos morales, ya que no andamos haciendo méritos para ganar un lugar en el cielo. Nos hemos convertido en guerreros defensores de la vida, eso sí, porque creemos que cada vida es especial, cada ser es único e irrepetible y se le puede impulsar hasta que él solito detone el desarrollo de sus potenciales. Nos divertimos con eso, y lo hacemos por rebeldía y por nuestra causa, como ya te dije una vez. No queremos darle satisfacción a gente de lo más despreciable inmolándonos en masacres estúpidas. Cuando encuentras una diversión de tan alto nivel intelectual como la que nosotros tenemos, le tomas aprecio a la vida, se vuelve interesante, la disfrutas, por eso mismo no queremos morirnos cuando todavía podemos tener muchos buenos años por delante.

Tomamos lo que el mundo pone a nuestra disposición para avanzar en nuestros fines y objetivos. Ese avance es lo que nos divierte. No creo que agreguemos maldad a lo que ya no puede ser más malo; otros son infinitamente más sucios y viles que nosotros, comercian con la buena fe y la esperanza de la gente y aun así pasan por buenos gracias al maquillaje de los medios que tienen comprados. Les quitamos tan poquito que no les arrancamos ni un pelo, además, poseer esa

información, junto con la estrategia de crear empleos masivamente, protege con eficacia nuestros flancos respecto de lo que intentara hacer el gobierno contra nosotros.

–Me dijiste que nos protege la creación masiva de empleos ¿Cómo funciona eso?

–Te lo explico: el mundo va desbocado hacia una crisis de incalculables consecuencias por el egoísmo y la soberbia de los importantes, que no contentos con agobiar el planeta con sus excesos, están obsesionados, los que son empresarios, con echar a la gente de sus negocios automatizando los procesos productivos. El imperio es líder en ese tema, allí hay robots hasta para cultivar y cosechar las lechugas. Recientemente entró en funciones, en una granja lechuguera, un nuevo artefacto que hace el trabajo de 20 personas a un costo inferior al salario de un solo hombre.

Ponte en el lugar de los jornaleros: no hay mayor ultraje que ser echados a la calle por una máquina. El egoísta empresario que hace tal cosa no piensa más que en la ganancia, en la acumulación obsesiva de dinero y lujos que solo van a aumentar su sensación de vacío, le importa un comino el sufrimiento que causa. En una primera etapa, la automatización generalizada produce mayores ganancias a los empresarios, crea la ilusión de prosperidad, pero en el mediano y largo plazo concentra la riqueza, destruye el mercado interno, genera pobreza, desesperación y violencia social, daña a toda la nación. Cada año aumenta en tres o cuatro millones el número de desempleados en el mundo, ya hay más de doscientos millones. Cuando los políticos pierdan la capacidad de inventar o renovar la esperanza de los desplazados vendrá el caos. Como tú sabes: la felicidad de un rico se sustenta en la tristeza de muchos pobres; cuando esta cuerda se tensa mucho suele romperse con un gran estallido de imprevisibles consecuencias.

En este país el gobierno le teme bastante al desorden social. Sabe que si nos ataca, incrementará el desempleo y con ello el peligro de un estallido. Otros cárteles también están aprendiendo a usar esas mismas estrategias defensivas al dar trabajo a mucha gente en empresas agroindustriales. La política del gobierno hacia los pobres lo convierte, como todo mundo sabe, en un promotor de la indigencia, pero todo parece indicar que es deliberada, es decir, intencionadamente se mantienen la pobreza y la ignorancia para facilitar la conservación de este falso poder.

De hecho, estamos gobernados por una partidocracia ya muy contaminada, donde los buenos se cuentan con los dedos de las manos. Los partidos tienen todas las ventajas para confabularse y modificar las reglas y leyes de acuerdo a su conveniencia o la de sus afines sin riesgos personales, sin el temor de ser perseguidos. Ello sin ningún menoscabo de que ese ambiente con frecuencia sea escenario de asquerosas traiciones. Te dije hace poco que la inseguridad predominante en casi todo el territorio nacional se ha tomado por la partidocracia y su red de intereses, como una ventaja más a su favor, es decir, mantener el estatus de inseguridad, junto con la pésima educación que se imparte, la pobreza, entre otras cosas, son estrategias de contención social, le permiten a la partidocracia tener a la población excluida de las grandes decisiones y la eximen de reclamos sociales de rendición de cuentas.

Cambios fundamentales a las leyes, a la Constitución, que deberían consultarse con la sociedad porque afectan a toda la nación, se realizan sin cumplir esta responsabilidad fundamental de una democracia verdadera. Los partidos pueden hacerlo porque se han asegurado de que no habrá una reacción social importante, ya que la desconfianza generalizada aísla a los ciudadanos, crea distancias insalvables entre ellos, individualiza lo colectivo. La partidocracia del país quiere una sociedad de espectadores, así asegura por tiempo indefinido sus privilegios. En este ambiente, quien llega a los estratos medios y altos de la política ya da por hecha su fortuna, solo tiene que aprender a seguir la corriente, es decir, a dominar el código de valores entendidos.

Es fácil darse cuenta de que el gobierno, brazo armado de la partidocracia, reprimirá con más fuerza los intentos de organización social destinados a defender los intereses populares, que a las

bandas criminales progenitoras de la inseguridad, las cuales solo serán dispersadas cuando se les pase la mano, pero se les dejará en condiciones de reagruparse. El gobierno puede extirparlas de raíz si hubiera la voluntad de hacerlo, le sobra capacidad para ello, pero es claro que no lo hará. Como ves: la inseguridad, la manipulación informativa y publicitaria, la ignorancia, la pobreza, entre otras, componen actualmente un elenco de malignas estrategias neoliberales, fríamente concebidas para operar como instrumento de sumisión social. La nuestra es una democracia de utilería, ya podrida congénitamente en los partidos. Así, la partidocracia conserva todo el margen de maniobra para degradar o manipular el espíritu nacional a su conveniencia y mantener a salvo su irrenunciable estatus social y económico, sin el temor de la respuesta de una sociedad que es continuamente agraviada y afrentada. Todo esto que te digo son ya verdades de perogrullo en nuestro país, todo mundo sabe como andamos, pero somos incapaces como sociedad de articular una respuesta que acabe con esta situación.

De lo que se trata, ante todo, es que la sociedad civil sea la variable tímida, inhibida, del sistema, incapaz de presentar una eficaz oposición. La casta política no busca el reflejo social de su desempeño sino la armonía y la conciliación entre los grandes intereses amafiados que usufructúan la riqueza nacional, asignando a cada uno de ellos un territorio inviolable.

Podría decirse que a todos los individuos excluidos de la fiesta del presupuesto, se nos ha hecho una cárcel a la medida, la traemos puesta, a donde quiera que vayamos, porque no son otra cosa sino una cárcel la ignorancia, la inseguridad y la pobreza, no soy el primero en decirlo. El presupuesto ajusta para que exista desarrollo verdadero y de largo plazo, pero se queda untado en las manos del sistema corrupto o, en el mejor de los casos, aterriza ocasionalmente en un puentecito, un tramo de autopista o un edificio más para la partidocracia, inspirado en lo mejor que se puede encontrar en Dubai, como el nuevo palacio legislativo para los senadores.

En nuestra *organización* y en otras, se investiga a fondo a los políticos de renombre no solo para hacer negocios con ellos, sino para tenerlos del rabo, para neutralizarlos. Ellos también nos investigan. Se puede decir que “nos tienen” y “los tenemos”, pero ellos son mucho más vulnerables que nosotros por su necesidad de estar siempre bajo los faroles. El imperio, con su incontrastable poder de espionaje y sedición, también “los tiene”, de tal modo que puede chantajearlos y extorsionarlos para que funcionen a favor de sus intereses. La conclusión de todo esto es que la partidocracia no sirve a la nación y en algunos casos es su peor enemiga. Eso ya es obvio para sectores cada vez más amplios de la sociedad. Puedo decirte sin miedo a exagerar, que muchos gobiernos, en particular el nuestro, entre mejor estorban o coartan el desarrollo de la sociedad, más se sienten en su papel.

Lo nuestro es una estrategia de resistencia. Ni nosotros ni nadie más tiene poder suficiente, en nombre de los genuinos intereses nacionales, para luchar en el campo ideológico en contra de la partidocracia, eso no tendría sentido, no lleva a ninguna parte porque ella es demasiado fuerte. Mucho menos es viable hacerlo con las armas, ya que seríamos suprimidos de inmediato. De hecho, me atrevo a decirte que la sociedad de nuestro país está políticamente desahuciada, carece de opciones electorales que representen sus intereses con hombría y honestidad; cualquier oferta política, sin importar qué partido la formule, ya es genéticamente falsa, como antes dije.

Nosotros libramos una batalla en la que consideramos a ciertos sectores, como el que componen cientos de políticos corrompidos y empresarios mafiosos, así como a la gente mala del imperio, como irredimibles, que por desgracia, no sé por cuanto tiempo, conservarán suficiente capacidad para conculcar el bienestar y el futuro de mucha gente. Queremos evitar aunque sea un poco que se salgan con la suya. Arrebatarnos lo que podamos es justo y, te repito: divertido.

En el largo plazo, si la estrategia de expansión de este modelo funciona, la cual te describiré oportunamente, se reducirán la migración y la violencia; parece utópico pero es posible. Acuérdate de la gran utopía del siglo XX: hacer que desapareciera el racismo en Sudáfrica. Lo

consiguió un hombre excepcional, el gran héroe de nuestro tiempo, Nelson Mandela, quien dijo que las cosas imposibles lo son hasta que se realizan. Hoy, en Sudáfrica, conviven negros y blancos en un ambiente de respeto, y poco a poco se vuelve común el hecho de que con frecuencia se concreten amistades verdaderas entre unos y otros. Desde luego, Mandela no estuvo solo. En su equipo cercano había inclusive hombres blancos, de la propia Sudáfrica, gente de espíritu universal. Las grandes cosas siempre se hacen en equipo. Nosotros somos un equipo.

Bien, aquí le paramos a la plática, Alberto. Hay que volver a nuestra realidad del momento. Saúl insiste en que tenemos en las filas un traidor y yo creo que tiene razón, pero si tú te preguntas por qué alguien nos puede o nos quiere traicionar son pocas las hipótesis que surgen para llegar a sus motivaciones, ya que hemos sido muy cuidadosos. La única que yo tengo es que alguna mujer muy hermosa de la banda del Jaguar contactó y subyugó a algún compañero que tiene acceso a información privilegiada. Por aquí me voy a ir. Por lo pronto preséntate en el domicilio que te voy a dar. Recibirás entrenamiento intensivo por una semana, después de la cual te voy a buscar para incorporarnos ambos al operativo de defensa de la *organización*.

47.- –¿Cómo ves, Chava? En la *organización* siempre ha habido mucha materia para el desconcierto y muy poca para la certidumbre.

–No sé qué decir –exclamó Chava como despertando de un largo periodo de hipnosis y agregó: –me sacude hasta el fondo del alma todo esto que me platicas; ha cambiado mi forma de ver el mundo. Nunca imaginé que sucedían cosas como estas; sabrá Dios cuantas historias más, distintas o parecidas, estén en curso. Volteo hasta el confín de este pueblo, miro a lo lejos el sol resistiéndose a caer sobre el océano, y me pregunto: ¿Hasta dónde llegan los alcances de lo humano?

Ya quisiera saber –continuó– qué va a pasar contigo y con Isabel, por qué estás aquí tan solo, por qué a veces te ves tan triste y melancólico; qué ha sido de Beatriz, por qué Saúl es tan inasequible, tan fugaz, tan incierto. Es más, estoy listo para tomar un arpón e irme a combatir al Jaguar y terminar con ese bellaco, para ver si así acabo con esta agitación y vuelvo a aquella calma que antes tenía y que a veces extraño. Ya nada volverá a ser como antes cuando esto termine.

Al siguiente día Chava se disculpó con Alberto por presionarlo a que ya terminara su narración; en realidad había en su alma un doble conflicto: la renuencia que iba creciendo en su interior a la vida que siempre había llevado, y la incertidumbre sobre lo que pasaría después, cuando Alberto resolviera su actual situación y se marchara de allí.

–No te preocupes, Chava –le dijo Alberto–, estoy en condiciones de abrir nuevas expectativas para ti, nada relacionado con la delincuencia, pero ya veremos eso con calma, en su momento. Por ahora quiero que me permitas continuar, ya que al hacerlo me libero de pensar en cosas que me atormentan cada vez más, a medida que pasan los días y se acerca un plazo que es crucial para mí.

Cuando terminé mi preparación básica en manejo de armas, lo cual no llevó más de una semana, me reuní con Marcelo y partimos hacia el norte. En el camino volvimos a tocar el tema de la traición de que éramos objeto. Le dije que en mi caso se me había otorgado mucha confianza sin llevar demasiado tiempo en la *organización* y pregunté si aquello no era poco prudente.

–En tu caso no –aseguró Marcelo–, porque conocemos toda tu trayectoria. Tú dijiste alguna vez que nosotros sabíamos más de ti que tú mismo, y casi estás en lo cierto. Sabemos cómo te forjaste, con qué ahínco, sacrificio y desinterés trabajaste siempre para ayudar a tu familia. Tu perfil es escaso, es el de una persona que se obsesiona en proteger y fortalecer a otros y se fija poco en sus propias necesidades, las cuales mantienes en el rango de lo más indispensable. Desprecias lo

superfluo y el lujo, vives austeramente, sin apegarte a lo material. Otros tenemos que practicar el desapego, luchar para no enamorarnos o ambicionar la posesión de ciertos objetos o bienes que al meterlos en tu inventario mental te distraen y te hacen ególatra.

Tenía razón. Me sentía feliz así, más ligero de mente y de cuerpo. Había aprendido desde niño a desprenderme sin ninguna renuencia de cuanto recurso económico llegara a mí. Por otra parte, la lectura me hacía vivir muchas vidas y despejaba mi mente de ambiciones pecuniarias o materiales; todo mi sobrante lo gastaba en libros, ya eran un alimento insustituible y esencial. Jamás pasaba por mi mente el deseo de poseer una gran casa, un lujoso automóvil...

—¿Por qué alguien traiciona incluso a sus mejores amigos?—Terció de pronto Marcelo rompiendo mi ensimismamiento y continuó: —Lo hace porque su traición le permite resolver un problema que está más allá de su voluntad y de sus principios. Podemos llegar a la traición para salvar a un ser querido o para satisfacer el capricho de una mujer que se ha adueñado de todo nuestro ser.

Luego prosiguió en esta especie de monólogo poniéndome al tanto de sus reflexiones.

—Las mujeres tienen un poder incontrastable sobre nosotros. Son capaces de romper la voluntad más férrea, de convertir en guñapo al más fuerte y entero de los hombres. Cuando una mujer se hace consciente de este poder y posee la suficiente astucia, puede quebrar el blindaje del más pintado. Quienes nos creíamos invulnerables nos doblamos o nos derretimos como una vela. El Jaguar es un ignorante y un fanático pero es astuto y la astucia siempre es un atributo del malvado, del perverso. Lo creo muy capaz de utilizar en su provecho este poder de las mujeres.

—¿Tienes ya alguna sospecha muy concreta?—le pregunté y me respondió:

—Quiero que vigiles a una persona en particular, es Santiago, un primo hermano de Saúl. Es originario de la misma comunidad. Saúl ha dicho que crecieron como hermanos y le tiene una ciega confianza. Santiago concluyó una carrera profesional ayudado por Saúl. Es contador público. Ha llevado por años el control administrativo de las empresas relacionadas con cultivos forestales comerciales. Creo que hasta ahora nuestro jefe no le ha confiado lo suficiente para que tenga una visión completa de la *organización*, pero puedo equivocarme, por ello he puesto a salvo a Isabel y a Beatriz. De cualquiera esperaría Saúl una traición, menos de Santiago. Pero yo no pienso igual. Vamos a investigarlo sin que nadie se entere, esto queda entre tú y yo, Alberto.

Lo único que voy a hacer es proponerle a Saúl que te imponga como ayudante de Santiago por unos días, para completar tu aprendizaje, los cuales deberás aprovechar para revisar las cuentas de las empresas. Si detectas algo raro continuamos adelante con esta hipótesis. Pienso que para satisfacer a una mujer hermosa que se tiene a espaldas del matrimonio no ajusta el sueldo que tiene Santiago.

48.—Dos días después Marcelo me presentó con Santiago. La confianza de Saúl sobre Marcelo era absoluta, y la merecía, por lo cual no objetó su propuesta. Santiago era un hombre de inocultable origen indígena, cuya edad aproximada era de 45 a 46 años, la misma que aparentaba el jefe. Concluyó su carrera siendo ya mayor de 30 años, gracias a un encuentro que tuvo con Saúl cuando éste hizo una visita a su mamá en la comunidad de Sierra de Juárez. Allí coincidieron y como fruto de aquel encuentro, Santiago recibió apoyo para terminar su carrera en la Universidad de Oaxaca. Estaba muy agradecido con Saúl, lo admiraba y lo respetaba sinceramente. No podía yo concebir que esos sentimientos se hicieran volátiles por intervención de una mujer, por hermosa que fuera, pero entonces reflexioné: ¿Acaso no haría yo cualquier cosa por alcanzar el

amor de Isabel? ¿Era capaz de renunciar a ella si ya estuviera conmigo? ¿Era capaz de dar mi vida por Isabel?

Todas las respuestas eran a favor de Isabel, ella era todo para mí, llenaba mi vida, sin la esperanza de su amor yo no valía nada. Aun así, sin haberla tenido nunca en mis brazos, sin haberle dado jamás un beso. Si ya hubiera pasado esto último, simplemente no habría sobre mí mayor poder que el de Isabel, pero si alguien me encaminara a una traición a cambio de Isabel, yo preferiría morir, porque ya siendo un traidor jamás habría podido volver mirarla. Esperaba eso mismo de Santiago, respecto de su familia y de su lealtad hacia nuestro líder.

Santiago me dio la confianza de conocer los registros contables, creyendo que era imposible para cualquiera que después de un curso de solo tres meses, por intensivo que fuera, podría comprender aquel intrincado mundo de números.

Y estaba en lo cierto, aquello parecía imposible. Se manejaba una nómina enorme, con más de tres mil asalariados y una gran variedad de conceptos y cuentas: Viveros, fertilizantes, sistemas de riego, contratos de arrendamiento de tierras, consumo de energía eléctrica, vehículos, invernaderos... El personal de cada área se manejaba con una cuenta diferente y cada insumo también. Aquella contabilidad era netamente profesional, no había nada improvisado, todo era preciso como una maquinaria de reloj, pero no desistí de hundirme en el laberinto de números en busca de una o varias incongruencias.

–¿Cómo vas en el estudio de las cuentas que aquí se manejan? –me preguntaba Santiago, con gesto de absoluta confianza.

–Me parece una contabilidad excepcionalmente bien llevada –le dije y le rogué que me permitiera permanecer más tiempo estudiando para prepararme como era debido en el trabajo que después se me encomendaría.

–Por mi parte no hay ningún problema –me contestó.

¡Pero sí logré encontrar fortuitamente una incongruencia! En una ocasión me dijo Marcelo que Saúl, con su afán innovador, había suprimido una práctica que se hacía en los invernaderos donde se obtenían las plántulas que luego se trasladaban a bolsas o tarros para continuar su desarrollo y su posterior implantación en el suelo. Inicialmente, se compraba semilla certificada en Costa Rica y se sembraba en invernadero, en sustratos debidamente esterilizados para eliminar enfermedades y parásitos, especialmente hongos. Me dijo Marcelo que hay en particular un enemigo de los embriones: los hongos damping off: unos matan la planta antes y otros después de su nacimiento.

Principalmente se cultivaban maderas preciosas, algunas de turno muy largo, como el cedro rojo y la caoba, y otros de turno más corto, como la rosa morada. La semilla certificada era muy cara como para no proteger su correcta germinación. Pero sucedía una falla con este procedimiento, tal vez causada por los incontrolables agentes naturales del entorno, como son la excesiva humedad y lo feraz de la tierra, entre otros; esas plántulas sobreprotegidas solían ser muy vulnerables al establecerlas en la tierra.

Saúl, aconsejado por viejos campesinos de la zona, optó por aplicar un criterio muy distinto, de sentido común, que consistía en eliminar la protección contra los hongos y perder las semillas que fuera necesario en un proceso de selección natural. Las plántulas expuestas a los hongos que lograran sobrevivir a ellos serían también aptas para enfrentar los rigores en su sitio de plantación definitiva. Con este procedimiento se perdía a veces hasta el 90 por ciento de la

semilla, pero se obtenían plantas muy fuertes y exitosas, razón por la cual no se justificaba que apareciera en la contabilidad ningún gasto sobre químicos fungicidas, muy caros, por cierto.

Además, se me había explicado que estaba en proceso de instalación un moderno banco de germoplasma y un programa de recolección de semilla en zonas cercanas de selva natural para evitar la costosa importación desde Costa Rica.

Comparé aquel procedimiento de selección natural con la situación de muchos niños extremadamente pobres que salen adelante a pesar de todas las dificultades. Estos niños son mucho menos vulnerables, mucho más resistentes, que aquellos nacidos entre algodones y terciopelo. Por eso dijo Marcelo en cierta ocasión que los países ricos eran más débiles que los países pobres, ya que en estos últimos la gente podría en caso extremo alimentarse hasta con reptiles e insectos, cosa que mataría de repugnancia a un rico melindroso.

Y aquí estaba la incongruencia, porque en la cuenta respectiva seguían reportándose gastos en un concepto ya discontinuado. Solo me faltaba hablar al respecto con Marcelo para saber si así era.

49.- A la brevedad nos reunimos para ponernos al día. Marcelo por su parte asignó personal para caminar sobre las pisadas de Santiago. Cuando me confirmó que, efectivamente, el concepto al que me refería continuaba discontinuado, ya que los ingenieros de planta corroboraron que eran menores las pérdidas con el método sugerido por los campesinos y ese procedimiento se había consolidado en la producción de plántulas, además, ya estaba en funciones el banco de germoplasma, en el cual se ensayaban semillas seleccionadas de recolección local.

Había casi dos millones de pesos cargados en diferentes periodos, siguiendo la misma secuencia de gastos que antes se utilizaba en ese concepto. Planeamos que en el momento oportuno se le pedirían a Santiago las copias de las facturas correspondientes, mientras tanto, acordamos que yo fingiría absoluta ignorancia sobre el tema, hasta que se acumularan más pruebas.

En los siguientes días, se sorprendió en dos ocasiones a Santiago visitando un domicilio, un pequeño y lujoso departamento en una zona privada. Se comprobó en el Registro Público de la Propiedad que recientemente dicho inmueble se había enajenado y el comprador era una tal Nancy Retana Valery.

Se dispuso la vigilancia del sitio, con todo el rigor y discreción de que eran capaces nuestros compañeros. Se filmaron los movimientos de la mujer y se buscó la frecuencia de su teléfono. Era muy hermosa y joven, de escasos 20 o 21 años, una verdadera muñeca irresistible, con un físico por demás incitante; sin ser de apariencia vulgar, transmitía ese poder avasallante de una vampiresa altamente calificada para convertir en un ciego instrumento de sus caprichos a cualquier hombre normal.

Casi teníamos la presa, pero aún faltaba mucho para poder relacionarla con el Jaguar. Unos días después, apenas saliendo Santiago de su casa, ella hizo una llamada por su celular, de suficiente duración para que el escáner localizara la frecuencia. Un individuo hablaba con ella, mencionándola como “Nareva”, es decir, formando un apodo con las dos primeras letras de su nombre y apellidos. Pero hablaban en clave, utilizando fonemas raros, cada uno de los cuales podría tener un amplio significado que no sería fácil descifrar.

Se grabó toda la conversación y una vez más nos reunimos Marcelo y yo a deliberar sobre el asunto. Nos quedaba perfectamente claro que Santiago estaba siendo manipulado por la tal Nancy y haciendo confidencias que ponían en peligro la vida de Saúl y de todos nosotros, incluyendo el

futuro de la *organización*. Nos planteamos una serie de pasos a seguir y sujetamos a discusión cuál sería el más prudente y adecuado de todos para iniciar un operativo contra Santiago.

—No podemos ir directo contra él sin poner de acuerdo a Saúl, —dijo Marcelo—, ya que le tiene una ciega confianza, como ya te he dicho. Inclusive le consulta para muchas decisiones financieras y administrativas. Hace muchos años que trabaja con nosotros y hasta hoy no habíamos tenido ninguna duda sobre su lealtad, pero ha entrado una nueva variable en su vida, una chamaca que lo está envolviendo con una psicología muy elemental, la del instinto sexual, el más fuerte de todos, el que arrolla al razonamiento y pone debajo del tapete cualquier escrúpulo de conciencia.

Yo conozco —agregó enseguida— el proceder de este tipo de mujeres. Son niñas muy lindas que nacieron en la pobreza pero al saberse llenas de encantos se vuelven ambiciosas; aman el dinero y el lujo, son como droga para ellas, inclusive se vuelven o las vuelven adictas los criminales para convertirlas en pieza clave y colaboradoras incondicionales de sus venganzas. Estoy seguro de que finge estar perdidamente enamorada de Santiago, lo ha de complacer en todo lo que le pide, se ha de prestar a ser gozada y fingirá que goza; incluso, en determinado momento, puede convertir a Santiago en un adicto.

50.- Finalmente, viendo que el tiempo apremiaba y considerando que el implicado era un familiar del jefe, decidimos hablar con Santiago. La cara se le puso bastante larga cuando vio el tamaño de las evidencias. Lloró y juró por sus hijos y por todos los santos del cielo que corregiría su conducta. Lo amenazamos con denunciarlo ante Saúl si no rompía con Nancy y hacía que le devolviera el departamento. Él sabía que esto podría significar su muerte o por lo menos la ruina de su familia. Nadie habría querido estar en el lugar de aquel hombre, al que en pocos días vimos encanecer notoriamente. Marcelo accedió a su petición de que le diéramos por lo menos dos meses para corregir el desfalco, pero prometió deshacer la relación con la mujer de inmediato. Estábamos dando una *segunda oportunidad*, algo que era rotundamente prohibido en el caso de darse una traición.

Ahora nos quedaba otro pendiente: no perder de vista a la Nancy. No fue fácil. No sabíamos qué le dijo Santiago para convencerla u obligarla a dejar el departamento. Poco faltó para que la perdiéramos de vista.

Los pasos siguientes consistieron en averiguar todo lo relacionado con la chamaca. Era originaria de San Diego, donde tenía cuentas pendientes. Había orden de aprehensión contra ella en el imperio por haber participado en varios secuestros, entre ellos el de un opulento comerciante de Tijuana que también tenía la nacionalidad imperial y quien había muerto después de pagar el rescate. A su edad Nancy ya era una persona muy vivida; desde los quince años, ya plenamente formada como mujer, comenzó a prestarse como anzuelo para que bandas rivales culminaran operaciones de venganza y cooptación de territorios. Cobraba por lo menos quince mil dólares por cada caso, sin contar lo que pudiera conseguir de su amante en turno.

Deliberamos sobre si era conveniente atraparla y hacerle confesar su relación con el Jaguar, pero ello nos impediría darle seguimiento a la conducta de Santiago, saber si en verdad había roto con ella o no, ya que era indispensable confirmar su lealtad. Pero el que traiciona una vez lo hará de nuevo. Santiago ya no tenía control de sí mismo. Me quiso involucrar en movimientos de cuentas, en hacer pequeñas sustracciones a cada cuenta para subsanar el faltante de la desfalcada, pero al ver que no me prestaba su desesperación crecía, se le veía siempre angustiado, tenso, dormía mal, se volvió tembloroso y propenso a caer en una crisis de ansiedad.

51.- Saúl había ubicado un nuevo secuestro de la banda del Jaguar en Pachuca y procedió con los mismos protocolos que le dieron resultado en Tlalneplantla. Todo hubiera salido bien, excepto que entre los secuestradores, que fueron arrinconados en su madriguera, estaba el flechador, quien temerariamente intentaba escapar por una ventana trasera, pero al intentar hacerlo descubrió que había vigilancia allí también, entonces tensó su arco y disparó. La flecha hirió la espalda del jefe, quien, debido a su disposición para ir siempre adelante del grupo, era el más expuesto. Los compañeros atendieron de inmediato a nuestro jefe, él les dijo que no extrajeran la flecha, ya que se provocaría una mayor hemorragia. Esa distracción la aprovechó el flechador para continuar en su intento de evadirse por la ventana, pero al querer hacerlo con todo y su arco se atoró. Estaba luchando desesperadamente por liberarse cuando una bala policíaca terminó con su vida.

Se trataba de un antiguo competidor olímpico que después de fracasar en la obtención de una medalla perdió su beca. No sabía hacer otra cosa que disparar el arco. Supusimos que el Jaguar lo metió en sus filas para dárselas de innovador al tener un asesino exótico que mataba silenciosamente con una flecha, como en tiempos de los pieles rojas.

Saúl fue traído velozmente hasta San Luis. No se quejaba y por eso no era muy perceptible la gravedad de su herida, pero venía muriéndose. Ese trayecto tan largo fue terrible y aumentó el peligro de muerte. No habíamos reparado en que el compañero herido anteriormente por una flecha sufrió una terrible infección que resultó muy difícil de controlar.

En San Luis nuestro líder fue operado de urgencia para suturar sus heridas internas y prevenir una infección, pero ya era demasiado tarde: Las flechas del asesino se ensuciaban deliberadamente para que provocaran infecciones mortales.

Cuando llegamos a San Luis Marcelo y yo, recién había despertado Saúl después de aquella larga intervención. No daba su estado para abrigar esperanzas. Con voz apenas audible expresó:

–Dijo el sabio que hay que aceptar la responsabilidad de tener que morir, y yo agrego que si ya nada salva tu vida, sale gratis morir como un valiente, así es que ni me voy a quejar por mis dolores, qué sentido tiene.

Entonces yo tercié:

–También dijo el sabio que hay que luchar contra la muerte y desafiarla con todas nuestras fuerzas, intentando vencerla.

–Tienes razón, Alberto; no creas que nomás así me voy a rendir.

–Dijiste una vez –añadió Marcelo–, que antes de morir querías ver muerto a tu asesino. Casi lo tenemos a la mano, así que lucha con todas tus fuerzas para sobrevivir, porque quiero que lo veas muerto y él te vea vivo.

–El tal Jaguar ya no me interesa, ya estoy por encima de ese tipo de venganza; al que quiero frente a mí es al traidor, porque ese si puede continuar dañando la *organización*, lo cual no quiero que suceda.

52.- Nos miramos Marcelo y yo. ¿Cómo decirle que el traidor era su primo hermano? Por el momento nos abstuvimos de hacerlo. Dejamos a Saúl para que descansara, ya que hablar le costaba un gran esfuerzo, y nos dirigimos con el médico que lo atendió. Nos dijo que la situación era sumamente delicada, por el hecho de que el proyectil estaba bastante sucio. Había peligro de una septicemia y de un colapso general de los órganos internos, pero era necesario esperar, ya que

se trataba de una persona muy saludable que iba a luchar con todo para sobrevivir.

Acordamos entre nosotros correr con Santiago la versión de que Saúl había muerto.

—¡A eso llevó tu traición! —Le espetó Marcelo al verlo.

Inclinó la cabeza y apoyó la frente sobre su mano derecha. Se convulsionaba como alguien que llora. No levantó más la vista, mientras estuvimos allí se sumergió en un silencio totalmente obstinado.

—¿Por qué Santiago podía dar siempre con la ubicación del jefe? Era algo que yo me preguntaba, ya que no comunicaba sus movimientos a nadie, con excepción del personal que lo acompañaba. Le pregunté esto a Marcelo y él me sacó de la duda.

—Hemos 4 personas en la *organización* que siempre sabemos dónde se localiza cada quien. En el vehículo de cada una de esas personas está montado un sistema satelital y otro de radio que siempre transmite nuestra ubicación. Esa muestra de confianza de Saúl alcanzó a Santiago. Ya ordené desde hace días que se desmontara de su vehículo y se instale en una camioneta pick up que te voy a proporcionar. Nunca utilizamos el equipo para hablar, solo se envían pulsos que indican situaciones. Por ejemplo: un pulso cada dos horas significa “sin novedad”; dos pulsos en cualquier momento: “mantenme ubicado”; tres pulsos: “estoy en peligro, ven en mi auxilio”.

Manteníamos estrictamente vigilado a Santiago y él lo sabía. Solo podía ir del trabajo a su casa y viceversa.

Pero apenas dos días después de la supuesta muerte de Saúl, no volvió más. En su casa dijeron que salió para el trabajo y no sabían decirnos nada más. Tomé una providencia que resultó esencial. Ya que cometimos el error de darle una segunda oportunidad a Santiago, no podríamos exponernos a otro más grave. Rescaté los archivos contables y los trasladé a San Luís. Marcelo instruyó al personal del hospital para que ante cualquier persona que preguntara se diera por muerto al jefe. Se falsificó un acta de defunción y se aparentó oficialmente su muerte. Eso pondría a salvo al hospital de cualquier ataque.

Apenas dos noches después, la oficina de Santiago, que deliberadamente descuidamos, fue saqueada. Se llevaron las computadoras y destruyeron todo el mobiliario. Los archivos se habían suplantado por otros. Santiago se daría cuenta de ello pero ya no le sería fácil dar otro golpe. Al parecer ya lo daba todo por perdido, y su vida no tenía valor si no la canjeaba por algo de interés para el Jaguar. Santiago esperaba que al abrir las computadoras podría extraer archivos que le sirvieran en una transacción con el Jaguar, pero éste no tenía palabra, su obsesión era invadir las empresas de la *organización* y apoderarse de ellas asesinando a todos nosotros, en especial a Marcelo, a quien también tenía sentenciado a muerte.

—Te estás volviendo muy sagaz—, me dijo Marcelo. Vas por delante, anticipando lo que hará nuestro enemigo y eso nos permite tomar medidas preventivas. Es muy bueno analizar todos los escenarios posibles.

53.- Saúl seguía luchando por su vida. Pasaba los días sufriendo intensa fiebre y dolores musculares. Estando bajo el sopor de los analgésicos era imposible hablar con él para darle ánimos, pero se notaba su tenaz lucha contra la muerte. El hospital estaba férreamente custodiado, pero en forma tan discreta que el personal no lo advertía. Por fortuna, la última noche en que lo visitamos arribó a San Luís la señora Irene. La reacción de Saúl al verla fue de un regocijo que

saltaba a la vista. No cabe duda que el afecto es una gran medicina: Irene no se le separaba, le leía cuentos y novelas de su predilección, le complacía en todo lo que el enfermo deseaba, lo hacía con enorme gusto, con ternura, podría decirse. Con tanto afecto, la curva de recuperación de Saúl se tornó vertical. Unos días después le fue posible caminar sin sentir mareos. Su deseo era convalecer en Tenosique, en la casa de Irene, y ambos partieron hacia allá en cuanto el médico dio su autorización.

Marcelo y yo decidimos por nuestra parte dar un golpe de audacia: Levantamos a la Nancy, pero cuál no sería nuestra sorpresa: ¡Estaba con ella Santiago! Mas no en calidad de amante ni compañero de intrigas: sus cómplices lo tenían secuestrado, tirado en el suelo como un despojo, con una cinta en la boca y otra en los ojos. Seguros de que Santiago no podría hacernos más daño, lo dejamos en el lugar y nos dispusimos a llevarnos a la muchacha, pero observé que Marcelo volvía con él por unos instantes y luego escuché un disparo en el momento en que los dos compañeros subían a Nancy al vehículo. Ella exclamó: “Adios, Santiago, allá nos vemos en el infierno”, dando por hecho que Marcelo había ultimado a su amante.

En cuanto salió Marcelo partimos hacia nuestra oficina recientemente asaltada, en otro vehículo iban delante de nosotros los dos muchachos que llevaban a Nancy. Le pregunté si había liquidado a Santiago. Para mi sorpresa, me informó que solamente había roto sus ligaduras para que huyera, el disparo se hizo para dejar en Nancy la impresión de que no íbamos a andar con rodeos.

–Nunca mataría a nadie a sangre fría, no soy esa clase de persona –me dijo un poco molesto. La intención es que esa muchacha se convenza de que hablamos en serio.

Marcelo me dijo además, de manera muy confidencial, que en realidad la *organización* no era cruelmente vengativa con los suyos, ya que él mismo y muchos otros habían flaqueado ante mujeres como Nancy; permitió la huida de Santiago jurándole que él mismo lo mataría si intentaba regresar. Nunca volvimos a saber de él, pero a fin de cuentas, habría que agradecerle su traición, según Marcelo, ya que no era conveniente postergar más el asunto del Jaguar. Las precauciones para mantenerse lejos y pasar inadvertidos para el criminal molestaban y causaban gastos.

De hecho, aspirábamos a una batalla frontal pero estábamos seguros de que el Jaguar no pensaba igual, mucho menos *sabiendo* que Saúl estaba *muerto*. Sus métodos eran la emboscada y los ataques furtivos; estábamos prevenidos para ello.

¿Cómo había llegado hasta allí Santiago sin que lo vieran nuestros muchachos?

Nancy nos lo diría. El ángel venía convertido en demonio: al bajarla del vehículo forcejeaba y pateaba, y si no hubiera traído la boca tapada con cinta, nos habría aturcido con infinitas maldiciones, pero en cuanto entramos a la oficina asaltada y pudo hablar adoptó otra actitud: fingió que se prestaba con nosotros. Exigió 50 mil dólares y ser puesta a salvo en Venezuela o en Perú a cambio de confesar todo lo que sabía.

–No creo que sepas tanto como para pagarte esa cantidad, muñequita –le dijo Marcelo al tiempo que la desataba. –Tu jefe es él y los demás; nunca le ha dado por tener segundos en el mando ni confianzas con nadie; si acaso sabes algo es que el lugar donde estabas ahora es una casa de seguridad y tiene comunicación subterránea con otra casa muy cercana. Esto lo usan las bandas como la del Jaguar para tener una ruta de escape. Claramente pude ver la puerta de acceso a un túnel a un lado de donde estaba Santiago.

No dijo nada. Señal de que era cierto y confirmaba su asociación con el Jaguar. Su cotización iba descendiendo.

Sabemos además –le dijo Marcelo ya encarrilado en especulaciones muy acertivas– que a tu jefe le encanta vender autos de lujo y está en ese negocio para limpiar su lana. Te voy a hacer una oferta: danos la pista correcta para llegar hasta él y salvas tu vida.

Otra vez permaneció callada un rato pero luego declaró:

–Viene a verme por el túnel. No sé cuándo tuvo contacto con Santiago, me vigilaba todo el tiempo y sabía cuándo él venía a verme; ayer lo trajeron por el túnel y lo dejaron allí, pensaban matarlo y tirarlo en un potrero. Nunca he podido seguir al Jaguar porque cierra por dentro y es imposible entrar allí; siempre procuro saber más porque eso a veces me da ventajas, aunque también mayores riesgos, pero no se ha dejado acercar más de la cuenta.

Luego agregó, fingiendo desesperación y pesar:

–¡Es un tipo horrible y asqueroso, se porta conmigo como un animal salvaje, me posee como si él fuera realmente un jaguar, con mucha violencia, me deja llena de moretones!

Decía esto mostrándose sumamente provocativa. Tenía a sus espaldas a dos de nuestros muchachos. Se puso de pie repentinamente y se desprendió la ropa. Por todo atuendo llevaba solo un corto vestido. Quedó totalmente desnuda frente a nosotros y dijo:

–¡Poséanme, muchachos! ¡Gócenme! ¡De uno por uno, tengo para los cuatro!

Se dio la vuelta y se abrazó a uno de los compañeros; le refregó el cuerpo contra el suyo y el joven miró a Marcelo desesperado como preguntándole: –¿Qué hago, jefe?

La escena era alucinante. Nos dejó estupefactos, hipnotizados, sin saber de momento cómo reaccionar, no tenía nada que envidiarle a una Maribel Guardia de 20 años, pero Marcelo, el más cuerdo entre todos, rompió nuestra loca fascinación: tomó a la muchacha y la hizo sentarse, obligándola luego a que volviera a vestirse.

–No nos compares con tu jefe. Esa arma que mostraste es muy poderosa, pero no nos rendimos tan fácil como te imaginas. Primero me vas a decir cuánto sabes de nosotros, cuánta información le sacaste a Santiago.

–Ese pobre imbécil –dijo ella–, iban a levantarlo esta noche para que lo torturara el Jaguar nuevamente y ver que más sabía; le ha insistido mucho en que su jefe *está* muerto, que ya no sabe nada, que mejor lo mate. Su única esperanza era que Saúl pagara un rescate por él, pero al estar muerto el jefe de ustedes su vida ya no vale nada. Se notaba muy contento el repulsivo alienígena ese, el tal Jaguar, cuando escuchó la noticia sobre la muerte de Saúl. Lo más que llegué a saber de Santiago era la localización de su jefe, me presumía que era uno de los predilectos de Saúl, que ganaba millones, pero nunca hablaba de su *organización*, por más que lo embriagaba y le daba los más dulces besos al pobre aborigen. Parecía estar loco por mí, me prometió una vida de lujo. Realmente llegó a creer que lo quería. Por otro lado, yo tenía la presión cada día más intensa del Jaguar para que le sacara mayor información. Ahorita, como el Jaguar *sabe* que Saúl ha muerto, se está preparando para acabar con todo lo relacionado con el jefe de ustedes, con todos ustedes.

–Te lo dije –expresó Marcelo–, lo que tú declaras no vale nada, ya lo sabíamos. Si me dijeras dónde localizar al Jaguar otro gallo te cantarían. Te llevaría a mi casa, yo no tengo esposa ni hijos a quienes dar cuentas ni por quien preocuparme, y vivo en un verdadero palacio que sería tuyo; en cuanto a dinero yo estoy muy por encima de Santiago, ya que al morir Saúl quedo al mando, y hago esto contigo nomás para quitarme la obsesión que me dejaste al verte desnuda. No voy a poder sacudirme esa imagen tuya mientras viva. Quiero sentir tu cálido cuerpo contra el mío,

tenerte para mí solamente y no voy a privarme de ti si ya estás conmigo. Bien que sabes dar golpes mortales, chiquilla del demonio, eres diabólicamente hermosa y conoces tu poder sobre los hombres. Ya veríamos cómo te ubico para que nunca más arriesgues tu vida y alcances la realización de todos tus sueños. Te llevaré a París, a Montecarlo, a donde gustes. Todos tus caprichos serán cumplidos.

Lo dijo Marcelo con tal vehemencia, aparentando que se consumía de lujuria por la chamaca y dando una muestra contundente de que era el nuevo jefe, que la Nancy, confundíendome a mí con un pistolero más, se convenció y declaró:

El Jaguar vende autos en varias ciudades del país, pero el lugar que más le gusta y donde es más probable encontrarlo está en Aguascalientes, no lo sé porque haya estado allí, sino que lo deduje por sus conversaciones telefónicas.

–Vámonos –dijo Marcelo y agregó: –Alberto, lleva a Nancy a mi casa, yo voy a otro asunto, luego me reporto.

54.- Llevé a la hermosa muñeca a la casa de Marcelo. Al llegar vio que no era un palacio y forcejeó y se acalabró de nuevo, diciendo:

–A mí no me engaña nadie, esta no es la casa de Marcelo, dime de una vez qué van a hacer conmigo.

–Él no vive aquí de manera permanente –afirmé en tono muy serio y confidencial–. No tenemos en esta ciudad más que esa oficina, la que acaba de asaltar tu jefe para robar información. Aquí estamos de paso, cuando él venga nos iremos a otra ciudad y entonces conocerás su casa. Puedes estar tranquila, nadie te va a matar ni a causar daño, a pesar de todo el mal que le hiciste a Santiago y a nuestra *organización*. Has destruido una familia y causado mucho trastorno, pero no te vamos a odiar y sacrificar por eso, el que va a pagar tus cuentas es el Jaguar.

Pareció calmarse. El daño causado le importaba un comino. Entramos a la casa y la conduje hasta una recámara para que descansara y se bañara si lo deseaba. Por mi parte me puse a leer el periódico pero sin dejar de estar intensamente alerta. La muchacha solo traía consigo su ligero vestido y su calzado, ni siquiera un bolso, nada más.

Después de un rato salió recién bañada, envuelta en una toalla, la cual me arrojó; se detuvo frente a mí, mostrando toda su arrobadora desnudez con largueza y descarada ostentación; vino enseguida a sentarse en mis piernas, me abrazó estrechando contra el mío su tibio cuerpo, luego se puso de rodillas sobre mis muslos sin dejar de abrazarme, al mismo tiempo que frotaba sus erguidos pechos en mi rostro; descendió lentamente, arrastrando los labios sobre mi cara, hizo una pausa y me dijo en el tono más meloso posible:

–¡Qué guapo eres, grandulón! Bien podrías ser un artista de cine. ¿Por qué no nos vamos tu y yo muy lejos y dejamos a estos demonios con sus riñas y venganzas? Estoy segura de que puedes hacerme muy feliz.

Me puse de pie y la llevé en brazos hasta la recámara. Sonreía, considerándome ya por completo seducido. Seguramente iba pensando: “Ya es mío este cabezón”. En verdad era una gran hazaña resistírsele; aún sin maquillaje seguía siendo realmente hermosa, emanaba un aroma afrodisíaco, enloquecedor. Si hubiera besado sus carnosos labios me habría rendido. Han pasado muchos meses de aquello y todavía traigo en mi memoria ese momento quemándome como brasa viva.

Era muy obvio lo que la muchacha pretendía: que llegara Marcelo de un momento a otro y ambos peleáramos a muerte para que ella pudiera sacar ventaja. Todavía cuando caminábamos hacia la recámara frotaba sus pechos contra mí, muy segura de que me había embrujado lo suficiente. La acomodé en la cama con delicadeza y le dije: “Vengo enseguida, preciosa mía, voy a traer unas copas”.

Salí y cerré la puerta con llave. Estuvo golpeándola con todo lo que tuvo a la mano, gritándome con la peor insolencia y vulgaridad. No me bajó de maricón, homosexual, putete asqueroso y muchas cosas más.

Me senté en el mueble intentando calmar mi intensa agitación; sudaba copiosamente. ¡Cuánto me habría gustado solazarme en la contemplación de la candente mujer, deslizarme por sus turgentes colinas y gozarla sin límite de tiempo ni remordimiento alguno!

Al ratito llegó Marcelo y me sacó bruscamente de mi ensueño. Todavía escuchó algunos gritos de la fiera, pero cuando ella se dio cuenta guardó silencio. Lo llevé aparte y lo enteré de lo que había ocurrido.

—Estoy al tanto de todo— me dijo Marcelo sorprendiéndome. Pasaste una prueba muy difícil pero reprobaste otra, y sin embargo, haber reprobado la otra te pone todavía más encima en mi aprecio y mi confianza. Tengo equipo de video en esta casa, a la cual se puede ingresar desde otro punto, y sin saber que lo tenía te portaste a la altura. No cualquiera puede resistir a una mujer como esa, casi nadie a decir verdad, es excepcionalmente subyugante. Tuviste control, pero fallaste en el sentido de alerta. Siempre hay que darnos por acechados y buscar el ojo que nos vigila para eludirlo si nos conviene.

Dije entre mí: —“¡Y según yo estaba intensamente alerta!”.

Luego Marcelo me llevó más lejos de la recámara y me dijo:

—Al rato vienen por ella, recogí su documentación, está en su bolso. La llevarán a la frontera y allí la retendrán hasta nuevo aviso, para entregarla en su momento a un agente de la DEA que la llevará a San Diego ante las autoridades del imperio. Allá la van a tratar mejor que en nuestro país, sin dejar de darle la condena que se merece. Es tan bella como ponzoñosa. No podemos permitir que caiga en poder de las autoridades por ahora, ya que podría poner en peligro nuestros planes contra el Jaguar.

Le dije un poco resentido:

—¿Me vigilas porque aún no me tienes suficiente confianza?

—Te vigilo para conocer tus avances y continuar señalándote el camino, porque esperamos de ti cosas importantes y no queda más remedio que ser inflexibles contigo y que tú también lo seas.

—Si la muchacha me hubiera subyugado, ¿qué habría pasado conmigo?

—Habrías perdido todo el monto de confianza ganado hasta la fecha, volverías más allá del principio de nuestra relación, ya no habría manera de restituirte la confianza. Hay tiempos y espacios privados para darnos a las flaquezas o colmar nuestros instintos, debemos esperar a tenerlos con la debida paciencia y fortaleza de carácter. Además, estoy seguro de que reconoces lo que has crecido hasta hoy por estar con nosotros; entre el Alberto de este momento y el que llegó aquí hay una distancia de años luz.

—Tienes razón—le dije—. Estoy de acuerdo contigo.

55.- Llegaron los compañeros por la muchacha, le traían ropa adecuada para evitar sus provocaciones. La vistieron a la fuerza, realmente costó mucho trabajo dominarla sin causarle lastimaduras. A Marcelo y a mí nos insultó de manera inverosímil, sin que pareciera que lograba desahogarse. Nos acusó entre otras cosas de ser un par de maricones que dormíamos abrazados, nos maldijo una y mil veces con las injurias más ofensivas que se le vinieron a la mente y expresó los más fervientes deseos de que muriéramos antes del amanecer, sin embargo, en ningún momento se volvió a encintar su boca sino hasta que fue subida al vehículo para que no distrajera al conductor. Le dimos el último adiós y desapareció de nuestra vida para siempre.

Nos preocupaba la familia de Santiago, su esposa y sus hijos. Sentíamos una profunda pena por aquel padre y esposo que cambió su vida tan abruptamente por un espejismo, pero se vería por ellos, ya que había el peligro de que el Jaguar los secuestrara para tenerlos como rehenes. No sabíamos cómo iba a reaccionar Saúl ante la noticia. Acordamos esperar hasta que nos confrontáramos con el Jaguar. Ese mismo día comenzamos a urdir un plan para cazar a la fiera.

—¡Pos qué historia la tuya! —dijo Chava mesándose los cabellos y agregó: —Creo que cada día que pasa me voy poniendo más a tono con ella; al parecer mi ánimo varía al mismo ritmo en que varían los escenarios que relatas. Sin embargo, no sé por qué ahora no siento la desesperación con que me quedé ayer, más bien tengo una calma que no me esperaba; como que estoy queriendo que este sea el cuento de nunca acabar, meterme yo también en ese cuento interminable y no salirme jamás de él; de hecho, hoy quisiera que todas las vidas fueran un cuento contado por alguien como tú, o que todo lo que ahora existe fuera un sueño soñado por entidades míticas y como un sueño se disipara en la nada, como al fin y al cabo algún día nuestras vidas, con todo y nuestros sueños, se van a disipar en el olvido.

56.- —¡Buenos días, Chava! —Saludó un Alberto que venía con humor incierto al encuentro de su interlocutor y agregó: —¿Qué te parece un cambio de escenario este día? Hoy es viernes y sé que mañana estarás ocupado atendiendo turistas, además, no tengo ánimos para seguir hablando de mi vida, se acerca un plazo cuyo término me pone muy inquieto y en los días que siguen ya no podré separarme ni un momento más de este lugar. Te invito de nuevo a la ciudad limonera, iremos a Pascuales, a comer taquitos en “Las hamacas del mayor”.

—No puedo, Alberto, discúlpame —dijo Chava apenado—, me he retrasado un poco en mi trabajo y debo salir temprano al mar para tener suficiente pescado el fin de semana.

Y Alberto se quedó solo aquella mañana. Salió en su camioneta rumbo al Norte y se perdió de vista. Carecía de sentido viajar solo, no había placer en ello, mucho menos en su caso en que la desesperación y la incertidumbre lo acechaban, eso era algo que solamente mitiga la compañía de otra persona dispuesta a escuchar de manera siempre amable y pertinente, o una actividad que absorba nuestra atención y nos ayude a dominar otros pendientes. Sin embargo, se fue.

A veces el inventario que llevamos en la conciencia, el cual repasamos en un diálogo interno incesante, se reduce a una emoción muy fuerte que descarta todo lo demás, una emoción posesiva y dominante, en torno a la cual gira como un torbellino todo el sentido de nuestras vidas.

En condiciones normales, el inventario mental se compone de posesiones materiales a las que estamos muy apegados, de relaciones sociales y de emociones. Repasamos mentalmente nuestras posesiones, sucesivamente recordamos a nuestros hijos, esposa, amigos, compañeros y caemos al final en nuestros sueños, anhelos, recuerdos... Estos son los tres componentes básicos del inventario y el diálogo interno los recorre hasta que el cansancio lo interrumpe, entonces nos quedamos dormidos y recuperamos así nuestras fuerzas.

Cualquier elemento del inventario que sobresale porque nos preocupa, como el hecho de una posesión que está en peligro de ser robada o a la cual tenemos mucho apego, provocará que el diálogo interno se enfoque en ella; igual pasará con cualquier otro elemento del inventario que cause conflicto: concentrará el diálogo interno de manera obsesiva y agobiante. Si lográramos someter a control el diálogo interno, hacer el inventario y guardarlo, pondríamos a salvo la mayor parte de nuestras energías, pero es prácticamente imposible, es una hazaña conseguir algo así, el inventario, podría decirse que nos posee. Aparte de lo anterior, diariamente, el mundo se cuele a nuestra conciencia y nos fuerza a interpretarlo, a descifrar su complejidad, como una condición de supervivencia. Podemos parar el mundo, darle la espalda, bloquear su acceso a nuestra mente y con ello ganar en tranquilidad, pero al precio de ser ignorados, olvidados. El inventario nos ha ganado la batalla, es el referente que nos ubica en el mundo, el que usamos para manejar nuestra relación cotidiana con las demás personas

Para Alberto, su relación con Chava resultó muy afortunada, vino a significar una catarsis sin la cual habría sucumbido a la desesperación. De tal nivel era la turbación que llevaba dentro.

Por eso regresó pronto, para no sufrir el cruel acoso de su diálogo interno. Al menos aquí, aunque hoy no estuviera Chava, era el lugar de su recapitulación, el lugar donde su alma encontraba el mínimo reposo para continuar vivo mientras llegaba a la encrucijada final. Restaban solo 5 días de aquel plazo fatal que determinaría su futuro. Aquí también encontraba campo para distraerse con gente conocida y amable que le abría espacios en sus actividades cotidianas y así diluía un poco sus preocupaciones.

Cuando regresó Chava del mar lo encontró allí, en la orilla, con la vista perdida en la distancia, como era usual en él, contemplando una cabalgata de blanquísimas nubes que a lo lejos parecían adheridas al océano, como un encaje. A veces, más bien casi todas las tardes, Alberto se daba a caminar por la playa en compañía de un niño que usaba muletas, a quien le había cobrado un especial afecto.

El resto de la semana, hasta el domingo, lo pasó Alberto acomedido en la gran enramada, sirviendo a los turistas como cualquier mesero, desarrollando una febril actividad, y todo ello era un hacer por hacer, acucioso y sin tregua, sin el menor interés de recompensa, solo como estrategia para secuestrar su atención. A los lugareños eso ya no los desconcertaba, se habían familiarizado con estos hábitos de Alberto. Para él, era eso o salir corriendo hacia el mar y dejarse llevar por las olas hasta que su conciencia se apagara.

57.- El lunes, día que Chava no sale a pescar, Alberto le pidió que le diera más tiempo para narrarle toda la parte final de su historia, porque un día después se cumplía el plazo de 90 días que él se había puesto para definir su futuro.

–Te escucharé sin interrumpirte, Alberto –le dijo Chava–, estoy muy interesado por conocer la conclusión de tu historia.

–Marcelo y yo nos dispusimos a planear con total pulcritud el asalto final contra los bastiones del Jaguar –inició Alberto.

Incrementamos la vigilancia en torno a la casa donde levantamos a Nancy, la cual, como recordarás, se comunicaba por túnel con otra finca. Dispusimos a compañeros en el entorno, unos disfrazados de repartidores de pizzas, otros como voceros de periódicos y unos más eran simples parroquianos que deambulaban en bicicleta o a pie. Todos habían estudiado la taquigrafía de

Pitman, esa escritura que poco a poco se vuelve criptográfica a medida que cae en desuso. El vendedor de periódicos, por ejemplo, escribía mensajes con esta técnica en los márgenes y claros del impreso y así se mantenía una comunicación.

La intención era agotar antes que nada todas las posibilidades de rescatar vivos a Jesús y a Manuel y luego enfocarnos directamente contra el Jaguar. Con el fin de mantenerse vivos en circunstancias como esas, nuestros compañeros estaban autorizados para garantizar que se pagaría por ellos un fuerte rescate, así paliaban los intentos enemigos de torturarlos hasta la muerte en busca de información.

Era obvio que esta gente se movía de madrugada, a la vieja usanza del Barcino, y en esas horas nosotros reducíamos la vigilancia, además de que en estos momentos estarían en el máximo grado de alerta a partir de la desaparición de Nancy. No obstante, en dos ocasiones en los últimos cuatro días se había visto luz en la casa que habitó la muchacha.

Discurrimos adquirir un equipo de prospección geológica para explorar el subsuelo, además, enfatizamos la observación del movimiento de vehículos de lujo en la zona, ya que este tipo de delincuente es muy adicto a los mismos. Supusimos que durante la mañana no estaría ninguno de ellos en las cercanías, así que varios compañeros se disfrazaron de empleados municipales, levantaron algunos adoquines para instalar los electrodos del aparato y procedieron a indagar en el subsuelo en las calles inmediatas a la casa de Nancy.

Así fue como localizamos, después de varios intentos, un hueco hacia el lado oriente de la casa, por donde menos nos imaginábamos. Enseguida de esa calle continuaba un baldío con un ancho cercano a los cien metros, más allá del cual había otra clase de fincas, mucho más ostentosas, a las que se llegaba por una calle distante del área que habíamos vigilado. Seguimos la huella del túnel a través del baldío y nos llevó inequívocamente a una casa por demás sobresaliente en su diseño y lujo. Dicho túnel partía desde la casa de Nancy, corría bajo cuatro fincas más, cruzaba la calle y todo el baldío, cerca de doscientos metros. Como es de suponerse, cuando se hace un gasto así es porque las fincas se han adquirido en propiedad y se piensa permanecer en ellas o usarlas durante mucho tiempo.

Ya teníamos una prenda importante en nuestra investigación que nos permitió concentrar la vigilancia. Pronto descubrimos que dos vehículos, una camioneta Mercedes y otra BMW, llenas de fulanos, solían llegar a la casa entre dos y tres de la madrugada. Por la mañana había algo de servidumbre, pero el resto del día aparentaba estar sola.

a través del baldío y nos llevó inequívocamente a una casa por demás sobresaliente en su diseño y lujo. Dicho túnel partía desde la casa de Nancy, corría bajo cuatro fincas más, cruzaba la calle y todo el baldío, cerca de doscientos metros. Como es de suponerse, cuando se hace un gasto así es porque las fincas se han adquirido en propiedad y se piensa permanecer en ellas o usarlas durante mucho tiempo.

Ya teníamos una prenda importante en nuestra investigación que nos permitió concentrar la vigilancia. Pronto descubrimos que dos vehículos, una camioneta Mercedes y otra BMW, llenas de fulanos, solían llegar a la casa entre dos y tres de la madrugada. Por la mañana había algo de servidumbre, pero el resto del día aparentaba estar sola.

Le pedí a Marcelo que me permitiera realizar el operativo sobre la casa a mí solo, para hacerlo con el mayor sigilo. Dudó un poco, pero aceptó. Me dispuse a llevarlo a cabo al oscurecer, cuando la casa se veía en penumbras. Aposté cerca de allí a tres de mis compañeros.

Avancé con la mayor furtividad posible hacia el lugar y brinqué la verja sin ningún problema, pero apenas lo había hecho cuando se arrojaron sobre mí dos corpulentos doberman. Uno me prendió por el tobillo y el otro se arrojó a mi cuello. A este último lo recibí con un culatazo del M-16, le rompí la quijada y cayó gimiendo, pero el otro me hizo perder el equilibrio. Caí al suelo, sobre el césped, apoyándome con el brazo libre, pero luego el animal se arrojó sobre mí, logré proteger mi cuello pero me prendió del brazo de apoyo con toda su fuerza, solté el arma y aproveché que estaba obsesionado jaloneando mi brazo para sujetarlo de la garganta. Me miraba con una fiereza más allá de todo límite. Al borde de la asfixia me soltó el brazo y comenzó a forcejear, causándome profundos rasguños en el estómago. Creí que se me soltaba, era muy fuerte, pero logré ponerme de pie, lo tomé con las dos manos del cuello y estrellé su cabeza una y otra vez contra la verja.

Superé el inesperado obstáculo, pero apenas lo había hecho comencé a cobrar conciencia del dolor y magnitud de mis heridas. Sangraba mucho, me dolía particularmente la mordida del tobillo, este dolor se sobreponía a los otros y se iba incrementando conforme disminuía la tensión de mis músculos. Recordé que durante la batalla contra los perros no fui consciente en absoluto del dolor.

Ahora me encontraba frente a la casa. No podía creer que estuviera del todo sola. Revisé el entorno. Estaba rodeada de jardín, muy a modo para enfrentar cualquier ataque, ya que se hallaba en el centro de un espacio grande, que permitía advertir amenazas desde muchos ángulos. La razón de su aparente abandono me la dio un vehículo que se estacionaba en ese momento unos cincuenta o sesenta metros hacia el sur. Tomé mis pequeños binoculares y vi que se trataba de un vehículo policíaco, el vehículo de un jefe. Pensé que este residente se había establecido en el lugar en fecha posterior a la llegada de los delincuentes, aunque, a decir verdad, no creo que haya policías dispuestos a iniciar investigaciones criminales por su propia iniciativa. La calle parecía completamente solitaria; si las demás casas estaban habitadas, sus dueños se recogían temprano, quizá por la sensación de inseguridad ya diseminada en todos los rincones del país. En esas colonias aisladas, en prácticamente todas las ciudades, ya es muy raro encontrar niños jugando o adultos haciendo tertulia, como ocurría en los viejos tiempos de nuestros abuelos, cuando la inseguridad no existía o no era utilizada por las castas políticas para suprimir respuestas sociales.

Me dolían mis heridas horriblemente y en mi equipo de combate solamente disponía de agua oxigenada, tintura de yodo y viejos analgésicos. Usé el agua en prevención de infecciones y continúe explorando. La casa era prácticamente impenetrable. Di con una angosta escalera metálica casi oculta por enredaderas que llevaba hasta el techo. Subí por la misma y encontré varios domos de acrílico, desmonté uno de ellos y me descolgué a un corredor que llevaba por un extremo a un baño y por el otro a la escalera que descendía a la planta baja. Prendía mi lámpara a intervalos para orientarme. Bajé a una espaciosa sala a cuyo alrededor se encontraban varias puertas. Seguro de que no había nadie forcé la chapa de la entrada en previsión de una rápida salida y exploré aquellas puertas. Por fin una de ellas me llevó hacia una escalera que descendía a un sótano. La seguí y a poco topé con una puerta de hierro prácticamente inviolable.

Regresé al jardín donde había visto una barra y un zapapico, los cuales me sirvieron de maravilla para destrabar la cerradura de un modo muy grotesco pero efectivo, de hecho, desmonté brutalmente la hoja de aquella puerta. Al entrar escuché un leve quejido, prendí la lámpara y allí, en un espacio lateral, ¡estaban Jesús y Manuel!

Su aspecto no podía ser más deplorable, parecían esqueletos! Les habían arrancado todas las uñas, de pies y manos, tenían heridas y escoriaciones por todo el cuerpo y algunas de estas heridas olían muy mal. Saqué a uno de ellos en los hombros e hice una señal a la que acudieron los tres compañeros. Yo no sabía distinguir quién era Jesús y quién Manuel, puesto que nunca los había

visto, pero los muchachos sí los identificaron. Se los llevaron de inmediato para ponerlos a salvo y en compañía de uno que se quedó conmigo exploré el túnel, el cual se continuaba a partir del lugar donde encontré a los secuestrados. Era un acto temerario, pero lo llevamos a cabo.

58.- El túnel carecía de puntales, era realmente rústico y peligroso, en cualquier momento podría ocurrir un derrumbe. Lo que permitía transitarlo rápidamente era su piso, muy aplanado y firme. Llegamos a la casa de Nancy y para fortuna, abrimos con mucha facilidad, ya que se cerraba la puerta desde el túnel, haciéndolo inaccesible si estaba cerrado para cualquiera que se hallara en la casa. Como en previsión en una fuga y para privacidad del Jaguar cuando visitaba a Nancy, también contaba con un robusto pasador desde la casa, con el cual bloqueamos la puerta y salimos a la calle.

Me reuní con Marcelo y lo puse al tanto de todo. Me curé las heridas causadas por los perros, regresé a la casa principal y cerré la puerta sin lograr disimular que había sido forzada, la intención era que tardaran un poco en descubrir que había sido violentada.

Todo esto consumió más de dos horas. Eran las once de la noche cuando nos apostamos Marcelo y yo con veinte compañeros, todos disfrazados de policías federales, en lugares estratégicos en torno a la casa principal. Teníamos un plan.

Casi a las tres de la mañana arribaron cuatro camionetas. De la última que entró bajaron individuos fuertemente armados y caminaron de espaldas hacia la casa, mirando felinamente hacia todas las direcciones. Cuando volvió a salir de la casa uno de los primeros en entrar y dio la voz de alarma, comenzamos a disparar. Teníamos rodeada la casa y lo notaron enseguida. Los que no cayeron con la primera andanada corrieron hacia la casa, lo que aprovechamos para cerrar la verja con una cadena mientras los compañeros hacían caer una lluvia de balas sobre la puerta y las ventanas.

Ocurrió lo que esperábamos: Salió el jefe policiaco de su casa y llamó a su base. Pronto comenzamos a escuchar las sirenas de las patrullas más cercanas y en pocos minutos ya teníamos apoyo local. Nuestro uniforme había funcionado. Pusimos al jefe al tanto acerca del operativo y cuando vimos que ya no salía fuego del interior, comenzamos a invadir la casa pensando que el Jaguar y su gente habían tomado el túnel. Así fue. Todos los sobrevivientes estaban dentro del túnel, corriendo hacia la casa de Nancy, donde ya los esperaban otros policías y nuestros compañeros. En su prisa los criminales ni siquiera advirtieron que ya no estaban Jesús y Manuel.

Se escuchó un fuerte estallido a lo lejos. Marcelo me dijo: están tratando de volar la puerta con granadas, les van a reventar los tímpanos. Sentimos incluso nosotros, a doscientos metros de distancia, un fuerte golpe de viento en la cara por la violenta expansión del aire en el interior del túnel. Después, solo silencio. Pasados unos instantes, el jefe policiaco, usando un altavoz, gritó en la boca del túnel conminando a los sobrevivientes a rendirse, garantizándoles que ninguno iba a ser masacrado.

Salieron 7 individuos, como zombies, caminando torpemente. Después, por ambos lados, se exploró la cueva y se rescataron otros 6 con vida. En total había 24 delincuentes, pero... ¡ninguno era el Jaguar!

Cuando verificamos esto, nos esfumamos todos los compañeros y dejamos en manos de la policía local el resto del operativo.

Al llegar a nuestra base Marcelo me dio un abrazo y me dijo:

–Nunca me equivoqué contigo, a pesar de que en varias ocasiones decidí con el corazón y no con la mente–. Luego añadió:

–Me siento muy bien ahora, porque todo lo que te dije en relación a que nos pagarías con creces lo

que en ti hemos invertido, ya se cumplió. Nos pagaste y te debemos el vuelto, mas, por desgracia, todavía no podemos relajarnos. Dimos un gran golpe, pero no es el definitivo, el Jaguar sigue suelto.

Apenas amaneció nos reunimos de nuevo. Había que partir hacia Aguascalientes, que no estaba lejos, a buscar en su nido al Jaguar.

–¿Cómo están Jesús y Manuel? Le pregunté al verlo.

–Muy delicados, pero en buenas manos. Los trasladó una ambulancia a San Luís anoche mismo.

59.- Viajamos a Aguascalientes, hermosa ciudad convertida en una pujante metrópoli moderna, llena de vida. Nuestro plan era localizar en una primera etapa al Jaguar y luego planear una segunda fase para atraparlo.

–Tendré que recorrer todos los lotes de autos para encontrarlo, le dije a Marcelo hablando en primera persona para apropiarme esa parte de la tarea.

No dijo nada de momento pero luego expresó:

–Yo creo que no es necesario. ¿Si tú fueras el Jaguar que clase de carros venderías?

Capté su idea. Era muy probable que el Jaguar se hallara inclinado por la venta de autos de esa marca, puros jaguares, sobre cualquier otra.

De todos modos, llegando tomé el directorio para localizar domicilios de agencias que vendían seminuevos; eran más de 40. Luego, entré a internet a buscar autos usados en aquella ciudad y en especial de esa marca. Encontré solo tres agencias que los ofrecían. Así, reduje sustancialmente mi búsqueda.

El plan inicial era el siguiente: llegaría muy bien vestido a la agencia a ver los autos, fingiendo prendarme de uno en particular, un jaguar por supuesto. Observaría sutilmente los detalles del lugar, tratando de detectar cualquier señal interesante. Después, si localizaba al Jaguar, haría una compra, ostentando dinero en efectivo, luego pediría que me grabaran la llave a nombre de Nancy R.V., después me haría seguir, aparentando que tenía más dinero y como amante a la desaparecida muchacha.

Obviamente, a estas alturas, el Jaguar estaría más prevenido que nunca, después de los fuertes golpes sufridos por su banda.

Visité dos agencias y no detecté nada de interés, por lo cual me enfoqué en la que más jaguares tenía a la venta. Llegué con un talante de empresario o político exitoso, vestido con ropa fina, en un coche Audi casi nuevo. Estaba observando un auto con aire de tipo despistado cuando se acercó un individuo a conversar conmigo. Le comenté mi interés por el vehículo. De inmediato comenzó a exaltar sus cualidades y casi a fuerza me llevó a la oficina. Me dejé querer. El auto en cuestión tenía un valor de 700 mil pesos. Abrí mi portafolio y le dije que contaba con 600 mil. Forcejamos con el costo, se le iban los ojos sobre el portafolio. Quedamos en 650 mil, dejé 25 mil como anticipo y prometí volver al día siguiente ya con el dinero completo.

Así lo hice, pero antes distribuimos a los compañeros a lo largo de la avenida que yo recorrería, unos disfrazados de limpiaparabrisas, otros de vende chicles, unos más de migrantes en camino al imperio. Llegué al negocio a la hora de la cita. Ya me estaba esperando el sujeto con la documentación a la vista. Cuando le pedí que mandara la llave al pantógrafo para grabarle las iniciales Nancy R.V., por la ventana que daba a una oficina posterior observé a través de los huecos que dejaba una persiana, que un individuo de aspecto sombrío se puso de pie, caminó

hacia una oficina lateral y al hacerlo me miró de reojo. Fingí no prestarle atención, pero con el rabillo del ojo pude observar su abultada cabellera. ¡Todo parecía indicar que era el Jaguar!

Pagué el auto y acordé recogerlo un día después, con las llaves grabadas y la documentación en regla. Tomé mi recibo y me marché. Mi trayecto por la avenida fue vigilada por los compañeros, escudriñando cuanto vehículo de lujo venía tras de mí. Recibí la señal de que era seguido por una Mercedes gris. Entré a un restaurant y allí permanecí. Observé que la Mercedes pasó varias veces poniendo cuidado en mi Audi. Cuando no se vio más la Mercedes me fui a reunir con Marcelo para elaborar la otra etapa del plan.

60.—Quiero recalcar una cosa —me dijo Marcelo en tono grave antes de continuar con el plan—. Es muy riesgoso lo que estás emprendiendo, me imagino que estás consciente de que tu vida corre serio peligro. Creo recordar que alguna vez te advertí sobre el hecho de que para sobrellevar los rigores de nuestra vida debemos aprender a darnos por muertos. No es algo sencillo de lograr, pero quien lo consigue sabe apreciar en lo que vale despertar a un nuevo día, el cual te parece un grandioso regalo que no menosprecias bajando la guardia y siendo negligente. Si hemos tenido éxito hasta hoy es porque nos hemos preparado mucho mejor que ellos, esto es el fruto de todo lo que tú y los demás compañeros aprenden continuamente.

—Lo sé —le dije—. Creo que he aprendido a darme por muerto, por eso he venido superando mi temor a enfrentar a nuestros enemigos.

Lo cierto, Chava, es que tenía más prisa que nadie en concluir esa etapa de confrontaciones para volver a la tranquilidad y tener de nuevo la ocasión de encontrarme con Isabel. No tenía miedo, o si lo tenía, era muy poco.

Acordamos recorrer la zona y estudiarla minuciosamente para provocar una persecución, sacar sin mayor escándalo al Jaguar de la ciudad e intentar cazarlo en despoblado. Recorrimos la avenida que llevaba desde la agencia hacia el Oriente, el límite más cercano de la ciudad. Pasamos un desarrollo inmobiliario denominado “Paseos del Sol”. Enseguida estaba un baldío de varias hectáreas, el cual venía habilitándose para otro fraccionamiento. Justo del lugar partían hacia los cerros colindantes algunas brechas de terracería. Hacia allí conduciríamos la persecución, colocando estratégicamente a los compañeros para interceptar al sujeto y enfrentarlo.

Acudí a la agencia acompañado, íbamos en la pick up, la cual contaba con refuerzos y blindajes que la volvían muy segura y robusta. Mi compañero recogió el coche y yo me quedé en el lugar contemplando otros vehículos con aparente interés. Se acercó de nuevo el individuo de la vez anterior y me preguntó si me interesaba otro auto. Le dije que me llenaba el ojo uno de ellos para mi esposa. El Jaguar —le comenté casi al oído, como queriendo ganar su confianza y complicidad—, es para una amiga con la que tengo apenas unos días pero me trae de cabeza con sus encantos.

Viendo mi actitud indiscreta, se atrevió a preguntarme cómo le hacía para disponer de suficientes recursos y darme aquellos gustos. Le conté que poseía 44 hectáreas de invernaderos en Jalisco, en los cuales cultivaba frambuesas y arándanos para exportar. Lo menos que obtenemos de una sola hectárea supera los 300 mil pesos por año —le presumí.

—Mañana —le dije por último—, le traigo un anticipo para asegurar el auto BMW que me gustó para mi esposa, yo tengo que salir a Jalisco, pero cuando regrese vengo a concluir la operación. Dicho esto me despedí sin mostrar ningún interés por el entorno de la agencia, sintiendo que dejaba bien puesto el anzuelo en el intento de mostrarme como un buen prospecto al secuestro y, además, habiendo sembrado la curiosidad por saber quién era aquella Nancy a la que obsequiaba un auto

Jaguar. En el trayecto, nuestros muchachos, esparcidos en la calle como el día anterior, detectaron tres vehículos siguiéndome, en el delantero iban dos individuos y el que manejaba coincidía con los rasgos más sobresalientes del Jaguar. Mandé una señal a Marcelo y dispuso la distribución estratégica en las colinas de tres vehículos con otros compañeros.

Circulé sin prisa hacia “Paseos del Sol”, para dar tiempo a que se estableciera toda la logística del plan. Comenzaba a pardear cuando inicié el ascenso por una de las brechas. Atrás de estas colinas hay fincas de lujo, pequeños núcleos habitados con mucha separación unos de otros. Esperaba que el Jaguar y su gente creyeran que yo vivía en uno de ellos.

Conforme subía fui acelerando y fingí darme cuenta de que era perseguido, por lo cual de pronto elevé la velocidad notoriamente. Ellos también lo hicieron. Más adelante, según nuestro previo estudio del terreno, había un tramo donde la tierra estaba muy suelta, sabía que la camioneta levantaría mucho polvo, allí los compañeros actuarían y yo haría mi parte frenando bruscamente para provocar una carambola y llevar a cabo el ataque en medio de la confusión así creada.

Todo marchaba bien, continué elevando la velocidad y así llegué al punto elegido, a casi 120 kilómetros por hora; levanté una nube muy espesa de polvo y frené bruscamente, con el otro vehículo a pocos metros de mí. Se impactó con tremenda fuerza contra la pick up, el inmediato de atrás también lo hizo y giró hacia la orilla izquierda, rodó cuesta abajo hacia una ladera muy pronunciada que culminaba en un barranco, a donde cayó y se incendió.

Por mi parte, descendí un poco aturdido de la camioneta, pero en posesión de mis sentidos. Avancé con el arma en lo alto hacia el vehículo del Jaguar. Más atrás, mis compañeros ya tenían posesión del último vehículo. Abrí la portezuela, el compañero del Jaguar se veía con el rostro bañado en sangre, completamente inmóvil, y su jefe parecía inconsciente, casi asfixiado por la bolsa de seguridad. Lo arrastré de los cabellos hacia abajo y así lo llevé a lo largo de unos 30 metros, hasta la orilla del barranco. En verdad era terrorífico aquel individuo, más que el Chupacabras. Lo suspendí en vilo, con su cuerpo entero colgando hacia la hendidura que calculé en unos 25 metros. Lo sacudí para hacerlo volver en sí. Cuando trató de mirar hacia arriba le pregunté por el resto de su banda, pero en eso una bala dio en mi brazo, justo abajo del codo y me hizo soltar al Jaguar. Cayó rebotando en las rocas. Luego otra bala me dio en el homóplato y una más me perforó un pulmón. Fue todo muy rápido, intenté voltearme para repeler la agresión, pero me desvanecí.

61.- Desperté sin saber cuánto tiempo había pasado. Estaba en un hospital. Una mano femenina me untaba en la frente sustancias alcanforadas. Escuché luego una linda voz que decía:

—¡Ah, ya despertaste, sorgatón!

Acabé de abrir los ojos y pude observar a la muchacha. Era muy bella, con un rostro moreno claro; sus perfectas y garbosas facciones le daban un parecido con la seductora Elsa Aguirre de los años 50, la estrella del cine nacional que opacó en muchos aspectos a María Félix, sobre todo en femineidad y sensualidad. La belleza latina en su total expresión. Le pregunté:

—¿Estoy muerto? ¿Llegué al cielo?

—¿Por qué lo dices?

—Porque estoy viendo un ángel, un hermoso ángel.

—¡Diantre de volado! ¡Apenas puedes respirar y ya estás coqueteando! ¡Vaya con éste! —Dijo por último y se fue, dejándome solo.

Quise disculparme y decirle que solamente pretendía mostrarme agradecido, pero se perdió de vista. Entonces pude, poco a poco, recobrar conciencia de mi situación. Estaba lleno de vendas, recibiendo suero y con un brazo enyesado.

Al rato vino de nuevo la muchacha. Traía una bolsa con manzanas. No parecía disgustada. Me dijo:

–Me informó el doctor que tu estómago está saludable y que puedes comenzar a restaurar sus funciones comiendo algunas frutas.

–Perdóname por mi atrevimiento de antes –le dije–, no era mi intención faltarte al respeto. Pero tú empezaste, me diste confianza al llamarme sorgatón.

–Sí, desde luego –expresó ella y continuó: –yo tengo la culpa, el niño es inocente. Pero no estoy disgustada, nunca lo estuve, ya he soportado a muchos como tú, ya tengo callo.

–Me caes muy bien –le dije y añadí: –tengo la impresión como si ya te conociera, eres muy bella y agradable. No me lo tomes a mal, no pretendo hacerme el fresquecito.

–No te preocupes. Me llamo María Elena.

–¿María Elena de Troya? –le pregunté en son de broma.

–María Elena Ramírez, ¡y ya cállate! No es recomendable que sueltes el perico mucho tiempo, estás delicado, te trajeron aquí casi muerto. No le voy a avisar a Marcelo que ya despertaste, aunque me lo encargó mucho, porque no quiero que hables demasiado y tengas una recaída.

Luego de esto volvió a salir. Lamenté que se fuera.

Me habría encantado ver a Marcelo y aclarar todo lo concerniente al operativo contra el Jaguar. La curiosidad me consumía, pero al poco rato vino una monja enfermera y me inyectó alguna sustancia que me hizo dormir. Comencé a perder la conciencia a causa del somnífero, sintiendo que mi yo era como un hilito, como una telaraña que se llevaba una suave brisa; yo quería retener la telaraña, pero era inasible, solo me quedó la vaga certeza de que me encontraba en un hospital administrado por alguna orden religiosa.

Desperté sin tener la menor idea de la hora, de cuánto tiempo había dormido; me costó trabajo recuperar plenamente la conciencia. Junto a mí estaba otra religiosa, era más robusta que la anterior. Revisaba la condición en que recibía el suministro de suero. Me dijo, sin darme la cara, que me había movido mucho mientras dormía, a pesar del somnífero, como lo hace alguien que no logra un sueño tranquilo por haber experimentado recientemente hechos violentos o cualquier otra circunstancia muy agitada que no conseguimos borrar de la mente. No pude abstenerme de preguntarle por María Elena. Me dijo que ella vendría más tarde a verme.

La esperé ansiosamente. Casi no podía moverme. La fractura en el homóplato y las heridas internas me causaban un dolor muy difícil de sobrellevar. Aun así, le pedí a la religiosa que me redujera la dosis de analgésicos, ya que, según mis creencias, el cuerpo sana más rápido si experimenta dolor.

Por fin llegó María Elena, después de un tiempo que me pareció una eternidad. No tenía sueño, mi mente estaba en blanco, me desesperaba la inmovilidad, pero la presencia de la muchacha lo resolvía todo, llenaba de frescura y novedad la habitación.

–Sé que estoy en un hospital de alguna congregación religiosa –le dije en cuanto la vi acercarse y agregué: –pero me gustaría saber en qué ciudad estoy y cuánto tiempo más permaneceré aquí.

–¡Conque tienes prisa por irte! –señaló ella. –Si te caemos mal o estamos atendiéndonos con deficiencias, puedo pedir tu traslado a otro hospital.

–Por el contrario –le dije–, estoy de maravilla, sobre todo cuanto tú me atiendes, cuando estás conmigo siento que el tiempo no pasa. En cuanto te vas me quedo conmigo mismo y con mis preocupaciones, todo eso desaparece cuanto tú llegas. Además, las monjitas no se prestan para conversar con ellas, la última que me atendió, la gordita, ni siquiera me miró a la cara.

Mientras yo decía esto ella me miraba levantando un poco la ceja y el labio del lado derecho de su rostro, a la vez que sonreía ligeramente, con un doble gesto de ironía y satisfacción. Luego me dijo, mientras pasaba su mano por mi rostro, como auscultando mi temperatura.

–Te estás poniendo chiquiado y caprichudo. Aquí no tienes otro remedio que sujetarte a las recomendaciones de los médicos. Yo he venido a verte personalmente porque Marcelo dio instrucciones de que se te diera atención muy especial y no quiero quedar mal con él, pero no puedo estar aquí todo el tiempo como si fuera tu nana, así que escoge: cuál de las dos monjitas quieres que te atienda, la delgada o la rolliza.

–¿Entonces tú no eres enfermera?

–Por supuesto que no, si lo fuera me vestiría como tal. Estudié enfermería, pero como un conocimiento complementario. Yo soy la administradora del hospital, y me cercioro con frecuencia de tu estado por si Marcelo me pregunta. Dime si deseas algo en especial y si está dentro de lo conveniente para tu situación, yo veré que se te cumpla.

–Tu presencia y tu voz, eso es mi mejor medicina –le respondí–, pero si no se puede por tus deberes, cuando menos da tus vueltitas con la mayor frecuencia que sea posible. A lo mejor te estoy cayendo gordo por melindroso y aprensivo, pero nunca había pasado por una situación como esta y por eso me desespero tanto.

–No me caes gordo, no te preocupes, pero hazte a la idea de que no soy tu mami. Bueno, yo vendré cada que pueda.

Dijo esto y se fue, dejándome una sensación de incomodidad.

Al rato vino la monja rolliza, traía consigo un libro, y me dijo con una vocecilla tiplosa:

–Don Marcelo nos explicó que a usted le gustaba mucho la lectura, y como todavía no puede sostener un libro, yo vine a leerle un rato; mañana lo hará otra compañera.

Aparte de darle las gracias no dije nada más, ni le prestaba atención, pero en cuanto comenzó a leer volteé a mirarla con detenimiento, ya que por momentos su voz me parecía familiar. La dejé hacer. Después de un rato de leer me dijo que ya se iba a ver otros enfermos, entonces exclamé:

–¡Gracias, María Elena, no sabes cuán feliz me haces!

–¡Ya me descubriste, desgraciado animalón! –Exclamó y luego me tomó la nariz y la sacudió, me dio un beso en la frente y me dijo:

–Voy a quitarme este incómodo disfraz, ya no tiene caso que me ande haciendo la gorda, me gusta más el atuendo de monja flaca, pero ¡cómo me he divertido!

Se fue y no volví a verla en mucho rato. ¡Cómo me había divertido yo también! Ahora me explicaba aquel gesto de ironía que hizo antes, cuando me quejé por la falta de su presencia.

62.- ¡Qué linda mujer! Nunca me había encontrado con alguien como ella, que podía ser tan fresca y tan liviana sin perder ni un gramo de categoría. Su gentileza y jovialidad eran sorprendentes. Había establecido una conexión muy profunda conmigo, como sin duda lo hacía con los demás pacientes, con el único compromiso, por lo menos así lo supuse en ese momento, de ayudarnos para lograr una más rápida recuperación. No creo que existan otros hospitales que apliquen semejante estrategia de alivio. Creaba en mí, como sin duda en cualquier enfermo, un chispeante estado de ánimo. Los enfermos somos muy propensos a la pérdida de autoestima y a la melancolía, ella ahuyentaba esos sentimientos, enriquecía mi autoestima. No quise hacerme ninguna ilusión

de que yo era alguien especial para ella, además, Isabel estaba por encima de todo en mi mente, donde siempre hacía presencia, vigilando mi conducta; no obstante, María Elena estaba allí, era hermosa, dulce y gentil, era como todos o casi todos los hombres deseamos que sea la mujer de nuestros sueños. ¡Qué fácil era enamorarse de ella!

En los siguientes días, llegaba por la mañana y me encontraba anhelante por verla, me tomaba las manos y ponía su mejilla contra la mía, con el pretexto de ponderar mi temperatura. Ese dulcísimo atrevimiento me convirtió en un individuo que dependía emocionalmente de ella; cuando se iba de mi lado haz de cuenta que me arrancaba el corazón; sin su presencia me quedaba completamente vacío, y un día, justo para despedirse, me besó en los labios, fue un beso muy breve pero me dejó enloquecido. Me convencí de que estaba recibiendo una atención diferenciada

Todo ello hacía que me esforzara extraordinariamente por recuperarme. Había en mi interior un cruento conflicto de conciencia. Yo siempre me consideré como una propiedad inajenable de Isabel y no me avergonzaba de ello; cuando la recordaba no ponía en duda mi gran amor por ella, un amor más allá de este mundo, pero ya mi conciencia buscaba un resquicio que me llevara a transigir entre ese amor tan puro y este tan sensual e inmediato al que no me sentía capaz de resistir.

63.- Tres semanas después de mi ingreso al hospital llegó de pronto Marcelo. Ya me encontraba en condiciones de tener con él una larga conversación, además, casi siempre él era el que hablaba y yo el que prestaba la más comedida atención, para no perderme ni un detalle de aquellas sustanciosas conversaciones que me ilustraban más que ningún libro.

–¡Vaya con el enfermo, te ves hasta chapeadito, nomás falta que te pongas gordo y fofo! –dijo con sorna en cuanto me vio y agregó: –No nos conviene que te pongas obeso, si sigues por ese camino vamos a tener que mandarte a un hospital del gobierno, donde la comida es peor que la de un reclusorio, apuesto que adelgazas porque adelgazas.

Por mi parte, le inquirí después de que nos dimos un afectuoso apretón de manos:

–Por principio de cuentas dime en qué reprobé en este último examen frente al Jaguar.

–En lo de siempre –me dijo–, fallaste una vez más en el sentido de alerta. Tomaste al Jaguar sin cerciorarte de que su acompañante estuviera muerto y diste la espalda. El individuo reaccionó y te disparó con una magnum 38; ya buscaba la AK-47 debajo del asiento para dejarte como cedazo cuando llegaron nuestros compañeros y lo sometieron. Estuviste a punto de convertirte en coladera, igualito como le pasó al Barcino, pero seguro estás bendito porque la buena suerte llega en tu auxilio en el último instante y te salva la vida.

Tu homóplato quedó hecho añicos pero como eres joven, está soldando rápido, igual que tu brazo.

Ahora es tiempo de que te diga algunas cosas, ya sin la monserga del Jaguar, como por ejemplo: cuál es el papel que tenemos para ti en la *organización*. En cuanto a exámenes de confianza ya los aprobaste todos, en lo que respecta al sentido de alerta creo que ya no es tan urgente, nuestro camino se ha despejado bastante y es tiempo de enfocar toda la fuerza en los grandes objetivos.

Tenemos ahora tres líneas de negocios *dentro de la ley*, que son las agencias de viajes, una cadena de hospitales de corte popular y de clase media como éste, y las plantaciones forestales comerciales, pero no estamos avanzando tan rápido como deseamos en lo que a final de cuentas queremos conseguir, por lo cual nuestro líder diseñó desde hace tiempo una gran estrategia que tú vas a instrumentar y a ejecutar. Es algo que se ajusta a tu perfil, por eso hemos venido preparándote con paciencia, sin precipitarnos, ya que solo haciéndolo así aseguramos el éxito, siguiendo el pensamiento de un sabio, quien aseguró que toda empresa debe llevarse a cabo con fuerza pero sin obsesiones.

Se aclaró en mi mente la situación de los hospitales, como aquellas interrogantes que me hice cuando Saúl fue internado en San Luis. Lo interrumpí para preguntarle:

–Tengo dos inquietudes, Marcelo: la primera se refiere a que tú me dijiste hace algún tiempo que el jefe selecciona a cada miembro de la *organización*, pero cuando revisé la contabilidad de Santiago me encontré con una nómina de miles de personas, no veo cómo Saúl pueda darse tiempo de cumplir esta tarea, y la otra: si tenían contemplado para mí un papel que no tiene nada que ver con confrontaciones como las que tuve en las anteriores semanas, ¿por qué me dejaste encabezarlas?

–En lo que concierne a tu primera pregunta, el jefe selecciona a personas que van a ocupar una posición estratégica; los empleados de las empresas, en particular de las plantaciones forestales, se contratan entre jornaleros o técnicos locales. Eso no quiere decir que seamos laxos a la hora de escogerlos o que les permitamos estancarse en un puesto; a todos se les da continua preparación y de la misma resultan personas sobresalientes que se encargan en etapas posteriores de capacitar a sus compañeros. En la *organización* todo compañero está en permanente ascenso y evolución, no hay espacio ni oportunidad para el estancamiento o el conformismo. Aquí no queremos conformistas, eso es algo que todos, desde el más alto puesto hasta el más humilde, tenemos presente.

Y respecto a lo segundo: si hubieras muerto en las confrontaciones recientes es que ese era tu destino, pero no fue así, sobreviviste. Además, tú tomaste la iniciativa en las de mayor riesgo. Me supongo que también querías probarte a ti mismo. Lo importante es que en cada momento hagamos lo que creemos que es nuestro deber, nuestra responsabilidad, y lo realicemos de manera impecable. Tú estás aquí, escuchándome, porque fuiste impecable, o sea que diste cada paso haciéndolo todo de la mejor manera que te fue posible. Solo así vale la pena; si no aspiramos a la impecabilidad en lo que hacemos, ni vale la pena ni es divertido. La diferencia entre las diversiones de otros y la nuestra, la que da la impecabilidad, es que aquellas caducan en cuanto cesa el acto divertido y vuelves a tu vacío; en cambio, la nuestra es como un dulce que traes en el corazón, un dulce que nunca se agota. Si eres un cura, un político, un empresario, un obrero, y cobijas tus virtudes y tus acciones con el traje de la impecabilidad, lo que haces vale la pena.

Yo observaba cada uno de tus pasos con la claridad que he adquirido a través de los años. Podía anticipar tus derroteros porque una persona como tú es transparente, anticipable; siempre que en una persona hay un fondo de inocencia poniéndole intención y sentido definitivo a sus actos, sabemos que tenderá hacia la impecabilidad, no necesariamente en un orden moral o en busca de reconocimiento, sino persiguiendo el objetivo de que la limpieza de sus actos coincida con la limpieza de su conciencia. Vas bien y vas rápido, a se paso quizá muy pronto llegues al nivel donde ya no habrá secretos.

Igualmente es predecible alguien como el Jaguar. Junta la soberbia y la estulticia y obtienes a un personaje como ese; la soberbia guía todos sus actos y la estulticia los acomoda a sus instintos primitivos. La soberbia y la ignorancia van de la mano, y un ignorante siempre tiene un horizonte muy corto; igualmente, es muy fácil saber a dónde irá o qué hará un soberbio: el Jaguar nunca iría más allá de conseguir dinero en la forma que fuera para satisfacer sus instintos y sus sentidos. Su soberbia y su estulticia nos facilitaron el camino, porque le impidieron tomar las precauciones necesarias a pesar de sus fracasos.

Los resultados en relación con las personas dependen del punto donde pones el enfoque. El Jaguar y quienes son como él explotan y desarrollan el lado oscuro de las personas, se empeñan en hacerlo más oscuro y ominoso todavía, lo que al final les cierra todos los caminos. En cuanto a nosotros, hacemos precisamente lo contrario: encontramos la parte más luminosa y blanca de los individuos y la hacemos crecer hasta que no quede en ellas ningún punto oscuro. Esa luz les permite encontrar caminos más amplios y prometedores a cada paso.

–Me parece muy bien lo que dices, Marcelo, y me queda muy claro, pero nunca dejo de ver una contradicción con otras cosas que hacemos, como el comercio de droga y la obtención y venta de información confidencial en el terreno de los políticos corruptos.

–Esa contradicción solo es de orden moral y nosotros estamos fuera de eso. He venido diciéndotelo. No creas que seguimos aquella cínica receta de que el fin justifica los medios. Alguien dijo que la moral es una señora de vestido largo y sin embargo le gusta enseñar las piernas; le cumple gustos y caprichos al corrupto, al cínico, al hipócrita. De hecho, cualquiera estira la moral para todos lados, hasta que acomoda o cree acomodar su conciencia. La impecabilidad, en cambio, es una dama inflexible que solo se deja conquistar por los más fuertes de cuerpo, mente y corazón. Sigues teniendo prejuicios morales, por eso te atrapa ese sentido de contradicción. Nosotros, cuando hablamos de moral, nos referimos a contenidos intangibles del espíritu, no a conductas inculcadas o adquiridas por los individuos para funcionar en sociedad.

Nosotros, como ya te he dicho, estamos en medio de una guerra, y sin pretender que en la guerra todo se vale, tomamos recursos del enemigo para confrontarlo con estrategias, defensivamente. El enemigo no es el Jaguar, sino los que fabrican jaguares. No puedo ir más allá disertando sobre la moral porque no tengo la capacidad para hacerlo, solamente me alcanza para describirte mi modo de pensar, el que se me ha inculcado y yo he hecho mío, porque me convence. Puede ser que no estés de acuerdo conmigo en todos los puntos que yo defiendo, estás en tu derecho, solo es indispensable que aceptes las líneas principales, los ejes en que se apoya la *organización*.

Nosotros, en nuestra guerra, no queremos la sangre de nadie, queremos respeto, porque en el respeto, como tú sabes, somos todos iguales, se armoniza lo diverso, se desvanecen los prejuicios; si logramos establecer el respeto, al menos en nuestro ámbito, demostraremos que el homo sapiens sí es una especie viable, lo mejor que puede existir en este planeta. Por eso, para hacer nuestra parte, hemos diseñado una estrategia que abra el camino para llegar a una sociedad autogestiva, que se haga responsable de sí misma, capaz de prescindir de toda clase de limosnas oficiales y de administrar con orden su libertad.

64.- Esa es tu estrategia, Alberto, y voy a describirtela en términos muy generales. Ya está completamente diseñada y estructurada, con sus parámetros e indicadores, pero no está por demás que desde ahora vayas conociéndola en sus principales líneas de acción.

Iniciaremos creando un fideicomiso y la “Fundación para el Desarrollo Popular”. Tú serás el director del comité técnico de dicho fideicomiso. Inicialmente contarás con dos personas para auxiliarte, una de ellas es Simón, un joven de la etnia Tojolabal de Chiapas. Es contador público, un hombre con mucho tesón. Vino entre los candidatos a sustituir a Santiago, pero yo le veo un perfil idóneo para colaborar contigo. El otro copiloto de tu nave deberás escogerlo tú, y serás responsable de lo bueno o malo que resulte su trabajo. La estrategia consiste en obtener financiamiento social para la creación de microempresas y lo harás del modo siguiente:

Una vez que hayan concluido todos los trámites ante las autoridades que correspondan para la operación legal del fideicomiso y de la Fundación, llevarás a cabo con tu grupo las investigaciones necesarias para determinar que giros empresariales son viables en cada ciudad donde la Fundación opere, de modo que las empresas que se constituyan no lesionen a negocios ya establecidos, sino que llenen una necesidad.

Inicialmente, la Fundación comenzará a operar en una de las prósperas ciudades de la cuenca del Río Lerma, donde, a pesar de todo, existe mucho desempleo. Los giros que se pueden impulsar son variados: carpinterías, invernaderos, fabricación de ropa, granjas piscícolas, talleres mecánicos y de laminado y pintura, imprentas y un largo etcétera. Voy a ponerte como ejemplo con fines didácticos una carpintería.

Primero seleccionas una colonia e indagas si en su entorno es sostenible el negocio de fabricación de muebles bajo pedido o en serie, si es afirmativo, procedes a encontrar un local donde instalar los equipos; en el siguiente paso, localizas a un oficial de carpintería que pueda aceptar la responsabilidad productiva de la empresa; enseguida, reclutas a cuatro o cinco jóvenes desempleados de la colonia para que laboren en el taller. El oficial deberá aceptar la responsabilidad de capacitar a los jóvenes en el oficio de carpintero.

Logrado lo anterior, redactas una carta mediante la cual invitas a los padres de familia de dicha colonia a una reunión en la que expondrás los objetivos de la Fundación. En esta asamblea intentarás reunir cien socios que aporten entre todos la cantidad de 250 mil pesos para adquirir los equipos y materiales indispensables para operar la carpintería. Ninguno de estos equipos será de tipo robótico, es decir, de los que eliminan la necesidad de personal. Cada aportación al fideicomiso tendrá un plazo de recuperación de un año con un interés garantizado superior al de las instituciones bancarias.

Ya constituido el grupo de cien socios, ellos deberán elegir a tres representantes cuya firma será necesaria para cualquier operación financiera relacionada con la carpintería, además, participarán en todas las acciones que aporten transparencia y confianza a la operación de la estrategia. No es obligatorio que sean cien personas, ya que algunas podrán hacer una doble o triple aportación, según su capacidad económica o su interés en el negocio.

El propósito de que sean por lo menos cien personas es que la carpintería inicie su existencia con cien clientes y cien promotores, lo anterior se facilita porque al término de un año, las ganancias acumuladas por las ventas se repartirán en cantidad igual por cada aportación, a la vez, la empresa se pondrá en venta, dando preferencia para su compra a los socios, quienes pueden adquirirla individualmente o formando un grupo que reúna el capital. Si ninguno de los cien socios se interesa, el taller se ofrecerá a los operarios del mismo y en última instancia será adquirido por la fundación para su posterior venta. Las medidas anteriores motivarán desde un principio a los socios a impulsar el éxito de la mini empresa, consumiendo sus productos y promoviéndolos en su ámbito.

Al principio será difícil, dado el ambiente de desconfianza que predomina en toda la sociedad, pero cuando se constate la eficacia de la estrategia para crear empresas sólidas y generar utilidades a quienes las financien, se irá haciendo progresivamente más fácil crear nuevas empresas. No existirá ninguna limitante para aquellas personas que tengan las posibilidades económicas para invertir en varias empresas simultáneamente.

Al inicio, nuestra *organización* aportará el capital semilla, pero gradualmente, las empresas creadas deberán sostener y hacer crecer el capital de la Fundación con la aportación de cuotas, mismas que les darán el derecho permanente a acceder a mercados de productores que se construirán en una fase posterior, a cursos para la comercialización y mejora de la calidad, al aval de la Fundación para la adquisición de equipamiento, entre otros.

A la larga, esperamos que en cada grupo inversionista resurja la confianza, se entablen sólidas amistades y relaciones de negocios que deriven en una prosperidad saludable y de largo plazo. Por cada paso exitoso que demos con esta estrategia avanzaremos un poquito en lograr una patria con mucho corazón, estaremos clavando un cuchillo muy filoso, pequeño si tú quieres, pero efectivo, contra la molicie de los gobernantes y la desconfianza de la sociedad.

65.- Esta es la nueva guerra de guerrillas, Alberto, cuyas batallas se librarán sin esgrimir ninguna violencia, ningún armamento, en el seno de la sociedad, sin intervención ni necesidad de ningún político. Creemos que este sueño no lograrán corromperlo, porque cada pequeña empresa que nazca con este esquema será un vínculo, un proyecto común que unirá a la gente, en principio por un interés económico pero después por un interés social, ya que sus resultados se medirán en el bienestar y gozo que produce la convivencia en una sociedad funcional y civilizada.

Parece utópico pero es posible, y lo es porque tenemos atrás del proyecto una *organización* poderosa que cuenta con elementos como tú y Simón y como los que vendrán después. Te dije una vez que trabajamos con la filosofía de la prescindibilidad, ya hablaremos más ampliamente de ella en el futuro, por ahora ha de quedarte muy claro que deberás capacitar a todos tus colaboradores de tal manera que no seas en absoluto indispensable para el funcionamiento de la estrategia.

En unos días volveré a traerte el manual completo de la estrategia para que lo estudies y cuando el hospital te dé de alta vendré por ti para dar los primeros pasos en este proyecto.

Se despidió Marcelo y me dejó muy pensativo. Me encantaba la estrategia, aún sin conocerla en sus detalles técnicos, y aún más me gustaba que se me hubiera dado la confianza de desarrollarla. En una ocasión Marcelo me dijo que el poder creado por la inteligencia se orienta por sí solo hacia la transformación del mundo, una transformación positiva. La fuerza, dijo él, gusta de dominar, de someter, porque suele venir de la mano con la soberbia, pero como la rebeldía a cualquier dominación está en la naturaleza del ser humano, la fuerza a la larga es derrotada; en cambio, el poder transforma, de lo contrario no es poder. La fuerza, cuando no es controlada por la inteligencia, se complace en destruir; el poder se complace en transformar, en construir. Así lo dijo él y yo comenzaba a comprenderlo, porque a lo largo de estos años fui atestiguando el poder de la *organización* y me fui haciendo paulatinamente parte de ese poder al desarrollar mis aptitudes y adquirir otras nuevas, inclusive ya no me conflictuaba interiormente al reflexionar en la aparente contradicción de un poder que luchaba por transformar su entorno alimentado en parte con recursos provenientes del comercio de droga en el imperio, porque Marcelo me convenció de que lo realizado por nosotros era una “recuperación” de un patrimonio conculcado a lo largo de siglos de diversos coloniajes a cual más abusivo, racista, depredador y criminal.

66.- Al irse Marcelo y con él la abstracción que me provocaban sus teorías y disertaciones, volví a mi realidad terrenal del momento, a esta otra dimensión de mi existencia donde las expectativas, aunque de muy distinta índole, eran igualmente perturbadoras, y para confirmarlo hizo acto de presencia con su exuberante sensualidad la adorable María Elena, quien me indicó que al siguiente día comenzaríamos una sesión de rehabilitación física. Era muy inclinada al contacto, rompía cualquier barrera y trastocaba sombríos estados de ánimo con solo extender sus manos y posarlas en cualquier parte del cuerpo de su interlocutor, y en esa oportunidad las pasó lenta y suavemente por mis mejillas en tanto me miraba con ternura.

Era muy consciente de todo el poder de seducción que ejercía sobre mí. Hubiera querido tomar sus manos y volcar su cuerpo contra el mío, retenerla y hacer que me transmitiera su calor, prenderla en un beso interminable, gozarla con toda la pasión que había despertado en mí, pero se alejó tan rápido como vino, dejándome más ansioso que nunca. Pensé que lo hacía intencionalmente, que estaba jugando conmigo.

No soportaba que se fuera y me dejara solo, con mi mente agitada, incapaz de dar orden a mis pensamientos. Marcelo hablaba de libertad y yo era un prisionero, tanto de la *organización* como de las mujeres que en ella había conocido. Marcelo daba por hecho que, igual que él, yo sería un soldado de la *organización* con convicciones incuestionables, pero dentro de mí ardían como una hoguera inextinguible viejos anhelos de tranquilidad, de llevar una vida sosegada, de forjar una familia al lado de la mujer de mis sueños. Comparaba constantemente a María Elena con Isabel, me sorprendía de encontrarlas tan diferentes, siendo ambas mujeres de una misma generación. La una con un corazón tan accesible, con una afabilidad tan extendida, tan al alcance, al menos en

apariencia. La otra, mi nenita Isabel, tan lejana y altiva, a la que amaba tan resignadamente en silencio, a la que aspiraba a tener en un altar para adorarla de por vida, y cuyo recuerdo me provocaba atroz remordimiento cada que mis sentidos y mi voluntad sucumbían irremediabilmente en la presencia de María Elena.

Llegó el siguiente día. Alrededor de las once de la mañana se presentó María Elena y me llevó hasta una pequeña alberca techada que había en la parte trasera del hospital. Me entregó un calzón de baño y me indicó que me lo pusiera para entrar a la alberca, luego me dejó solo. Seguí sus instrucciones. Cuando salí del vestidor y me disponía a entrar al agua ella apareció de nuevo, luciendo un brevísimo bikini. Tenía un cuerpo espectacular y al parecer deliberadamente llevaba la incitación al extremo. Me hizo entrar al agua. Ambos lo hicimos, yo en el colmo de la excitación y ella con pleno dominio de sí misma. Mi torpeza en el agua era más que evidente, ya que mi brazo y mi homóplato no habían terminado de sanar, y aunque el agua estaba tibia y no me cubría más arriba del ombligo no me atreví a nadar.

Ella me daba indicaciones pero yo no podía concentrarme más que en su cuerpo, en mi ardiente deseo de hacerla mía. Se acercó a mí, me tomó de mi brazo sano y yo fingí que perdía el equilibrio, apoyó su cuerpo contra el mío para evitar que cayera y todo lo demás ocurrió como tenía que ocurrir: nos fundimos en un apasionado abrazo y nos devoramos uno al otro en un volcánico episodio de intimidad, inclusive olvidé o dejé de sentir mis dolores físicos y permití que fluyera toda la primitiva fuerza de mis instintos, lo hice con la virilidad de un macho salvaje que reserva durante meses su energía sexual para liberarla en un solo acto, pero también con la delicadeza asociada a la ternura que me inspiraba la incomparable mujer que tenía en mis brazos.

Ese fue mi primer ejercicio de rehabilitación. Lo concluimos ambos con un largo abrazo, con una tierna prolongación del éxtasis final, en que nos vimos exhaustos y colmados, sin querer separarnos.

Ese día por la tarde abandoné el hospital con las instrucciones médicas de acudir diariamente a curaciones y a “ejercicios de rehabilitación muscular”. La gloriosa intimidad entre María Elena y yo no disminuyó en intensidad en todo ese tiempo, ansiábamos el momento de encontrarnos y apenas estábamos en privacidad nos sumergíamos uno en el otro. Salíamos por las tardes, cuando ella terminaba su turno, a pasear por la ciudad, ella se colgaba de mi brazo y caminábamos como dos enamorados, inmersos en nosotros mismos. Gocé intensamente esos momentos. Sin embargo, en la noche, antes de dormir, buscaba afanosamente un camino para reconciliarme con mi conciencia: había traicionado mi santo y puro amor por Isabel, y lo había hecho con artera flagrancia y debilidad de propósito, en el mismo hospital en que se me brindaba asilo para reparar mis heridas. Bien decía Marcelo: usamos la moral como si fuera elástica. Me parecía inmoral lo que hacía, principalmente en razón de mi amor por Isabel, pero buscaba una justificación imposible a mis actos.

¿Dónde estaba mi juramento de serle fiel en todas las circunstancias para así llegar a merecerla? Me decía a mí mismo, con inútil afán de conciliación interior, que no había cometido ningún pecado de traición, puesto que no había nada formal entre Isabel y yo, solo existía a ciencia cierta un amor platónico, el mío, que alimentaba sus esperanzas en fugaces miradas, en gestos y actitudes de ella que yo interpretaba a mi conveniencia. Pero si discutía eso conmigo mismo con tanta insistencia es porque Isabel me importaba más allá de mi pasión y mi ternura por María Elena. Sin embargo, la perspectiva de que llegara a faltarme lo que ahora tenía para mantener fidelidad a mi amor por Isabel, me aterraba. Por nada del mundo querría perder a María Elena y también daría cualquier cosa por abrazar y besar alguna vez a Isabel, por ver un rasgo de amor en

sus ojos, aunque luego me muriera. Bonito conflicto el mío, y lo más doloroso es que de alguna manera tendría que resolverse, lo más probable es que con un alto costo emocional para mí.

67.- Cierta día, caminábamos María Elena y yo por el centro de la ciudad cuando me llamó la atención el letrero que había en la parte superior de un local comercial, que decía: “Libros selectos de segunda mano”. La invité a entrar y enseguida quedé sorprendido con la magia del lugar; emanaba el espiritual aroma de libros ya santificados por haber pasado por nobles manos, por haber ilustrado a muchas personas hambrientas de conocimiento. Allí estaban esos viejos amigos, en correctas filas, en místico silencio, reposando transitoriamente sobre gavetas de madera, esperando con paciencia el arribo de la persona indicada para llevarla a un largo y maravilloso viaje por sus páginas amarillentas. De hecho, un libro como esos que encontré allí, siempre hallará a la persona indicada, no podría ser de otro modo.

Eran, efectivamente, libros selectos, solo títulos de autores de gran renombre. Atrajo mi interés una pequeña colección encuadernada en tela con las obras completas de Stefan Zweig, el excelente escritor y biógrafo austriaco. Había leído algunas de sus biografías, la de José Fouché, el siniestro jefe policiaco de Napoleón Bonaparte; la vida de Isaac Disraelí, el histórico primer ministro de la reina Victoria, y últimamente un delicioso librito titulado “La toma de Constantinopla”, también titulado a veces: “La conquista de Bizancio”. Pregunté a la dependienta sobre el precio de la colección y me pidió tiempo para consultarlo con su jefe, quien estaba en una oficina al fondo del local. Vino el hombre y al mirarlo por poco me desmayo por la impresión: ¡Era Pablo! Como en tumulto vino a mi memoria el recuerdo de la agresión que él sufrió por mi culpa a manos de Alfredo, el abusivo empleado de don Fabián. Para mi fortuna, no me reconoció, gracias a lo cual recuperé rápidamente la compostura, le pregunté por el precio de los libros, los pagué y salí del local en compañía de María Elena.

Al siguiente día regresé yo solo al local y me puse a revisar detenidamente las existencias de la librería, esperando motivar a Pablo para que viniera a atenderme personalmente y así entablar una conversación. Mi propósito, conociendo su honradez, su amplísima cultura y su ahínco en el trabajo, era el de reclutarlo para trabajar en la estrategia de financiamiento social y así cubrir el puesto que faltaba. Ya en su momento le revelaría quién era yo. El cielo me había traído la oportunidad de pagar mi deuda con este noble amigo. No sabía que tan difícil resultaría hacerlo abandonar sus libros, o al menos su presencia en el negocio, pero valía la pena intentarlo. Me alentaba la sospecha de que apenas ganaba lo suficiente para vivir, ya que sus ropas, aunque de buen gusto, eran viejas y modestas.

Resultó fácil hacer que Pablo se soltara hablando sin parar cuando le dije lo satisfecho que estaba con mi adquisición del día anterior y le pedí su recomendación para adquirir otras de sus colecciones. Descubrí que tenía una marcada inclinación por autores franceses y alemanes, le compré varias obras en los siguientes días y me enfoqué en iniciar una buena amistad con él. En poco tiempo ya me invitaba a su oficina a tomar el café y pasábamos las horas comentando sobre diversos temas. Su cultura era en verdad muy vasta y admirable, igual que su modestia; me habló de autores de los que yo jamás había escuchado. Ante él yo no era más que un supino ignorante, un párvulo. Poco a poco se fue dando la coyuntura de confianza para que él me preguntara a qué me dedicaba. Le hablé de la Fundación para el Desarrollo Popular y cuál era mi trabajo, le dije que andaba en busca de una persona con su perfil para el puesto vacante y que me encantaría que colaborara con nosotros, lo cual aceptó con la condición de permitirle un mes de plazo para poner

en buenas manos su librería.

En verdad que era mucha mi suerte, sobre todo el hecho de estar vivo y saludable a pesar de las bruscas inflexiones y experiencias que había sufrido en mi todavía corta existencia, y ahora contar con un excelente compañero para hacer realidad el proyecto que se me había confiado.

En esas estaba cuando María Elena me comunicó que al día siguiente el hospital me daría de alta, ya no sería necesario acudir a curaciones pero debía presentarme con ella para recibir una hoja con la instrucción de cuidados personales que debería observar y un surtido de medicinas, para continuar mi tratamiento hasta su conclusión. Le avisé a Marcelo para que llegara por mí al hospital, donde me presenté como habíamos quedado con María Elena, esperando verla y acordar “nuestro” futuro. Un empleado me entregó la hoja y las medicinas pero andavete de María Elena, no estaba por ninguna parte y nadie supo darme razón de ella.

Desconcertado, esperé a Marcelo en la puerta del hospital con la esperanza de que llegara María Elena, verla antes de irme, darle un abrazo y un beso y saber qué sería de nuestra relación, pero no apareció. Llegó Marcelo y nos fuimos con rumbo a la ciudad donde arrancaríamos el proyecto. No logré comprender qué había pasado, me preocupaba saber de ella, temía que estuviera mal de salud, le llamé decenas de veces a su casa y por fin una empleada doméstica me aseguró que ella estaba bien pero que había salido. Durante los días siguientes seguí intentando establecer comunicación, pero fue inútil, siempre me respondían “que había salido” y ella nunca se reportó conmigo. ¡Vaya con las mujeres! ¿Quién podría comprenderlas? Al perderla sufría terriblemente su ausencia, me sentía incompleto, me faltaba su fragancia, su contacto, mi cuerpo padecía una desesperante hambre del suyo, toda ella era esencial para mí.

68.- Me afectó bastante su actitud. De hecho, estuve abatido por muchos días, con mi amor propio muy lastimado, me sentía tratado como un objeto desechable; la ocasión hizo que me vinieran a la mente aquellas rudas pontificaciones de Marcelo sobre la importancia personal; de nuevo me golpeaban duramente en ese flanco todavía muy sensible de mi personalidad, pero poco a poco se fue superponiendo en mi mente el recuerdo de Isabel que me servía de consuelo, y más adelante ella se adueñó por completo de nueva cuenta de todos mis pensamientos. Además, el proyecto arrancó vertiginosamente. Me sabía de memoria las reglas de operación de la estrategia, sus líneas de acción inmediatas, sus indicadores de éxito, los documentos y formas administrativas que debían manejarse. Imprimimos los bonos o certificados de aportación y una vez que todo estuvo listo, Simón, quien era una excelente y fina persona que parecía nunca fatigarse, ya tenía aventajado el primer proyecto, que para el caso fue una carpintería, como en el ejemplo que puso Marcelo.

La colonia en cuestión, donde se ubicaría el taller, era muy habitada, contaba con más de seiscientas viviendas. Poco antes de empezar a distribuir la carta de invitación se incorporó Pablo. Hizo algunas correcciones que mejoraron el poder sugestivo del mensaje de invitación y lo distribuimos. Se citaba a una junta a todos los residentes de esa colonia para presentarles el proyecto de pequeña empresa como lo indicaba la estrategia.

Recordé que Marcelo me había dicho: “De la fuerza y emoción de tu discurso en esas reuniones dependerá que los proyectos se conviertan en una fuente de optimismo y de confianza”, por ello, entre Pablo y yo preparamos el mensaje y nos pusimos a esperar la respuesta de la gente.

El día de la reunión los nervios nos consumían a los tres. Simón dijo que no esperaríamos a nadie

para no desilusionarnos, y recordé aquel dicho de un sabio que mencionó Marcelo: “si esperas mucho y no recibes sentirás un gran desengaño, pero si no esperas y recibes aunque sea poco, lo disfrutarás como no te imaginas”. Sin embargo, ninguno de los tres pudimos asumir la actitud del que no espera nada. Llegó la hora y nuestros nervios parecían a punto de estallar, pero fueron arribando personas poco a poco y a lo largo de media hora se reunieron ¡nada menos que 143! Era más de lo que esperábamos.

Nuestra vestimenta era ordinaria, como la de todos los asistentes. Queríamos que nos sintieran como parte de una misma clase social, y en realidad lo éramos. Nos presentamos y comenzamos la explicación del proyecto. Logré poner, porque así lo sentía, mucha emoción y convicción en lo que decía, señalando lo novedoso del proyecto, sin antecedentes en ninguna parte del mundo, y que por ello todo el posible éxito del mismo radicaba en la confianza que ellos sintieran hacia la Fundación y hacia nosotros; si todo resultaba bien, serían los pioneros de un modo muy saludable de financiar el desarrollo de pueblos enteros que no tenían de otro modo ninguna posibilidad de superar sus limitaciones de toda índole.

Poco a poco se fue dando cierto nivel de empatía entre todos los concurrentes. Cuando se inició una sesión de preguntas y respuestas, me encantó la intervención de un profesor de escuela primaria, quien dijo que le parecía una iniciativa revolucionaria, ya que no había otro modo posible de que los vecinos se acercaran tanto unos a otros. Confesó que llevaba trece años de vivir en el mismo domicilio y que aún no conocía el nombre ni el oficio de sus vecinos inmediatos. Señaló que viviendo así, tan aislados, era imposible que algún día pudieran hacer presión sobre los políticos para lograr un mejor funcionamiento del gobierno.

A su participación siguió otra, de una señora, quien dio la razón al profesor y añadió que hay tanta desconfianza entre las personas que cada quien construye su casa en estos tiempos como una fortaleza inexpugnable y solo deja entrar a ella a sus familiares y amigos de muchos años. Dijo que seguramente así quiere el gobierno que estén las cosas, para que nunca tengamos la capacidad de unirnos y seamos siempre una sociedad inerte ante los abusos de los políticos y los delincuentes de toda laya. Agregó que no hay mejor evidencia de que al gobierno le conviene el ambiente de desconfianza, porque en caso de ser víctimas de un hecho violento siempre estamos solos ante la autoridad, cualquier reclamación individual de acceso a la justicia es fácil de rechazar con despotismo e insolencia.

Era evidente que había consenso en cuanto a los grandes temas que preocupan a todo el país. Uno de los asistentes declaró que a pesar de los documentos que esgrimíamos él no sentía toda la confianza necesaria para arriesgar su aportación, a pesar de ser una cantidad pequeña, pero aseguró que le encantaba la estrategia y si hubiera mayores garantías sin duda participaría. Entonces se me ocurrió una idea: dije que los tres representantes por parte de los cien socios necesarios, recibirían en depósito, con factura endosada, la camioneta de mi propiedad, para que se dispusiera de ella en caso de alguna dificultad. No era lo correcto, se salía de las reglas, pero me pareció apropiado improvisar algo para que ya arrancara el proyecto. Mi decisión fue afortunada, derrumbó los escollos de desconfianza que restaban y se procedió a la fase siguiente, en que se anotarían los compradores de certificados.

A cada persona que suscribiera un certificado se le entregaría un ejemplar del manual de la estrategia y asistiría a la reunión siguiente con la ficha del depósito hecho en la cuenta respectiva, mostrando la cual se le entregaría su documento de socio. Se contaría con un notario para dar fe de la transparencia y legalidad del proceso. Nos faltaron siete socios para completar el número de cien y se les dijo a los asistentes que no podría iniciarse el proyecto sin ellos, por lo cual, entre ese

día y la fecha de la siguiente reunión, se trabajaría casa por casa hasta completar el número de socios, pero un adulto mayor que se presentó con el nombre de Felipe Domínguez levantó la mano. Había permanecido en silencio hasta el momento, por lo cual la atención se volcó hacia él. El hombre dijo que con todo gusto arriesgaba parte de sus ahorros y él compraría los siete certificados vacantes. Recibió un aplauso por ello.

Yo pedí por último que antes de despedirnos aquella noche, todos fueran pensando en los candidatos que propondrían para elegir a los tres socios representantes del grupo. Cuando todos se hubieron ido, dimos rienda suelta a nuestra emoción. Pablo dijo que nunca se esperó una reacción tan positiva, ya que en el país hemos estado sumamente aislados en los últimos años, sin concebir la menor posibilidad de acercarnos unos a otros, de tener un reencuentro que nos pusiera en el camino de recobrar la confianza y la amistad. Dijo que cuando él era pequeño a su casa iban muchos amigos de visita y su familia igualmente visitaba a otras familias con frecuencia, pero la sana costumbre de la convivencia social, la tertulia entre vecinos, tenía ya mucho tiempo de haberse extinguido, sobre todo en las grandes ciudades.

69.- Siete días después tuvo lugar la siguiente reunión, en la que sistemáticamente se procedió de acuerdo a las reglas de operación detalladas en el manual con que cada socio contaba, con el añadido de que todos los socios se presentaron a sí mismos ante la asamblea, uno por uno. Se entregaron todos los certificados y se eligió a los tres representantes, cuyas firmas se registrarían el siguiente día para luego realizar, con su participación, las compras que permitirían el equipamiento del taller. El día en que se inauguró el mismo el ánimo de los socios era de un optimismo contagioso, incluso hubo algunos pedidos que medirían la pericia del oficial de carpintería responsable del taller.

Todo marchaba de maravilla. En la primera reunión mensual, cuando se informó a los socios sobre la cantidad de pedidos que ya tenía la pequeña empresa y las utilidades recabadas hasta el momento, nos dimos cuenta muy claramente de los alcances que podría tener la estrategia. El ambiente de camaradería entre los socios saltaba a la vista. Se les informó que se tenía en proyecto una granja piscícola en la que se criarían tilapias rojas y bagre, a la granja estaría asociado un restaurant especializado en recetas para dar plusvalía al producto de la misma, y les dijimos que cualquiera de ellos podría comprar certificados y participar en la asamblea constitutiva de la nueva empresa. Una vez más el adulto mayor, don Felipe, tomó la iniciativa y arrastró a los que tenían posibilidades de invertir en más empresas.

Hacía dos meses de la última ocasión en que vi a María Elena. En verdad no podía dejar de extrañarla pero ya me había resignado a su pérdida. Nunca me buscó y yo tampoco volvería a buscarla. Por otra parte, ardía en deseos de ver a Isabel. La actitud de María Elena acabó por tranquilizar mi conciencia. Mi relación con ella fue algo transitorio y circunstancial que no debería empañar mi ilusión de alcanzar el amor de Isabel. Al menos así pensaba yo, en mis vanos intentos de armonizar moral y conciencia. Lo cierto es que no dejaba de calificarme a mí mismo como un cínico vaquetón que no merecía el amor de Isabel, tampoco el de María Elena, pero mis sentimientos ahora me arrastraban irremisiblemente en un solo curso de colisión: Isabel.

Cierto día llegó Marcelo a las oficinas de la Fundación y yo aproveché para presentarle a Pablo. Para mi sorpresa, ya lo conocía y se mostró encantado de que estuviera con nosotros. Recordé que Ernesto, quien me recomendó con Marcelo, era amigo tanto de él como de Pablo y por su conducto Marcelo se había convertido en su cliente cuando éste vendía sus libros de segunda mano en aquel

mercado en el cual pasé buena parte de mi infancia. Cuando le informamos acerca del modo como iba evolucionando la estrategia de financiamiento social no se mostró sorprendido, nos dijo que no esperaba otra cosa de nosotros, que mentalmente había visualizado una y otra vez los posibles escenarios de respuesta que tendría la implementación de la estrategia y todo le llevaba a este resultado gracias a la idoneidad de los ejecutores de la misma, es decir: Pablo, Simón y yo.

Precisamente, Marcelo venía por mí para viajar a nuestra base original, ya que se contaba ahora con una nueva información, una base de datos, elaborada por técnicos de logística de la *organización*, sobre áreas de oportunidad en muchas ciudades del país para desarrollar la estrategia.

Pensé en la posibilidad de encontrarme con Isabel, quien se había reincorporado a su anterior trabajo cuando el Jaguar desapareció, y experimenté una sacudida nerviosa. Partimos hacia allá, pero llegamos tarde, cuando ella se había ido.

70.- A la mañana siguiente llegué muy temprano a la oficina y comencé a revisar la base de datos. Había además un anexo del cual no me habló Marcelo, en el que se explicaba el funcionamiento de los “mercados de productores”, cómo escoger su ubicación y llevar a cabo su administración. Estaba distraído en ello cuando se abrió la puerta y... ¡entró Isabel! Mi corazón dio un vuelco igual que si hubiera recibido una descarga eléctrica. Me puse de pie y caminé a su encuentro atraído por su irresistible magnetismo. Ella permaneció cerca de la puerta, callada, viendo hacia el suelo, con aparente gesto de humildad y rendición. Todo el amor que sentía por ella resurgió en su plenitud. Me acerqué y le dije:

—¡Isabel, cuánto gusto me da verla!

Levantó la vista y exclamó con inocultable emoción:

—¡A mí también!

Y acto seguido me abrazó con todas sus fuerzas y yo lo hice también, sintiendo que ningún momento anterior de mi vida había sido tan emocionante como ese; mi corazón latía con tanta intensidad que podía escucharlo, y a mi corazón pegó ella su rostro, mientras yo desbordaba caudales de ternura, con mi niñita adorada por primera vez en mis brazos. ¡Cuánto la quería! Sentía que mi amor por ella era puro y cristalino como el alma de un niño, más allá de todo lo físico y terrenal y tan grande que el mundo le quedaba pequeño. Ya podía morir, porque estaba seguro de que no habría nunca un momento más feliz y exultante que ese, un momento que premiaba con exceso todos mis años de ansiedad, de amor sin esperanza, de noches sin sueño en que me preguntaba sin cesar si acaso llegaría este celestial instante por el que me sentía capaz de ofrendar mi vida.

Sin que pudiera yo remediarlo mis ojos se humedecieron por la inmensa dicha que sentía. Después de un momento creí prudente ceder en mi abrazo, pero ella me dijo, para mi mayor felicidad:

—¡No me sueltes, no me sueltes!

Y al hacerlo miró hacia mi rostro y sonrió. ¡Sus ojos también estaban húmedos! Luego, volvió a inclinar la mirada y cambiando sorpresivamente de actitud me hizo cosquillas, volvió a mirarme y río con la risa más hermosa que jamás le vi, divertida con mis retorcimientos. ¡Cuánto le agradecí aquella actitud traviesa que abrió un gran canal de confianza y familiaridad para hacerme sentirla cerca de mí! Por fin nos separamos y luego la levanté en vilo cual muñeca y la besé en la frente, como se besa a una niña, pero ella me ofreció sus labios y entonces, al besar su boca, una aguja de

remordimiento se clavó en mi conciencia empañando el alborozo de mi alma. Si no la hubiera traicionado con María Elena con cuánta serenidad estaría yo ahora ante ella, siendo digno de este beso tan puro que no sentí merecer. Mi conciencia me destrozaba por dentro con un cuchillo al rojo vivo acusándome de ser un consumado hipócrita, impuro, traidor y farsante.

¡Siempre vuelve el pasado y nos cobra nuestros actos a un precio imposible de pagar! Pero aquella relación con María Elena quedó atrás y nunca volvería, nunca más traicionaría a mi amada nenita, y pretendiendo que aquel juramento saldaba mis viejas cuentas, me entregué al beso de Isabel y le dije que mi vida era suya desde el primer día en que la conocí, que desde entonces tuvo un lugar muy espacioso en mi corazón y en mi mente, un lugar que nadie le disputaría jamás. Le describí cómo le dedicaba todos mis esfuerzos y mis pensamientos, noche y día, y con qué ilusión y ansioso anhelo había esperado este momento, que a veces forjaba solo en mi mente, ya que sus desprecios y su indiferencia me invitaban a no concebir ninguna esperanza.

—¡Me derretía por ti, grandísimo tonto! —exclamó ella de repente, sorprendiéndome al agregar: —pero algunas mujeres somos muy precavidas: no nos entregamos al primer individuo atractivo que se cruza en nuestro camino y menos a uno como tú que anda por todos lados, cerca de hermosas mujeres, pero he ido conociéndote y he llegado a convencerme de que mi desconfianza no tenía sentido. Sé que eres un hombre especial, todo un caballero, tierno y cariñoso, alguien con quien me gustaría pasar el resto de mi vida, porque has demostrado que me quieres de verdad y que tu amor resistió mi arrogancia y mi frialdad. Fui queriéndote poco a poquito, cada día más; ansiaba tu regreso, te extrañaba, temía por ti; en tu presencia, a veces tan breve que no alcanzaba a percibirte totalmente, alguna fuerza invisible que emanabas me infundía una entrañable calidez que te abrió mi corazón; conocí tus hazañas y tu lealtad y terminé tan enamorada como tú, temiendo yo también que si no mostraba mi amor terminaría por perderte. Cuando me obsequiaste la cajita musical supe en definitiva que eras mi hombre, que no querría igual que a ti a nadie más, pero no se presentó la ocasión para que nos acercáramos como ocurrió en este maravilloso día.

—Pequeña mía, el amor que siento por ti es para la eternidad; entonces, ¿te casarías conmigo?

—Por supuesto que sí, me casaría contigo y con nadie más, pero no antes de seis meses, ya que estoy estudiando una maestría y no quiero distraerme en preparativos de boda ni cambiar ese plan que ya inicié. ¿Cómo ves, serás capaz de esperar?

—Me parecerá una eternidad pero puedo soportarlo porque ya sé que me quieres y hoy me siento el hombre más fuerte del universo, un sol es nada para mí, puedo triturarlo con mis manos, un océano puedo cruzarlo volando sin importar cuán grande sea, porque siento que tengo alas, que puedo levantar el vuelo en este mismo instante, y todo porque ahora soy dueño de mirar tus ojos, reflejarme en ellos y sentirlos míos, todo porque hoy puedo ver mi gran sueño hecho realidad.

Una vez más, ella me hizo cosquillas, me acarició el rostro y se fue a su oficina, porque Marcelo estaba por llegar.

Me quedé un rato solo, repasando en mi mente cada instante vivido, cada detalle de ese glorioso encuentro, pero una sombra negra empañaba mi felicidad y me causaba mucha zozobra: qué tal si Isabel se enteraba de mi aventura con María Elena. ¿Cómo reaccionaría? ¿Sería yo capaz de salir vivo del trauma de su desengaño? ¿Cuál sería el precio de mi transitorio ensueño con aquella hermosa y sensual mujer que finalmente solo me dejó estupefacto, sin posibilidad de comprender algún día su inesperado desenlace?

71.- Llegó Marcelo y me sacó de mis torturantes cavilaciones. Trabajamos todo el día en la base de datos y en sus anexos, me dijo que las reglas de la estrategia de financiamiento social podían modificarse, no eran inamovibles, su flexibilidad se justificaba porque no se podía prever todo lo que ocurriría al ponerlas en práctica, ya que no había antecedentes de una gestión social parecida a la que llevábamos a cabo, y que si yo tenía ya algunas sugerencias, era oportuno hacer cambios.

Le dije entonces que había un cambio que por si solo facilitaría el arranque de cada proyecto, ya que era un escollo considerable superar la desconfianza inicial de los potenciales socios. Ese cambio consistía en que la Fundación hiciera un depósito, una especie de fianza, en una cuenta a nombre de los tres representantes del grupo de socios, con una firma mancomunada de uno los miembros del comité técnico del fideicomiso, por la cantidad aportada por todos los socios más los intereses de garantía, para que así se sintieran totalmente seguros de recuperar por lo menos el dinero invertido.

Le pareció bien mi propuesta y procedimos a hacer ese cambio en las reglas de operación, así, cuando entregáramos el manual en la primera reunión, los concurrentes podrían comprobar que la garantía no era nada más una plática, una palabra empeñada, sino un hecho real y tangible. Ello facilitaría extraordinariamente el camino para multiplicar en corto tiempo la cantidad de proyectos.

Me sorprendió el nivel de detalle, la prolijidad y oportunidad de la base de datos, porque era un trabajo de logística muy avanzado en el cual ya Marcelo se nos había adelantado años luz, al hacer un estudio de factibilidad en más de 300 colonias de 20 ciudades, indicando las empresas factibles de creación y desarrollo. De hecho, nos estaba alfombrando el camino. Él siempre iba muy por delante de mí, siempre tenía un as bajo la manga que me sorprendía y me dejaba perplejo; era capaz de urdir una logística integral. Yo ni siquiera conocía el departamento que él mencionaba. Sus ventajas sobre mí me hacían sentir un inocente, un ingenuo y cándido palomo.

Cuando salimos de la oficina ya no estaba mi nena, pero le dejé discretamente un recado, pidiéndole que cada día nos comunicáramos, un día me llamara ella y otro le llamara yo, aunque fuera brevemente, para mandarnos un beso y saber cómo estábamos.

72.- Partimos hacia la ciudad de El Bajío donde estaban las oficinas de la Fundación. En el camino conversamos solamente sobre cosas triviales porque yo no tenía cabeza para entrar en las profundidades filosóficas a que era adicto Marcelo, y él lo entendió así, porque, cuando me inquirió sobre mis dudas o interrogantes, le argumenté que el estudio de la estrategia y de la base de datos me había dejado exhausto, aunque en realidad, mi agotamiento era de carácter emocional, por el encuentro con Isabel. De hecho, yo manejé durante buena parte del camino y él se dio el gusto de dormir un poco, sin embargo, ya para llegar, se me ocurrió preguntarle la razón por la cual la *organización* hacía un gasto irre recuperable en el desarrollo de la estrategia de financiamiento social, o al menos no recuperable en el corto plazo, pero sin visos de tener alguna utilidad económica significativa.

En lugar de contestarme directamente, me preguntó sobre mi sensación más sobresaliente después de haber alternado con personas comunes de la sociedad, de congregarlas y ver que se hacían amistades y se creaba en el grupo un ambiente de confianza; de ver que varios desocupados obtenían empleo digno antes de que fueran reclutados por la delincuencia y también por la forma en que hacíamos equipo de trabajo con Pablo y con Simón.

Me siento divinamente bien, le dije y afirmé que me emocionaba mucho lo que estaba haciendo, ver la alegría de las personas al vincularse en un proyecto común, su determinación de hacer que

fuera exitoso y pensando primero en la utilidad social y en último término en la utilidad económica.

–¿Sientes como si trajeras un dulce en el corazón, un dulce que no se agota por más que lo disfrutas?

–Exactamente eso siento, –le dije –. Eso sentimos los tres que formamos el equipo. Nunca nos alcanza la fatiga, siempre queremos hacer más, sin necesidad de que alguien de fuera nos esté motivando.

–De acuerdo, me dijo y agregó: –esa es la ganancia. También los socios de cada proyecto de micro empresa traen un dulce en el corazón, quizá más chico que el tuyo, pero puede crecer, porque todos los seres humanos podemos crecer indefinidamente, como ya te he mencionado, y entre más personas en este país traigan un dulce en el corazón más ganaremos todos y quizás algún día, si el ejemplo cunde, si lo hacen suyo otras organizaciones o gobiernos con arraigo y compromiso popular, sentiremos el placer íntimo de haber contribuido en el propósito de hacer por fin de nuestro suelo una verdadera nación, o de recuperar la que alguna vez tuvimos, de tener un destino grande que hoy está secuestrado por la partidocracia y sus afines. Eso es vivir de verdad, eso es ejercer el poder del hombre. Miro hacia el futuro y puedo darme el gusto de visualizar una sociedad madura, responsable de sí misma, como en otra ocasión te dije; una sociedad que deje con un palmo de narices a sus expoliadores. Ningún enemigo puede vencer, ni siquiera atemorizar, a una sociedad como esa.

73.- Tal como lo supuse, el cambio en la normativa nos permitió ir mucho más rápido en el inicio de otros proyectos de micro-empresa, ya que eliminó la inicial desconfianza de los inversionistas, pero el trabajo a realizar por los tres, Simón, Pablo y yo, iba incrementándose día con día y ello representaba el peligro de que falláramos en los procesos administrativos. Teníamos que pagar los salarios de quienes laboraban en las microempresas, llevar la contabilidad, hacer trámites fiscales, seguro médico y a la vez armar los nuevos grupos, entre otras cosas, por ello, cuando alcanzamos la cantidad de 8 proyectos en marcha, me comuniqué con Marcelo y él me dio libertad para contratar más personal siguiendo una lista de criterios muy explícitos para seleccionar a los hombres y mujeres más indicados.

A partir de la desaparición del Jaguar las restricciones a la comunicación telefónica disminuyeron (Como decía Marcelo: “Hay muertes que despejan el camino), no obstante, procuraba que mis llamadas a Isabel fueran breves y las de ella también, pero cada dos o tres semanas viajaba hasta mi base original para encontrarnos y convivíamos entonces por algunas horas, con inmensa alegría, haciendo planes para nuestra vida futura, incluso comenzamos a visitar algunas tiendas para ir equipando nuestra casa, pero en lo que se refiere a los muebles de madera, sin duda que se fabricarían en la empresa pionera de la estrategia.

Con el paso de los meses mis reproches internos disminuyeron y ninguna sombra parecía enturbiar nuestra relación. Éramos una sola alma repartida en dos cuerpos. Isabel me había contado que durante su infancia le fascinaba escuchar el canto de los canarios y jilgueros que tenía su abuela en el jardín, debido a ello, gracias a una curiosa anécdota que en alguna ocasión yo había leído, discurrí un juego que quizá le divertiría pero que en el fondo perseguía el objetivo de encontrar un augurio para nuestra vida futura, para el destino de nuestro amor.

Con ese propósito, cuando salíamos a caminar, como un par de chiquillos sembrábamos de cimbeles o señuelos cada lugar donde nos deteníamos a conversar o simplemente a estar

quietecitos, abrazados, intercambiando la tibieza de nuestros cuerpos, en la banca de algún jardín, a la sombra de un árbol, Isabel acurrucada entre mis brazos al tiempo que le contaba historias que había inventado para ella en mis ratos de insomnio. El juego consistía en instalar como señuelo, en los lugares donde más cómodos nos habíamos sentido, un canario en una rama, atado con un listón rojo, lo más alto posible para que no lo desprendieran los chiquillos traviesos. Dichos canarios yo los compraba con unos artesanos en el mercado, eran muy pequeños pero bien hechos, parecían reales, con su piquito y sus patitas de madera. Con ese artificio expropiábamos simbólicamente el sitio y pretendíamos atraer aves de verdad para escuchar sus trinos y esperar el augurio.

Al volver a los mismos lugares, semanas después, nos divertíamos mucho tratando de localizar los señuelos que habían sobrevivido a las vagancias de los niños; quien encontrara uno tenía derecho a recibir un beso, pero si no era de noche y había pájaros cantando, atraídos por la magia del señuelo, cinco besos. En poco tiempo, casi todos los lugares de la ciudad propicios para el encuentro de enamorados lucían en la rama de algún árbol la efigie muy erguida de un pequeño canario en actitud de cantar.

Recuerdo con muy particular emoción el atardecer de un día nublado, en que empezó a llover ligeramente mientras ambos caminábamos por el centro de un callejón arbolado en el jardín principal. La gente se alejó por el temor de que arreciara la lluvia pero nosotros permanecemos allí, solitarios; yo caminaba de espaldas, con los brazos extendidos, en mis manos las suyas; el leve rocío nos mojaba el rostro sin molestarnos, yo me miraba en sus ojos y ella en los míos. Escuché en un momento dado el piar de polluelos, me acerqué a un árbol, un viejo ciprés, y allí, en la rama que se extendía sobre una banca, un matrimonio de gorriones había instalado su nido y dos pequeños polluelos clamaban alimento confundiendo el señuelo con su madre. El pequeño canario artesanal estaba firme donde yo lo instalé, junto al nido, mirando de reojo a las crías, con talante de guardián. En eso llegó mamá gorriona y el escándalo de los polluelos se intensificó. Ella nos miró retadora, como tratando de mantenernos a distancia.

¡Era nuestro augurio! El improvisado cimbel funcionó, el señuelo atrajo con su magia silenciosa a dos pajaritos que allí, junto a él, fundaron su hogar. Lo vimos con júbilo, abrazados con inmensa ternura, con la certeza de que nos casaríamos y procrearíamos “dos polluelos”. En las ramas vecinas papá gorrión comenzó a cantar, marcando su territorio. Nos acomodamos en la banca, abracé tiernamente a mi niña mimada, y aprovechando la soledad del lugar, la senté en mis piernas y le robé unos besos; luego ella apoyó su cabeza en mi hombro, su frente en mi mejilla y al tiempo que me abrazaba me dijo, tocando mi pecho con el dedo índice: “esta es mi casa, el tibio refugio a donde siempre me gusta llegar”, enseguida se quedó en silencio y yo también. Poco después escuché que su respiración era más fuerte y acompasada: ¡se había dormido!

Así de inocente era nuestro amor, y cabía que lo fuera: ella tenía menos de 23 años y yo menos de 25, edad en que todavía no se marchitan los ideales más limpios de la adolescencia. Ambos éramos sumamente supersticiosos y por ello acordamos que no nos presentaríamos mutuamente a nuestras familias sino hasta el día anterior a la boda, ya que muchas parejas lo hacen tempranamente y luego, por cualquier causa, toda la ilusión se derrumba. Sin embargo, yo tenía la certeza de que Isabel era hija de Beatriz, y deseaba con el alma que así fuera.

74.- Siguieron pasando los días, las semanas y los meses sin que hubiera ninguna noticia de María Elena. De hecho, casi la había olvidado, era muy poco frecuente que yo me pusiera a recordar

aquel episodio de nuestra breve y apasionada relación. Esa nube ominosa se disipaba al paso del tiempo, ya no me sentía amenazado de que cayera sobre nosotros destruyendo este idilio de constante ensoñación en que ahora vivía inmerso.

Además, la intensidad del trabajo consumía mis horas vertiginosamente. Después de seis meses ya teníamos consolidados 22 proyectos y el entusiasmo crecía a medida que las utilidades de los primeros evidenciaban un crecimiento sostenido. Calculábamos que cada inversionista recibiría por lo menos el triple de la cantidad invertida. En la reunión de cada mes alimentaba mucho nuestro entusiasmo el ambiente de calidez y camaradería, incluso algunos socios de la primera empresa se habían vuelto dedicados promotores de sus productos y así sucedía con los demás proyectos. Se había hecho una armonizada mezcla de participantes de diversas colonias en un mismo proyecto, ya que todos estaban en libertad, según sus posibilidades, de invertir en varios proyectos. La visión que tuvo Marcelo cristalizaba fielmente: las pequeñas empresas eran un vínculo para muy diversas voluntades, el potencial de la estrategia era de insospechados alcances y la riqueza creativa, de expresiones y conceptos, de amistad, que se desprendían de tanta participación permitía ver y sentir que el alma y la calidez de la patria ancestral estaban intactas en la gente, solo se habían adormecido bajo la capa del recelo y de la desconfianza.

Pronto la Fundación abriría oficinas en otras ciudades, nos aprestábamos a hacerlo, con un equipo de trabajo creciente. Por todo ello, le sugerí a Marcelo hacer una modificación adicional a las reglas, ya que había costos no previstos del todo que estaban gravitando demasiado en la economía de la *organización*. Este cambio implicaba que en todos los proyectos por iniciarse estableciéramos la necesidad de que los socios aportaran un diez por ciento de la utilidad obtenida al final del ejercicio para el sostén de la Fundación. No era suficiente, pero ayudaba. Mi propuesta se aceptó y continuamos adelante.

Se cumplieron los seis meses de mi noviazgo con Isabel, ella terminó su maestría y ambos nos pusimos a planear con detalle nuestra boda, la cual tendría lugar por lo menos en tres meses, ya que decidimos tener desde antes de la boda una casa totalmente amueblada y lista para recibirnos.

No pensaba en otra cosa cuando llegó Marcelo a las oficinas de la Fundación y me preguntó de buenas a primeras qué tan prescindible había logrado ser en esos meses.

—Totalmente prescindible—le dije yo. —Simón y Pablo son ahora quizá mejores que yo para liderar la Fundación. Mi ausencia no los afectaría prácticamente nada.

—¡Perfecto!—dijo él—, porque tenemos que hacer un viaje al sureste, a Campeche y Tabasco, a reunirnos con nuestro jefe, para darle a conocer los avances de la estrategia y recibir otras instrucciones.

75.- Yo le preguntaba de vez en cuando a Marcelo por nuestro jefe, me informaba siempre que estaba muy bien y que algún día iba a visitarnos de improviso para saber de nuestro trabajo, pero ese día nunca llegaba y yo prescindí de cualquier preocupación por Saúl, poco lo recordaba.

Partimos en un vuelo hacia Villahermosa, y en la primera oportunidad, apenas despegó el avión, le pregunté a Marcelo porqué Saúl gustaba tanto de permanecer en el Sureste, si acaso ya había formalizado alguna relación con Irene y vivía en matrimonio.

—A él le apasiona estar entre los árboles, son su debilidad—dijo Marcelo y agregó: —si no hay un pendiente grave que lo distraiga, lo encontrarás en sus proyectos de plantaciones forestales comerciales. Él nació en medio del bosque, como ya te platicué, en una aldea forestal de la Sierra

de Juárez. En todos sus recuerdos de infancia y primera juventud, según me ha dicho, vienen evocados los grandes rodales de pinos y encinares que hay por allá, y como no puede continuar viviendo en su lugar de origen, donde se encuentre por necesidad tratará de establecer árboles si no los hay.

Solo con un amor así –continuó Marcelo – se comprende que haya elegido el negocio de las plantaciones forestales para invertir los ingresos de la *organización*. Solo con un amor por los bosques y una generosidad a toda prueba, además de poseer la virtud de la paciencia, se puede invertir en un negocio que no podrá darte rendimientos financieros antes de por lo menos diez años, cuando el segundo aclareo de las plantaciones ya produce madera con la suficiente calidad para poder industrializarla.

–¿Cómo es ese proceso? No lo conozco.

–Inicialmente, en un terreno preparado a propósito, se establece una densidad alta de ejemplares, quizá mil por hectárea, con el objeto de hacer competir fuertemente a todas las plantitas por el espacio y por los nutrientes. Las más fuertes comienzan a destacar y las débiles se rezagan. Después de algunos años, retiras 300 o 400 de estas plantas rezagadas y ello abre nuevas condiciones de competencia para las restantes que, según su vigor y fortaleza, van llenando los espacios dejados libres por el aclareo. Las posibilidades de éxito para cada planta en esta etapa son determinadas principalmente por el origen de la semilla: si proviene de un gran árbol padre que descuella entre los demás de su rodal, seguramente va a ser un ejemplar dominante, que suprima a los que tiene cerca.

Cuando ya han transcurrido alrededor de diez años, según la especie, se lleva a cabo un segundo aclareo. En esta ocasión, los ejemplares que retiras ya pueden ser utilizados en la mayoría de las especies para algún tipo de industria. Los más sobresalientes, alrededor de 300, se reclutan para terminar el turno, o por lo menos para dejarlos madurar y embarnecer varios años más. Así es más o menos este negocio, según he escuchado a los técnicos que trabajan en las plantaciones. Cuando llegas a la cosecha final las utilidades son muy buenas, el problema es la prolongada espera.

Como ves, no cualquiera invierte las fuertes cantidades de dinero que se requieren para llevar una plantación hasta el punto de óptimo rendimiento, casi nadie quiere esperar tanto tiempo, todos los negocios que buscan quienes tienen dinero son aquellos que reeditúan en el corto plazo. En el tema de las plantaciones y del aprovechamiento del bosque natural existen apoyos oficiales pero son meramente simbólicos, mermados por un manejo irresponsable y corrupto, sin embargo, ya con ello los políticos se sienten con el derecho de afirmar que contribuyen en la conservación de los recursos naturales, pero puedo asegurarte que en nuestro país siempre ha existido mucha voluntad para hacer política con la sustentabilidad, lo que nunca ha habido es voluntad política para lograr la sustentabilidad.

En realidad, nuestros bosques naturales van en rápido declive porque tienen el pecado de no aportar una contribución importante al P.I.B. El valor económico de la producción forestal del país ni siquiera equivale a un cuarto de punto porcentual del P.I.B. Debido a esto, la partidocracia nunca da importancia al recurso forestal, nunca se toma en cuenta el valor social y ambiental de los bosques naturales, donde viven alrededor de 12 millones de personas, casi todas ellas de origen indígena. Gente pobre y olvidada que nunca ha gravitado en la conciencia de los gobernantes. Esta indiferencia de las castas políticas ha propiciado que en menos de medio siglo el país perdiera la mitad o más de sus recursos forestales. Lo que aun sobrevive está siendo saqueado por mafias que gozan de total impunidad.

Por pura curiosidad, Saúl determinó hace tiempo llevar a cabo un análisis sobre la manera en que se están sobreexplotando los bosques naturales. Varios compañeros se disfrazaron de inspectores fiscales y recorrieron 25 aserraderos previamente seleccionados para obtener de ellos una muestra representativa a nivel nacional. Se tomó como indicador el consumo de corriente eléctrica, con un parámetro de referencia por metro cúbico de aserrío. El estudio determinaría si la madera aserrada coincidía con el volumen autorizado por el gobierno. En la mayoría de los casos se detectó un consumo de dos a cuatro veces superior al que correspondía a una extracción legal del recurso, incluso hubo un caso en que fue seis veces superior. Estos datos revelan que hay plena libertad e impunidad para la sobreexplotación, la cual, en esos términos, arrasa con los ecosistemas, los deja tan impactados que la diversidad genética y biológica no logrará recuperarse ni en miles de años, ya que preferencialmente se extraen los mejores ejemplares de las especies más valiosas. Las nuevas generaciones de bosques en el país son progenie de árboles de baja estirpe, vulnerables a las plagas y enfermedades. No se practica la silvicultura ni siquiera en la quinta parte de la superficie bajo aprovechamiento.

Fíjate que el país cuenta con más de 10 millones de hectáreas susceptibles de albergar cultivos forestales comerciales y que tan solo con que se pudieran cosechar 100 mil hectáreas anuales de ellas, se cubrirían las necesidades nacionales de productos maderables. Nosotros solos jamás podríamos alcanzar esa dimensión, nuestro esfuerzo en este ramo es como lo demás que hacemos, una pequeñísima guerra de guerrillas orientada a contrarrestar la debacle de nuestros bosques. Aquí se requiere de capitales extraordinarios como el que poseen los dueños de las televisoras o el que tiene el gordo de la telefónica, individuos indiferentes y fríos ante estos problemas, cuya inútil riqueza podría transformar una debilidad nacional en una gran fortaleza, y ello ganando mucho dinero.. Pero en esas desquiciadas mentes hay todo, en particular una invencible concupiscencia por los placeres y privilegios que otorga el dinero, excepto verdadero poder, elemental generosidad hacia el país que los ha encumbrado en su montaña de dinero. Se ha dicho que la riqueza sin sentido social es pobreza, y es cierto. Tarde comprenderá la partidocracia que el P.I.B. no es un buen indicador para medir el bienestar de un pueblo, que sin bosques ningún país es viable, con excepción de aquellos cuyo subsuelo es un mar de petróleo que les permite cubrir sus necesidades del exterior, como ocurre en Arabia.

La partidocracia pasa sus días actualizando la descripción del Estado en los congresos federal y estatales, por encargo de fuerzas nacionales y extranjeras, ajenas al interés público, que la tienen subordinada, de tal modo que la descripción más reciente siempre se ajuste al tono de los tiempos, a los intereses del imperio y de las otras facciones que dominan la vida nacional, procurando de manera muy rigurosa mantener a la sociedad como agente no activo de cada nueva descripción, es decir, como un ente doblegado que funja todo el tiempo como testigo indiferente, pasivo. La partidocracia cierra ante todo cualquier posibilidad de ser llamada a cuentas. De esta forma es como logra hacer los más grandes negocios enajenando el patrimonio y la soberanía nacional con flagrante impunidad. El sistema fiscal, por ejemplo, se ajusta casi anualmente, siempre con la mira de expoliar con mayo eficacia a la sociedad, sin ningún propósito de lograr desarrollo incluyente de largo plazo, sin importarle incubar el odio hacia el Estado e incrementar el área de exclusión confinando a innumerables pequeños empresarios y profesionistas de clase media en las vastas zonas de pobreza... Por ejemplo: Chiapas: 70 por ciento de la población en pobreza y marginación; Oaxaca y Guerrero: 69 por ciento; Puebla: 60 por ciento, y así sucesivamente, con indicadores siempre empeorando. Somos un país en permanente declive económico, político y moral desde hace más de 40 años. Alguien afirmó de nuestro país, inspirándose en un viejo dicho, que aquí las cosas siempre están muy mal para la sociedad, pero nunca tanto que no puedan ponerse peor.

76.- Volviendo a las plantaciones, cuando se hace la cosecha final, si es de maderas preciosas

como las que cultivamos nosotros, suelen obtenerse por arriba de 300 metros cúbicos de madera por hectárea, con un alto valor en el mercado. En el caso de la caoba y el cedro debe andar por lo menos en cinco mil pesos el metro cúbico en rollo, de tal forma que si cosechas 300 metros cúbicos por hectárea, obtienes 150 millones de pesos en cien hectáreas, pero no es la idea del jefe vender así la cosecha, sino industrializarla, hacer muebles muy finos, con calidad de exportación, para darle una gran plusvalía y crear muchos empleos adicionales a los que ya tenemos. Saúl ha dicho que nos retiraremos totalmente del tráfico de cocaína y del espionaje a los políticos en cuanto se levante la primera cosecha final de madera.

Sin embargo, a pesar de que se están plantando más de 200 hectáreas por año y pronto se abrirán nuevas superficies en otras regiones de nuestro país y en otros países, en Honduras, en Nicaragua, en Ghana y en Senegal, entre otros lugares, al jefe no le parece suficiente el dinero que se obtendrá para lograr su revolución pacífica, por ello se desarrollan estrategias como la que tu encabezas, y otras que están en ciernes como el mercado de productores. La clave de las mismas es que sean capaces de cundir, de tomar impulso por sí solas, que la gente las adopte y les dé vida de largo plazo, incluso que trasciendan a otros países, porque muchísimos de ellos están siendo víctimas del expoliación demolidor del neoliberalismo mundial.

—Me impresiona mucho —le dije—, que haya alguien tan interesado en estos temas que son tan vitales para el futuro del país.

—En el caso de Saúl me parece que es una especie de orgullo racial. No me creerás, pero algunas poblaciones indígenas puras conservan intacto el espíritu guerrero, protagónico, de su raza. De vez en cuando los genes se confabulan y el resultado de ello son individuos como nuestro líder: mentes humanistas, inteligencias con una visión generosa y unos anhelos muy fuera de lo común. Hay personas en casi todos los países, inclusive en el imperio, que comparten estos ideales, cuando se encuentran y hacen equipo multiplican sus fuerzas. Entre nosotros ya hay muchos compañeros así y habrá más en el futuro.

—Entonces —le pregunté— ¿las demás empresas de la *organización* no generan muchas utilidades?

—No, más bien son utilidades modestas. La cadena de hospitales solo tiene un valor en los términos de la logística integral, está pensada para asistir prioritariamente a todos los miembros de la misma, inclusive a los jornaleros de más bajo nivel, a pesar de que se les inscribe en los esquemas de salud obligatorios del gobierno, donde, como tú sabes, se preocupan por todo, menos por tu salud. No queremos exponer a nuestros compañeros a que sufran el trato afrentoso y degradante que es común en esos lugares.

En nuestra cadena de hospitales hay programas que atañen a todos los empleados, porque cubren los principales problemas de salud que suelen presentarse, pero el enfoque principal de dichos programas es hacia la prevención, por ello siempre hay médicos en los ámbitos laborales, entre el personal, para atender emergencias, pero sobre todo para vigilar que se cumplan las reglas sanitarias y para instruirnos a todos sobre la forma de mantener nuestra salud en el mejor estado posible. Esto ha sido factor para que sean muy raros el ausentismo laboral y los accidentes.

77.—Cambiando de tema —le dije a Marcelo—, me gustaría que me hablaras más sobre la filosofía de la prescindibilidad, entiendo lo básico, lo que ya me has explicado, pero tengo la impresión de que debe haber mucho más.

—Fíjate que no. La filosofía de la prescindibilidad no es un tratado como “La crítica de la razón

pura”; es tan breve que puedes aprenderla en 20 minutos, y si la explicas por escrito cabe en menos de una página. Es una filosofía práctica, que puedes aplicar de inmediato en la vida diaria, no como el caso de “La crítica de la razón pura”, que aún leyéndola mil veces no sabes cómo aterrizarla, simplemente es pensamiento puro; en cambio, la nuestra puede transformar la vida de toda la gente que tiene la voluntad de aplicarla, y parte del axioma que enuncia lo siguiente: “Todo conocimiento vale en la medida en que se comparte”. Si a este axioma le agregas un enfoque generoso y práctico de la voluntad, te pones en el camino de la prescindibilidad que es también un camino hacia la libertad. Si no fueras prescindible en la Fundación, ahora mismo estarías preocupado y sin duda la Fundación sufriría serios tropiezos por tu ausencia. Sin embargo, de cualquier manera, a la larga el mundo siempre se las arregla para prescindir de nosotros, no hay ningún indispensable en esta tierra.

Voy a explicártelo: Si adquieres un conocimiento valioso y lo utilizas excluyendo a los demás para tener ventajas sobre ellos, el valor de ese conocimiento se limitará a lo que tú haces; en cambio, si lo transmites o compartes con diez personas, por ejemplo, valdrá diez veces más, y si ellas lo transmiten de igual manera, y así sucesivamente, el conocimiento que tú adquiriste y transmitiste alcanzará un valor incalculable que puede cambiar el destino de pueblos enteros, ya que todos sus habitantes podrán escalar a un nuevo nivel.

Cuando quienes te rodean ya dominan tu conocimiento, quedas en libertad para empeñarte en adquirir otro nuevo y más elevado. El desafío implícito en esto es que siempre te estás retando a ti mismo a seguir escalando niveles y hacer que los escalen quienes reciben continuamente de ti nuevos conocimientos con el compromiso de difundirlos en su ámbito inmediato. Una empresa o un país que se manejan con estos criterios avanzan paso a paso más rápido. Tu carrera hacia la prescindibilidad siempre está dejando tras de ti niveles ascendentes de capacidades que te impulsan, hacen presión sobre ti si bajas la guardia, y si ya no sigues elevando tu nivel, puedes perder no solamente la posibilidad de llegar a un nuevo puesto de mayor desafío y responsabilidad, sino el puesto actual que desempeñas, o por lo menos estancarte en un nivel y aburrirte. Solamente los inseguros y timoratos, atesoran un conocimiento que les está dando empleo, convencidos de que si lo transmiten, perderán el sustento. Lo que pasa con ellos es que la pereza los domina y no quieren seguir superándose. Nunca hay que temer la competencia, porque nos desafía y sin desafíos la vida se vuelve aburrida.

78.- Ese es el secreto de las naciones que se han desarrollado: facilitan y estimulan la difusión del conocimiento, en cambio en la nuestra, desde la llegada del invasor europeo, con torpe visión, el conocimiento se concentró en sectas o cofradías excluyentes, que lo atesoraban como el oro o la plata. Igualmente, el conocimiento se utilizó y se utiliza en el presente, como herramienta para sojuzgar a los ignorantes y sacarles provecho. En cambio, con nosotros ocurre todo lo contrario: yo estoy obligado, como los demás compañeros, a transmitir mis conocimientos y volverme prescindible. Cuando ya has avanzado mucho y tus conocimientos tienen un nivel muy elevado, tienes que buscar al candidato idóneo para transmitirse. En este momento, si llego a faltar, la *organización* sufriría solo un poco, por eso debo apurarme para alcanzar el logro de ser prescindible.

Algunos de nuestros compañeros llegan a cierto nivel y ya no dan para más. Las razones de fondo las desconozco, tal vez se expliquen con aquella teoría tan publicitada en tiempos pasados de que todos tenemos un tope máximo de competencia, superado el cual ya no respondemos. Creo que ese tope lo determina la pereza y no el intelecto.

A mí me ves siempre libre y relajado, sin fijarme en la hora, porque tras de mí todo sigue funcionando óptimamente, no hay ningún riesgo de que algún proceso se atore, por el hecho de que yo, en la posición que ahora tengo, solo voy añadiendo ladrillos nuevos, de acuerdo a lo que me pide Saúl. Él presenta una idea, yo la desarrollo y la encajo en el lugar pertinente.

Igualmente, tú te sientes ahorita libre y relajado porque la Fundación en este momento, en manos de Pablo y de Simón, seguirá adelante sin ningún menoscabo.

–Es cierto –le dije–. Pero, ¿de dónde proviene la filosofía de la prescindibilidad, en qué país surgió, quién es su creador original?

–No existe en ningún libro que yo sepa, no hay un tratado académico sobre la prescindibilidad, nosotros la tomamos de un libro vivo, un libro que mira con ternura y serenidad al mundo entero, a pesar de que sufrió durante decenas de años crueles humillaciones y encarcelamiento. Nosotros la tomamos del “Gran Prescindible”.

–¿Quién es el Gran Prescindible?

–Ya te lo había mencionado. Es el constructor de utopías, el vencedor de lo imposible, el abuelo del mundo Nelson Mandela. Él, durante los 27 años que estuvo en la cárcel por luchar contra el racismo, se preparó para vencer su rencor y cristalizar los sueños de su pueblo. Allí forjó y afinó el arma que si tiene poder, un poder tan grande que convoca hasta a los más insensibles: el arma del perdón. Cuando la presión mundial logró su libertad y la participación de los sudafricanos originales en la política, él se convirtió en el primer presidente de color de su país, y desde allí se preparó para volverse prescindible. Gracias a ello, al terminar su periodo fue sustituido por otro hombre de color y lo hizo bien. Así, Nelson Mandela dejó establecido que ser prescindible o hacerse prescindible es la mejor forma de conducir a un pueblo hacia la prosperidad. Hoy mismo, Sudáfrica avanza más rápido que todos los otros países de aquel y de otros continentes hacia un desarrollo con vocación incluyente.



Pero el perdón de Mandela no es exactamente el que pregonan algunas religiones, es mucho más que eso, es también una genialidad estratégica. No se trataba solamente de vencer el rencor. Verás: la cárcel le sirvió a Mandela para meditar, hacer profundas reflexiones y análisis, estudiar muchas cosas, entre otras, la evolución política del mundo. Se dio cuenta, cuando ya era inminente su liberación, en 1989, de que era absolutamente imposible vencer al enemigo racista por la vía armada y así vengar el rencor de su pueblo. Ese año fue escenario de cambios mundiales sin precedente: la caída del muro de Berlín, el ocaso de la Unión Soviética... El régimen racista tenía todo el apoyo del imperio, que, aunque se ostentaba como paladín de la democracia, era tan racista como los gobernantes sudafricanos, quienes incluso tenían acceso a armamento nuclear aportado por el imperio, que apoya a cualquier gobierno cómplice de sus consignas de dominación mundial, a estos gobernantes suele llamarles “socios”, nunca “amigos”.

También, Mandela observó la situación de los vecinos Angola y Mozambique, países que a principios de los años setenta se liberaron del dominio portugués. Sus obsesiones vengativas y socialistas hicieron huir a los blancos, quienes eran dominantes de la tecnología y la economía. El hecho de no contar con los blancos prolongó hasta la fecha la situación de pobreza de esos países y otros que por esas fechas se sacudieron el coloniaje europeo.

En resumen, el perdón de Mandela al llegar a la presidencia significó un “quédense” para los blancos, un titánico esfuerzo de la mente y del corazón por cancelar el rencor y olvidar los profundos agravios sufridos por su raza, siempre pensando en el bienestar de su pueblo, amén de que el enemigo se había reservado la fuerza militar. El punto culminante de la estrategia de Mandela fue cuando levantó la mano a los campeones blancos de Rugby en el torneo mundial de este deporte, celebrado en la capital sudafricana en 1995, cuando triunfaron sobre la potencia número uno del orbe en este deporte: Nueva Zelanda. Ese es un momento de inflexión de la humanidad de alcance mundial, un avance crucial en la superación del racismo; el perdón estratégico llevó poco a poco al perdón emocional, a disipar el rencor, y las dos razas comenzaron un proceso de integración ejemplar. Se confabuló el universo para lograr ese instante mágico. Ese gesto colocó al Gran Prescindible como un personaje de talla mundial, sin embargo, todavía en el año 2008, los dementes racistas del imperio lo tenían catalogado como terrorista. En los años siguientes, hasta la fecha, Mandela abordó variadas causas a favor de los excluidos del mundo, en particular de los enfermos de Sida.



79.- El abuelo Mandela será recordado mientras exista la humanidad. Él es actualmente el hombre más libre del mundo, y si miras sus ojos serenos te das cuenta de que trae un gran dulce en el corazón. Cuando él se vaya, la conmoción será universal; muchos ojos se llenarán de lágrimas en todos los continentes. En cambio, ¿a quién podría importarle el destino final de Ghadafi o de Pinochet, de Somoza, entre otros dictadores irracionales que se obsesionaron con ser imprescindibles, insustituibles y sometieron pueblos enteros a sus demenciales caprichos?

–Creo que tienes razón, ahora me queda muy claro el tema de la prescindibilidad. Mencionaste también que el invasor europeo trajo esos criterios de atesorar el conocimiento. ¿Por qué le dices “invasor” si por lo general lo llaman “conquistador”?

–Los europeos que llegaron a estas tierras jamás alcanzaron la categoría de conquistadores. Lo que quiero decirte con esto es que el invasor no tenía poder, sino solamente fuerza, amancebada con una irreductible soberbia y un gran sentimiento de importancia personal. Nunca hubo una conquista, solo un sometimiento, una dominación; por eso, finalmente, los invasores fueron expulsados. El poder sí conquista, porque se deja conquistar; una conquista siempre implica un intercambio, siempre es recíproca, es esencialmente un acto simbiótico en el que das y recibes; el conquistador y el conquistado se confunden, se hacen esenciales el uno para el otro. Es como ocurre cuando conquistas el amor de una mujer: si logras que te quiera como tú a ella, gracias a lo que ofreces, a lo que eres, entonces la conquista se ha consumado.

Los invasores europeos no vinieron a conquistar sino a saquear. Una conquista siempre enriquece, y no se logra si el conquistador no procede humildemente. Por eso, a pesar de la abrumadora superioridad militar, se dificultaba someter a los pueblos invadidos, pueblos de guerreros, que preferían morir a ceder en su rebeldía. En pocos años, en el gran continente invadido ya se contaban por millones los aborígenes muertos por causas atribuibles a la invasión. Aun así, las masacres de indígenas no servían de nada, porque el espíritu rebelde es natural, como una vez te dije, en el ser humano; sin ese espíritu rebelde no habría una “historia de la humanidad”, la cual narra esencialmente una larga sucesión de invasiones y subsecuentes rebeliones. Si un pueblo pierde su rebeldía, su resistencia a cualquier tipo de dominación, será indefinidamente sujeto de explotación y quedará fuera de la historia.

Como era indispensable contar con la fuerza de trabajo de los pueblos aborígenes para consumir el saqueo, el imperio invasor de aquella época urdió una treta magistral: utilizó la religiosidad indígena a su favor inculcando una nueva religión, la cual pudo más que las armas. Sin embargo, a pesar de que esa religión, al proclamar la igualdad de los seres humanos ante la divinidad, abría la puerta a una verdadera conquista, el régimen invasor impuso una férrea política de exclusión racial que castigaba cruelmente cualquier intento de mestizaje. Así quedó cancelada aquella mínima vía de conquista.

Quizá es algo que debemos agradecer, porque ello permitió la conservación intacta de la sangre indígena, de su cultura, tradiciones y costumbres, en muchas regiones del país. Esta es quizá la nación más rica en culturas originales, 68 etnias puras sobreviven, a pesar de la sistemática exclusión y marginación que aún se practica por las clases dominantes, pero es un tesoro que si lo sabemos apreciar y conservar será por siempre un valioso elemento de dignidad e identidad.

Está en la naturaleza de los imperios invadir, saquear y destruir; se creen con derecho a meterse en todas partes y culminar sus invasiones aniquilando la cultura y todo lo relacionado con el pueblo invadido. Así desaparecieron urbes históricas de la antigüedad: Persépolis, Troya, Tenochtitlán... Cuando un imperio desaparece ya está otro en ciernes. El actual es idéntico a todos los anteriores

en vesania destructiva, en soberbia e insolencia, pero su capacidad devastadora no tiene antecedentes y la usa todo el tiempo para amedrentar, someter y saquear. Sucumbirá también, ese es su destino. El que viene en su lugar puede ser todavía más temible porque es ultranacionalista, lo cual hace pensar que será en extremo excluyente. De hecho, ya está poniendo los pies en nuestro territorio, con la venia de la partidocracia, a la cual ya no le queda un miligramo de pudor.

El imperio vecino está perdiendo influencia, el mundo se le va de las manos. Hasta países débiles, que antes eran avasallados sin ninguna dificultad, hoy se ríen de sus blandronadas. Esta nueva condición hace que nuestro imperio doméstico tenga que “guardar las formas” como nunca antes lo hizo. Guardar compostura en el escenario internacional debe parecerles muy humillante a esas personas que gobiernan allí. En cierto modo, causan pena; se les ve siempre esforzándose hasta lo imposible por parecer omnipotentes, por causar respeto, admiración y, sobre todo, temor, pero solo consiguen verse miserables, como fieras acosadas, tirando zarpazos para todos lados. Me viene a la memoria aquella flagrancia criminal con que incursionaron en Panamá para arrestar en su propia casa al presidente de ese país, el general Noriega, por el delito de ser muy bocón. Lo sometieron a 20 años de cárcel como vía de escarmiento para cualquier otro atrevido. Esa vez, el 20 de noviembre de 1989, con lujo de fuerza y a sangre y fuego, el imperio asoló aquel país, ostentando una vez más su vocación genocida: se habla de más de trescientos muertos, pero la verdad al respecto nunca se ha conocido porque los siguientes gobiernos de Panamá no han tenido la valentía para difundirla. Día de profunda ignominia para toda Latinoamérica.

Ningún gobernante de otro país dijo en esa ocasión: “esta boca es mía”. Pero todo cambia: El viento sopla ahora en contra de ese decadente imperio. Sin embargo, no nos conviene que tenga una declinación muy pronunciada; nos hace falta su fuerza como parapeto ante otros imperios. Además, conocemos sus mañas, la forma de entrar allí, a pesar de que está amurallado, y todavía hay en sus campos muchas vacas gordas que nosotros sabemos ordeñar. Imagina el grandioso poder que tendría este imperio si en lugar de andar concitando el odio de todo el mundo, hiciera lo contrario, practicara la amistad y la conciliación a lo Mandela: sería un imperio para la eternidad.

A veces me pongo a soñar en lo que habría ocurrido si hace 500 años a nuestras tierras, en lugar del invasor irracional y sanguinario, hubieran llegado verdaderos conquistadores, gente culta y civilizada, libre de atávicos prejuicios, a compartir sus conocimientos, a fusionar ambas culturas y auspiciar una mixtura de razas. Imagina que se deja intacta la gran Tenochtitlán: no habrían existido guerras de independencia ni revoluciones. El esplendor de nuestra nación sería inmensurable en estos tiempos. Pienso en una sociedad compasiva y simbiótica, con todo el poder interior para lanzar el espíritu a lo más alto, a extender los límites de las capacidades humanas. Ese destino grandioso se lo pierde la humanidad porque la fuerza y la parte sucia de las personas se imponen sobre la inteligencia. Si fuera al revés, aún hoy podríamos atestiguar la grandiosidad de Persépolis o de Babilonia. De eso se trata en nuestra *organización*, Alberto, de hacer predominar la inteligencia.

—Volviendo al tema de la religión, le pregunté a Marcelo: —¿Consideras que es un instrumento de dominio?

—Sin duda llegó a serlo en algunas épocas, actualmente las religiones están perdiendo influencia y fuerza en todo el mundo. Yo no puedo hablar sobre el tema religioso, lo desconozco absolutamente, pero tengo un recuerdo que me hace valorizar el significado de la fe religiosa para mucha gente. Mi padre murió después de una larga y dolorosa agonía, pero sus creencias eran muy firmes y me consta que mitigaron como un bálsamo sus días de intenso sufrimiento y pusieron en sus ojos una serena y dulce mirada, sin queja alguna, porque él creía fervorosamente que su dolor era meritorio para entrar en el cielo y esperar allá a sus seres queridos. Si alguien hubiera llegado en esos días con el intento de debilitar esas creencias yo habría sido el primero en

expulsarlo con mucho coraje de la cercanía de mi padre.

—¿Tú eres creyente, Marcelo?

—Esa es una pregunta equivocada, porque ser o no ser creyente pertenece a la más inviolable intimidad de las personas.

80.- Llegamos a Villahermosa y nos trasladamos por carretera hasta una plantación forestal, desde cuyo inicio la recorrimos caminando. Era la primera vez que atestiguaba algo así: la frondosa población de preciosos árboles de caoba y cedro, rigurosamente alineados, pero bajo ella, en el sotobosque, me impresionó el bullicio de gente que cultivaba en la sombra plantas de ornato, como helechos y palmas, igualmente, proliferaban entre las líneas de árboles las aves de corral, gallinas y pavos, hileras de pollitos siguiendo a sus mamás, bebés que descansaban en su canasta de bambú en una guardería improvisada bajo un pequeño toldo de palmas, al cuidado de una muchacha, mientras las madres laboraban en la recolección de follajes finos para exportación. En lo alto del dosel, gran variedad de vistosas aves tropicales encontraba refugio y descanso.

Le comenté a Marcelo mis impresiones, le dije que siempre imaginé una plantación como un conjunto de árboles, sin más ni más; nunca esperé que esos bosques cultivados auspiciaran tanta actividad y tanta vida entre los umbríos callejones que separaban las hileras de árboles.

Me dijo que solamente durante los primeros dos o tres años se restringían otras actividades lucrativas, por la fragilidad inicial de las plantas, pero a medida que se fortalecían los árboles, iba siendo factible realizarlas en medida creciente. En este caso, en que recientemente se había hecho el segundo aclareo, bajo las copas de los árboles había mucho espacio útil y propicio para todo lo que estaba viendo. Dijo además que se podían producir diversos alimentos, aparte de huevos y carne de aves domésticas, como hongos y setas comestibles de gran valor nutritivo, entre otros, en tanta cantidad que prácticamente era posible obtener el sustento de todos los empleados de la plantación. Los árboles auspician la vida a gran escala y hacen más pródiga la tierra donde crecen.

Era muy grato estar allí, la gente se veía saludable y contenta, los árboles irradiaban alguna especie de energía que me permeaba y me producía mucho bienestar. Le dije a Marcelo que me llamó la atención la “guardería” improvisada entre los árboles y me contestó que se hacía de esa manera por instrucciones de Saúl, porque no solo se mejoraba la salud de los niños sino que el bosque se grababa en su tierno cerebro de manera indeleble, como a él le sucedió, y así, prendía en ellos un religioso amor por los árboles. Me pareció lógico. Me dijo además que aquel hermoso bosque era una portentosa manifestación del poder creativo del hombre, que sin árboles simplemente no somos nada, quítalos y el hombre, primero se convierte en nómada y luego sucumbe, tarde o temprano.

En eso, me sorprendió ver a cierta distancia la inconfundible presencia de un gringo, un habitante del imperio, alto, flaco y rubicundo. Le pregunté a Marcelo a qué se debía la presencia de aquel hombre.

—Como te dije durante el vuelo: en casi todos los países hay personas con las mismas ideas universales de Saúl, y este gringo que ves es parte de esa gente buena; hay otros en la *organización*, este es jefe del área de sanidad vegetal, y es tan enamorado de las plantaciones como Saúl, es una fina persona, un camarada muy puro de alma. Vamos, te lo voy a presentar. Recuerda que te dije hace poco tiempo que en un ambiente de respeto cabemos todos. En esta visita vas a atestiguar cómo

funciona el respeto.

Cuando faltaba poco para llegar con el gringo, sin pensarlo le dije a Marcelo:

–Casi estoy seguro de que se llama Irving.

–¡Exactamente así se llama! –dijo Marcelo sorprendido– ¿Cómo lo supiste?

–Recuerdo haber leído alguna vez en un cuento de humor, que todos los gringos altos, flacos y rubicundos suelen llamarse “Irving”.

Soltó una larga carcajada.

Irving me impresionó de inmediato positivamente porque no esperó a que llegáramos a donde él estaba, vino a encontrarnos y dio un fuerte abrazo a Marcelo, luego él nos presentó y yo recibí otro cálido abrazo. Dominaba muy bien el español, sin poder aún desprenderse de las dificultades con algunos vocablos. No se percibía en él ni siquiera una gota de soberbia. Me causó profunda simpatía. Su mirada era límpida, franca, de una ingenuidad infantil.

Irving caminó con nosotros llevando una mano en el hombro de Marcelo y haciendo diversos comentarios sobre la plantación. Salimos a un espacio despejado muy amplio, al que circundaba una cortina de árboles. En su centro destacaba una enorme enramada con piso, mesas, bancas y petriles de cemento, y más allá de ella se erguía una torre de unos 25 metros de alto, rematada con una terraza. A mi izquierda estaban los invernaderos y el banco de germoplasma, hacia allá se dirigió Irving comentándonos que nos veríamos de nuevo en la comida. A mi derecha, otras instalaciones de madera muy bien construidas servían de oficina y en el amplio espacio frente a las mismas, se levantaban enormes huacales de largos trozos provenientes del aclareo, los cuales ocultaban de mi vista una estufa de secado y estabilización de la madera.

Estaba distraído viendo las instalaciones cuando Marcelo me dijo:

–Vente, en aquella oficina nos espera Saúl.

Sentí una sacudida nerviosa. A pesar de los pesares, Saúl aún me intimidaba, infundadamente, ya que no era hostil en absoluto ni había vuelto a castigar mi sentimiento de importancia personal las últimas veces que nos vimos. La razón de fondo de tal nerviosismo, creía yo, era mi íntimo convencimiento de que “aún no daba el ancho” para llenar las expectativas de Saúl sobre mi persona. En eso recordé que en cierta ocasión Marcelo me dijo que yo pecaba de excesiva modestia, lo cual me estorbaba en muchas circunstancias en que me auto reprimía injustificadamente, colocándome por mi mismo en situación de inferioridad.

Entramos a la oficina y Saúl se levantó de su escritorio al vernos; vino a saludarnos con mucha cordialidad, lo cual disipó mi aprensión. Se le veía muy saludable, “con un gran dulce en el corazón”. Nos sentamos en torno al escritorio y Marcelo comenzó a darle santo y seña de todo lo que habíamos avanzado con la “Fundación para el Desarrollo Popular”. Era muy perceptible a simple vista la superior jerarquía de Saúl sobre Marcelo, quizá no en verbalidad, en facilidad expresiva, sino en la línea de mando establecida entre ellos. Me pregunté cómo se podría lograr que Saúl se volviera prescindible. En eso, un musical tañido se escuchó afuera, provenía de la enramada.

81.- Saúl dijo que continuaríamos la charla después de comer, nos trasladamos a la enramada y él mismo comenzó a prender una lumbre de carbón en uno de los muchos fogones que había a lo

largo del pretil. A poco empezaron a congregarse en el sitio personas provenientes de todos los ámbitos de trabajo de la plantación. Vino Irving y con él una mujer gringa de rostro y cabello color miel que era de un trato muy dulce, me la presentó como su esposa July; su mirada también era de miel, no conmisericordiosa, sino maternal, y ambos se sentaron junto a mí pero luego la señora se incorporó a las tareas que se realizaban en los fogones y nosotros hicimos lo mismo inercialmente. Me distraje por entero en lo que hacía, de repente me di cuenta que la enramada se iba llenando de personas, pero lo sorprendente era que allí se podía discernir, entre una mayoría de connacionales, toda una diversidad racial: había indios tojolabales y tzotziles, algunos con su vestido típico; también cubanos, hondureños, hindúes, kenianos, beliceños, jamaicanos, filipinos... al parecer todas las razas y nacionalidades del mundo tenían allí representantes. Interrogué a Marcelo con los ojos y me dijo que cerca de allí había una ruta de migrantes que viajaban hacia el imperio tras la huella de una esperanza después de entrar al territorio nacional por Belice y El Petén.

Algunos se quedaban solo a reponer fuerzas y otros se enamoraban del lugar y permanecían allí por tiempo indefinido, a cambio de un salario y alimento. Otros, ya expulsados por el imperio, solían regresar a la plantación y allí encontraban nuevos alientos.

Pronto la gran enramada estaba plétórica, unos sentados y otros de pie; las mujeres llegaban con canastas de huevos, setas y tortillas, con algún caldo de gallina, chayotes cocidos, nopales, tacos de frijoles... todo circulaba libremente, sin restricción alguna; todo era exquisito, parecía que yo nunca iba a llenarme, pero de pronto, un joven tojolabal ya satisfecho, sacó de su morralillo de ixtle una flauta de carrizo y comenzó a interpretar antiquísimas y melancólicas tonadas de su pueblo, quizás invocaciones de dioses y espíritus de las selvas. Los sonidos eran increíblemente dulces y los ejecutaba inclinando cadenciosamente su cabeza a un lado y otro, caminando entre todos nosotros, que le íbamos abriendo paso, y luego una joven hindú se formó tras él, le tomó los hombros y comenzó a cantar; enseguida, todos los que iban terminando de comer se agregaron a la fila, salieron de la enramada y circularon en torno de ella, “recogiendo” al resto; pronto vi a Irving y a su esposa, cantando como dos felices chiquillos. Luego, un joven también hindú sacó de alguna parte un pequeño instrumento, una especie de címbalo, no pude verlo bien, y se emparejó con el muchacho tojolabal, tratando de armonizar su instrumento con la flauta; se hicieron dos filas, y en un momento dado todos cantaban una tonada ininteligible. De repente vi a Marcelo y a Saúl en la formación y hasta ese instante me di cuenta de que estaba solo. Me uní entonces a la fila y recorrimos cantando toda la cerca perimetral de árboles; a cada paso algunos integrantes iban desprendiéndose para caminar hacia su lugar de trabajo, así, hasta que en cierto instante todos habían partido a sus labores y solo quedaban en la enramada algunas mujeres haciendo limpieza.

Marcelo me dijo que subiéramos a la torre, hasta la terraza, y que allá esperaríamos a Saúl. Así lo hicimos y llegando allí, a la cómoda terraza protegida con amplias ventanas de cristal hacia todos los puntos cardinales, nos sentamos en torno a una mesa que había en el centro. Apenas lo hicimos, Marcelo me preguntó mi impresión acerca de lo que acababa de pasar.

–Me sentí muy conmovido –le dije –. Nunca había visto nada semejante. Es una experiencia imborrable.

–Está bien, pero no es ésa la respuesta que esperaba. Veo que sigues siendo despistado. Allí está más que evidente un proceso de conquista. Es una simbiosis entre distintas razas y nacionalidades. Allí se están rompiendo todas las distancias raciales, como lo hizo Mandela en Sudáfrica: con el arma del perdón sembró la semilla de una conquista, se inició la simbiosis entre

negros y blancos, el intercambio emocional, afectivo, sin prejuicios de raza ni de cualquier otra índole. Esa es una faceta del ambiente de respeto del que he venido hablándote. Aquí no hay prejuicios, aquí todos somos personas, y “persona” es una categoría universal. Mira hacia allá, en dirección del banco de germoplasma.

Dirigí mi vista al lugar y allí, bajo un fresco tejado, Irving y su amable esposa explicaban ante un pizarrón algunas cuestiones técnicas de las plantaciones a jóvenes y personas adultas de muy diversos orígenes y razas; comprendí que ellos se estaban haciendo prescindibles.

En una esquina de la terraza había una pequeña caseta que Marcelo abrió y me invitó a entrar. Adentro había diversos instrumentos y una pantalla. Me explicó que desde allí se manejaba a control remoto un pequeño dirigible que portaba una cámara con un lente gran angular, mediante la cual se visualizaba constantemente la plantación para detectar oportunamente un conato de incendio o la presencia de alguna plaga. Accionó unos controles que hicieron despegar el dirigible y en breve apareció en la pantalla una escena forestal. La cámara veía la plantación a una altura superior a los cincuenta metros. La imagen era nítida. Marcelo paseó el dirigible en torno a la plantación y luego lo hizo posarse en algún lugar.

Después miramos hacia otra dirección y vi la estufa de secado y más allá un vivero al aire libre en el que personas mayores trasplantaban de contenedores a tarros algunas plántulas para desarrollarlas un poco más antes de establecerlas en la tierra.

82.- Llegó Saúl a reunirse con nosotros y yo lancé una última mirada hacia la plantación. Era una perspectiva muy distinta a la que tuve desde adentro del bosque. El dosel era muy parejo, de un color oscuro, ligeramente rizado por algunas ramas sobresalientes; al parecer, los árboles “reclutados” para la última etapa de maduración, tenían la misma estatura. En la mañana había visto que su tronco o fuste era muy recto y liso, gracias a las podas periódicas y a diversos tratamientos. Estos árboles eran prácticamente “esculpidos” para producir una madera libre de imperfecciones.

Me senté en la mesa en el momento justo y reanudamos la conversación interrumpida anteriormente. Al terminar nuestro informe y entregar información por escrito, Saúl se mostró muy contento y nos dijo que las tres carpinterías que figuraban entre los proyectos consolidados por la Fundación podrían adquirir madera de caoba y cedro de la que estaba ya disponible en la plantación. Luego, le pidió a Marcelo acelerar en lo posible el esquema de funcionamiento de los mercados de productores, donde pequeños fabricantes, fueran o no de la Fundación, podrían expender sus productos sin intermediarios siempre y cuando en sus instalaciones y equipos no hubiera procesos robotizados. Además, ya estaba pensando en un mercado exclusivo para productos hechos a mano, como son casi todas las artesanías de gran calidad que se elaboran en muchos pueblos del país.

Le pregunté por qué se elegía un esquema gerencial y no uno de carácter más social, como las cooperativas de producción, para operar las pequeñas empresas en la etapa posterior al ciclo de un año, y entonces hizo una larga y divertida narración que para él justificaba esas decisiones.

–Nosotros debemos ser prácticos e ir a la segura –dijo y continuó: –Un esquema gerencial da certidumbre. Hace algunos años visité la aldea donde nací y mi madre me platicó que la cosecha de maíz se había perdido casi en su totalidad por falta de lluvias, que había pobreza y migración, lo cual a ella le daba mucha tristeza; la aldea se estaba quedando sola. Yo había leído una curiosa

definición de la palabra 'comunidad' en un diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, que decía: “Comunidad: conjunto de personas que se disputan entre sí”.

Llegué a mi tierra de origen obsesionado con demostrar que no era correcta aquella definición, por el contrario, según mi forma de pensar, *comunidad* era un conjunto de personas que colaboran entre sí, que se unen en un objetivo común, se ayudan para salir de sus problemas y se portan como hermanos. Yo arrancaba esta definición de viejos recuerdos y conversaciones de mis padres, que hablaban del “tequio”, es decir, de una práctica comunitaria muy antigua, en que todos los miembros de la comunidad nos uníamos para hacer labores sin remuneración en el terreno cultivable, aunque estuviera aparcelado, sin fijarnos en quien fuera el titular de la parcela, y era costumbre compartirlo todo.

Por eso, cuando mi madre me dio noticias de lo que pasaba, hice un plan. Llegué a la comunidad y acordé con los principales una reunión para presentar un proyecto de empresa, una fábrica de yogur, ya que esa bebida estaba de moda en los pueblos vecinos. Allí trabajarían 20 mujeres, 10 en la fabricación del yogur y las otras 10 en la comercialización. Las utilidades se repartirían por igual, ya que ambas tareas eran igualmente importantes. El proyecto fue muy bien recibido, se capacitaron las mujeres participantes y se compró todo el equipo, el cual se instaló en una bodega comunitaria en la que antes se guardaba el maíz.

El primer día de labores fue un sacerdote, se celebró una misa en el local y luego tuvo lugar un convivio; en una libreta empastada, los asistentes, casi todos los habitantes adultos de la comunidad, escribieron su nombre y en tres líneas expresaron sus bendiciones y buenos deseos para la empresa. El postre fue una bebida de yogur, la primera que ahí se fabricaba.

Todo empezó a funcionar muy bien. Mi madre me escribía para darme las buenas noticias, me platicaba que las señoras que salían a vender el “Yogur de la Sierra”, muy delicioso, regresaban temprano, porque no tenían competencia y el producto era realmente bueno, el dinero circulaba y todo mundo parecía contento, entonces pensé para mí que el real diccionario estaba rotundamente equivocado en su definición de *comunidad*.

Sin embargo, al paso de unos tres meses, las señoras que permanecían en la fábrica salían de allí cansadas por el encierro y por el trabajo de fabricar y envasar el yogur, comenzaron a tener celo de las vendedoras, quienes ganaban lo mismo que ellas y se “divertían” saliendo a los pueblos y regresando temprano a atender a su familia. Las tensiones iban creciendo, primero soterradas, pero luego comenzaron las indirectas y más tarde las directas, con palabras hirientes, que provocaban respuestas iguales. Una vendedora les dijo en una ocasión, justo cuando todas se disponían a salir a su diario trayecto de comercialización: “¿Por qué no salen ustedes a vender? Así verán que no es tan divertido asolearse mientras se lleva una pesada carga, si creen que es muy divertido, allí está mi canasta”, y otra dijo: “también la mía”, y luego todas depusieron sus canastas. Comenzaron los insultos fuertes y el ambiente de violencia crecía a cada instante, a pesar de que aquellas mujeres habían sido amigas toda la vida. Bastó un empujón para que la crisis de violencia estallara. Se lanzaron unas contra otras, a rasguños, a golpes, a mordidas, se arrojaron cubetas y vasos con yogur, se utilizaron tablas y toda clase de proyectiles a la mano, empezó a brotar sangre y el ruido fue creciendo hasta que llamó la atención de los vecinos que corrieron a llamar a los principales de la comunidad. Vinieron tres de ellos desde sus labores de milpa, entraron a la bodega y a poco salieron corriendo, bañados con yogur y descalabrados.

Afuera ya estaba la aldea entera esperando el desenlace, pero los principales volvieron con refuerzos y con el mero líder de la comunidad, quien portaba una escopeta cuata de gran calibre;

entraron y él hizo un disparo al techo; ante el fuerte estallido hubo un silencio momentáneo que el principal aprovechó para gritar a las combatientes con todas sus fuerzas: “¡Por eso pues... cabronas!” Tres o cuatro de ellas intentaron continuar y entonces él disparó el cartucho restante casi al ras de sus cabezas, con lo cual todo el cubil de leonas entró en sosiego y así los principales asumieron el control, las hicieron salir en fila india, primero todas las vendedoras y después de algunos minutos, las fabricantes. Finalmente, el líder de la comunidad cerró la bodega, colocó en la puerta una gruesa cadena con un robusto candado y dispersó a los curiosos.

Aquello era tragicómico, porque algunas mujeres iban con la ropa hecha girones, impúdicas: enseñando las piernas, unas un pecho, otras los dos, también los calzones y hasta el ombligo, desgredadas, inundadas en yogur, con algunas heridas sangrantes. Fueron la risión de todo el pueblo allí presente, en primera fila los chiquillos, irrespetuosos y burlescos. Todavía, después de tantos años, el recuerdo de aquella gresca provoca hilaridad. Trascendió el hecho en toda la comarca, y algunos periódicos al relatarlo le llamaban “La guerra del yogur”.

Cuando leí la carta de mi madre detallando puntualmente el suceso, abrí el diccionario de la Real Academia y le puse una palomita a la definición de “comunidad”. Bastó un pequeño elemento de discordia para que ocurriera aquel grotesco desenlace. Luego me escribió el principal y me pidió que fuera a recoger los equipos y utensilios, pero no me rendí así nomás, reconsideré el asunto y lo planifiqué de diferente manera: haría una empresa con un gerente a cargo aprovechando el vuelo que ya llevaba el “Yogur de la Sierra”, una marca exitosa.

Llegué a la comunidad tres semanas después, en compañía de Martín Esteban, un enjundioso joven de Mitla, contador privado, quien iba con su esposa a establecerse en la aldea para fungir como gerente. Entre sus instrucciones tenía la de ir contratando paulatinamente a las mismas mujeres que ya conocían las dos partes esenciales del proceso: la fabricación y la venta. Llegamos a la aldea, conversé con el principal y le gustó mi plan; fuimos a la bodega que no se había vuelto a abrir; al quitar el candado empujé con energía las dos hojas de la puerta que se abrió instantáneamente de par en par y una infernal pestilencia a yogur putrefacto nos hizo correr despavoridos. Fueron necesarios 8 días de ventilación para que los olores se disiparan un poco y así poder soportarlos mientras se lavaban todas las instalaciones y se reparaban los muchísimos destrozados dejados por “la guerra del yogur”.

Actualmente, aún se vende en la región el “Yogur de la Sierra”, gracias al esquema de autoridad gerencial que poco a poco fue reconciliando a aquellas fieras montaraces, y hoy se ganan el sustento sin peligro de otra revuelta.

A Marcelo y a mí nos dolía el estómago de tanto reír con el relato de Saúl. Me quedó muy clara la necesidad de un gerente, al que no podíamos exigirle que se hiciera prescindible, ya que su gestión quedaba fuera de nuestra autoridad.

83.- Atardecía cuando terminamos de acordar los siguientes pasos a tomar por Marcelo y por mí. Nos despedimos de Saúl. No era necesario permanecer otro día en la plantación, así que nos dispusimos a retirarnos. Al mirar por última vez hacia el bosque de cedros y caobas, alumbrado por un sol ya muy cerca del ocaso, los espacios entre cada hilera de árboles se veían redondeados y más oscuros que el resto, y entonces todo el conjunto me pareció una evocadora y misteriosa galería de túneles.

Fuimos a despedirnos de Irving y de su esposa July, e igualmente de las personas que aún laboraban en la plantación y salimos de nuevo hacia Villahermosa, donde pernoctamos. Marcelo

me aclaró que gran parte de su interés en traerme estaba enfocado en que yo conociera una plantación forestal y ampliara mi perspectiva sobre la *organización*, ya que pronto abandonaría la estrategia de financiamiento social para abordar la tarea de crear los mercados de productores. Había otros planes para mí que posteriormente me serían revelados. Quise decirle que me estaba sobreestimando, pero no me atreví. Sabía lo que iba a decirme: “Padeces exceso de modestia”. En lugar de eso, le comenté sobre lo bien que me había sentido ese día, de principio a fin, que me pareció inolvidable. Le agradecí por darme una oportunidad como esa.

Por ello, cuando nos alejábamos, Marcelo me comentó que Irving y July eran ciudadanos del mundo, lo mismo que Saúl. Relató que se conocieron en Ghana, mientras Saúl gestionaba permisos del gobierno para establecer una plantación. Ghana es un país con muchos recursos acuíferos, pero la pobreza de la gente es lamentable. En otro tiempo, las potencias colonialistas europeas: ingleses, portugueses y holandeses, saquearon las riquezas del país, principalmente grandes cantidades de oro. Era tanto el oro que allí había, que en algún tiempo el país fue conocido como “Costa de Oro”. A las afueras de Acra, su capital, muchos niños desnutridos quemaban todos los días televisores y computadoras desechados por los europeos, para extraer el cobre y otros materiales reciclables. Los humos producidos así, son sumamente tóxicos y los efectos en la salud de aquellos niños ya son muy notorios. Esa es la “solidaridad” que los países desarrollados practican con África: el envío de basura peligrosa; este acto me parece que no alcanza ni el título de *conmiseración*. Eso le devuelven a Ghana, simplemente basura peligrosa, a cambio de todo el oro que se llevaron.

Cuando Irving terminó su proyecto en Ghana –continuó Marcelo–, con invitación de Saúl vino hace varios años a este lugar a establecerse, con July. Ambos son biólogos y han escrito varios libros sobre sanidad y entomología de selvas tropicales, mismos que están colocados en Internet con acceso gratuito. Ellos comparten todas las ideas de Saúl y aquí han sido muy felices. July, en una ocasión en que escuchó la flauta de carrizo del joven tojolabal, quedó cautivada, y fue quien sugirió que al terminar de comer en la enramada se hiciera esta simulación de “Flautista de Hamelin” a la hora de reincorporarse al trabajo; esa es ya una tradición, una práctica de varios años, tan arraigada que durará por siempre. Es un acto simbólico muy conmovedor, cuyo mensaje es el de que aquí nadie es más importante que un ratoncito, ya que nacer humano o nacer ratoncito es pura casualidad, por eso, a diario desfilamos y cantamos al terminar la comida, asumiendo que somos ratoncitos tras el flautista, así reafirmamos nuestra humildad y nuestro compañerismo, concluyó Marcelo.

–¡Y vaya que me conmovió! –Le contesté.

Me dijo que al siguiente día iríamos a Tenosique a saludar a Irene y luego de eso regresaríamos a El Bajío.

Así lo hicimos. Marcelo le avisó de nuestra visita. Llegamos a horas de almuerzo con Irene. Él le llevaba un precioso regalo, un juego de cristal cortado consistente en una tetera con todos sus complementos. Como siempre, se me hacía agua la boca nomás de pensar en los taquitos de frijoles con queso y tornachile.

84.- No pudo ser más cordial y efusiva su bienvenida. Después de un prolongado abrazo, nos fuimos todos a la terracita interior, la que estaba casi oculta entre bugambilias y enredaderas.

Estábamos almorzando placentemente cuando sonó mi teléfono. Me disculpé y me retiré hacia el fondo del jardín para contestar pensando que era Isabel, pero por poco me desmayo al escuchar

la voz que me hablaba: ¡Era María Elena, diez meses después! Su fresca expresión de saludo fue: “¡Hola, mijo!”. Me era familiar porque la usó en muchas ocasiones para dirigirse a mí durante aquellas tórridas semanas que hoy se volvían en mi contra. La ominosa nube no se había disipado, por el contrario, allí estaba, en la persona de María Elena. Me acobardé, sentí que me flaqueaban las piernas; puse mi mano libre en la frente y apoyé mi cuerpo en el almendro que había en el centro del patio para no caerme. El gran dulce que traía en el corazón se convirtió de súbito en una brasa que amenazaba con calcinar todas mis ilusiones.

Traté a María Elena como corresponde a una dama, sin poder disimular cierta frialdad y el azoro que estaba experimentando. Me dijo que me tenía un gran regalo, una sorpresa, que no me arrepentiría nunca de ir a encontrarme con ella. Le aseguré que iría a la brevedad posible, sin tener el menor interés en su regalo sino pensando para mí que era una oportunidad inmejorable para rogarle, de rodillas si era necesario, que no interfiriera en mi relación con Isabel.

Al despedirme de ella, froté enérgicamente mi rostro, imaginando que me había puesto lívido. Intenté recomponerme y regresé a la mesa. La decisión de suplicarle a María Elena hasta el extremo, calmó un poco mi angustia y logré disimular mi estado de ánimo.

Nos despedimos de Irene y partimos hacia Villahermosa a tomar el avión. Pensé por un momento en confesarle a Marcelo todas mis cuitas de amor, pero no pudimos obtener asientos contiguos. Quizá fue lo mejor que pudo haber ocurrido, ya que me era indispensable reflexionar en mi próximo encuentro con María Elena y no estaba seguro del todo de la conveniencia de que Marcelo conociera el conflicto por el que estaba pasando.

Arribamos todavía temprano a las oficinas de la Fundación y Marcelo y yo nos despedimos. Decidí viajar de una vez a la ciudad donde vivía María Elena, tomé mi camioneta y partí hacia allá a toda velocidad. Llegué cuando oscurecía, me registré en el hotel y salí hacia el hospital donde nos conocimos, ya que allí habíamos quedado de vernos.

85.- Iba caminando por el pasillo que conducía hacia su oficina cuando salió a mi encuentro. El corazón me latía sin control. Me dio un fuerte abrazo y besó mi mejilla. Advirtió en mí cierto gesto de reconcomia que no lograba ocultar

–¡Me da mucho gusto verte... a pesar de todo! –Le dije con adusta mirada.

–Veo que me guardas resentimiento –me dijo y agregó: –pero pronto cambiarás de ánimo; vamos al cuarto donde convaleciste, allí está tu regalo.

De verdad que no sentía ningún interés por el regalo, solo pensaba obsesivamente en buscar la coyuntura para decirle que amaba con locura a Isabel, que tuviera piedad y saliera de mi camino para siempre.

Entramos al cuarto y me dijo:

–Allí, en la cama donde pasaste varias semanas, está tu regalo.

Avancé hacia la cama igual que lo hace un robot, sin sentimiento alguno, pero allí, muy arropada, casi disimulada entre cobijas y durmiendo plácidamente, ¡estaba una hermosa bebida!

Abrí tamaños ojos con una relampagueante sospecha, y sacudido por completo en mis emociones le pregunté:

–¿Qué tiene que ver conmigo esta criatura?

–¡Es tu hija!

–¿Cómo es eso posible? Pregunté con la mirada de un estúpido atolondrado.

–Puedes estar seguro –afirmó ella–. No he tenido intimidad con nadie más, ¡es nuestra hija! Hace apenas un mes que nació. Se llama Albertina.

La quijada me temblaba; un volcán de emociones empujaba desde el interior de mi pecho, a punto de hacer erupción; no sabía qué sentir, se atropellaban en mi mente mil pensamientos a una velocidad inconcebible. ¿Qué sucesos se me vendrían encima? Anticipé en mi atormentada imaginación que Isabel se alejaba para siempre de mi lado, solo María Elena quedaba conmigo y ambos, que habíamos procreado aquella celestial criatura, seguíamos adelante por la vida.

Me incliné a ver a la pequeña y el volcán que llevaba dentro estalló en una explosión de ternura; toda la frialdad que momentos antes me poseía se trocó en una nueva emoción nunca antes sentida. Sin poder evitarlo, mis ojos se humedecieron por una intensa dicha; la criaturita se adueñaba de mi corazón y de todas mis emociones, a las que ella dio un nuevo cauce, más ordenado y sereno.

María Elena, tras de mí, apoyaba sus manos en mis hombros. Qué egoísta había sido yo, pensando solamente en mi dicha propia. Aquella linda mujer, María Elena, la que se entregó a mí sin reservas, llevó solitaria el periodo de su preñez, guardó silencio todos estos meses en que yo en cambio la recordaba con rencor, sintiéndome el más ofendido de los mortales, herido en mi estúpido sentimiento de importancia personal, en mi pueril egolatría, y me había llamado hasta Tenosique para darme la noticia de este sublime regalo del que me sentí absolutamente indigno. María Elena, pensé, apenas se sintió embarazada me dejó libre, no quiso atarme a ella, fue increíblemente generosa, por eso ya no me buscó. Me sentí asqueroso y repulsivo.

Le pregunté por qué estaba la niña en el hospital y me dijo que la había llevado allí porque la sintió un poco resfriada. Temió que contrajera una neumonía ya que el clima en las ciudades del semidesierto cambia bruscamente; a pesar de un día tibio, las noches suelen ser congelantes. El médico le aseguró que no había riesgos pero prefirió dejarla allí para tenerla en observación, ya que las madres primerizas suelen ser exageradamente aprensivas. Me puse de pie y caminé hasta el pasillo, a buscar donde sentarme; todas mis fuerzas se habían disipado.

Ella vino tras de mí, luego, ambos nos sentamos en la cómoda banca de espera que había en el pasillo. Apoyó su cabeza en mi hombro y me preguntó:

–¿Qué te ha parecido tu regalo?

–No creo merecer algo tan maravilloso –le dije con franqueza–, no he estado contigo estos meses, te dejé sola con tu embarazo, como un irresponsable.

–Eso ocurrió porque yo así lo quise –dijo ella–. Me buscaste muchas veces, yo estaba allí cuando llegaban tus llamadas y di instrucciones de que me negaran, porque nunca tuve la intención de ligarte a mi vida de manera permanente.

–No te entiendo, llevábamos una relación llena de calidez y de gozo que al romperse me dejó emocionalmente huérfano y trastornado. Me sentía hambriento de ti; por las noches, cuando estaba solo, todo mi ser reclamaba tu presencia.

–A mí me pasaba lo mismo, Alberto, pero estaba decidida a superarlo porque yo tenía otros planes. ¿Tú no tienes, acaso también, otros planes?

Le platiqué de Isabel, a grandes rasgos le narré todo el largo trayecto de mi lucha por conquistar

su amor y cómo en aquellos meses, al perderla a ella, vino a mi consuelo el logro de aquel amor tan grande que se incubó en mi ser. Le platicué de nuestro primer contacto, de cómo subí al cielo al mirarme por fin en aquellos ojos con la ansiedad y la emoción del más enamorado de los hombres.

—Conozco a Isabel —me dijo María Elena para mi sorpresa y en tono tranquilo agregó: —Marcelo la trajo aquí poco antes de que yo te conociera; permaneció por tres semanas en el hospital, sirviendo como enfermera, disfrazada de religiosa; luego volvió Marcelo y la llevó a otro hospital. Nos hicimos muy amigas. ¿Te gustaría casarte con ella?

—¡Esa era mi gran aspiración!

—¿Por qué dices “era”? ¿Cuál es el problema?

—Mi deber ahora es estar contigo, para cuidar juntos a nuestra bebita. Tengo que ser responsable. Veo que todavía me tienes afecto, te apoyas en mi hombro con la misma familiaridad y calidez, igual como en aquella época lo hiciste, y yo, a pesar de que quiero con toda el alma a Isabel, siento gozo con ello, me gusta tu cercanía, te quiero también a ti de algún modo que me hace ilusionarme con ser un padre dichoso y con lograr algún día apartar de mi mente el recuerdo de Isabel; quizá moriré en el intento, pero esa niña tendrá un padre, me ha robado el corazón.

—¡Estás totalmente equivocado! —exclamó ella—. Me apoyo en tu cuerpo debido a que me agrada tu calor y porque soy muy dada al contacto, a acariciar a quien despierta mi afecto.

Eres un buen árbol a cuya sombra me gusta descansar, pero no quiero obligarte a vivir conmigo, nunca lo he pretendido; por nada del mundo me ligaría con ningún hombre en matrimonio ni sería jamás concubina de nadie; soy una mujer que ama su libertad; me aterra pensar que alguien venga a conculcar mi libre albedrío. Cada día hay más mujeres que piensan y actúan como yo, te sorprendería saber cuántas. Incluso hay muchas que no se ven en el papel de madres. No soy feminista ni tengo nada contra las que aspiran a una boda, me río además de los obtusos gobernantes masculinos que, asumiéndose como dioses magnánimos, nos hacen concesiones en lo que ellos llaman equidad de género. En los países realmente civilizados la equidad de género es tan obvia que nunca se menciona, y aquí muy pocos la respetan, a pesar de que siempre están reformando las leyes donde se establecen sus términos.

Ante su discurso, tan sorprendente para mí, solo se me ocurrió preguntarle con una ingenuidad de niño:

—Entonces... ¿no me quieres?

Se aferró con más fuerza a mi brazo y afectuosamente me dijo:

—¡Qué tonto eres, mijo! Te quiero más de lo que imaginas, te quiero desde mi posición de libertad, por eso te elegí para ser padre de mi niña; desde hace tiempo esperaba a alguien como tú; tengo el fuerte instinto de la maternidad muy desarrollado en mí y ansiaba tener un hijo, para darle mayor sentido y solidez a mi vida, para tener a quien acariciar sin temor ni límite alguno, pero no iba a procrearlo con alguien que no despertara en mí los sentimientos de afecto que tu despertaste, y menos con alguien que no reuniera estas cualidades intelectuales y afectivas que tú tienes; solo así podríamos ambos llegar a la verdadera intimidad, a la fusión total de dos almas y dos cuerpos, la que hace posible para un hijo heredar todos los genomas emocionales de sus padres.

Si todas las mujeres pensarán como yo muchos hombres quedarían excluidos del amor, pero no tengo nada contra los hombres ni pienso andar pregonando las posibilidades de libertad que están al alcance de todas las mujeres. Tú serás un gran esposo para Isabel y ella una gran esposa para ti.

Hoy te busqué porque reconozco tu derecho biológico sobre la niña; podría no haberlo hecho, no buscarte nunca más, pero no soy así; es tuya tanto como es mía y porque te quiero te he dado este regalo; porque te conozco estoy segura de no arrepentirme jamás de haberlo hecho, pero no te oculto lo que pienso del matrimonio: creo que con ese acto de autoridad se pretende facturar el amor, darlo por hecho, lo cual es imposible; creo que el matrimonio en poco tiempo convierte el amor en asunto pecuniario, y que la boda es el acto de canje del amor por una rutina.

—¡Vaya contigo! ¡Qué radical eres! Primero quiero decirte que fue para mí un honor y un enorme privilegio que me escogieras como padre de tu hija, no hay regalo que pueda compararse con ella, pero también pienso que tu contacto enamora mucho más que tus palabras. Apenas te apoyas en mí, apenas me tocas, y tu calidez inigualable me rinde. No coincide una parte de ti con la otra. En cuanto a la boda, yo siempre he pensado que es un límpido y candoroso homenaje público al amor. Buscaré un antídoto para que mi matrimonio con Isabel siempre conserve frescura, emoción y novedad.

En eso la bebida comenzó a llorar y María Elena acudió a su lado. Me quedé por un momento pensando en todo lo que me había dicho. Ella era muy joven, tendría acaso 23 o 24 años, y ya pensaba con tremenda madurez; comprendí que era muy capaz de ir por la vida segura de sí misma, con su hija, sintiéndose completa. Me estaba mostrando un rasgo de su personalidad que no conocía, era una mujer extraordinaria.

86.- Después de unos minutos caminé hasta el cuarto, pero no traspuse la puerta porque desde allí la observé con la niña en brazos: la estaba alimentando de su pecho. No advirtió mi presencia. Permanecí en el lugar en silencio, como una estatua, mirando con respeto y admiración aquel cuadro inspirador de la más grande ternura. Ante mis ojos se desplegaba el escenario del amor humano por excelencia, el principio de todo. Si en esos instantes gloriosos las criaturas fueran conscientes, no habría ni la más pequeña señal de maldad en el mundo.

Volví a la banca y allí la esperé. Poco después vino a mi lado, me dijo que la niña había vuelto a dormir y ella también lo intentó, refugiándose en el calor de mi cuerpo. ¡Lo hacía con tanta naturalidad! Su fragancia me penetraba y me hacía revivir los momentos más felices que pasé con ella. ¡La tenía tan cerca y tan lejos! No creí posible que hubiera tanta divergencia entre sus actos y su pensamiento, no me parecía lógico. Cuando noté que se había dormido, con suma delicadeza la llevé en brazos hasta la pequeña cama de acompañantes que había en el cuarto, la acosté como se hace con una niña y cubrí su cuerpo con la cobija. La miré embelesado, queriendo acostarme con ella sin ninguna malicia, para darle mayor abrigo con mi cuerpo y mis brazos, aun sin comprender su postura de libertad de la que me había hablado con tanta vehemencia.

Luego fui a observar de nuevo a la bebida. Como si hubiera sentido el peso de mi cariñosa mirada, abrió por un momento los ojos y me pareció que intentaba una sonrisa, agitó por un instante sus bracitos y volvió a quedarse dormida; le prometí entonces con el pensamiento que siempre contaría conmigo, sin importar las circunstancias y tribulaciones que se atravesaran en mi camino.

Regresé a la banca del pasillo, eran casi las dos de la mañana. Me pregunté por qué no me era posible amar simultáneamente a estas dos mujeres tan esenciales para mí: María Elena, quien llenaba todo mi ser físico; Isabel, quien colmaba de dicha mi alma. ¿Por qué no me era dado proteger a las tres, hacer que fueran felices y yo así beber de su felicidad, obsequiarles todo el rendimiento de mis fuerzas, cobijarlas toda la vida con mi afecto incondicional? ¿Por qué...?

Apenas pude dormir un poco. Al amanecer fui al baño y al lavarme las manos me miré al espejo.

Mi aspecto era lamentable, como el de un moribundo. Me lavé la cara enérgicamente para atenuar la contracción de mis músculos faciales y regresé a la banca. Apareció María Elena llevándome una taza de té con galletas. La invité a almorzar, le dije que iría al hotel a darme un baño que me permitiera revivir y luego vendría por ella.

Cuando llegamos al restaurant, mientras nos servían me preguntó:

–¿Te gustaría seguir viendo a tu niña?

–¡Por supuesto! –afirmé sin dudarle y sin saber lo que me ofrecería. Le dije además que esa niña estaba ya atada a mi corazón y a mi mente de por vida.

–Estaré de acuerdo en que lo hagas solo si le cuentas toda la verdad a Isabel –Me dijo María Elena y añadió: –No quiero que vengas furtivamente a visitarnos. Tu hija merece un padre abierto al mundo, que se sienta orgulloso de ella. Si logras el consentimiento de Isabel, haré que la niña se sienta feliz de llevar tu nombre, porque has de saber que la registré con nuestros apellidos.

Yo sentí un sobresalto nada más con imaginar la reacción que Isabel tendría al saberlo, pero estaba decidido a todo, sin importar que las consecuencias acabaran conmigo, como se lo prometí a la niña mientras dormía.

Después de almorzar fuimos ambos a una tienda infantil y compré para mi pequeña un tigrillo de peluche y un tintilín de campanitas y mariposas de cristal que al menor soplo se tomaban tintineando por largo rato. Regresamos a la casa de María Elena y colgué el tintilín de un plafón en el centro de la recámara asignada a la niña. Le rogué que me permitiera amueblarla cuando la niña creciera un poco y ya demandara una cama, lo haría al gusto de ella, sin discusión alguna. Le prometí que nunca iría en mis pretensiones de padre más allá de lo que ella aceptara.

Fuimos de nuevo al hospital a recoger a la bebé. Al llegar a la casa, la llevé en mis brazos a su cuna y agité el tintilín. Mi criatura movió sus bracitos al escuchar los dulces tintineos. Me era casi imposible despedirme de ella, pero tuve que partir. En la puerta de la casa besé a María Elena en la frente y luego nos abrazamos largo rato. Ese abrazo tenía mucho calor; el vínculo entre ambos era más fuerte que nosotros. En mi ser volvieron a encenderse todas las vibraciones que ella sabía despertar y poco faltó para que me rindiera y me prendiera de sus labios. ¡Cómo ardió en mi boca, durante días, el beso en los labios que no le di! La miré en ese momento con tanta ternura que se asustó.

–¡Eres María Elena, la mujer más cálida y gentil, más generosa y extraordinaria que he conocido en mi vida!

–¡Y tú eres un consentido insoportable! –me dijo cariñosamente, apoyando su cabeza en mi pecho.

–¡No me lo reproches, niña, porque tú me acostumbraste, tú me enseñaste la gloria de ser consentido por ti! ¡Qué difícil es despedirse de ti! Siento que al irme todo mi ser quedará anhelante una vez más de tu presencia. ¡No puedo dejar de quererte!

–Yo también te quiero, Alberto, mucho más de lo que imaginas, mucho más de lo que yo quisiera quererte. Anoche, cuando me llevaste en brazos a la cama, me hice la dormida, disfruté cada instante, sentí que viajaba en una nube, dentro del cielo. Trato de hacerme la fuerte, de poner distancia, pero solo por fuera parezco fuerte, como de piedra, por dentro arde en mí el fuego del amor y no sé cómo apagarlo, va más allá de mis fuerzas. Anoche derretiste esa piedra; anhelé abrazarte y fundirme contigo, pero aun así, tu camino es distinto del mío, yo no quiero poner en

riesgo la belleza sublime de estos momentos. Prefiero guardarlos así, intactos, con todos sus destellos emocionales, como el mayor tesoro de mis recuerdos. Me gusta atrapar el máximo esplendor de las emociones que soy capaz de suscitar y luego alejarme, porque me arredra la decadencia del amor, la idea de volverme cotidiana y ordinaria en la mente y en el corazón de los seres que amo. Como te dije ayer: te quiero desde mi parapeto de libertad; jamás podría ligarme de manera permanente contigo, no soy tan valiente como para superar el temor de que un día, a lo largo del tiempo, dejemos de querernos. En cambio, el amor entre mi hija y yo nunca declinará. Me fortalece mucho saber que me quieres y que no traicionarás a Isabel. Si lo intentaras me desilusionarías tanto como yo de mí. Cuando vengan tú y ella a visitar a la bebida, puedes tener la absoluta seguridad de que todo mi ser se iluminará con tu presencia, estaré ansiosa porque vengas.

87.- Pasaron los días sin que pudiera cobrar suficientes ánimos para ir con Isabel y contarle la verdad. Sabía de sobra que su orgullo era irreductible. Me dominaba el miedo de perderla y esa perspectiva era terrorífica. Una vez que dejé atrás a María Elena y me confronté con mi nueva realidad, me sentí totalmente acobardado, pero el recuerdo de mi bebida me infundía valor. Quería seguir visitándola sin ocultarme de nadie, como lo pidió su madre; tenerla en mis brazos, arrullarla en su cuna y verla crecer.

Por fin un día, casi dos semanas después de conocer a mi hija, me armé de valor, o quizá me resigné a enfrentar un destino que consideraba ineludible, y viajé a encontrarme con Isabel sin haber podido pensar en qué términos le diría la verdad. Quise asumir la actitud del que se da por muerto, del que ya da todo por perdido, pero se sobreponía el miedo a un futuro de desolación que no me sentía capaz de enfrentar y me aferraba a una última esperanza, pensando en dejar que le hablaran mis sentimientos, que de mí saliera solamente el lenguaje de mi amor por ella.

Al encontrarnos esa vez, para colmo de mis aprensiones, se arrojó a mis brazos con sin igual alborozo, mostrándose enamorada y ansiosa por verme. Con cuánta felicidad habría vivido ese glorioso momento sin la hoguera interna que me consumía.

Caminamos a nuestra banca del augurio y al sentarnos dejé que terminara de hacerme comentarios sobre los muebles y demás equipamiento que había visto y elegido para nuestra casa. Cuando terminé, pudo advertir el desasociado que había en mi alma y me dijo:

—¿Te pasa algo, mi amor? Te noto distante, distraído, por favor cuéntame si algo te preocupa.

—Tengo algo que decirte de mi persona, nenita, algo que viene al caso ahora, en que estamos tan ilusionados con nuestra boda; el amor que siento por ti está por encima de cualquier duda, para demostrarlo estoy dispuesto a hacer lo que me pidas, tu eres mi dueña absoluta, pero el tuyo, tu amor hacia mí, debe pasar por una prueba difícil ahora mismo, si supera esa prueba seremos muy dichosos, no habrá poder humano capaz de afectar el vínculo entre nuestras almas.

Se apretó contra mi cuerpo al escuchar mis palabras y mirándome con angustia me dijo:

—¿Por qué me hablas así, mi cielo? ¡Me asustas! Sabes perfectamente que te quiero, de otra manera ¿cómo explicarías el gusto, el júbilo que siento al verte, al estar contigo? ¿De qué otra manera explicarías con cuánta ilusión estoy preparando nuestra boda? Eres mi hombre, ya te lo dije antes, el que siempre esperé y construí en mis sueños de adolescente, el que nunca me traicionaría aunque tuviera al alcance a las mujeres más hermosas.

—Precisamente de eso quiero hablarte— le dije al escuchar sus palabras que aumentaron mi pesadumbre y acabaron por adelantarme la tan temida sentencia.

Le narré mi aventura con María Elena y cómo de la misma vino al mundo una encantadora niña que dividía mi amor en dos partes. Comenzó a llorar cabizbaja, mostrando una absoluta desilusión y un amargo coraje. Le dije que tomara en cuenta el hecho de que aún no teníamos una relación formal, que yo ni siquiera abrigaba la menor certeza de tenerla algún día.

—¡La teníamos! —Afirmó ella indignada, levantando la vista y mirándome con los ojos entrecerrados, en una forma tal que hacía polvo cualquier ilusión, aún la más pequeña, de que me perdonara; era nuevamente la Isabel altiva e inalcanzable, y continuó: —Tú sabes que teníamos una relación, quizás no formalizada en palabras o en besos, pero estaba allí, vibrando en la atmósfera interpuesta entre los dos; era real, era muy fuerte y poco a poco nos iba acercando; era real y mucho más antigua que tu aventura. ¡Mira lo que traigo en mi bolso!

Sacó de su bolso el recado que le adjunté a la cajita musical y me dijo:

—Aquí está inscrita una fecha, aquí están unas palabras tuyas que yo besaba siempre, antes de dormirme, mientras le daba cuerda a mi cajita musical. Como ves: ¡teníamos una relación!

Yo también saqué de mi cartera el recado que ella me dio en esa ocasión y le dije que siempre me acompañaba y que restituía mi alegría cuando estaba ausente de ella, que ese recado era mi antídoto contra la tristeza, pero en ese momento se puso de pie, dejó en la banca el papel que yo le había escrito y me dijo secamente:

—¡Debo irme! ¡Adiós!

La miré alejarse sintiendo que caía en un hoyo de aterradora tristeza. La vi hasta el último instante, esperando que volteara hacia atrás, para darme una pequeña señal de esperanza, pero no lo hizo. Al final del sendero dio vuelta y la perdí de vista entre la gente. Todos mis temores se habían vuelto realidad.

Tres escenas de aquel terrible día fulguraban en mi mente atormentándome hasta provocarme dolor físico: su júbilo al verme, su cruel y seca despedida y su imagen tan adorable, alejándose de mí por la callecita arbolada en la cual una tarde caminamos felices bajo la lluvia y nos sentamos en esta banca, donde fortalecimos nuestro amor bajo el auspicio del augurio que ese día encontramos. Cuando se alejaba estiré los brazos hacia ella como un acto reflejo de mi cuerpo o de mi espíritu, queriendo asirla, retenerla, pero solo me quedé con las manos vacías y con la incertidumbre de poder recuperarla.

Pero yo, como buen supersticioso, creía ciegamente en el augurio. Me paré sobre la banca y busqué el señuelo. Allí estaba el pequeño canario, imperturbable, mirando hacia donde solo él sabía. Los polluelos gorriones se habían ido y sentí que él estaría triste si lo dejaba allí, junto al nido vacío. Lo desaté y con el mismo listón rojo lo até a mi cuello y lo oculté bajo mi camisa. Le dije que sería mi talismán de esperanza y mi compañero de soledad, entonces me marché de allí, cabizbajo, sintiéndome más triste que nunca, tratando de asirme al recuerdo de mi bebida para poder seguir respirando. ¿Qué interés podría tener ahora en mirar hacia mi entorno, si todo se había vuelto gris y estaba en camino de morir?

88.- Sin embargo, un amor como el mío se aferra a la esperanza, es más: si no existe una esperanza la inventa y con ella busca ardorosamente una luz que le ayude a encontrar un camino hacia un nuevo encuentro con la mujer amada. ¿Acaso no era yo un experto en inventar esperanzas? Por años sembré mi amor en todos los caminos que recorría, lo inoculé en el viento, en la tierra, en

todas las dimensiones que mi imaginación alcanzaba, lo hice más y más intensamente a medida que mi amor crecía, todo ello sin haber podido aún sembrar la semilla de mi ternura en el mismo cuerpo y en la misma alma de Isabel; así lo hice, hasta lograr al fin que se rindiera y que sus ojos me miraran también con amor y con ternura. No todo estaba perdido, me dije, porque esa semilla había germinado y era un árbol vigoroso y en continuo crecimiento.

Mi amor por ella resistió durante años la frialdad y la altivez, calentó la una y escaló la otra, el premio fue tan grande que después de recibirlo me dije que podría morir, porque ya no habría nada más allá de esa incomparable dicha que significó adueñarme de sus ojos y de sus pensamientos.

Por eso, en lugar de permitir que anidara en mí cualquier intento de apagar mi amor por Isabel, la quise más, a pesar del agudo cuchillo con que atravesó mi corazón aquel día. La quise más y más, la extrañé como nunca y perfumé toda la atmósfera del mundo con mi amor, para estar seguro de que sería alcanzada por él, sin importar dónde estuviera.

Hice un plan. Acudí con Marcelo y lo puse al tanto de mi situación, le dije que requería de tres meses para llevarlo a cabo, después de lo cual, si fracasaba en mi intento de recuperar a Isabel, me integraría con más ánimo que nunca, resuelto a olvidarla, a mis actividades en la *organización* y en adelante viviría para estar al pendiente de mi bebita y apoyar a María Elena en sus cuidados.

Me dijo Marcelo que estaba al tanto de mi relación con Isabel porque ella le había revelado últimamente sus intenciones de casarse conmigo, pero ignoraba todo lo concerniente a María Elena.

–Me sorprende de ti –le dije–, si por lo general estás al tanto de todo.

–Hay cosas en las que nunca me inmiscuyo –me aclaró.

Me dijo que le gustaba respetar los espacios privados de las personas, que la privacidad era un derecho más allá de sus facultades y de su interés.

–Gracias a que has logrado ser prescindible –añadió– podrás disponer de esos tres meses, los tienes bien ganados. Te deseo la mejor de las suertes, deseo de todo corazón que recuperes el amor de Isabel, lo que yo pueda hacer por ti lo haré con todo el afecto que te tengo. El amor siempre pone todo por delante; sin importar si eres joven o viejo, el amor pone fuego y calor a todo lo que hacemos; la vida sin amor, si afectos filiales, se parece a la comida sin sal. Todos, a final de cuentas, nos enfocamos en un momento dado de nuestras vidas, en ser personas de familia; hasta los más arrogantes y fríos emperadores lo hacen, porque es una necesidad muy íntima del alma y del cuerpo tener un refugio donde guarecernos de vez en cuando del mundo, un lugar donde alguien nos espere y salga a encontrarnos con los brazos abiertos, con una sonrisa.

–¿Tú tienes un lugar así, Marcelo? –me atreví a preguntarle con afecto y respeto, porque siempre lo veía sólo.

–¡Claro que lo tengo! –me dijo y agregó: –ya fuiste allí conmigo, en San Luís. Creí que te habías dado cuenta. En fin, espero tu regreso, porque tenemos que desarrollar el mercado de productores, el de productos hechos a mano y una feria itinerante que se denominará “La feria de los pueblos”, en la cual todos los pueblos de las zonas rurales del país por donde tal feria vaya transitando, podrán exponer sus productos, sus tradiciones y costumbres, en las grandes metrópolis del país. Es imperativo fortalecer y mantener por siempre vivas nuestras culturas originales, allí está el último reducto de nuestra identidad como nación. Es una fascinante estrategia de movilidad humana, de intercambio; mover a la gente de esa manera equivale a dinamizar la economía de las regiones más pobres. Todo eso lo hacemos, ya lo sabes, como una más de nuestras microscópicas estrategias de

resistencia, de guerra de guerrillas, para llenar los espacios de gestión abandonados por los políticos. Será muy divertido.

89.- De veras que soy tonto, me dije una vez más. Tuve la sospecha de que Marcelo y Beatriz eran pareja, ya que se veían con mucho afecto; inclusive, ella lo abrazó de una manera especial, muy cálida, distinta de cómo lo hizo conmigo, aquella ocasión cuando nos recogió del hotel para ir a su casa en San Luís.

Me despedí de Marcelo y me vine a tu aldea, Chava. Llegando aquí le escribí una carta a Isabel con un mapa indicándole como llegar. Ahora ya sabes por qué estoy aquí. Mañana se cumplen esos 90 días, si Isabel no viene, pasado mañana me despediré de ti y me iré a buscar a mi bebita.

Volveremos a encontrarnos si aceptas incorporarte conmigo para que me ayudes a desarrollar la estrategia del mercado de productores. Aquí te entrego copia de las cuatro cartas que desde entonces he escrito a Isabel, como no me ha contestado ninguna, estoy seguro de que ella me ha olvidado, de que no vendrá a buscarme. Verás que en ellas no hay nada íntimo que no puedas conocer. En su lectura completarás esta historia que hasta aquí te he narrado.

Ahora te explicarás la razón de mi tristeza al contemplar los melancólicos crepúsculos que son comunes sobre el horizonte marino, al menos así me lo parecen a mí, porque a lo largo de todos estos días, la tristeza ha sido mi compañera inseparable, y a ella le gusta pintarlo todo con el gris color de la melancolía; no es que me esté compadeciendo de mí mismo, es una realidad que está más allá de todas mis fuerzas. Si no hubiera contado con tu amistad, con un interlocutor atento y afectuoso como tú, la tristeza me habría corroído el alma desde hace mucho tiempo, me habría sido imposible sobrevivir o quizás habría corrido en busca de consuelo al lado de mi niña. Como te dije una vez, le prometí a ella que siempre contaría conmigo, que tendría un padre y lo tendrá, aunque sea un padre en los puros huesos, porque así he quedado, pero sobreviviré, por mi niña sobreviviré.

90.- Cuando Chava se despidió de Alberto el día 89, iba muy conmovido, sintiendo verdadera compasión por su amigo. En su fuero interno consideraba que Alberto ya había expiado sus culpas con tanto sufrimiento y merecía el perdón de Isabel, pero también dudaba de su fortaleza si María Elena se proponía volver a seducirlo. El caso es que su estado actual era lamentable. Dicen que la compasión es “padecer con el otro”, hacer nuestros los sufrimientos del otro, volvernos uno con él y darle nuestras fuerzas para que supere la causa que motiva nuestra compasión. En cambio, la conmiseración es el sentimiento de alguien que nos perdona la vida, es una concesión distante y fría que nos hace una persona que tiene, o supone que tiene, poder sobre nosotros; la conmiseración es la compasión apócrifa de los soberbios; la solidaridad es la versión política de la compasión y la simple lástima nos arroja una moneda y sigue de largo, es humillante para el que la recibe. El sentimiento de Chava era la más genuina compasión del verdadero amigo y no pudo apartarse de la mente la situación por la que pasaba Alberto.

Por la noche del día 89, en el momento oportuno, Chava se dispuso a leer las cartas que le dio Alberto, lo hizo con el interés de saber si podía ayudarlo en algo.

Esto decía la primera:

Día uno

“Mi dulce nena Isabel:

He venido a esperarte a una tranquila aldea de pescadores a donde una vez vine con Marcelo y aquí sentí una paz interior muy grande, ante la imponente vista del océano y rodeado de gente sencilla y buena, incapaz de desearle un mal a nadie. Y digo que a esperarte porque mi amor por ti es tan grande y tan fuerte que terminará logrando tu perdón. Sé que un día vendrás y yo estaré aquí para recibirte; al verte, mis ojos se llenarán de lágrimas, tal vez, pero será porque a través de ellos tendrá lugar un desbordamiento de mi ternura, nenita mía.

Mientras tanto, de todos modos estarás conmigo, porque pienso en ti todo el tiempo, te veo en mis sueños y vuelvo a mirarme en tus ojos como aquella vez, cuando me hiciste cosquillas y luego sonreíste. Esa risa sublime se quedó grabada en mi memoria, porque yo la aproveché para atrapar tus ojos y quedarme con ellos; son míos y nadie podrá quitármelos jamás, en mis sueños puedo mirarme en ellos cuanto yo quiera.

En mis sueños también, te llevo conmigo a conocer a mi bebida y ella, con su prístina inocencia, se mete en tu corazón y logra que la quieras. Si la conoces la querrás, estoy seguro de eso porque... ¿quién sería capaz de no querer a un angelito? Pensarás entonces: “por qué no perdoné antes a mi tonto Alberto, así podría inspirarme en los ojos de su bebida para tener pronto a nuestros dos polluelos”.

Me imagino que te parezco pueril, un verdadero tonto, y cómo no, si lo soy; pero creo que el tonto es mi corazón, así habla él y yo solo escribo lo que él me dicta, yo hago todo lo que me dice mi corazón.

Te envío un mapa que he dibujado para que puedas llegar hasta aquí si es que algún día decides venir como creo que así será. En el crucero hay un árbol y en ese árbol he puesto un cimbel con un listón rojo, así podrás llegar más fácil.

Alberto”.

Día 30.

“Mi pequeña Isabel:

Los primeros días que pasé aquí en la aldea fueron muy difíciles, ya que me veían como un extraño, de los cuales hay que desconfiar, y hube de comerme sin compañía alguna toda mi tristeza, pero poco a poco se dieron cuenta de que solo soy un animal grande, mas no peligroso, y ya pude hacer algunos amigos, entre ellos Chava, un gran amigo de verdad, a quien siento como un hermano y con quien puedo conversar durante una o dos horas, antes de que él se vaya a pescar. Su pericia navegando es formidable. Apenas ayer salí con él al océano y pude conocer más de cerca su trabajo. No te lo recomiendo, no es algo que podamos hacer la gente de tierra adentro. La próxima vez que yo me decida a navegar será en un buque muy grande, más alto, mucho más alto, que las enormes olas que por estos lares suele formar el océano cuando está indispuesto.

Cuando Chava no está, porque anda mar adentro, me distraigo en tareas cotidianas de los pescadores, les ayudo a reparar sus redes y sus lanchas. He aprendido a engañar un poco mi tristeza; a veces logro que se confunda entre las redes, la abandono tejida allí, por unas horas, y me alejo caminando por la playa, a la vera del mar, pensando en ti y en mi bebida, así, hasta que la noche llega y devora al crepúsculo. Entonces la tristeza me da alcance de nuevo y no hallo mi lugar.

Puedo decirte a ciencia cierta que ya he dividido mi corazón en dos perfectas mitades, una para ti y otra para mi niña; la tuya no corre peligro de dividirse en fracciones más pequeñas, pero la de mi niña sí, porque tendrá que compartir su mitad con nuestros dos polluelos, sin embargo, para entonces mi corazón será tan grande a causa de que cada día te quiero más, que tu parte medirá el tamaño de un corazón completo y la parte de mi niña, tan grande como la que tiene ahora.

Estoy ansioso por verte. Me muero por ver a mis dos grandes amores. ¿Verdad que sí vendrás?

Alberto”.

Día 60

Mi nenita preciosa:

¿Tú imaginas cómo paso mis días en esta olvidada playa, mi reina? Ya he tirado mis zapatos porque se gastaron al caminar tanto sobre la arena; pienso en ti mientras las olas vienen y vienen, una tras otra, eternamente; quizás hayan nacido en la otra orilla del océano, en las costas de Borneo, tal vez de Singapur, y hagan este largo viaje para consolarme, para hacerme creer que tu dulce corazón siente el llamado del mío que solo palpita por ti.

Pienso que estás lejos y por eso voy a quererte más y más, hasta que toda la atmósfera de la Tierra se inunde con mi amor y no exista un lugar donde puedas ocultarte. Mi amor te alcanzará y te traerá conmigo, estoy seguro de eso.

También te platico que tengo un nuevo amigo. Ahora, ya sin zapatos, camino descalzo por la arena, todas las tardes, sin poder acostumbrarme al cosquilleo que me produce; tú sabes que soy muy sensible a las cosquillas. Tú sabes de eso. Mi amigo es un pequeño chamaco de 8 años, delgado como un alfiler, se llama Nicolás. Vino hace poco, el imperio lo expulsó con toda su familia y ellos han regresado a la aldea, pero Nicolás tiene un problema: sus piernas no lo sostienen y camina apoyándose en muletas.

Una tarde, hace pocos días, estaba yo sentado en la playa, retando a las olas a que alcanzaran mis pies desnudos y tratando de inventar tu hermoso rostro en su verde flanco. Algunas eran tan grandes que me cubrían con su sombra y enseguida me mojaban hasta la cintura para luego desvanecerse en una larga carcajada. Se burlaban de mí esa vez. Sentí una mirada y al voltear estaba allí el chamaco, sentado en la arena, como yo, a unos tres metros.

“¿Cómo te llamas?” Me preguntó con verdadera inocencia infantil. Me impresionaron sus grandes ojos negros destacando en su pálido rostro.

Nos hicimos amigos de inmediato. Ahora caminamos juntos, poco a poquito, yo aguantando las cosquillas en mis pies y él haciendo malabarismos con sus muletas. A pesar de todo, a veces llegamos lejos, tan lejos que tengo que volver con él trayéndolo a manchis, en los hombros. En ocasiones me pregunta: “Alberto, ¿ya llegamos a la otra orilla del mundo? “Ya casi, andamos cerca del Ecuador”, le digo yo y él me cree.

Entonces, cuando viene sobre mis hombros, me platica acerca de muchas cosas; está lleno de sueños, es un niño increíblemente soñador. Ante todo sueña que puede correr y ser un gran deportista. Tú sabes: lo que menos poseemos es lo que más anhelamos y esos anhelos son la fuente que incuba nuestros sueños. Yo le digo que lo imagino más bien como un poeta, o tal vez un novelista fuera de serie. Eso no le interesa, me repela, cualquiera puede hacerlo, porque se hace con las manos; él sabe hacer mucho más que eso con sus manos.

Le he prometido que siempre contará conmigo, como lo hice con mi bebita. Y es cierto: ambos contarán conmigo, por toda la vida.

En cambio, yo solo tengo dos sueños: verme en tus ojos y volver a tener en mis brazos a mi linda bebita.

Llegamos a la aldea cuando en el cielo y en la tierra ya están encendidas las primeras luces. Entonces me quedo solo y vuelvo a encontrarme con todos mis recuerdos; hay uno en especial que es mi más grande tesoro, en el que ambos caminamos felices por un sendero arbolado, tú sabes cual. Si tú quieres, cuando estemos juntos de nuevo, podemos ir a caminar otra vez bajo la lluvia. Yo tomaré tus manos, luego nos miraremos a los ojos y nada nos hará falta.

Mi amor por ti es para la eternidad, ya te lo había dicho.

Alberto”.

Día 89.

“Mi nena preciosa:

Mañana se cumplen 90 días y no has venido. No te culpo, yo fallé, pero no me arrepiento porque de mi falta ha nacido una criatura que es mi adoración. Si me arrepintiera en un acto de repulsivo egoísmo y carencia de hombría, ello sería igual a renegar de mi hija, y no reniego de ella, nunca lo haré; por el contrario, me siento orgulloso de ser su padre, de haber alcanzado el privilegio y el honor de ser padre. Con qué cara podría presentarme ante ti renegando de mi hija, no sería digno entonces de ti ni de ella. Tampoco me avergüenzo ante nadie por quererte tanto, por ser totalmente tuyo. De hecho, tan solo saber que soy capaz de amarte tanto, ya es una fuente de dicha. Te quiero, nenita mía, te quiero con todas las fuerzas que tengo. Te metiste muy dentro de mí, tanto que jamás podré arrancarte de mi alma. La culpa la tuvieron tus ojos que me regalaron mi cielo soñado con apenas mirarte un poco.

Sin embargo, nuestro amor solo es posible si podemos caminar juntos los tres. Comprendo que es difícil y lo acepto a pesar del inmenso dolor que me causa.

Te escribo para despedirme. He fracasado en conciliar mis grandes amores pero eso no quiere decir que me empeñaré en que mi amor por ti entre a la zona del olvido. Te querré siempre, te querré eternamente, porque estoy seguro de que a eso he venido a este mundo: a quererte, más allá de tu orgullo y de tu altivez, como lo hice siempre. ¿Qué sentido tendría querer a quien a primera vista se nos entrega y es ciegamente complaciente con nosotros?

Amarte a ti sí que tiene sentido porque despiertas en mí el desafío que vale la pena; quererte a ti, conquistar tu amor, es como escalar con las manos desnudas la cumbre más alta y difícil, entre rocas filosas que cortan nuestra piel y nos hacen gritar de dolor, pero una vez que se alcanza la cima se puede tocar el cielo y nos damos cuenta de que valió la pena.

Sin embargo, si vienes en el último instante, no te asustes al verme. Estoy desmejorado, pero me bastará verte para que el dulce brillo de tus ojos me devuelva mis fuerzas y entonces podré abrazarte con toda la ternura que siempre guardo para ti. Por favor no pienses que quiero despertar tu compasión, ya que ni yo mismo me tengo siquiera un poquito de lástima. Es culpa de la tristeza, ha sido más fuerte que yo.

Tuyo por siempre:

Alberto”.

91.- Al terminar la lectura de las cartas, Chava comprendió a cabalidad el sufrimiento de su amigo. “No cabe duda de que todavía existe el amor”, pensó para sus adentros y se preocupó por él como no lo había hecho antes.

Transcurrió el día 90 y no hubo ninguna señal de Isabel. Chava fue hasta el crucero a verificar si estaba allí el señuelo, atado al árbol donde lo dejó Alberto. Allí estaba, intacto. Entonces Isabel, definitivamente, no había venido.

Por la tarde, Nicolás y Chava no dejaron solo a Alberto ni un instante y lo acompañaron hasta la noche, cuando tuvo que irse a dormir. Chava lo hizo de esta manera porque se preocupó todavía más al observar que Alberto se acercaba demasiado a las olas, como deseando que el mar se lo llevara muy lejos y no lo dejara volver.

“Quiere tanto a su bebita que no hará ninguna locura”, pensó Chava tratando de tranquilizarse, pero, por las dudas, anduvo merodeando en torno al cuarto de Alberto hasta muy avanzada la noche.

92.- Amaneció el día 91 y Chava esperó a Alberto a la puerta de su casa. Le dio más compasión que nunca observar que subía sus cosas a la camioneta y sus ojos denotaban que no había dormido, pero estaba dispuesto a irse, sin embargo, Chava le llevaba una propuesta basada en un raro sueño que tuvo durante la noche.

—¡No te vayas, Alberto! No te vayas porque he tenido un sueño muy extraño, intensamente real, algo que nunca me había ocurrido, relacionado con todos tus pesares. He soñado que venía Isabel y te he visto de nuevo con ella, ambos muy felices. Algo me dice que mi sueño se convertirá en realidad, es una certeza que me viene de muy adentro, por eso te pido que esperes unos días más, hazlo por mí, por nuestra amistad. Lo único raro de mi sueño, algo que parece no encajar, es que en él también estaba presente María Elena, con la niña abrazada, pero tú sabes cómo son los sueños. Yo solo te lo cuento tal como lo viví.

Alberto, que era susceptible a aferrarse de cualquier esperanza, se conmovió mucho de que Chava le conminara con tanta vehemencia a quedarse y le dijo:

—De acuerdo, Chava, lo haré porque me lo pides. Yo también suelo creer en los sueños, algunos resultan premonitorios. De cualquier manera, unos días más me servirán para acabar de resignarme. Permaneceré aquí diez días más, intentaré con todas mis fuerzas en esos días estar sobrio y sereno, esforzándome por alcanzar una total resignación, al fin y al cabo ya lo he dado todo por perdido.

Y transcurrió ese día y cuatro más. Alberto se aturdió realizando una actividad fuera de lo común, participando en todas las tareas de la aldea, visitando la casa de Nicolás y yendo a cada rato hasta el crucero a hacer guardia y mirar todos los vehículos que pasaban hacia Coahuayana, o en sentido contrario hacia Cerro de Ortega. Fijó en su mente el recuerdo de la bebita, intentó hacer lecturas, en fin, por voluntad no quedaba. Quería estar mejor para viajar al final de esos diez días hasta la ciudad donde vivía María Elena.

Sin embargo, el día 95 volvió a escribirle a Isabel, le contó del sueño de Chava y le dijo:

“Mi niña Isabel:

Estoy aquí todavía, junto al mar. Chava me ha conminado a esperar diez días más, porque ha

tenido un sueño en el que nos ve juntos y felices. Yo, que soy tan susceptible a aferrarme a la más pequeña esperanza, como lo haría un solitario y perdido náufrago en medio del océano, acepté su propuesta. Me resisto a ilusionarme, de hecho, ya me disponía a partir, pero he vuelto a acomodar mis cosas, incluso, he comprado unos huaraches para volver a mis caminatas, porque ya tengo ampollas en algunos dedos. Hace unos días, pisé un filoso vidrio que me produjo una dolorosa herida, recogí el cristal y por un instante sentí el impulso de usarlo para cortar las venas de mi cuello, pero logré controlarme. Te confieso que me acecha el mórbido fantasma de la autodestrucción, pero lograré vencerlo, porque no tengo derecho a causarme daño, ya que no me pertenezco, soy tuyo y de mi bebida. Fue por ello que compré mis huaraches.

Las mañanas me reviven la esperanza, quizá por el vigor del sol naciente, pero al oscurecer cae encima de mí la tristeza, y por más que trato de resignarme y de infundirme un poco de fe y alegría termino abatido, sintiéndome tan inerme y desamparado como una hoja que en el otoño se desprende del árbol y se aleja flotando en el aire sin rumbo fijo. Así paso los días, prendido de un sueño que no he soñado yo.

Si vienes, te llevaré a caminar por la playa, mi brazo en tu hombro, tu brazo en mi cintura, y el mar tenderá a tu paso efímeras alfombras de espuma, pero si ya no me encuentras, pregunta por Chava, con él te he dejado tres collares de caracoles y conchitas, los más bellos que pude recolectar en mis andanzas por la arena en compañía de Nicolás. Uno es más pequeño que los otros dos, ese es para mi bebida, y el tuyo es fácil de reconocer porque en cada una de sus piezas he grabado tu nombre con la aguja con que reparo las redes de los pescadores. El otro es para María Elena, la madre de mi pequeña.

No pensaba escribirte, pero este día, muy temprano, cuando las gaviotas volaban en pequeños grupos hacia el mar, haciendo cabriolas en el aire, por un momento las vi como si fueran angelillos traviesos cuyas blancas alas refulgían con el sol de la mañana. En verdad las vi diferentes, como se verían en un sueño, confabuladas en un vuelo premonitorio, y un pequeño grupo, por alguna extraña razón que nunca podré comprender, voló en dos ocasiones en torno mío; algunas me miraron fijamente mientras planeaban cerca de la casa.

Yo, que siempre estoy predispuesto a los augurios, y ahora más que nunca, he vuelto a recobrar una mínima esperanza, he vuelto a soñar despierto y me pongo al sol, esperando que el astro rey caliente mis huesos y les devuelva el vigor; para que me veas fuerte otra vez, para poder abrazarte con todo el amor que siento por ti.

Sé que vendrás... las gaviotas me han dicho que vendrás.

Alberto”.

93.- Durante los cuatro días siguientes Alberto pareció recobrar un poquito sus fuerzas, pero al llegar el día cien otra vez se le vio muy triste. Al parecer algo en su interior le decía que era inútil cualquier esperanza: Isabel no vendría. Fue a sentarte muy cerca del mar, retando a las olas, deseando abiertamente que alguna lo recogiera, pero Chava y Nicolás permanecieron de nuevo junto a él.

—¿Cómo te sientes? —Le preguntó Chava.

—Me duelen todos los huesos, desde la punta de los pies y siento mucho escalofrío.

—Es por la horrible depresión que estás padeciendo —le dijo Chava—. Voy a traerte un chocolate

bien calentito con una deliciosa semita de granillo. Dicen que el chocolate es un remedio efectivo contra la depresión. Prométeme que te lo tomarás.

–Lo haré porque no puedo despreciarlo, no puedo ser descortés contigo, pero no tengo apetito.

Cuando hubo consumido lentamente el chocolate le dijo a Chava:

–Al punto de las diez de la mañana, voy a gritar tres veces el nombre de Isabel. Si no viene me marcharé, quiero ver a mi niña, dejar que sus ojos endulcen mi corazón y comiencen a curar mi sufrimiento.

94.- Llegaron las diez de la mañana y entonces Alberto, sin importar que la gente de la enramada pensara que estaba loco, aspiró profundamente y gritó el nombre de Isabel, poniendo en ese grito el arsenal completo de su desesperación. El grito, inusualmente fuerte, voló hacia el mar y se reflejó en las olas que le devolvieron el nombre de Isabel repetido mil veces.

Se disponía a dar el segundo grito cuando unas delicadas manos cubrieron sus ojos, y luego un fragante cuerpo femenino se apoyó en su espalda. Retiró con suavidad aquellas manos y giró la cabeza.

¡Era Isabel!

Pero Alberto, en su febril estado, no atinaba a discernir si era real o una alucinación, porque de pronto, Isabel y todo el entorno se esfumaron hacia la atmósfera, como aspirados por el firmamento. Luego se desplomó sobre la arena y no supo más de sí.

¡Isabel era real! Estaba allí, junto a él, clamando porque regresara en sí.

–¡Despierta, mi amor, por favor despierta!

Comenzó a llorar inconsolable porque Alberto no volvía, parecía muerto.

Chava se disponía a buscar auxilio médico, pero Nicolás, en primera fila entre los curiosos que ya se habían acercado, exclamó con angustia:

–¡Seño, seño... dele un beso para que se despierte!

La gente se rió de tal ocurrencia, en medio de la preocupación, pero Isabel, con humildad desconocida en ella, se inclinó hacia Alberto y le dio un tierno beso en los labios.

Alberto, efectivamente, abrió los ojos. Su cabeza le dolía mortalmente. Desconcertado y perplejo solo atinó a exclamar:

–¿Dónde estoy? ¿Qué ocurre aquí?

Antes de que Isabel hablara, una joven señora le dijo, ya entrada en aquella singular escena de película:

–¡Con otro beso se acaba de componer!

Nuevamente hubo risas, pero Isabel le dio otro beso, más largo que el anterior, y entonces Alberto, como en los cuentos de hadas, se recobró del todo, se puso de pie y abrazó a su amada, luego, sacando fuerzas de algún misterioso arcano, la levantó en vilo para acabar de cerciorarse de que era ella, su niña mimada, y mientras la sostenía en lo alto, una cálida sensación comenzó a ascender desde sus tobillos, recorrió todo su cuerpo dejándolo tras de sí limpio de cualquier dolor, luego salió por su cabeza y se esfumó en el aire. Su depresión se había ido como un efecto mágico

del amor.

Los curiosos vecinos aplaudieron a los enamorados y comenzaron a dispersarse. Chava lo vio todo a distancia y desistió de buscar al médico, pero a la vez veía otra cosa que en ese momento pasaba totalmente inadvertida para Alberto.

95.-—¿Entonces sí eres tú, mi nenita adorada? ¿Eres real, estás aquí, conmigo?

—¡Soy real, mi cielo! ¡Estoy aquí, contigo, y nunca más te dejaré, solo la muerte me alejará de ti, pero nada más físicamente, porque aún muerta mi alma te seguirá queriendo por toda la eternidad, porque eres un hombre maravilloso! ¡Nunca me perdonaré haberte hecho sufrir tanto!

—¡Pequeña, si solo basta una mirada tuya para que pagues todo mi sufrimiento y mucho más que eso!

—Ven, Alberto —dijo Isabel—, vamos a la enramada, alguien vino conmigo, alguien a quien extrañas mucho.

Entonces vio lo que Chava había descubierto y deducido desde el otro extremo de la enramada. Allí, en la sombra, ¡estaba María Elena, con la bebida en sus brazos!

Su presencia significó una nueva y fuerte sacudida emocional para Alberto. ¡No podía creerlo!

Isabel se adelantó con María Elena y recogió a la bebida para que pudieran saludarse. María Elena se abrazó cálidamente de Alberto, como era propio en ella, pero él se mostró un poco reticente, lo que no pasó inadvertido para Isabel, quien exclamó:

—¡Abrazala como se debe, mi amor, es la madre de tu hija!

Entonces la abrazó con el afecto que le tenía, pero no podía apartar su vista de Isabel, completamente azorado, viendo que ella tenía a la niña en sus brazos y la trataba maternalmente, como si fuera su propia hija.

Ambas mujeres parecieron divertirse con el estupor de Alberto, quien, como un tonto, le dijo a Isabel:

—¡Pero... ella es mi bebida!

—¡Por eso la quiero tanto, mi amor, porque es tuya! Esta niña desterró para siempre de mi ser a la otra Isabel, la altiva y orgullosa. Ella me hizo una mujer nueva, de este mundo, me hizo comprender mis errores y mi tonta obcecación. Por eso, porque a partir de ahora tú y yo somos uno solo, esta niña maravillosa tiene dos madres que la quieren igual. Ven, vamos a sentarnos, María Elena y yo tenemos algunas cosas que platicarte.

—Pero antes —agregó Isabel— quiero conocer a Chava y a Nicolás, me muero por agradecerles que te hayan cuidado.

96.- En verdad era otra Isabel, se veía en sus ojos, en sus actitudes, mucho más humana y accesible, mucho más adorable y cautivadora.

Alberto volvió pronto con Chava y con Nicolás y al verlos Isabel los abrazó emocionada y les dijo que eran tal cual los imaginaba, les pidió que también fueran sus amigos porque en adelante ya nunca los perdería de vista.

Cuando ambos se retiraron, Chava le dijo a Alberto que estaría cerca por si algo se ofreciera; contempló de cerca a las dos mujeres de las que tanto le había hablado su amigo. Eran tal cual él las describía: muy bellas, diferentes entre sí, pero igualmente bellas, capaces de volver loco al más cuerdo.

Se alejó de sus amigos con una acuciante interrogación: ¿Por qué estaban aquí las dos mujeres? ¿Cómo era posible esta armoniosa conciliación entre ambas? Todo ocurría tal como él lo había soñado, y ese misterio lo tenía completamente poseído; jamás había creído en las versiones agoreras y supersticiosas de algunas personas que daban crédito a los sueños, sin embargo, aquél fue tan intenso que a pesar de su incredulidad insistió en que Alberto se quedara otros diez días. Le preguntaría a él en la primera oportunidad, no quedaba de otra, con el fin de deshebrar el hilo de acontecimientos que llevó a este encuentro.

¡Qué distinto se veía ahora el rostro de Alberto, mientras sostenía a la bebida en sus brazos y las dos mujeres de su vida le narraban los hechos ocurridos apenas el día anterior, el día 99, que condujeron a esta anhelada culminación!

97.- Ocurrió que María Elena se encontraba sumamente preocupada por no saber de Alberto, quien había mostrado tanto interés por continuar viendo a su hija. Aprovechó el paso de Marcelo por el hospital para preguntarle por él y éste la puso al tanto de la situación.

Sintió remordimientos, porque ella era parte principal en aquel conflicto, por lo cual decidió visitar a su amiga Isabel. Llegó con ella el día 99, llevaba a la bebida en sus brazos. Isabel la recibió sin mostrarse muy complacida por su presencia, con actitud indiferente hacia la niña, pero de inmediato María Elena le dijo:

–Soy culpable de que se hayan separado tú y Alberto, pero vengo a decirte que no hay ni habrá nunca más una relación amorosa entre él y yo; él me reveló el gran amor que siente por ti cuando yo lo hice conocer a su hija, pero no había en mi la intención de comprometerlo, nunca la hubo, ya le expliqué a él cuáles eran mis propósitos, tal vez muy egoístas, por eso quiero convencerte de que te reconcilies con él, nunca quiso traicionarte, yo lo llevé a una trampa deliberadamente.

–Si tan grande era su amor por mí –dijo Isabel–, pudo haberse resistido a cualquier trampa. No es el hombre que yo esperaba, con el que siempre soñé, solo mío; no quiero un hombre compartido, así me educaron, así soy.

–Pides un imposible, Isabel. Alberto es simplemente un hombre, no puedes exigirle una perfección que no está a su alcance.

–Yo lo creía diferente a los demás, me ilusioné mucho con eso. Desde que era adolescente me hice ese ideal de hombre que nunca me abandonó.

–¿Entonces ya no lo quieres?

–Creí que era capaz de olvidarlo, pero me ha estado escribiendo unas cartas muy candorosas, donde me dice cuánto me ama y cuánto quiere a su niña, que nuestro amor solo es posible si yo consiento en que él sea abiertamente padre de su hija. Cuando leo esas cartas sus tiernas palabras me hacen llorar; no puedo evitar los recuerdos felices, con él he sido intensamente dichosa; me mimaba y cuidaba más que a sus ojos, vuelvo a sentir que lo quiero con todas mis fuerzas, que sí es el hombre de mis sueños, pero no me veo yendo a buscarlo, a mostrarme rendida; si tanto me quiere por qué no viene él, a buscar mi perdón.

Me atemoriza pensar en el día en que ya no lleguen más cartas. Las espero con ansias; mientras llega la siguiente leo todos los días las anteriores, cuando ya no las reciba no sé si podré soportarlo.

—Creo que nunca han existido hombres como tú los quieres, amiga —expresó María Elena—, porque su naturaleza es diferente a la nuestra; en ellos el impulso sexual es más fuerte, mucho más, que su razón. A través de ese impulso las mujeres podemos manipularlos a nuestro antojo. Están hechos así para asegurar la supervivencia de la especie; si ese impulso fuera muy débil ya no existiría la raza humana. Ante la expectativa sexual ellos pierden totalmente el control de sí mismos, se vuelven seres primitivos, actúan como bestias. Tú esperas que Alberto sea mejor que Jesucristo, pero no quieres reconocer mi culpa; yo soy la culpable, porque sabía mis ventajas, el poder de mi condición de mujer. Lo volví un instrumento de mi propósito, lo hice deliberadamente, alevosamente, pero eso te permite saber que su hombría es cierta y es completa.

—¿Tú lo amaste, María Elena?

—Lo quiero mucho, llegué a quererlo más de lo que me proponía; en sus brazos me sentía completa, segura de mí misma, me sentía verdaderamente mujer, realmente femenina, pero hay en mí otra vocación más fuerte que el amor inspirado por un hombre. Yo jamás podría ser una ama de casa o alguien que acepte de buen grado ser condicionada, limitada; yo quiero ir por el mundo en plena libertad, no tener ninguna clase de sujeción a un hombre; solo acepto responsabilidad por mi hija, me siento feliz de tenerla conmigo, con su compañía me basta y me sobra.

¡Vamos con Alberto, Isabel! Vamos a buscarlo, él está allá, esperándote, muriendo de tristeza, y me preocupa mucho que pueda enfermarse.

—De hecho, está enfermo, según me ha platicado en una de sus últimas cartas, donde me dice que se encuentra desmejorado; si estoy preocupada, no soy tan insensible, pero me siento segura de que si voy a buscarlo echaré a perder un momento especial para mí. Si él viene, si él me busca, yo lo perdonaré. Esta última carta me ha hecho llorar en silencio por horas; estoy dispuesta a perdonarlo, cuando venga lo abrazaré y volveré a quererlo como siempre lo quise.

—¿Entonces no irás?

—¡No iré! —dijo Isabel, pero ya sus ojos a punto del llanto anunciaban el duro trance que se revolvía en su conciencia. Dos fuerzas igualmente poderosas pero contrarias pugnaban en su ser: era la eterna lucha del amor contra el orgullo.

De súbito, casi en el momento en que se resolvió a no ir, ocurrió uno de esos milagros extraordinarios que vuelven creyentes a los más radicales apóstatas: la niña, aquella hermosa bebida de apenas cinco meses, que había heredado todos los genomas emocionales de sus padres y que había permanecido en silencio hasta entonces, escuchándolo todo, rompió a llorar desgarradoramente, al tiempo que estiraba los bracitos hacia Isabel, queriendo ir con ella.

María Elena tendió igualmente los brazos hacia Isabel, sosteniendo a la niña, al tiempo que exclamaba imperiosamente:

—¡Toma a la niña, Isabel, abrázala, esto es un presagio, un milagro, por favor abrázala! Ella quiere decirnos algo con su llanto.

Isabel, ya con los ojos húmedos, venció su renuencia y al tomar a la niña, ella se abrazó de su cuello, pegó su carita al rostro de Isabel y continuó llorando inconsolable.

El cuerpo de Isabel se sacudía como si un demonio en su interior luchara por salir, y en un momento dado por fin pudo llorar, y lo hizo sin medida alguna, con un llanto de redención, intensamente conmovedor, que diluyó su orgullo. Tuvo que sentarse porque no podía sostenerse de pie, y entonces abrazó con extremado afecto a la niña, la refugió entre sus brazos como si fuera

su madre y continuó llorando. María Elena se acercó a ella por su espalda, acarició sus sienes, y también al borde del llanto, pegó su mejilla en el cabello de ella, y le dijo:

–¡Llora, hermosa, llora todo lo que quieras... yo te comprendo!

Poco a poco Isabel fue calmándose, su llanto se convirtió en una sucesión de largos suspiros pausados. María Elena hizo ademán de recogerle a la niña que también había dejado de llorar, pero ella se opuso exclamando:

–¡No me la quites, por favor no me la quites todavía, quiero tenerla junto a mí, solo así podré terminar de consolarme!

Decía esto mirando suplicante a María Elena, con los ojos todavía inundados, pero se advertía en ellos una humildad sin precedentes: eran los ojos de otra persona. El doloroso exorcismo estaba consumado, la Isabel orgullosa y altiva se había ido para siempre, llevada por la corriente de lágrimas.

Por fin, Isabel sentó a la niña en la mesa y le dijo con inmensa ternura:

–¡Precioso angelito del cielo, has hecho polvo y lágrimas mi orgullo! ¿Te gustaría tener dos mamás? Porque desde ahora yo también soy tu madre, lo seré mientras viva y te querré tanto como a cualquiera de mis demás hijos, de los hijos que voy a tener con tu padre. ¿Cómo he podido ser tan mala y tan ciega?

–¡Por favor ya no te atormentes, Isabel, ya no te hagas tanto reproche! –exclamó María Elena y agregó: –ya debemos dejar de llorar y disponernos a ir con Alberto. ¿Qué te parece si salimos mañana temprano hacia la aldea?

–No, María Elena, quisiera que saliéramos hoy mismo, tengo un mal presentimiento. Podemos pernoctar en Tecomán y partir mañana a primera hora hacia la aldea y así llegar temprano con Alberto.

Así lo acordaron. Gracias al listón rojo que colgaba del árbol en el crucero, no tuvieron mayor dificultad. Al llegar a la aldea, se disponían a preguntar por él cuando ambas escucharon el grito con que angustiosamente Alberto invocaba la presencia de Isabel.

98.- A causa de su crónico padecimiento de “excesiva modestia”, Alberto no atinaba a entender cómo podía él ser el eje emocional de tan hermosas y distinguidas muchachas. No tenía otro sentimiento que la gratitud. Le habría encantado que toda la gente del mundo fuera tan feliz como lo estaba siendo él.

Conversaron un rato más sobre algunos temas que no alcanzamos a escuchar y luego ambas se introdujeron a la cocina de la enramada, dejando a la niña con Alberto. Chava y Nicolás, quienes permanecían atentos al otro extremo de la enramada, observaron que las muchachas se iban de la mesa y decidieron ir con Alberto.

–Ven, compadre –así llamaba Chava a Nicolás–, vamos con Alberto, no sea que haya habido otro conflicto.

Al llegar a la mesa notaron que su amigo estaba muy tranquilo y se calmaron. Los recibió con mucho gusto.

–Aquí, mi compadre –dijo Chava señalando a Nicolás–, ya le anda por saber qué pasó, cómo es que ambas mujeres vienen tan amistosas entre sí, cuando debían andar desgreñándose.

Alberto rió de las palabras de Chava y a grandes rasgos le platicó lo que había ocurrido.

–¿Te das cuenta, Alberto, de que mi sueño se hizo realidad? Estoy muy sorprendido, si no lo viera no podría creerlo.

–Y yo... ¡cuánto crees que estoy de agradecido contigo! Gracias a tu sueño tuve alientos para continuar esperando.

María Elena salió de la cocina y vino a sentarse con ellos. Se veía realmente bien, muy tranquila.

–Definitivamente –expresó– no nací para cocinar. Sé que debo aprender lo básico, para preparar los alimentos de mi niña, pero lo haré a su tiempo. En cambio, Isabel está atentísima viendo cómo preparan los mejores platillos de este lugar.

–¿Cómo te sientes en general? –le preguntó Alberto, queriendo que sus amigos escucharan las palabras de María Elena, anticipando lo que ella iba a decir.

–¡Muy contenta! Llegué a pensar que había arruinado tu vida y no me lo habría perdonado. Me devoraba el remordimiento.

–Por el contrario –le dijo Alberto–, la dicha que me has traído es superior a la que podría esperar cualquier otro de mis semejantes. Te tengo a ti, mi amiga más entrañable, la que me enamora perdidamente con solo tocarme; tengo también, por tu gracia, a mi niña y a Isabel, a mis amigos que aprecio con el alma, como Chava y Nicolás. En la mañana me sentía morir, ahorita la felicidad que siento no me cabe en el pecho. ¡Soy el hombre más afortunado de este mundo!

Ahora que estás aquí, le diré a Nicolás lo que me pediste hace rato. ¿Cómo ves, pequeño? María Elena me ha pedido que te lleve al hospital a su cargo, porque allí recibirás un tratamiento especial para fortalecer tus piernas, y habrá muchas cosas más a tu alcance, si tú quieres. Pero este es un negocio que estoy haciendo contigo, porque a cambio de eso quiero tu promesa de que siempre me honrarás con tu amistad.

–Y yo te ofreceré mi casa, para que vivas cerca del hospital y no te falte nada –agregó María Elena.

El chiquillo se abrazó de Alberto sin poder articular palabra, pero sus ojos, de los cuales rodaron algunas lágrimas, hablaron por él. Igualmente, abrazó a María Elena y ella le dijo:

–¡Ven acá, hermoso hombrecito! En tus ojos y en tu frente yo veo que tu vocación es intelectual. Ya me encargaré de saber si naciste para tocar el clarinete o el violín, escribir poemas o ser un científico, pero aparte de todo eso, intentaremos que seas también un gran deportista.

Nicolás le preguntó si podían ir en ese momento con sus papás a solicitar su permiso por escrito. Así lo hicieron.

99.- Después de la comida, cuando amainó el calor, los amigos se dieron a caminar por la playa, hacia el sur. Contagiaba el alborozo de Isabel y de Alberto, inseparables, adheridos uno al otro, empeñados en convertirse en un solo ser; en el jubiloso rostro de María Elena no se percibía ni el menor atisbo de celos. Las olas se anticipaban a sus pasos tendiendo para ellos fugaces alfombras de espuma. Cuando habían avanzado quizá un kilómetro, Nicolás, a pesar de que era notablemente ágil con las muletas, se sintió agotado. Preguntó si ya andaban cerca del otro lado del mundo. Como ya sabemos, para Nicolás era una forma de decir que había llegado el momento de trepar a los hombros de Alberto.

Cuando regresaron a la aldea tuvieron que enfrentar el dolor de la despedida. Vinieron los padres de Nicolás, con un pequeño equipaje para el niño. Su mamá era un mar de lágrimas. María Elena la abrazó y la consoló prometiéndole que mantendría frecuente comunicación con ella para informarle sobre los avances en el restablecimiento del niño.

–Tómame el tiempo que quieras. Si vienes a trabajar conmigo en las estrategias que pondremos en marcha, debe ser una decisión libre, sin sentirte comprometido por la amistad. Si decides no venir, yo comprenderé y seremos amigos igualmente, por toda la vida.

Partieron al fin, por el rumbo de la ciudad limonera, dejando un vacío en quienes los trataron de cerca, en especial de Chava, quien volvió a sentir el mismo desprendimiento afectivo que le causara la pérdida del profesor Llamas.

Se encaminó a la playa. El sol se precipitaba hacia el ocaso y en la línea del horizonte marino, las nubes que flotaban sobre el océano se encendieron como en una magna explosión. Por momentos, el sol se abría paso entre las nubes y hacía que toda la superficie marina a la vista se cobrizara de manera inquietante, como si estuviera a punto de ebullición. Era un escenario cámbrico, igual a muchos otros que solían aparecer a la hora del crepúsculo en aquel remoto lugar, cada uno compitiendo con el anterior en fastuosidad.

Comenzó a llegar la noche y lo primero que hizo fue ir abatiendo aquella fantástica hoguera, hasta dejar solo un pequeño y tenaz rescoldo que finalmente se extinguió.

Chava no quería pensar en la decisión que debía tomar. Si bien es cierto, en los días y semanas anteriores, la conversación de Alberto lo había fascinado con la posibilidad de conocer otro mundo que le pareció interesante. Renegó en esos días de su vida pequeña, circunscrita a una monótona rutina, a una vida siempre igual, sin mayor aliciente.

Pero también recordó que su abuelo le dijo en una ocasión, cuando algunos habitantes de la aldea regresaron de una aventura migratoria que no los había complacido: “Volvieron pronto porque su partida la decidieron con la mente, no con el cuerpo. Las decisiones importantes y definitivas como esa las toma el cuerpo, no la razón, porque es el cuerpo el que echa raíces, y no es fácil romperlas”.

Era cierto. El cuerpo genera raíces adventicias que tienden puentes intangibles hacia el paisaje, hacia los aromas del viento y de la tierra, hacia los amigos y familiares, inclusive hacia los recuerdos, y las raíces incrementan su fortaleza a medida que envejecemos.

Al irse Alberto, curiosamente, se había llevado la fascinación de su mundo. Solo quedaba en su mente, como un recuerdo imposible de borrar, una escena ya estratificada para siempre en su memoria, la que apenas en la mañana le había descrito, la que desató los acontecimientos más cruciales del día cien. En ella hay dos jóvenes mujeres de refulgente personalidad sufriendo intensas emociones que se reflejan en sus rostros. Una de ellas sostiene a una bebita llorosa que extiende los brazos hacia la otra. La escena es tan fuerte por sí misma que logra ocultar o hacer mucho menos recordables todos los hechos que la precedieron. Más tarde, Chava se aleja de la playa y camina meditabundo hacia su casa. Una frase incompleta, justificatoria, se repite en su mente a cada paso que da: “*¡Estas raíces...!*”

100.- Al llegar la medianoche, en el último segundo del día cien, la aldea está en completo silencio, pero aun de lejos se escucha el perpetuo rumor de las olas, el lenguaje mediante el cual el océano narra su eterna travesía a lo largo de las eras geológicas. Tras el impulso que pone en marcha cada ola, se percibe una ciega voluntad obstinada en remontar el continente.

Fin

Notas del autor:

Esta novela se inspiró en gran parte en la obra de Carlos Castaneda (Viaje a Ixtlán, Relatos de Poder...), en la vida de Nelson Mandela y en las prácticas socio-culturales del Movimiento Zapatista de Liberación Nacional. Cualquier parecido con hechos o situaciones reales es mera casualidad. Fotos tomadas de Internet.